

A m a b i l e G i u s t i

HAY ALGO EN TUS OJOS

Traducción de Patricia Orts

amazon crossing 

HAY ALGO
EN TUS OJOS

A m a b i l e G i u s t i

HAY ALGO EN TUS OJOS

Traducción de Patricia Orts

amazon crossing 

Título original: *C'è qualcosa nei tuoi occhi*

Publicado originalmente por Amazon Publishing, Luxemburgo, 2016

Edición en español publicada por:

AmazonCrossing, Amazon Media EU Sàrl

5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg

Marzo, 2018

Copyright © Edición original 2016 por Amabile Giusti

Todos los derechos están reservados.

Copyright © Edición en español 2018 traducida por Patricia Orts García

Diseño de cubierta por PEPE *nymi*, Milano

Imagen de cubierta © PhotoAlto / Alamy Stock Photo

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919800100

www.apub.com

SOBRE LA AUTORA

Amabile Giusti es una abogada calabresa con alma y mente de escritora. Por eso, en el maravilloso entorno donde vive, entre el mar y las montañas, su espíritu se evade de la vida cotidiana para inventar constantemente historias llenas de aventuras, romance, amores contrariados y pasiones desatadas. Si queréis hacerla feliz, regaladle un ensayo sobre Jane Austen, un juguete de cerámica azul, un manga japonés o una planta crasa. Espera envejecer lentamente (por lo visto es la única manera de vivir muchos años), pero confía en conservar la juventud interior hasta el último día. Escucha mucho y habla poco, pero cuando escribe no hay quien la pare.

Desde 2009 ha publicado numerosas novelas: *Non c'è niente che fa male così*, *Cuore nero*, la serie de Odyssea (*Oltre il varco incantato*, *Oltre le catene dell'orgoglio*, *Oltre i confini del tempo*), *L'orgoglio dei Richmond*, *Treintañera y a mucha honra*, *La donna perfetta* y *Si me quieres, no me dejes ir*.

ÍNDICE

[COMENZAR A LEER](#)

[CAPÍTULO 1 FRANCISCA HACE SEIS MESES](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3 FRANCISCA](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5 FRANCISCA](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7 FRANCISCA](#)

[CAPÍTULO 8 EN VERMONT](#)

[CAPÍTULO 9 MARCUS](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11 FRANCISCA](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13 FRANCISCA](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15 FRANCISCA](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17 FRANCISCA](#)

[CAPÍTULO 18 EN VERMONT](#)

[CAPÍTULO 19 MARCUS](#)

[CAPÍTULO 20 EN VERMONT](#)

[CAPÍTULO 21 AÚN EN VERMONT](#)

[EPÍLOGO FRANCISCA SIETE MESES DESPUÉS](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIBLIOGRAFÍA](#)

De manera silenciosa
me preguntó si era suya;
no contestó mi lengua,
bastó la respuesta de mis ojos.

EMILY DICKINSON

CAPÍTULO 1

FRANCISCA

HACE SEIS MESES

Carita de jodido ángel ha ganado.

Desapareció tras cruzar el umbral con su espalda, su corazón tatuado y su amor desesperado hacia Penny.

No puedo hacer nada más para retenerlo, pero, sobre todo, no quiero hacer nada más. Ciertos momentos no se pueden considerar verdaderas despedidas, más bien parecen «un día volveremos a vernos, pero no sé cuándo». Estoy segura de que será así, nos veremos de nuevo y recordaremos lo que sucedió, quiénes éramos, qué deseábamos y con qué nos conformábamos. Quizá lloremos, nosotros, que jamás hemos llorado, porque a veces se llora más en los reencuentros que en las despedidas. Se llora más de alivio que de miedo.

Quizá.

Lo único que sé ahora es que, en cuanto se cierra la puerta, debo aferrarme a la barandilla para no caer desde una altura que, de repente, me parece vertiginosa.

Me siento como si estuviera en el tejado de un rascacielos, en vilo: el aire me engullirá si doy un paso. Ya no tengo a nadie. Mi madre murió cuando yo era niña. Mi padrastro no está muerto, pero daría lo que fuera por que sí lo estuviera. Lo buscamos durante muchos años, pero había borrado todas sus huellas. Marcus quería usarlo como saco de entrenamiento. A mí me habría encantado verlo vomitar sangre por los ojos. Espero que, entretanto, haya acabado en el infierno, en uno de esos lugares espantosos donde jamás ha existido la piedad.

¿Quién más me queda? Ningún pariente, ningún amigo, ni siquiera un

gato.

Soy una isla de mierda.

Y, ahora, ¿qué hago? Primero lo esperé cuatro años, mientras estuve en la cárcel, y luego dos años más, cuando lo volvieron a encerrar a él. Lo aguardé con la esperanza de que la olvidara. Pero su mirada, incluso su sonrisa, me dijeron sin palabras: «Lo siento, Fran, pero Penny es mi tatuaje más profundo».

Escruto mis manos, que sin las suyas están vacías. Tengo la sensación de que las cicatrices de las muñecas vibran. Ya no se ven como antes, me tatué encima dos serpientes finas de color verde esmeralda, enrolladas como brazaletes. Pero a veces es como si resucitaran, ensangrentadas, serpientes bajo la piel. Una voz, *la voz*, la de hace trece años, la voz imperiosa y asesina, vuelve a gritarme palabras que guardé en un cajón. «Acaba de una vez. Encuentra un cuchillo. Apriétalo. Termina algo por una vez en tu vida. Marcus la quiere a ella, nunca te ha querido a ti. Solo vales como estiércol para los gusanos. O como puta. Pero ya has sido puta, así que mejor los gusanos, vivan los gusanos.»

Luego recuerdo los ojos de Annie Malkovich: se parecen a los de mi madre cuando era joven, cuando me trenzaba el pelo susurrando canciones en español.

Después recuerdo también los ojos de Monty, pequeños y cansados, tan ajados como sus chaquetas de cuatro perras y sus corbatas, flojas y finas, unos ojos sin rastro de malicia, los ojos de un amigo que no finge ser tu padre, pero que, en cualquier caso, lo es hasta las entrañas.

Y me digo no, no puedo hacerlo. Me han ayudado mucho y ya han perdido un hijo. Si yo muriese, Cameron moriría dos veces.

De manera que ánimo, Fran.

Tienes huevos. No hagas gilipolleces. Respira. ¿A qué viene esta angustia? ¿Dónde la has comprado? ¿Dónde la has robado? Has sufrido por cosas peores, así que, si superaste esas, puedes superarlo todo.

Es cierto, has perdido la casa con el techo de estrellas. Ahora te sientes perdida, desaparejada, revuelta, pero hoy no es para siempre. Hoy solo es un ladrillo, una gota, un grano, un escupitajo. Es el nudo en la garganta que no te corresponde, que no encaja con nada: es como si llevara trenzas y una camiseta de color rosa pastel con las palabras BÉSAME, ABRÁZAME, QUIÉREME, CÁSTATE CONMIGO estampadas en ella.

En pocas palabras, puedes vivir.

De hecho, estoy viva.

Me tengo a mí misma.

No es mucho, la verdad, pero una leve certeza es, siempre, mejor que una fragilidad ruidosa y suele ser también un buen punto para empezar una historia.

HOY

Me paro a este lado del arco de la entrada y canto mentalmente una canción, moviendo los labios de forma imperceptible. *Don't Cry* de los Guns N' Roses. Me la sé de memoria, forma parte de mi vida como el color de mis ojos, el perfil de mi nariz y el lunar en forma de estrella que tengo en una rodilla. La cantaba ya cuando tenía doce años.

No te aflijas, no dejes caer tu cabeza.

No llores, por favor.

Sé cómo te sientes, yo también,
yo también lo he sentido.

Algo cambia dentro de ti
y no lo sabes.

Todo irá bien, tesoro.

Bueno, ahora me siento mejor. Mi querido y viejo Axl ha obrado el milagro de siempre. Ahora razono. Siento que mi respiración se expande, que el mundo pierde el color del asfalto, que el cielo deja de parecer una tapadera oxidada y que ya no tengo doce años. Tengo veinticinco, el sol quema las piedras y a los ángeles y yo soy una cabrona.

Una cabrona que no pasa desapercibida. Lo sé, siempre lo he sabido. Cuando era niña, mucho antes de que sucediera todo, en aquello que yo llamo la *otra vida*, mi madre me decía que una princesa bruja me había creado con un barro especial hecho de carbón, diamantes y pétalos de rosa de color rojo. Soy condenadamente guapa, para qué negarlo. Y no lo sé por mirarme mucho al espejo: me lo dicen los ojos de los demás.

Por eso, porque detesto los ojos de los demás, hoy he decidido cambiar. Llevo unos vaqueros cómodos, tan cómodos que aún queda espacio para otro par de mujeres como yo y un violonchelo, zapatos planos, tan planos que por

debajo solo queda el centro de la Tierra, y un abrigo de lana gris que no desentonaría en el armario de una monja. Pero, sobre todo, me he cortado el pelo. Le di un tijeretazo sin marcha atrás. Tris, tras. El silbido de una espada, de una guillotina. Está corto, terriblemente corto, casi no me llega al cuello. Pero, aun así, a pesar de la ropa deformada, del pelo asesinado, de la mirada hostil y del cuaderno morado que aprieto contra mi pecho como un escudo, los ojos de la gente me observan como siempre.

¿Lo hacen de verdad o es solo una impresión mía?

Quizá sea una pobre loca que sufre manía persecutoria. O puede que no me escruten con la ferocidad del que desea algo espantoso: debo habituarme a la posibilidad de que existan miradas que no obedezcan a una intención repugnante. Tal vez les intrigue que no vaya por ahí con un ordenador portátil con la tapa de piel de leopardo de mil dólares y un vestidito monísimo. Quizá no sean crueles, sino simplemente esnobs.

La mayoría de las chicas son así: parecen salidas de un mundo perfecto. Caminan en manada, se ríen, llevan bolsos de color verde y zafiro y tienen los ojos de color verde y zafiro, el pelo ondulado y parecen estar justo donde desean estar.

¿Estoy yo justo donde deseo estar?

A decir verdad, nunca me he sentido en casa en ningún sitio, así que me da igual. Además, después de todo, aquí no se está tan mal. El edificio principal del campus parece un castillo gótico. No me sorprendería ver una gárgola rematando los tejados.

Entretanto, espero encontrar el aula. Me han dado un mapa, pero no sé leerlo. Doy vueltas absurdas como una pelota de billar.

Los edificios que me rodean parecen idénticos, todos son grises, como tumbas reales, con unas torres que parecen campanarios. Me detengo delante de uno de ellos, también gris, aunque de aspecto algo más agradable que los demás, gracias a unas cuantas ramas de yedra. Subo la escalinata cubierta de hojas secas.

Aquello debe de ser el departamento de Letras, pero no estoy segura.

«¿Qué te cuesta preguntarlo? ¿Acaso quieres entrar cuando todos se hayan sentado y la clase haya empezado ya?»

Me estremezco al imaginar la escena. El profesor será un viejo asqueroso y capullo, notará mi presencia y hará un comentario estúpido sobre mi imperdonable retraso, a la vez que me invitará a sentarme delante. La posibilidad no es del todo inverosímil: un tipo que se apellida Lord debe de

haberse sentido como el Todopoderoso desde que nació. Seguro que tiene un ego tan descomunal como su barriga. Me lo imagino cortante, sabihondo y siempre sudado. «Aquí hay sitio, señorita, venga.» ¡No! No quiero sentarme en primera fila, no quiero que el profesor de mi asignatura preferida sea un capullo asqueroso y sudado, no quiero llegar tarde a la primera cita de mi vida que no apesta a engaño. Llevo años esperando este momento. Estudié mientras esperaba, conseguí una beca, me cosí otra piel sobre la primera. Dentro sigue estando la niña violada de siempre, la mujer gruñona que sabe dar una buena tunda si es necesario hacerlo, a la que el remordimiento no quita el sueño cuando mata a quien la amenazó con matarla. Fuera hay una tipa que se ha espabilado, que tiene un trabajo normal, un apartamento decente, una cajetilla de cigarrillos que le dura tres días en lugar de uno y algún que otro sueño asomando por la rendija de un cajón entreabierto. Entre los sueños que aún se pueden llegar a realizar se encuentra esta maldita asignatura. Esta universidad. Esta normalidad. Así que, incluso en el caso de que el profesor no sea una maravilla, quiero tratar de no echarlo todo a perder de antemano. Llegar puntual sería una buena manera de no empezar con el pie izquierdo.

Así pues, me conviene preguntar. No me van a comer y, si alguien lo intenta, le machacaré los huevos. ¿De qué tengo miedo?

Lástima que ya no quede nadie, los estudiantes han entrado en clase y, salvo por la alfombra de hojas de color caoba, la escalinata está desierta.

De repente, oigo un crujido familiar: el que hacen las ruedas de una bicicleta en un sendero de piedras. Es un crujido hipnótico, suave, que sabe a caramelo blando, a Baileys de chocolate negro y a besos de Marcus. Me vuelvo y me quedo petrificada. Veo a un joven sin el típico suéter, la típica corbata ni el típico ordenador con la manzana.

Debe de ser un estudiante tan tardón como yo. Tardón en el doble sentido: esta mañana llega tarde y se ha matriculado en la universidad muchos años después de haber terminado el bachillerato. Aunque puede que solo sea un idiota que ha repetido varios cursos. Tiene prisa, tira la bicicleta al suelo, salta por encima de ella y se peina el pelo con los dedos. Su melena, abundante y larga hasta los hombros, está mojada y revuelta. Parece haber estado bebiendo y follando hasta el amanecer, haber dormido después dos horas y haberse despertado en el último minuto con cara de zombi y el corazón en un puño. Bueno, la verdad es que no tiene cara de zombi, al contrario, es muy atractivo, pero no se ha vestido ni se ha afeitado como

corresponde, tipo *quiero-causar-buena-impresión-el-primer-día-de-universidad*. La barba es de hace un par de días. Viste una camiseta negra con la frase ROCK OR BUST estampada y unos vaqueros desgastados y llenos de manchas oscuras. En una muñeca luce una pulsera de cuero y plata. En un lóbulo, un pendiente con una calavera minúscula. Huele a marihuana a un kilómetro. No tiene menos de treinta años. ¿Cómo es posible que hayan admitido a alguien así?

Bueno, si me han admitido a mí, pueden admitir a cualquiera. ¿Puede haber algo peor que una joven de veinticinco años, sin blanca, que a los doce años incendió la casa donde vivía con su padrastro dentro y que a los diecinueve fue a parar a la cárcel por complicidad en un homicidio?

De repente, me doy cuenta de que lo estoy observando justo como odio que me observen a mí. No puedo quitarle los ojos de encima. Saca una goma amarilla de un bolsillo, se recoge la melena castaña en una extraña cola, una maraña caótica que le roza la nuca. Ve las manchas que tiene en los pantalones y exclama con voz ahogada «¡Mierda!».

Después me ve también a mí, que, inexplicablemente, no he dejado de mirarlo. Me escruta un segundo a su vez con una especie de insensato estupor. ¿Qué demonios quiere? ¿Me pasa algo? Movida por el instinto, me llevo una mano a un mechón y de repente recuerdo que soy una persona nueva, alguien con el pelo corto que desea mimetizarse.

—¿Qué coño miras? —le pregunto sacando mi lado más aguerrido.

Por toda respuesta, él me sonríe y mi corazón casi hace una pirueta. No puedo negar que tiene una sonrisa bonita. Pero las sonrisas bonitas no me engañan. Las sonrisas bonitas son portadoras de veneno y tempestades.

Se la devuelvo con una mirada que solo significa: «Muérete».

Él parece sorprenderse, frunce el ceño, el sol le atormenta los ojos. Menudos ojos verdes. Jamás he visto un verde como ese. Puede que, a fuerza de fumar canutos, se le hayan puesto así. Yo también fumaba antes, no lo niego, pero este tipo me supera. Debe de haberse tragado una plantación entera de hierba en una sola noche.

—¿Tienes clase de poesía contemporánea? —me pregunta.

Mi mirada vuelve a decirle: «Eso es asunto mío. Y deja de sonreír, sé que detrás de esos dientes blancos hay una oscuridad profunda».

—Entiendo, eres muda —prosigue él en tono burlón—. En cualquier caso, es tarde, te aconsejo que te des prisa. El profe es un coñazo.

—Date prisa tú —respondo sin darme cuenta, pese a que me he

prometido guardar silencio—. No creo que destaques por la puntualidad.

—Tienes razón. Será mejor que corra. Nos vemos dentro.

—No veo la necesidad —replico.

Él dispara la enésima sonrisa y franquea la puerta a toda prisa. Guiño los ojos para descifrar el mensaje que entreveo en los hombros de su camiseta: parece un número de teléfono garabateado con un pintalabios. Para ser un colgado que ha salido de casa sin conectar el cerebro camina con agilidad y desaparece de mi vista en un santiamén.

Por suerte, no me cuesta mucho encontrar el aula. Es grande y está llena. Parece un anfiteatro y al fondo hay un escenario en forma de media luna con un escritorio, una silla y una pantalla para las proyecciones.

El profesor aún no ha llegado, muchos estudiantes siguen de pie, así que puedo pasar desapercibida mientras busco un sitio. Me siento a mitad del aula, ni demasiado delante ni demasiado detrás, en el lado de fuera, por si necesito escapar.

«¿Escapar de qué?»

No lo sé, pero así me siento más segura.

De repente, los estudiantes toman asiento y el profesor entra por una puerta lateral. Veamos hasta qué punto —si mucho o muchísimo— es guarro y cabrón el condenado viejo.

Bueno, no sé si será guarro y cabrón, pero viejo no es, desde luego. Miro boquiabierta al tipo de hace un rato, el de la bicicleta, el de los pantalones manchados y los dientes de madreperla.

Se ha puesto una chaqueta encima de la camiseta de AC/DC, un par de gafas rectangulares con la montura negra y ya no veo el pendiente con la calavera, pero es él, desde luego: el mismo pelo recogido a la buena de Dios, como un haz de heno, la misma barba, los mismos ojos verdes.

Se sienta en el borde de la mesa con un gesto insoportablemente fluido, ni que estuviera en su casa bebiéndose una Bud con un grupo de amigos mientras hablan de mujeres y fútbol.

No sé por qué, pero me resulta antipático. Me repele. Detesto la actitud de profesor Keating guay, el de la película *El club de los poetas muertos*, pero, por encima de todo, detesto la sonrisita de capullo que le marca las patas de gallo.

Sea como sea, solo me importa una cosa.

Puedes atiborrarte de canutos, profe, puedes tirarte a todas las alumnas de la primera fila —porque, por la manera en que las miras y en que ellas te

miran, se ve a la legua que te las tiras—, puedes no lavarte en un mes y hacerte el *piercing* que quieras donde no da el sol, pero no me destroces la poesía.

No mates la única cosa que me mantuvo con vida cuando estaba dentro, aunque no se lo haya contado a nadie.

Nunca se lo he contado a nadie, ni siquiera a Marcus. Pensándolo bien, a Marcus casi no le conté nada sobre mí. Le hablé de mi padrastro, pero fue como describir la trama de una película espantosa que había visto de niña. Considerar esa película parte de mí me habría matado: esa no era yo, esa era la protagonista de una película irrelevante de cine B. Era la historia confusa de una niña con una capucha roja que fue a parar a un bosque, sin una madre, sin una abuela y sin un lobo que la salvara de las garras del cazador. No es mi historia, solo es una imagen sobre un fondo de cartón piedra, una decoración cursi de color rojo sangre, un cuello de piel horrible, un ojo de cristal que mira un solo punto. Algo que puedes quitar mejorando la escena y el abrigo y viendo de todas formas lo poco que hay que ver.

No, a Marcus nunca le conté nada sobre mí. Mi rabia, eso sí. El deseo de romper el mundo. El hambre de guerra, pero no la necesidad de paz. Entre otras cosas, porque la había sepultado bajo unas cuantas paladas de tierra.

Recordé cuando me encarcelaron. Si no puedes ir a ninguna parte, ni fumar, ni beber, ni follar, ¿qué te queda? Te ves obligada a estar a solas contigo misma y la soledad llama a los pensamientos y los pensamientos se transforman en recuerdos. Recuerdos de Francisca niña, antes del maldito intervalo, que leía y escribía y soñaba mundos sin sangre.

Volví a leer.

Volví a escribir.

Volví a soñar con mundos sin sangre.

Llené los vacíos de palabras.

Luego Penny entró en la vida de Marcus y la paz se escondió de nuevo, abajo, más abajo, en el otro extremo del mundo.

Ahora quiero recuperarla. La necesito más que el aire. Sin aire se muere, punto final. Pero, por desgracia, sin poesía se puede vivir: se vive como las águilas obligadas a un eterno vuelo rasante.

Quiero volar.

Sola, en secreto, en los pensamientos, pero quiero volar.

Y si este idiota transforma una lección de sueños en un burdel, lo

clavaré en un rincón y le partiré las piernas.

CAPÍTULO 2

El despertador retumbó al lado de la cama, volvió a retumbar y lo intentó por última vez antes de que él alargase un brazo y lo empujara. Byron, bocabajo, con la cara hundida en la almohada, soltó una palabrota. La cabeza le estallaba. Suponiendo que fuera una cabeza y no una piedra que alguien le había pegado la noche anterior.

El mismo brazo que se había ensañado con el despertador se concedió otro viaje a tientas hasta la nuca, con la vibrante indecisión de una red pequeñita que no quiere capturar una mariposa y se escabulle en el aire. Por fin, se tocó el cráneo y le pareció sentir el pelo.

«Ok, no es una piedra, pero pesa como una piedra.»

Se masajeó un instante el cuero cabelludo, tratando de recordar lo que había ocurrido: local, música, humo, casi hasta el amanecer y un sueño atávico. Hacía días que no dormía bien. Habría dado lo que fuera para poder concederse al menos otra hora.

«¿Quién me lo impide?»

Una vaga sensación de alarma zumbó en sus pensamientos. ¿Qué debía recordar?

La conciencia lo hirió como un rayo. Sucedió cuando, con un ojo entreabierto, entrevió el despertador en el suelo: parecía un grueso coleóptero ofendido. Casi le produjo ternura. Se inclinó fuera del colchón, arrastrándose para no sacudir demasiado los pedazos que tenía dentro del cráneo, y volvió a ponerlo en la mesilla. De repente recordó que lo tenía desde que era un muchacho: lo había acompañado en todas las mudanzas, en todos los cambios. Ese reloj barrigudo de color rojo ocaso no merecía un tratamiento tan drástico. Además, se lo había regalado su madre para que no llegara tarde al colegio.

¿Al colegio?

Se puso de pie a tal velocidad que se tambaleó en medio de la habitación.

Vislumbró su imagen reflejada en un espejo y la hora que marcaba el despertador. Eran casi las nueve.

«¿Por qué lo puse tan tarde? Quizá por haber vuelto al amanecer y conectar yo menos que un cable eléctrico roto.»

La clase empezaba a las nueve, mejor dicho, había empezado ya. No tenía tiempo de afeitarse ni de cambiarse.

Recurrió a un remedio de emergencia: tras bajar del altillo donde dormía, metió la cabeza bajo el chorro frío del grifo, bebió varios sorbos grandes de agua y se preparó un café al vuelo. Demasiado al vuelo: con las prisas confundió el azúcar con la sal y al beberlo la taza se le cayó de las manos. Por su boca —una boca más bien agraciada, pese a que el momento tenía poco de idílico— salió una retahíla de tacos tal que cabía preguntarse cómo era posible que un profesor de poesía acostumbrado, por tanto, a masticar palabras profundas, pudiera conocer un lenguaje que haría palidecer a un traficante del gueto.

Salió corriendo de casa vestido como la noche anterior, con el pelo mojado, la barba sin retocar, la lengua ardiendo por culpa de aquel repugnante café con sal y la certeza de que parecía cualquier cosa menos un profesor universitario. La moto estaba en el mecánico y el coche lo tenía el tipo que se lo había comprado, así que montó en la bicicleta y se felicitó por haber comprado un piso a dos pasos del campus. Con unas cuantas pedaladas enérgicas llegaría a su destino, con toda probabilidad más vivo que muerto, pero sin superar demasiado el tristemente famoso cuarto de hora académico.

Por suerte, guardaba en el despacho una chaqueta seria que servía para cualquier ocasión y un par de gafas de recambio. No lo hacía solo para tener aire de empollón: era miope desde la adolescencia. Mientras se dirigía hacia el aula, se dio cuenta de que aún llevaba puesto el pendiente. Se lo quitó y se lo metió en el bolsillo. Entró en la clase aminorando el paso para no parecer un tipo medio loco y jadeante, vestido de cualquier manera.

Una vez dentro, se sintió azotado por las habituales miradas propias del primer día. Cualquier otro en su situación habría oscilado entre el apuro debido a la inferioridad numérica y la maliciosa gratitud de un hombre consciente de que el ochenta por ciento de las miradas pertenecían a mujeres más que dispuestas a acostarse con él. Pero él no pertenecía a ninguna de esas

categorías: ni se sentía apurado ni excitado.

Como todos los años, estaba excitado, pero aquel estado suyo no tenía implicación sexual alguna. La curiosidad por saber cuántas de aquellas personas aguantarían hasta el final, a cuántas lograría transmitir su pasión por las palabras, lo ponía eufórico. Aún era demasiado joven como para experimentar el aburrimiento de muchos enseñantes veteranos, que afrontaban el inicio del año como un rey destronado se enfrenta al patíbulo. No obstante, ya tenía suficiente experiencia como para saber que parte de esos estudiantes se vendrían abajo cuando descubrieran que un profesor tan interesante como él, con nombre y aire de poeta maldito, exigía mucho a sus alumnos.

A propósito del nombre, una alumna sentada en primera fila, guapa, osada y con unas pestañas demasiado largas para no ser falsas, quiso saber enseguida a qué se debía. Sucedió casi todos los años.

—Byron Lord. ¿Ese es su verdadero nombre? Es un poco raro.

Él sonrió y cruzó las piernas para ocultar las manchas que tenía en los pantalones. Corría el riesgo de que otra alumna le preguntara también por el motivo de las mismas. Era el primer año que, además del nombre insólito, lucía unos vaqueros que parecían el cuadro de un pintor abstracto mediocre.

—Es mi verdadero nombre —explicó, como hacía siempre—. Mi madre era inglesa, una mujer irónica cuya pasión por los poetas del siglo XIX era tal que le pareció divertido combinar el apellido de mi padre con el nombre de un antiguo poeta. El destino se ocupó del resto. La poesía es todo para mí... o casi todo. —Esbozó una sonrisa deliberadamente seductora. Quizá así conseguiría distraer al auditorio de los malditos vaqueros manchados de café—. ¿Qué es la poesía para vosotros? No me refiero a un poeta en concreto, sino a la poesía en general. ¿Qué es para usted?

Miró a la atractiva joven de las pestañas largas, que reaccionó como si él le hubiera puesto dos faros en los ojos. Cohibida, deslumbrada, cautivada.

—No lo sé —contestó parpadeando de nuevo—. Espero que me lo enseñe usted, profesor. Estoy deseando escuchar lo que tiene que decirnos.

«Empezamos bien. Debo acordarme de cerrar con llave la puerta del despacho para evitar que la señorita pestañas postizas se tumbe desnuda en mi escritorio.»

Y no porque la idea de una mujer hermosa tumbándose desnuda donde fuera posible hacerlo le disgustara, pero, después de lo que había sucedido el año anterior, debía prestar al asunto cierta atención. Desde aquel desgraciado

episodio había hecho todo lo posible para no complicarse una vida que, a pesar de las apariencias, era ya de por sí bastante complicada sin necesidad de añadir las consecuencias que podía implicar acostarse con una alumna.

Así pues, repitió la pregunta a un joven, uno de los pocos presentes en el aula, para que no pensarán que solo le interesaban las respuestas de las alumnas con muslos kilométricos e insinuaciones verbales.

El estudiante le respondió con franqueza:

—Para mí es una manera de ligar. Se las dan de modernas, pero todas caen como moscas con un par de versos. Digamos que para mí la poesía es un arma.

Byron guardó silencio un instante, como si estuviera sopesando el valor de esa declaración, al final esbozó una sonrisa y objetó:

—A las mujeres no hay que enredarlas, sino conquistarlas. Además, como decía Gloria Fuertes, la poetisa española: «La poesía no debe ser un arma, debe ser un abrazo, un invento, un descubrir a los demás, lo que les pasa por dentro, eso, un descubrimiento, un aliento, un aditamento, un estremecimiento».

—La usaré para abrazar y descubrir a una chica guapa... —insistió el alumno, testarudo.

—Me temo que no será una de esta clase —replicó Byron en tono irónico—. Dudo que después de una declaración de intenciones tan elevada pueda tener mucho éxito.

En el aula se elevaron unas risas apagadas y el estudiante calló azorado, mirándolo con despecho.

«Sé lo que estás pensando, muchacho. Piensas que no predico precisamente con el ejemplo. Te preguntas qué derecho tengo a echarte el sermón, cuando las apariencias claman que me entretengo en posición horizontal, vertical y oblicua con mis alumnas y que uso a Robert Frost como trampa. Si te dijera que jamás he hecho caer a una mujer en una red de espejos no me creerías.»

Byron hizo la misma pregunta a otros estudiantes y las respuestas fueron de lo más variopinto: tímidamente sinceras, forzadamente enfáticas, algún que otro silencio avergonzado y, luego, esos ojos. Esos milagrosos ojos negros.

Eran los de la chica de antes, con la que había coincidido un momento a la entrada. La que lo había obligado a pararse para comprender si se trataba de una visión o de una extraordinaria realidad. No, no era una visión. No eran

los efectos del sueño acumulado. Era guapísima. Una espléndida virgen morena, nada angelical. Lo había mandado a tomar por culo con los ojos y las palabras. Era la primera vez que una joven reaccionaba con tanta hostilidad sin que él hubiera hecho nada para merecérselo.

Lo seguía escrutando con el mismo hastío en los ojos. Unos ojos turbadores, que podían celebrarse con el *Himno a la belleza* de Baudelaire.

¿Vienes del cielo profundo o sales del abismo,
oh Belleza? Tu mirada, infernal y divina,
derrama confundidos los favores y el crimen.

Esa joven ocultaba algo puro e inquietante a la vez. No por lo que había dicho antes, sino por sus ojos, que parecían remolinos en el fondo de un estanque. Por sus ojos oscuros como el petróleo. No, no podía decirle nada tan personal, así que le repitió la pregunta que había hecho a sus compañeros.

—¿Qué es la poesía?

Ella apretó los labios, los labios más bonitos que había visto en su vida. No llevaba una gota de maquillaje, ni siquiera pintalabios, pero aquella joven era la cosa —la persona, pero también la cosa y la flor y la concha y la gema, un absoluto— más sensual que había visto en su vida. Al instante le vino a la mente, sin que existiera una asociación sensata, una estatua de Bernini, *El rapto de Proserpina*. Esa joven de aire combativo le recordó a la hija de Júpiter, que fue raptada por el rey de los infiernos.

«Ok, basta ya, el exceso de poesía a veces resulta nocivo.»

La joven combatió una batalla muda con sus ojos y con los de los demás que, sin poder evitarlo, se habían vuelto para mirarla, y tuvo la impresión de que lo odiaba por haberla puesto en el centro de la atención. En cualquier caso, no dio su brazo a torcer y, al final de aquella pequeña guerra vacilante, declaró con firmeza: «Supervivencia».

Byron experimentó una extrañísima sensación de irrealidad. Duró un instante, el tiempo necesario para darse un buen consejo.

«Deja de mirar a esa maldita chica y da la lección como se debe, sin imaginártela desnuda como Proserpina, apretando su piel suave con tus manos.»

De esta forma, se obligó a ignorarla y pasó a otra cosa. No comentó su respuesta. Abordó temas más académicos y el resto de la hora transcurrió por vías que no dieran lugar a posibles equívocos. Pero mientras hablaba,

mientras oía su voz tintineando casi en el silencio, no pudo por menos que preguntarse qué había pretendido decir, qué pensaba, qué ocultaba y cómo la poesía la había ayudado a sobrevivir.

CAPÍTULO 3

FRANCISCA

Yo no busqué este trabajo. No me habría acercado a un local semejante, aunque me hubieran apuntado una 9 x 21 entre los omóplatos. Annie se ocupó de todo, esa mujer es una maldita mezcla de ángel y general de las SS. Sin dejar de mirar el mundo con los ojos tristes de una pastora a la que le han birlado el rebaño, te pone entre la espada y la pared. Reconozco que me coloca en un aprieto: ¿cómo puedo decir que no a una persona que considera que mereces el Paraíso más que san Pablo después de que la luz divina lo envolviera a las puertas de Damasco?

Por eso le dije que sí y estuve a punto de tener un ataque de urticaria.

Por otra parte, si quieres cambiar de vida, hay que cambiar de vida. No tiene sentido reinventarte si te limitas a cambiar de una habitación a otra los objetos de decoración y a pintar las paredes de un color casi idéntico al anterior. Para volver a empezar hay que cambiar de casa, de barrio, de ciudad. Y, dado que el cambio más grande lo había hecho ya —vivir sin Marcus—, daba igual tirarse al caleidoscopio.

El ambiente del salón de té Mad Hatter me va tanto como un jodido tutú. Para empezar, siempre he odiado el té. Además, no estoy hecha para servir a la gente en la mesa, poco importa lo que haya que servir. Hace años lo intenté, pero, ya fuera porque el local era una cloaca o porque yo llevaba dentro la furia de un huracán, creo que batí el récord del despido más rápido del siglo: al cabo de diez minutos, el primer tipo que me puso una mano en el culo acabó con los huevos hechos papilla y un tenedor en la nariz.

Reconozco que aquí no han intentado tocarme el culo: aunque, a decir verdad, el personal es totalmente femenino. Exceptuando al tipo que llamamos Willy el silencioso —un veinteañero que se sienta a una mesa en

un rincón, siempre la misma, vestido con un elegante traje de raya diplomática, y que pasa las tardes haciendo de figurante, tocado con un sombrero de copa y bebiendo a sorbos y leyendo y leyendo y bebiendo a sorbos, sin dirigir la palabra a nadie—, la sala está llena de mujeres. Los camareros y los clientes son mujeres. Mujeres de cierta categoría, añadido, es decir, viejas engréidas y capullas, todas ellas envueltas en pieles. Por lo que cuesta todo, el té que servimos lo deben transportar desde los lugares más remotos del mundo a lomos de mulo, los pasteles deben de estar hechos con harina y polvo de oro, las tazas pertenecen, como mínimo, a la colección de algún antiguo emperador chino. Los vestidos de las camareras son un híbrido entre el uniforme de una criada del siglo XIX y el *look* de *Alicia en el País de las Maravillas*. Tartas melosas de color verde menta.

En pocas palabras, desde hace dos meses me veo obligada a vestirme como una idiota todas las tardes, pero, lo peor, debo sonreír como una idiota. Me duele la mandíbula y me gustaría destrozar la cofia de encaje blanco que llevo en el pelo, pero pagan bien, nadie me molesta y, a fin de cuentas, no es para siempre.

Mientras salgo de la habitación donde nos cambiamos, me paro un instante delante de un espejo grande para hacerme bien el lazo en la cintura. *Un lazo. Yo-con-un-lazo*. Me odio lo suficiente como para tomar la decisión de no concentrarme demasiado en *mi-misma-con-un-lazo-de-mierda* para no correr el riesgo de dar un cabezazo a mi imagen reflejada.

El espejo está colocado de forma que, a través de él, es posible ver a hurtadillas parte de la sala. No mucho, solo el lado de la ventana, justo enfrente del rincón donde Willy el silencioso representa su eterna pantomima de Sombrero Loco. Observo distraída, dedicando al mundo una mueca. Y me quedo boquiabierta.

En ese punto, sentado en uno de los sofás Chester, está mi profesor de Poesía contemporánea. Lo escruto como si creyera que así lograré hacerlo disolver. No puede ser verdad, seguro que es una alucinación. El té que huelo, quiera o no, y el aroma dulzón de las montañas de pastelitos azules y verdes me están colocando más que un viaje de LSD.

Pero es él, está solo y tamborilea en la mesa con los dedos. Viste una cazadora de piel negra, llena de botones metálicos y cremalleras, debajo de la cual se entrevé una camiseta de color amarillo ácido con la frase EL HOMBRE QUE VENDIÓ EL MUNDO estampada. Lleva el pelo suelto y la barba más larga que la última vez que lo vi. Se mete un mechón detrás de la

oreja e, incluso a esta distancia, veo la calavera de plata en el lóbulo de la oreja y en el índice de la mano izquierda un grueso anillo con una piedra negra engastada en el centro. No tiene ni el aspecto ni el aire de ser alguien que se divierte frecuentando salones de té.

¿Qué hace aquí? Además, ¿por qué está sentado a una de mis mesas? ¿No podía haberse sentado en otro sitio?

No acabo de entender por qué lo odio. Aunque lo cierto es que no suelo sentir una simpatía espontánea por la gente. Al contrario, no suelo necesitar mucho para sentir ganas de exterminar a todo el género humano, sobre todo masculino. Con todo, deben hacer algo para que se me atraganten: con respirar no basta. A este, sin embargo, lo aborrezco porque sí.

Mientras lo observo a hurtadillas a través del espejo, sintiendo la inexplicable necesidad de desviarle el tabique de la nariz, Sophia pasa por mi lado y me sonríe. Ella también es camarera, pero, a diferencia de mí, que aquí dentro me siento tan a gusto como una mariposa con las alas cosidas, a ella esto le gusta mucho. Es baja, rubia como Alicia y más feliz de vivir que Pollyanna.

—Oye —le digo, dado que es muy servicial—, ¿puedes ocuparte tú de la primera mesa?

Sophia se ruboriza, parece tener dos manzanas en la cara.

—Lo siento —susurra—, no puedo. Hoy me toca servir la mesa de Willy y ya sabes que...

Ok, ok, lo sé, no digas más, Pollyanna, te lo ruego. No vuelvas a repetirme cuánto te gusta, lo mono que es, que te mueres por invitarlo a salir, pero que la mera idea de hacerlo te aterroriza.

No se lo digo, claro está. En el fondo, Sophia me gusta. A pesar de que cada vez que me cruzo con ella el riesgo de contraer diabetes aumenta en un uno por ciento, me parece una chica simpática. Jamás me ha hablado con aire de superioridad, con la mirada típica de las que se dan aires y piensan que las demás son putas solo porque no son feas. Me habla como si fuera una persona, una persona normal, quiero decir. Eso es muy importante para mí y por eso la respeto, pero eso significa que seré yo la que le pregunte al profesor si prefiere un té hindú o un té chino y si quiere probar las lenguas de gato con chocolate negro.

«Qué más da, no me reconocerá vestida así. ¡Qué más da, me importa un comino que me reconozca!»

Entretanto, sigue ahí, sentado a la mesa, con las gafas puestas,

mandando mensajes con el móvil con aire nervioso, inquieto, como si le quemara la silla. ¿Estará escribiendo a su novia, que, por lo visto, llega tarde a la cita? Tarda un poco en notar mi presencia y eso me permite observarlo de cerca sin que se dé cuenta.

—¿Qué desea? —le pregunto en tono irónico, lo reconozco.

Él hace una serie de gestos rápidos y repetitivos.

Alza la mirada de la pantalla.

Me observa fugazmente a través de las gafas y me pide que espere con un ademán.

Baja la mirada hacia la pantalla.

De repente, como si se le hubiera encendido una lamparita en la cabeza, parece tener una especie de *flash*.

Alza de nuevo los ojos y me mira.

Me sonrío.

—Buenas noches —me dice y, a pesar de que tiene una barba tipo *he-acabado-en-una-isla-desierta-con-una-pelota-de-baloncesto-y-no-tengo-nada-para-afeitarme*, estoy segura, supersegura de que tiene un hoyuelo en cada lado de los labios.

¿Qué narices me importan a mí sus hoyuelos?

Le repito la frase de rigor.

—Si no me equivoco, nos conocemos —afirma dejando resbalar el móvil en un bolsillo—. Eres alumna mía, ¿verdad? La que vive para la poesía.

Me tiende la mano, como si quisiera estrechármela en ademán de saludo. No lo imito. Me quedo tiesa, con aire hostil, apretando el cuaderno y el espantoso bolígrafo de color rosa adornado con una tetera en lo alto.

—Por el momento solo soy la que sirve el té —replico—. Si se ha confundido y buscaba un barbero, aún está a tiempo de dejar libre la mesa.

¿Por qué le hablo así? ¿Por qué no me callo? ¿Por qué no me limito a detestarlo en silencio?

Pero, por encima de todo, ¿por qué lo detesto?

Él suelta una risita, que me irrita más que una frase de despecho.

—Tienes razón, debería asearme —contesta pasándose una mano por las mejillas. La clásica mano de un tipo que no ha hecho un trabajo manual en su vida. Grande, con los dedos finos y las uñas limpias.

Recita si quieres el papel de Rusty el salvaje, profesor, siempre serás un petimetre. No sabes lo que es una auténtica rebelión. Apuesto a que tienes

también un tatuaje, pero solo porque está de moda y es guay, no porque signifique algo, no porque hayas querido grabar en la piel un momento importante de tu vida. No porque cada signo, cada línea, cada sombra correspondan a una lágrima, a una gota de sangre, a un grito en la oscuridad.

Mientras tanto, sigue sonriéndome con sus hoyuelos invisibles y sus ojos de color jade.

—¿Has escrito el poema que os he pedido en clase? —me pregunta.

Ya, el poema. La última vez, a punto de terminar la clase, invitó a todos los alumnos a escribir unos versos en el estilo que quisiéramos. Aún no he escrito nada, bueno, he escrito cientos de palabras y he matado cientos de palabras pulsando CANC en el teclado de mi miserable portátil de segunda mano. Pero no se lo digo a este capullo con manos reales y barba de camionero. A este cabrón que me mira a los ojos sin dejar de sonreír: si pudiera tiraría un litro de agua hirviendo en sus tres millones de pelos.

En lugar de eso, le desgrano la consabida lista: a ver si así me quito el problema de encima. Cuanto antes pida y beba su té, antes se marchará y dejará de observarme con la insistencia típica de los que solo quieren meterte mano, aunque finjan declamar poesía. Aprovechándose de un poder, por si fuera poco: aprovechando el hecho de que empuñan un cetro, el del maestro, del carcelero, del patrón, del padre. Pero yo prefiero la silla eléctrica. La inyección letal. Un incendio que queme todos los ladrillos. Cualquier cosa antes que dejar que alguien me toque. Y si no mira hacia otro lado juro que...

Creo que ha captado el mensaje, porque desvía la mirada a un punto a mi espalda, hacia la puerta. Frunce el ceño, se quita las gafas y, por un instante, sus ojos se ensombrecen, como cuando estás al sol y pasa una nube.

—Tráigame lo que quiera —dice con el tono de uno al que, dado que debe morir, le resulta completamente indiferente la última comida de su vida terrenal— y los dulces más pegajosos que encuentre, los que tengan más azúcar glas, miel, mermelada, cal viva, lo dejo en sus manos.

No puedo por menos que volverme siguiendo la dirección de su mirada. En la entrada, entre dos puertas de cristal con el dibujo de una tetera a rayas verdes y blancas rodeada de pájaros del paraíso y de flores, hay una mujer de unos treinta años. Menuda, delgada, elegante, con unos rizos rubios tan tiesos y perfectos que parecen de cerámica, un abrigo azul con botones dorados y un bolso de color rosa con el asa de metal que, a pesar de que no soy una experta en la materia, debe de costar más que la casa donde vivo.

La tipa se acerca a la mesa del profe, sonrío, saluda y apenas le habla

siento como si una colonia de felinos estuviera afilándose las garras en una pizarra: jamás he oído una voz tan cortante, irritante, aguda y nasal. Si no baja el tono, agrietará las tazas y las lámparas.

—¡Se me ha hecho tarde, perdónameee! ¿Has pedido algo para mííí? ¡Graciaaasss! Pero ¿cómo estááásss? Me ha dicho tu abuela que see...

Si no me voy, le meteré el menú enrollado en la boca para que se calle. Me ha perforado los tímpanos. Pero ¿cómo la soporta? Vaya, profe, si te gustan estas tipas estás peor de lo que pensaba.

En cualquier caso, ejecuto la orden: le sirvo primero todo lo necesario para el té y luego voy a buscar los pasteles con más relleno que encuentro y los coloco en una bandeja alta de porcelana. Mientras me dirijo de nuevo hacia ellos, el profesor se calla, se sirve el té y lo apura en un único sorbo, como si fuera un vaso de vodka y no una taza hirviendo de *oolong*. Entretanto, la tipa habla, habla, cuánto habla, por Dios. Se ha quitado el abrigo dejando a la vista un traje de chaqueta de un color blanco deslumbrante.

Mientras sirvo a las demás mesas, mi mirada se desvía de cuando en cuando hacia el profe y su muñequita chillona. Él no dice una palabra, come, bebe y escucha a ricitos de oro. Le sirve pasteles y le dice algo, la primera frase tras media hora de silencio.

—¿Conoces a ese? —me pregunta Sophia cuando pasa por mi lado en el pasillo que hay entre la cocina y la sala.

—¿Yo? No... Bueno, solo de vista —contesto fríamente.

—No le quitas el ojo de encima.

—No es verdad.

—Es guapísimo, no tiene nada de malo que lo mires.

—No lo estoy mirando, solo le he servido.

—A mí no me engañas. Sigues todos sus movimientos y casi pareces celosa de esa tipa con voz de cuervo.

—No digas tonterías, Sophia. Dedícate a pensar en el que miras tú.

—Claro que pienso en él. Willy me ha dado un mensaje —dice sonrojándose—. ¡El corazón me late como una de las campanas de Notre Dame!

Lo sé, una amiga le preguntaría qué había escrito, se apartaría con ella en un rincón, confabularía tonterías románticas, pero yo no soy así: no puedo dejar que el ácido me despelleje para convertirme en una persona distinta. Entre otras cosas, porque Sophia no necesita que la animen a hacer

confidencias.

—Me ha dado su número de móvil y me ha invitado a salir con él. ¡Si se entera la Reina de Corazones, me despedirá! —prosigue excitada a más no poder, refiriéndose a la propietaria del local, a la que llamamos así por su aire de soberana cabrona—. ¿Vienes sí o no?

—¿Adónde?

—¡Conmigo! Willy me ha pedido que nos veamos en un sitio mañana por la noche. No quiero ir sola. ¿Me acompañas?

—Ni hablar —respondo en el tono más definitivo que puedo.

Imagínate si acompaño a Pollyanna a su primera cita con el príncipe consorte. Que se apañe sola. Seguro que la llevará a un restaurante monísimo con velas en las mesas y violinistas que tocan melodías italianas. Con el Mad Hatter tengo más que suficiente, no puedo soportar otro local con cortinitas en las ventanas y servilletas ribeteadas de puntillas.

—¡Por favor! No puedes dejarme sola. En el fondo, no sé nada de él y...

Nos interrumpe un grito procedente de la sala. Me asomo y tengo que contenerme para no soltar una carcajada. No sé qué ha ocurrido, pero el vestido blanco de ricitos de oro ya no es blanco. Está prácticamente cubierto de crema de chocolate y puede que las manchas de las mangas sean de té.

La joven parece un hervidor a punto de silbar. Tiene las mejillas rojas y un leve tic en una de sus finas cejas.

—¡Oh-cuánto-lo-siento! —exclama el profe de un tirón mientras trata de limpiarle las manchas estilo Cruella de Vil con un trapo, empeorando aún más la situación.

De repente, se vuelve hacia mí y me guiña un ojo. A pesar de que la barba me impide verlos, estoy segura de que los hoyuelos que tiene a ambos lados de los labios son ahora más profundos e impertinentes. Por desgracia, tengo que acercarme a la mesa, debo ocuparme de todo, incluidos los incidentes de este tipo.

—Eres muy torpe, Byron —murmura la joven en tono contenido. Es demasiado educada para expresar la rabia que la arrasa hasta debajo de los tacones de sus zapatos de salón de color rosa con la punta negra: yo en su lugar le tiraría en los huevos el contenido aún caliente de la tetera, pero ella no, ella tiembla, pateo, rumia homicidios, pero solo exterioriza un disgusto sofocado.

—Tengo que ir a casa a arreglarme. He quedado con las socias del club.

¡No puedo presentarme así!

Se levanta, se pone el abrigo y emite un gemido al ver una minúscula salpicadura de crema que ha tenido la osadía de manchar también su bolso *vintage*. Me ignora por completo cuando le pregunto cómo puedo ayudarla, como me impone el guion de las inútiles frases de cortesía que hay que pronunciar en estos casos. No da un portazo al salir, pero solo porque es una gilipollas refinada. Una de esas que las palabrotas las piensa, pero no las dice.

Llevo la cuenta al profesor. Parece que acaba de ganar una estúpida competición. La sonrisa de oreja a oreja no es propia de alguien que acaba de dejar hecho un trapo el vestido de tres mil dólares de su novia. Porque estoy segura, pondría la mano en el fuego: no solo es culpable sino que además lo ha hecho intencionadamente. Y eso me divierte a más no poder.

Saca un puñado de billetes de diez de una cartera de cuero oscuro con un lirio morado grabado delante y, al hacerlo, dice en tono alegre, a la vez que me enseña un billete de cincuenta:

—Esta propina es suya. Se la merece. Los pasteles no podían ser más adecuados. Creo que solo los supera el pegamento rápido. Escriba el poema, por favor. Me intriga leerlo.

Se levanta, desentumece un poco los hombros y se dirige hacia la puerta. Mientras se aleja, me doy cuenta de que estoy pensando en tres cosas a la vez, tres cosas insensatas, tan inesperadas como heridas hechas con papel, que afloran en mi mente sin que pueda detenerlas: que es menos alto que Marcus, pero, en cualquier caso, lo suficiente como para parecer más alto que yo, que mido casi un metro ochenta, que me gustaría tocar su maldita melena y que tiene un culo precioso, coño.

CAPÍTULO 4

No se podía decir que Byron fuera un cobarde, eso no, pero cuando el nombre de su abuela aparecía en la pantalla del móvil, sentía un estremecimiento frío en la espalda, como si una serpiente se estuviera arrastrando por ella. Si, además, la llamada se producía a primera hora de la mañana, como en ese caso, la serpiente empezaba a envolverlo en sus anillos. Y no porque la madre de su padre fuera una vieja bruja histérica, capaz de hacer hechizos o una de esas ancianas afectuosamente despóticas que te obligan a comer hasta que te revientan las coronarias. No, una mujercita así le habría parecido incluso tierna.

La señora Lord no tenía en absoluto el aspecto de ser abuela, aún menos de tener un nieto de treinta años. Como mucho, observándola a la luz del sol, con una lente de aumento y un ojo crítico cargado de rencor, aparentaba solo cincuenta. Al atardecer, en una habitación con la luz tenue y ante un público de aduladores, parecía una treintañera. Su verdadera edad, sesenta y nueve años, era un secreto que no estaba dispuesta a revelar ni a un sacerdote. Sin duda —cuestión sobre la cual todos estaban de acuerdo, incluso sus pretendientes más regulares—, era cualquier cosa menos tierna.

Además de sí misma y de su bienestar, tenía muy pocos intereses y esos pocos que tenía confluían invariablemente en ella y en todo lo que pudiera serle de provecho. En especial, en los últimos meses sus esfuerzos se habían concentrado en una misión: transformar la solemne decepción que era su nieto en un hombre respetable.

Byron lo sabía y trataba de escapar de ella por todos los medios. Después de la muerte de sus padres, su abuela era el único pariente directo que le quedaba, pero eso no le impedía ser peor que un dolor de muelas. Era fría, intrigante y carecía de empatía. Por eso dejó sonar el móvil. Después de su habitual carrera, estaba sudado y cansado y necesitaba darse una ducha.

Siempre podía decirle que no había oído la llamada, de manera que se mantuvo en sus trece hasta que el teléfono sonó con firmeza por decimoquinta vez. Entonces pensó que era un idiota inmaduro y se resignó a enfrentarse al enemigo. De esta forma, evocando a una media docena de héroes mitológicos que habían combatido contra hidras, medusas, dragones y cerberos guardianes que —*quizá*— no eran peores adversarios que su abuela, respondió.

—Por fin —dijo Margery Lord en el tono de una emperatriz con cetro, corona y una cruel capa de armiño.

—¿Cómo estás, *abuela*? —le preguntó Byron, a sabiendas de lo mucho que a ella irritaba ese apelativo. Mejor dicho, *muy* consciente de ello.

La señora Lord ignoró con majestuosidad la pregunta y la injuria.

—Te recuerdo que hoy tienes una cita con Clarice —le dijo—. Sé que te ha mandado un mensaje con la dirección. No tienes excusa, por lo visto está muy cerca del sitio donde trabajas.

—Enseño, no vendo droga. El sitio donde trabajo es una universidad digna de todo respeto, por más que, por el tono en que lo dices, parezca un barrio de mala muerte.

—Habrías podido enseñar en Yale o quedarte en Georgetown. Por no mencionar el hecho de que podrías ser ya diputado y...

—Haber puesto los cimientos para un futuro en la Casa Blanca, lo sé, me repites a menudo ese mantra.

—Según parece, no demasiado a menudo. Procedes de una de las familias más importantes del país, una familia que cuenta con generaciones de parlamentarios, secretarios de Estado, gobernadores e incluso un vicepresidente, pero para ti el concepto más elevado de carrera es enmohecer entre pupitres enseñando poesía en una universidad digna de todo respeto, no lo niego, pero que no es la mejor. Además, ¿crees que no sé a qué te dedicas en ese local de dudoso gusto todos los fines de semana?

—Sé que estás al corriente de todo. No sé a cuántos investigadores privados contratasteis mi padre y tú para que siguieran mis movimientos desde que empecé a gatear.

—Si eso fuera cierto, dada la cantidad de decisiones absurdas que has tomado en la vida, serían unos inútiles.

—No me repitas la consabida lista, por favor, o me entrarán ganas de fingir que no te conozco y esta vez será para siempre.

—Por el momento, haz un esfuerzo y sal con Clarice Weldon. —La voz

de Margery Lord sonó inexpresiva y despótica al mismo tiempo. Si las voces de las personas pudieran compararse con las cosas, la de ella era, sin duda, la mutación de un cristal afilado ensamblado a un bisturí.

La imagen de Clarice aumentó el sudor frío que perlaba la espalda de Byron. No la había visto mucho, pero las pocas veces que habían coincidido habían sido más que suficientes: no era una joven mala, de haber sido así, él habría podido dominar y estudiar la maldad como hacía con los versos más tortuosos de los poetas italianos del siglo XIV, pero la idiotez tenía poco remedio. Clarice Weldon era un lugar común: la hija agraciada y rica de un gordo imbécil y rico. La había conocido en una fiesta en casa de su abuela, en Washington, una de esas falsas fiestas familiares a las que hay que asistir al menos una vez en la vida, y enseguida había comprendido varias cosas: que ella también vivía en Massachusetts, que querían endilgársela como futura consorte y que le atraía tanto como una canción de Justin Bieber.

Byron no quería volver a casarse en toda su vida ni crear vínculos profundos: había hecho ese pacto consigo mismo después de Isobel. Después de lo que había sucedido, después de la tragedia, del dolor y del sentimiento de culpa con sabor a hierro que aún le envenenaba el pensamiento, se había comprometido a no volver a ser causa, ni siquiera involuntaria, de un resultado similar.

Justo por eso le convenía ir a ese local, ver a la pequeña e irritante Clarice y aclararle de una vez por todas que no tenía la menor intención, no solo de casarse con ella, sino incluso de mirarla, escucharla o tolerar su existencia hasta el final de sus días.

No conseguía dejar de mirar a la joven.

A Clarice no, maldita sea.

A la camarera, mejor dicho, a su alumna.

La que tenía los ojos grandes y oscuros y los labios tan rojos como las cerezas en junio.

Pese al tono agudo con que las pronunciaba, las palabras de Clarice, que estaba allí, a su lado, le llegaban desde un espacio remoto, mezcladas en una especie de masa confusa de risitas, frases llenas de puntos exclamativos y estúpidos intentos de seducción. Y él, que estaba bien lejos de sentirse atraído por Clarice, debía dominarse como un miembro de la realeza para dejar de mirar a la criatura armoniosa y salvaje que servía el té. Qué guapa era, Dios mío. A pesar del estúpido vestido y de la expresión combativa. Es más,

también por la expresión combativa.

«Es una de tus alumnas, desecha esos pensamientos impuros.»

No eran pensamientos impuros o, al menos, no lo eran del todo. Eran impuros y contemplativos a la vez. Le intrigaba, como le había sucedido ya en una ocasión, cuando era niño, durante un viaje por Italia, delante de un cuadro de Tiziano, *La Venus de Urbino*, que está expuesto en la Galería Uffizi. Uno de los agradables viajes que había hecho con su madre antes de que su abuela, inquieta por que el exceso de arte, música, novelas y sonetos pudieran convertirlo en homosexual y demócrata, puso límite a ciertos temas e introdujo otros más viriles, patrióticos y republicanos.

La mujer no había conseguido lo que quería, pero al menos no era homosexual. Un pequeño consuelo después del sinfín de decepciones que le había infligido ese nieto irresponsable que, en lugar de quedarse prendado con las zalamerías de Clarice *tengo-un-montón-de-dinero*, se le iban los ojos detrás de una camarera.

De repente, recordó por qué había pedido los pasteles. Su abuela habría apreciado su capacidad de planificar una estrategia, mucho menos el objetivo de dicha planificación. Haciendo gala de una torpeza que no era propia de él, la pintó literalmente de chocolate. La pobre Clarice y su vocecita de ratón...

Confiaba en que esas maniobras la hicieran desistir, a pesar de tener la terrible impresión de que Clarice estaba más motivada de lo previsto. Se había presentado a la cita lo peor posible, vestido de una forma que habría espantado a cualquier mujercita acomodada, con la barba más larga de lo habitual, el pelo suelto y despeinado y aire de salvaje y canalla. A pesar de haber creído que la haría escapar como alma que lleva el diablo, en el momento tuvo la sensación de que, de no haber sido por la crema de cacao, la pequeña y comedida Clarice se habría abalanzado sobre él. Era, a decir poco, insistente. Debían de haberle leído la cartilla. La misma que su abuela trataba de inculcarle en vano: «Hay que casarse con personas de la misma clase social y dejar de recoger muertas de hambre que luego terminan como terminan».

Entretanto, se sentía como si entre sus ojos y la cara (y, maldita sea, el cuerpo) de esa chica —la camarera vestida de Alicia, la alumna que sacaba fuerzas de la poesía— hubiera un gancho. Por eso debía largarse. Largarse y dejar de preguntarse cómo se llamaba, de dónde venía y, quién sabe, a qué sabía su boca, si de verdad sabía a cerezas maduras.

Por mucho que su aspecto pudiera dar a entender lo contrario, Byron no era un seductor. No un seductor voluntario, al menos, uno de esos que se embarcan en campañas de conquista. No lo necesitaba: subyugaba incluso a las mujeres que no sabían que su familia era rica y que, por tanto, no tenían la menor intención de cazar a uno de los Lord.

Él no prestaba demasiada atención a su «jodida apariencia», según sus propias palabras, que se asemejaba a la de su padre, la de su abuelo y la de muchos otros antepasados. Generaciones de bribones, tan guapos que parecía que hubieran sellado un pacto secular con el diablo. En una ocasión, medio en broma, se había preguntado si en el desván no habría un retrato monstruoso que envejecía en lugar de ellos y atraía como un imán las imperfecciones comunes de cualquier hombre normal: nariz descomunal, orejas de soplillo, dientes torcidos, pelo prematuramente cano y tendencia a la obesidad. En pocas palabras, algo que los hiciera humanos. Pero en el desván no había siquiera una acuarela infantil y los Lord seguían generando generaciones de hombres naturalmente seductores.

Era así en la universidad, en el mundo de papel cuché que su abuela quería imponerle y, con mayor razón, en el Dirty Rhymes. Durante una pausa, mientras bebía algo en la barra y charlaba con Eve, la camarera, un grupo de jóvenes le preguntó si podían invitarlo a una copa. Si hubieran sabido que en su vaso solo había Coca-Cola, sin una gota de alcohol, que jamás se había acostado con una mujer que acabara de conocer y que había estado casado diez años con su primer amor del instituto, se habrían preguntado, al igual que su abuela, si tanto arte y tanta poesía no habían hecho nacer *otros gustos*. Bromeó un poco con ellas, les ofreció un cóctel y después se escabulló fingiendo que había visto a la persona con la que debía reunirse. Entró en su oficina, su refugio, la burbuja donde quedaba ahogado el ruido. Allí lo encontró Eve unos minutos después, tumbado en el sofá, con la espalda apoyada en un cojín y un libro abierto entre los dedos que, sin embargo, no estaba leyendo. La camarera no pudo contener la risa. Resultaba anticuado con los pantalones de piel, las botas negras con tachuelas, una camiseta con una calavera enorme sacando la lengua y en la nariz un par de gafas de montura negra, que le daban un aspecto serio y pedante, detrás de las cuales sus ojos verdes parecían pétalos pegados entre dos suaves marcos de pestañas cobrizas.

—No eres normal, By —dijo—. Ahí fuera te las sirven en bandeja a un ritmo endiablado y a ti solo se te ocurre refugiarte aquí dentro y ponerte a

leer. ¿Calvino? Espero que, al menos, sea algo obsceno.

Byron sacudió la cabeza y se desentumeció a la vez que soltaba *El barón rampante*.

—Para nada —respondió—. Me has pillado in fraganti. Debería haber examinado algunas cuentas, pero me he concedido una pausa. Me temo que no soy un gran empresario. —Se quitó las gafas y sonrió, pero su expresión era forzada, casi plastificada.

—Aún no lo has superado, ¿verdad? —Eve lo miró con tristeza y una ternura maternal.

—¿Te refieres a la cita que ha organizado mi abuela? Consigue encasquetarme esas tipas incluso estando a miles de kilómetros. Si me fuera a vivir a Alaska, estoy seguro de que encontraría a la hija de un viejo amigo que en su día se instaló en Anchorage para ganar dinero quemando el cielo —observó Byron, pese a que los ojos dulces y brillantes de Eve aludían a algo más importante que una cita fallida.

Eve era una buena amiga, se conocían desde hacía muchos años: Eve era la única a la que le permitía recordarle las heridas con los bordes aún desgarrados. La única que le hablaba del tema sin ensañarse, sin culparlo, sin echarle sermones ni invectivas. La única que se preocupaba por su corazón. A pesar de ser una joven muy guapa, con una melena larga y pelirroja y unos ojos de color verde agua, entre ellos nunca había habido nada: no solo porque a Byron nunca le había atraído, sino también porque Eve prefería los encantos femeninos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó ella—. ¿Un año?

—Más o menos.

—¿Aún te duele tanto?

No le dio una respuesta precisa, se limitó a sonreírle de nuevo, tratando de parecer más espontáneo que antes. No siempre se sentía mal: el dolor había dejado de ser una cita cotidiana, lástima que se hubiera convertido en algo peor. Cuando se encontraba con él a diario, cuando se despertaba a su lado, cuando lo sentía palpar en la espalda y cada vez que respiraba, al menos no lo pillaba por sorpresa. Ahora, en cambio, podía estar bien varias horas y luego, de repente, el traidor aparecía como un demonio en una habitación vacía y el corazón le daba un vuelco. Sucedió siempre de improviso, un recuerdo, un perfume, e Isobel lo encadenaba de nuevo a su pasado y transformaba el mundo en un lugar horrible para vivir y su conciencia en una trampa dentada.

Ni siquiera Eve sabía la *verdad*. No del todo. Veía lo que se podía ver desde fuera —un joven viudo que de vez en cuando era presa de la melancolía—, pero no lo sabía *todo*.

—Al menos podrías, qué sé yo, divertirme —le sugirió ella. Se había encendido un cigarrillo con aroma a menta y lo estaba fumando al lado de una pequeña ventana protegida con rejas, más allá de la cual se divisaba un callejón rodeado de muros.

—¿Con las tipas de antes? —Byron se rio, al mismo tiempo que se ponía de pie.

—Con una que te guste. No puedo creerme que no te atraiga ninguna.

Por un instante, por la mente de Byron pasaron unos labios rojos y carnosos. Sonrió y esta vez su sonrisa fue sincera. Eve estaba mirando por la ventana y no se dio cuenta.

—Antes he visto una —prosiguió ella dando la última calada a su cigarrillo—. Una que está muy buena. En un mundo perfecto una tipa así se acostaría conmigo.

—¿Por qué no lo intentas?

—Bah, no lo sé, no creo que sea lesbiana. Yo en tu lugar la tendría en cuenta. Siempre y cuando no la haya atrapado ya alguien.

Byron no mostró el menor interés por la belleza anónima y tentadora. Miró la hora en su macizo reloj de muñeca, un viejo Poljot ruso, que habría dado pie a su abuela a acusarlo de ser un espía comunista. Hizo una mueca.

—Los chicos llegan tarde. ¿Ian está en el bar?

—Sí, pero ahora voy yo también.

—Os echo una mano.

En ese momento dos jóvenes entraron en la sala. Eran más jóvenes que Byron, pero vestían como él: pantalones de piel, *piercing*, desgañados desde hacía un cuarto de siglo. Uno bebía cerveza de una botella de Guinness y el otro llevaba en los labios un cigarrillo apagado.

—Rod —dijo Byron mirando al joven que estaba bebiendo—, ¿podrías no emborracharte? ¿Puedes beber después del trabajo?

—Vamos, By, solo es una cerveza —protestó el otro.

—Sí, claro, tienes cara de haber bebido solo una —prosiguió Byron en tono irónico mirando el rostro congestionado y los ojos inyectados en sangre—. Estoy empezando a hartarme. Subes más veces borracho que sobrio al escenario. El sábado pasado por poco no measte delante del público durante *Just the Way You Are*.

—Porque Billy Joel me repugna —objetó el joven apurando la cerveza y soltando un sonoro eructo.

Byron se acercó a él con aire resuelto.

—En ese caso, hablemos claro. Si vuelves a mear fuera del tiesto, te despediré. Y no me refiero solo a tus pésimas costumbres higiénicas. No eres lo bastante bueno como para que deba soportarte. Además, algunas clientas se han quejado de que tienes las manos largas. Esta noche es tu última oportunidad. Si vuelves a equivocarte, recoge tus cosas y esfúmate.

Al cabo de una hora, el local estaba más lleno y el ruido había aumentado. Byron, que servía en la barra con Eve y Ian, en una especie de cadena de montaje experimentada y eficiente, miró a Corky, que volvía a tener un cigarrillo apagado entre los labios, y le preguntó dónde se había metido Rod. El joven se encogió de hombros y dijo:

—Ha visto a una que le gusta. Ya sabes cómo es.

La mirada verde de Byron se ensombreció. Sabía cómo era Rod. Se lo había advertido: «Si te vuelvo a pillar metiendo las manos en las bragas de una mujer que no quiere que le metas las manos en las bragas, te despediré y te partiré las piernas».

Y, al no verlo por ninguna parte, ni siquiera en el bar, el riesgo de que estuviera haciendo algo que le iba a obligar a partirle no solo las piernas, sino también algún que otro hueso más, era elevado. Byron no era violento, no resolvía los problemas a golpes, pero con alguien que no comprendía el significado de las palabras y las frases era necesario recurrir a algo más concreto y ejemplarizante.

Salió de la barra y se puso a buscarlo. La luz era tenue y la multitud apremiaba, sentada a las mesas o de pie, al lado del escenario destinado a la banda. Alguien lo saludó sonriendo, un par de chicas hicieron amago de detenerlo. Byron dejó atrás a todos, ignorándolos. Debía encontrar a ese pedazo de idiota antes de que organizase algún lío.

De repente, en medio del caos, oyó un grito femenino desesperado. El llanto de una mujer. Procedía de la zona de los servicios. Se precipitó hacia allí con la viva sensación de que esta vez había ocurrido algo irreparable. Los pocos segundos que lo separaban de la dramática certeza de que se iba a encontrar con una escena violenta, con una joven herida, violada, moribunda, no fueron los más espantosos de su vida —había vivido otros mucho más proféticos que esos—, pero fueron, en cualquier caso, bastante terribles. Su

fantasía más inquieta se desbocó. No bastaría con despedirlo, debería denunciarlo y...

Apenas enfiló el corto pasillo que daba a los servicios, Byron se quedó boquiabierto.

No vio una mujer llorando, sino a Rod. Por lo visto, cuando tenía miedo de verdad, tenía vocecita de eunuco. No había tenido miedo cuando, en más de una ocasión, le había intimidado para que dejara de comportarse como un capullo, pero ahora estaba aterrorizado.

Tenía miedo de la persona que, después de haberle dado una patada en los huevos, lo había empujado contra la pared con las manos metidas entre las piernas y le estaba dando puñetazos en la cara como un boxeador experto.

Solo que no era un boxeador ni un hombre.

Era ella. La alumna deslumbrante y de aire salvaje. Alta, fuerte, capaz de golpear como un hombre, como alguien habituado a defenderse.

Superado el instante de desconcierto —casi hipnótico—, Byron la agarró por los hombros y la detuvo. Podía matarlo. La cara de Rod era una máscara carmesí. Los nudillos de la joven estaban ensangrentados.

Ella se desasíó furibunda como una Erinia injustamente aprisionada.

—¡No me toques! —lo intimidó asestando un codazo hacia detrás que hizo vibrar las costillas de él. Byron se quedó impresionado por su fuerza, que no era solo física, una fuerza que parecía brotar de un mundo interior profundo y caótico, y se tambaleó como una copa en el borde de una mesa, que vacila entre fuera o dentro de esta.

Después, sin añadir nada más, la joven le golpeó también la nariz. Byron sintió un dolor cegador y el sabor de la sangre en la boca unos segundos antes de que ella se volviese, viera la escena, comprendiese a quién había herido y parpadease una vez, al ralentí, con el aire resignado de quien sabe que ya no puede seguir combatiendo ni escapar.

CAPÍTULO 5

FRANCISCA

No vivo en un palacio, desde luego, pero me gusta mi casa. Salvo por la cama, los libros, un sillón y el ordenador, está vacía. Y yo, sentada en la moqueta con la espalda apoyada a la pared, tratando de escribir el maldito poema.

Mi mente es una secuestradora aérea, una terrorista. Por mucho que intente hacerla ir por un camino, ella me sigue apuntando una pistola en la sien y vuelve a Marcus. Quiero y debo olvidarlo, pero ciertas cosas son más fáciles de decir que de hacer. ¿Cómo puedes borrar de un plumazo al único hombre por el que no has sentido náusea ni el deseo de sacar un cuchillo para tatuarle el intestino? Para mí la poesía es vida, salvación, valor, sangre derramada para liberarse. Y todas estas cosas me llevan a él.

Me vienen a la mente, con una insistencia casi enfermiza, unos versos de *Funeral Blues* de Auden. Solo estos, repetidos una infinidad de veces.

Él era mi norte y mi sur, mi este y mi oeste,
mi semana de trabajo y mi descanso dominical,
mi día y mi noche, mi charla y mi música.
Pensé que el amor era eterno: estaba equivocado.

De forma instintiva, rodeo una muñeca con los dedos. Rozando las marcas que me hice hace doce años está la pulsera que llevo siempre. Salvo la relación que guarda con cierto momento y cierto lugar, la pulsera no vale nada. Dieciséis años, Marcus y yo nos veíamos a escondidas por la noche, en el instituto, saltando los muros, las verjas, los obstáculos que no separaban. Éramos unos animales encadenados. Éramos unos ángeles caídos. Nuestros

besos era más que besos: eran puntos de apoyo suspendidos sobre un precipicio. Me aferraba a su lengua como si, al soltarla, pudiera caer al vacío. Su cuerpo me hacía sentirme viva, protegida, ni aplastada ni violada. El infierno de su vida se parecía al mío. Teníamos más cosas que olvidar que cosas que recordar. Así, siendo el presente una caja negra y vacía, lo llenábamos nosotros con nuestras caricias, que casi nunca eran caricias, sino manos que se hundían en tus costillas, te prendían y moldeaban tu pobre arcilla herida. Una noche me dio esta pulsera. La había hecho él, había cogido los hilos de una tela verde y azul, a saber de dónde los había arrancado, y los había trenzado para mí. En la parte interior había escrito nuestros nombres con un rotulador de color plata, seguidos de las palabras PARA SIEMPRE.

«Pero para siempre no existe. Nada es eterno, ni siquiera la forma de las montañas, no digamos el sentimiento de un muchachito prisionero.»

La acaricio y me parece estar tocando una herida. Duele más que las verdaderas.

De repente, llaman a la puerta.

¿Quién puede ser?

No tengo amigos entre los vecinos, apenas los saludo.

Cuando veo a Sophia en el rellano, con un vestido de color azul celeste, tan de moda que hace que me sienta más andrajosa que nunca, si no le pregunto qué demonios quiere es porque en el fondo de mi alma debe de quedar algún resto inexplicable de buena educación.

—¿Aún no estás lista? —me pregunta mirando mis vaqueros rotos en las rodillas, los pies descalzos y una camiseta blanca con la mano de un esqueleto mostrando el dedo del medio.

—¿Para qué?

—¡Para salir conmigo y con Willy!

—No tengo la menor intención de salir contigo y con Willy.

Sophia entra en la habitación, casi la única de la casa, exceptuando una especie de trastero que contiene la cama, un cuarto de baño cuyas paredes puedo tocar con solo abrir los brazos, una cocinita de juguete y mi parte preferida, una terraza minúscula. Me gustaría llenarla de plantas, aunque luego no quede espacio para mí: así, cuando mi humor se desplome como un cadáver, me asomaré y miraré las hojas que acaban de brotar, las flores invernales, me parecerá que las oigo hablar y me sentiré mejor. Siempre he tenido esta pasión secreta, una pasión que jamás he revelado a nadie, tan intensa como la que siento por la poesía. Cuando la vida es un infierno, es

necesario agarrarse a algo que tenga el color y el sabor del paraíso. Por desgracia, por el momento solo tengo una planta crasa sin un solo pétalo. Es una escila morada con las hojas manchadas: la llamo Escila, como si fuera una amiga.

Sophia me mira a la cara y luego comenta en tono comedido:

—Estás triste. Otro motivo más para salir conmigo y con Willy.

—Si estuviera triste, Willy y tú aumentarías mi tristeza, hazme caso. Ve sola.

—Pero ¡no puedo!

—¿Por qué no puedes? ¿Tienes alguna parte del cuerpo paralizada? Muévete y ve, no me parece una gran hazaña. Si te has atrevido insinuarle que le gustas, supongo que también podrás...

Me interrumpe con una expresión malhumorada, casi caprichosa.

—No le he insinuado nada —afirma—. Mejor dicho, lo intenté, pero creo que no lo ha entendido.

—Te escribió un mensaje, ¿no? Entonces seguro que lo ha entendido.

—Eso era..., bueno, era una verdad a medias. Me escribió un mensaje, sí, pero le gustas tú. El problema es que lo asustas y no se ha atrevido a decírtelo en persona. Así que me pasó la nota a mí y... me rogó que te preguntara si quieres salir con él.

La miro, mis ojos son dos ranuras. Si Willy estuviera aquí, le borraría cualquier sentimentalismo hacia mi persona sin decir una palabra. Me bastaría mirarlo con algo de fijeza, pues no lo miro jamás, solo cuando no me queda más remedio, porque debo servirle el repugnante té con aroma a cúrcuma que tanto le gusta.

—Para que comprendas las ganas que tengo de salir con Willy, puedo ponerte un ejemplo: entre él y que me ahorquen con hilo metálico, prefiero el hilo metálico.

—¡Te lo ruego! ¡Si no vienes tú, yo no puedo ir! —proclama Sophia, en parte enojada y en parte suplicante—. Me invitó también a mí porque..., porque le das miedo, ya te lo he dicho. En fin, que soy su carabina.

—No saldría con un hombre que necesita una carabina aunque me torturaran o me pagaran en lingotes. Lo siento, Sophia, no solo no quiero meterme en líos, tampoco quiero citas ridículas sin futuro. No quiero nada de nada.

—Pero ¡al menos así me darías una oportunidad! —insiste ella—. No me importa que siga sintiendo miedo de ti, al contrario, asústalo todo lo que

puedas. Así entenderá que no eres la persona que le conviene y quizá se fije en mí.

—Ningún hombre vale un razonamiento como ese. No debes ser la rueda de repuesto de nadie.

«Quien no te quiere, porque prefiere una carita de jodido ángel, no merece siquiera un pensamiento.

»Aunque luego pienses en él de todas formas.

»Y las poesías te lleven siempre allí.

»Y tengas su nombre pegado a cada pedazo de piel y unos tatuajes similares a los suyos.»

—¡En tu caso es fácil de decir! —estalla Sophia con una expresión cada vez más patética—. ¡Eres guapísima! ¿Te has mirado al espejo! ¡Eres igual que Jessica Alba!

Me gustaría preguntarle si sabe lo que se siente cuando se es dueña de un cuerpo que no pasa desapercibido ni siquiera cuando lo escondes, lo humillas e intentas incluso matarlo. No me gusta ser así, yo no pedí ser así. Me gustaría parecerme a un vulgar papel pintado, que se queda donde lo pones sin que nadie lo note, lo quiera o intente tocarlo.

Cuando me dispongo a decírselo, su melancolía me refrena. Por lo general, Sophia sonríe como, supongo, deben de sonreír al alba los girasoles. Su tristeza no es una pose: es como si ella también fuera la mayor parte del tiempo con una máscara y ahora se la hubiera quitado. En este momento sus ojos parecen unos pequeños espejos mojados. No sabe nada de mí, de mis secretos, de mi dolor, que protejo con los puños, pero yo tampoco sé nada de ella, de su dolor, que protege con la sonrisa. Así que, tal vez valga la pena hacer una estupidez, algo que, en condiciones normales, no haría ni muerta.

—Está bien, iré contigo, pero solo para aterrorizar a tu Willy, a ver si entiende que si no cambia de idea le pondré la cara del revés. Entretanto, a ver si puedes enamorarte de otro. No te contentes con uno al que solo le interesa la forma de tus tetas.

Mientras lo digo, tengo que dominarme para no dar patadas a una pared, la que sea. Porque pienso que es cierto que soy guapísima, de nada sirve fingir que no es así, *no-pero-qué-dices-no-me-tomes-el-pelo*. Y, aun así, Marcus me dejó al final.

Solo soy un cuerpo que atrae las miradas por la calle. Soy una boca que todos desean lamer, pero cuando se trata de querer, la puerta es otra y el arcoíris está al otro lado del puente. A fin de cuentas, ¿de qué me sorprende?

El amor es una leyenda menos probable que la del cocodrilo en las galerías del metro de Nueva York. De vez en cuando alguien dice que lo ha visto, pero después se le pasa la cogerza.

Espero que también a mí se me pase lo antes posible.
Mientras tanto, los versos de Auden vuelven a atormentarme.

Parecen escritos para mi vida.
Ya no hacen falta estrellas: quitadlas todas,
guardad la luna y desmontad el sol,
tirad el mar por el desagüe y podad los bosques,
porque ahora ya nada puede tener utilidad.

Reconozco que soy estúpida. Quién me iba a decir que a Willy le gustan los locales así. Sophia tampoco debía de imaginárselo, porque abre los ojos desconcertada como la heroína de un manga japonés. Willy lleva un traje de piel. Willy —el mismo que durante el día se viste de Sombrero Loco y bebe té en unas tazas de cerámica color aciano prestando atención para no levantar el meñique— lleva un pendiente en forma de cruz y se ha echado un cubo de gel en el pelo. Además, habla tanto que se echan de menos sus silencios vespertinos. No solo parece otra persona, parece proceder de otro planeta.

El local se llama Dirty Rhymes y es muy raro. Es un cruce entre un bar de los años ochenta y el tugurio de un brujo. No sé cómo es posible unir estas dos características sin crear algo espantoso, pero he de reconocer que el resultado es agradable. Los colores cálidos y los arcos góticos podrían chirriar como los cristales y las cuchillas, las *jukebox* y las paredes de ladrillos a la vista detestarse más que el agua y el aceite y, sin embargo, el conjunto funciona.

—¡Luego actúo yo también! —dice Willy en voz alta, en medio de una sala donde retumba la música salvaje de un baterista que aporrea lo que, a primera vista, parece un instrumento artesanal hecho con ollas y latas de pintura—. Después del grupo del local. ¿No es divertido?

—¿Tú tocas? —le pregunta Sophia, anacrónica a más no poder con su trajecito azul celeste, tan fuera de lugar que parece un cordero en medio de una manada de lobos.

Él bebe un par de tragos de Guinness y asiente orgulloso:

—Sí, por lo general la guitarra. He estudiado en el conservatorio, pero

el rock también me gusta. El sábado dejan que los aficionados hagan lo que quieran en el escenario durante tres minutos exactos. Me he traído un ukelele y tocaré *Creep*, de los Radiohead. Me escucharás, ¿verdad? —me pregunta. Llevamos aquí una media hora y no ha dejado de seguirme como si fuera un cachorro de cocker.

—Ni lo sueñes —replico con una ruindad deliberada. Por desgracia, cuanto más lo desprecio, más subyugado parece. Debe de ser algo masoquista.

Cuando Willy se marcha para hablar con el encargado de la música, Sophia me dice con resentimiento:

—No me hace el menor caso, ¿te has dado cuenta?

—Creo que le gusta que lo traten mal. Dile lo peor que se te ocurra.

—¿Que el negro no le favorece?

—Um... Me parece que voy a tener que darte unas cuantas lecciones de sinceridad brutal. Entretanto, ¿sabes lo que vamos a hacer? Acabo la copa y me voy. Soy demasiado vieja para todo este barullo.

Sophia pone cara de pobre huérfana abandonada, pero no me convencería aunque fuera vestida con harapos y vendiera cerillas en la calle. Quiero marcharme, así que me alejo de ella para apurar la cerveza y luego escabullirme.

De repente, el tipo que estaba aporreando las ollas y las latas termina su solo y, tras unos segundos a oscuras, las luces se vuelven a encender y enfocan varios instrumentos musicales más tradicionales. Al mirar con más atención la pared, comprendo que se trata de una pizarra gigantesca.

En la misma hay una frase escrita con tiza de color rojo: «DONDE LAS PALABRAS FRACASAN, HABLA LA MÚSICA (HANS CHRISTIAN ANDERSEN)».

El rincón destinado a las actuaciones lo ocupa ahora una banda. Un teclista, un guitarrista y un cantante sentado en un taburete con la cabeza inclinada tocada con un sombrero estilo Panamá, pero totalmente negro, que le cae oblicuo sobre la frente.

Levanta la cara y veo uno de sus ojos.

Verde jade.

Una melena voluminosa de reflejos cobrizos, larga hasta los hombros.

Una barba con idéntico esplendor llameante.

Dos hoyuelos que no puedo ver, pero que están ahí.

Canta.

Mi profesor de Poesía canta.

Su voz es condenadamente sexi, ronca, cálida, como una lengua insinuándose entre mis labios.

Sacudo la cabeza para desechar esta sensación absurda, pero lo observo petrificada. Mejor dicho, lo miro fijamente. La intención de marcharme es ahora tan consistente como la respiración de un espectro.

Durante más de media hora, los Dire Straits, los Queen, los Rolling Stones, los Led Zeppelin y muchos otros actúan en la pequeña, abarrotada y oscura sala del Dirty Rhymes. No sé dónde se han metido Sophia y Willy, pero me da igual, solo veo un mar de sombras que bailan, entonan algún que otro verso, beben con avidez y se besan con voracidad.

De repente, me siento sola.

El profe canta *Piece of My Heart*, de Janis Joplin, sin acompañamiento musical. Solo su voz, apacible y ardiente.

Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca me oyes cuando lloro por la noche, nena, y lloro todas las noches, pero cada vez me digo que no, que no puedo soportar más este dolor.

El dolor se expande como un gas mortal destinado a matarme solo a mí. Tengo que salir de esta sala, alejarme de esta voz, de esta canción en especial: la escuchaba a menudo, *entonces*. Me ponía los auriculares y la escuchaba y la cantaba en silencio mientras Marcus dormía a mi lado, aunque no demasiado cerca, separado de mí después del sexo, y, ahora lo sé, separado también de mí *durante* el sexo.

Escapo, me siento como una polilla huyendo de la luz. Me abro paso entre la gente, enfilo un pasillo, llego al cuarto de baño. Varias chicas fuman, otras se pintan los labios de color cobalto, todas me miran. Me miran con unos ojos que conozco, los ojos feroces y despiadados de las mujeres cuando quieren ser feroces y despiadadas. La belleza siempre ha sido mi peor enemiga en todos los sentidos, en cualquier momento. Incluso mi madre me miraba y no veía ya a su hija, a su carne, a su futuro: cuando dejé de ser una niña a la que podía trenzar el pelo, para ella me convertí en una condena perfecta, hermosa y encantadora.

Me veo agarrando las cabezas de estas brujas pintarrajeadas y haciéndolas chocar unas contra otras, pero mi fantasía no va más allá. Me encierro en uno de los retretes y oigo susurros y risas que rezuman veneno concentrado. Después, la banda de capullas se marcha, quizá a esposar a sus hombres antes de que yo, la puta que acaban de ver, la que quiere tirarse a

todos los hombres con los que se cruza, salga y los devore. Apoyo la espalda en la puerta y entretanto la canción se termina. A continuación, se oye el espantoso alarido de una guitarra mal tocada, que cesa de golpe como si alguien hubiera pulsado un interruptor o matado al guitarrista.

No sé cuánto tiempo paso encerrada en ese agujero, que apesta a desinfectante: sé que obligo a Axl a ayudarme, a impedir que lloro. Janis quería volver a despertar mis lágrimas, pero no se lo permito: yo no lloro, yo no lloro, yo no lloro.

Cuando salgo veo que todos se han marchado. De la sala me llegan otras notas. Todo me parece ya solo ruido. Me enjuago la cara. Tengo que volver a casa como sea. ¿Cómo he podido pasar varios años de mi vida frecuentando todas las noches lugares como este? ¿Hubo un tiempo en que este estruendo me parecía música?

Quizá no, quizá siempre me haya parecido ruido, pero el fragor infernal puede ser mejor que el infierno de los pensamientos.

Además, no estaba sola.

«Que te den por culo a ti también, Marcus. Ahora mismo me marcho y no volveré a pensar en ti y, si se te ocurre volver, destruiré el mundo.»

Pero en el pasillo encuentro un obstáculo. En un tramo estrecho, dominado por una extraña lámpara de pared con un dragón de hierro con las fauces abiertas, hay un tipo: está medio borracho y está tratando de encenderse un cigarrillo, pero no consigue centrar la llama. Alza la cabeza y al verme esboza una sonrisa pletórica de mensajes no subliminales. Una sonrisa que quiere decir: qué buena estás, tía, y, como estás tan buena, eres puta, y, dado que eres puta, ahora te tocaré el culo y te meteré la lengua en la boca y, si se tercia, te follo y tú calladita.

Pobre imbécil. He hecho trizas los huevos de tipos mucho más fuertes que tú.

Dice varias gilipolleces con voz pastosa, alarga un brazo, intenta arrinconarme. En un abrir y cerrar de ojos, la hidra que he intentado sepultar rompe la aureola de buena chica que luce desde hace tiempo y emerge de nuevo. Recuerdo todas las veces que se ha repetido esta escena, desde que tenía doce años, pero ya no tengo doce años y los que pretenden hacerme daño no saben el error que cometen. Empiezo a pegarle con la furia insensata de un ciego y la precisión del que tiene una vista perfecta. Lo sé, no estoy golpeándolo solo a él, que, a fin de cuentas, no ha tenido tiempo de hacer nada, pero en ciertos momentos el llanto o la risa son simbólicos, igual que

una paliza. Cuando me defiende, nunca lo hago de un solo peligro, sino por todas las veces en que he estado en peligro y no he sabido protegerme. Lo hago como si retrocediera en el tiempo, como si, con cada golpe, el daño se convirtiese en aire y el miedo en alivio. Quien no ha sentido esa desesperación no puede comprender esta locura. En cierto momento, mientras me desahogo, el cabrón bracea y me toca la cara con una mano: lo esquivo, pero no soy lo bastante rápida. Un anillo de metal me golpea la mandíbula: un dolor rápido, la crepitación de la piel al abrirse, el olor de mi sangre. Me cabreo aún más. Ahora no lo vapuleo solo para defenderme, lo vapuleo para matarlo.

Pero, de repente, alguien me agarra los hombros. En lugar de rendirse, mi rabia se acrecienta. Solo un milagro puede aplacarme, solo eso o un disparo en la nuca.

Doy dos codazos hacia detrás y me centro primero en las costillas y luego en la nariz de la persona que está tratando de inmovilizarme. Oigo un crujido fluido, como el ruido que hacen las ramas al romperse y la miel al gotear. El primer tipo ya es inofensivo, ahora debo desembarazarme del segundo.

Me vuelvo, más decidida que nunca llevármelo también por delante, y dos clavos de color verde jade me paralizan.

—¡Tranquila, no quiero hacerte daño! —exclama alguien que, en los últimos tiempos, veo demasiado a menudo.

La sorpresa me produce un extraño efecto: no es un disparo en la nuca, pero casi. Es una bofetada que interrumpe la risa histérica de un niño. No, es una luz que se apaga dejando sumida en la oscuridad una habitación, el mundo entero.

El tipo que he derribado, mejor dicho, lo que queda de él, sangra en un pañuelo, gimiendo y mascullando una retahíla de insultos.

Estamos en una sala apartada, en el interior del local, tengo las manos ensangrentadas y una herida en una mejilla y me duele la cabeza. De pie en un rincón, espero a que suceda lo que debe suceder.

Solo lamento la decepción que van a sentir Monty y Annie. Ellos confiaban mucho en mi redención. No saben que en una casa con los cimientos llenos de moho, líquenes y ratoneras no basta arreglar el tejado y poner un par de cortinas.

He hecho todo lo posible, lo juro, lo he intentado. No ha sido suficiente,

puede que sea imposible ocultar o domar lo que somos. Lo que somos es como el color natural del pelo: por mucho que te tiñas de rubio, nunca te librarás de la raya.

A nadie le importará que me haya provocado, que yo me haya defendido. ¿Qué puedo hacer si soy una perdedora que tropieza hasta con sus zapatos, si sé oler el peligro y zurrar a un hombre? A nadie le importará la verdad. Igual que la otra vez, cuando esos dos tipos me apuntaron con un cuchillo a la garganta: al final ellos eran los buenos y nosotros los malos.

El profesor dice algo al chico herido. A pesar de que habla en voz bastante alta, no oigo nada: el ruido de mis dientes es más fuerte. Castañetean, castañetean, castañetean. Dientes tambores, dientes nudillos en la madera, dientes tacones de claqué. ¿Qué me pasa? ¿Por qué tengo frío?

—¿Cómo estás? —Levanto la cabeza de golpe y lo veo delante de mí, Byron Lord. Tiene la nariz manchada de sangre y se aprieta una fosa con un pañuelo. Lo más raro no es que mi profesor de Poesía contemporánea sea también cantante rock y propietario de una discoteca y use pañuelos grandes de tela en lugar de los de papel, como si fuera un duque francés del siglo XVIII. Lo más raro es que, después de que casi le he roto la nariz, este extravagante duque francés de melena larga, que luce un anillo con un ónix engastado entre unas garras de plata, me está sonriendo—. ¿Puedo? —añade haciendo amago de alargar un brazo hacia mí. Lo detengo con una rapidez espontánea—. Solo quiero ver la herida, no te haré nada —insiste.

Odio reconocer que tiene una voz muy agradable. Me hace inclinar la cabeza, me examina.

—No es grave —comenta al final—. Es una herida superficial.

—Estoy bien, acabemos de una vez por todas —murmuro echándome hacia atrás. Apenas muevo el cuello siento náuseas. Seguro que estoy ardiendo, como si tuviera una fiebre de caballo. Mis brazos parecen trapos mojados, las piernas plumas pateadas.

—¿Acabemos de una vez por todas? —repite el profe frunciendo el ceño. Arruga el pañuelo en una mano: alrededor de uno de los orificios nasales tiene una pequeña costra marrón y una hinchazón amoratada. Me sorprende al desear no haberle roto la nariz: es tan recta y armónica, tan condenadamente ducal, tan perfecta, en medio de su cara perfecta...

«¿Cara perfecta? Ok, confirmado: tengo fiebre.»

—Sí, llamad a la policía, al ejército, así acabaremos de una vez por todas —afirmo. Me gustaría moverme con paso resuelto, expresar también

físicamente mi firmeza, pero no puedo. Me imagino ya los consabidos trámites, las preguntas, el pasado que vuelve. La mera idea me produce angustia.

«*Please don't cry*, Fran.»

—¿No te encuentras bien?

—El hecho de que casi le haya roto la nariz no lo autoriza a tutearme.

«¿O sí?»

—Estoy seguro de que empezó Rod. Siempre empieza él. Solo que esta vez se ha encontrado con la horma de su zapato. No se puede decir que te hayas quedado corta, desde luego. En cualquier caso, no piensa llamar a nadie —prosigue él en el mismo tono confidencial—. Está colocado de marihuana, además de borracho, así que supongo que eso es lo último que desea hacer. Por el mismo motivo, tampoco quiere ir a urgencias. Además, debería admitir que le ha pegado una mujer y eso lo haría sentirse más idiota de lo que ya es. ¿Tú qué piensas hacer?

—¿Y tú? —le pregunto a la vez que caigo en la cuenta de que he dejado el «usted» detrás de una puerta cerrada.

—¿Yo qué?

—Por la nariz, no...

Se echa a reír.

—Yo también tendría que admitir que me ha pegado una mujer. Ni hablar. Más bien, además de esa pequeña herida, ¿Rod te..., bueno, te molestó?

—Si me hubiera molestado *de verdad*, estaría muerto —contesto. No sabe hasta qué punto es cierto.

Se ríe de nuevo, al mismo tiempo que saca una goma de un bolsillo y se recoge el pelo en una coleta baja. La luz de una lámpara en forma de dragón, parecida a la que hay en el pasillo, se refleja en el ónix del anillo y en sus ojos, tan verdes que parecen dibujados por un niño que ha querido pintar de verde el mundo entero. Recuerdo la voz con la que cantó *Romeo & Juliet* de los Dire Straits y me vuelvo a sentir extraña, febril, asustada. Me gustaría escabullirme en este mismo momento.

—Bueno, yo me voy —digo en tono inflexible.

—Debemos desinfectarte la herida y ponerte una tiritita.

—No *debemos* hacer nada, como mucho yo *debo* hacer algo.

—¿Has venido sola?

—Eso es asunto mío.

—Y mío. La herida no es profunda, pero estás muy pálida. Si te mueres aquí, tendré que llamar a la policía.

—No tengo la menor intención de morirme.

«¿O quizá sí?»

Además de buen samaritano, ha resultado ser tozudo, y no da su brazo a torcer.

No tengo ningunas ganas de ver otra vez a Sophia y Willy esta noche. Lo único que quiero es tumbarme en una cama y dormir. «Puede que también morir.»

—No —respondo y hago amago de dirigirme hacia la puerta. No debo darle más explicaciones: como todos seguimos vivos, Rod, o comoquiera que se llame el cretino que quería divertirse conmigo, es un gallina, la naricita parisina del profe ha aguantado el golpe y mi herida es poco más que un arañazo, diría que nuestros caminos pueden separarse con toda tranquilidad.

No obstante, siento que aún me tambaleo al caminar.

«¿Qué me pasa? ¿Cómo es posible que el golpe insignificante de un cretino me haga sentirme así?»

El profesor me sujeta por un codo. Me vuelvo y lo fulmino con la mirada.

—Disculpa, solo quiero ayudarte —me explica sin soltarme—. No quiero molestarte. Me gustaría acompañarte adonde quieras que te acompañe, eso es todo.

Parpadeo lentamente, entre sorprendida y enfurruñada.

Debo de estar agonizando, desde luego, porque, de una forma que solo se explica si una enfermedad repentina y misteriosa me hubiera jodido el cerebro, en lugar de mandarlo a la mierda y al resto de lugares *elegantes* que conozco, en lugar de salir de la sala fingiendo que no necesito la ayuda de nadie, en lugar de levantar el dedo medio y enseñárselo con aire triunfal, oigo que mi voz dice:

—Ok.

Estoy oficialmente loca.

Voy con el profesor Lord en una moto Guzzi Nevada Aquila Nera. Detrás de él. Detrás de un casco de color plateado.

No lo conozco, apenas he hablado con él en un par de ocasiones. Y esta noche casi le he roto la nariz. Y le he mirado el culo, lo reconozco.

Pero no lo conozco.

Y yo no me fío de nadie.

Y siento angustia.

Entonces, ¿por qué no he vuelto a casa sola?

No lo sé, el ruido del motor y de mis pensamientos me aturde. Le he explicado vagamente dónde está mi casa y lo ha entendido enseguida. Me ha dicho: «Somos vecinos, vivo a unas cuantas manzanas».

Ni que quisiera saber dónde vive.

Cuando llegamos, sabe incluso dónde debe aparcar para que no le roben la moto. Me quita el casco y esboza una sonrisa, a la que respondo con una mueca que podría equivaler a «Gracias y hasta pronto» o a «Gracias y hasta nunca jamás».

Mientras me dirijo hacia el edificio, oigo su voz a mi espalda.

—Si subo a tu casa contigo, no pensarás que tengo malas intenciones, ¿verdad? Solo quiero asegurarme de que te desinfectas bien la herida y de que...

—No necesito ayuda, ya has hecho demasiado.

—De eso nada. Viniste a mi local y Rod te ha estropeado la noche.

—Y yo se la he estropeado a él. Y a ti —admito.

—La verdad es que pegas muy fuerte. ¿Sabes boxear? ¿Has asistido a algún curso de defensa personal?

«He asistido a la vida. Y me asiste la rabia que llevo dentro».

Pero no se lo digo.

Meto la llave en la cerradura, tambaleándome cada vez más. No lo hago a propósito. El mundo es una peonza, un terremoto, una casa arrancada por un tornado. Me apoyo en el marco y empiezo a comprender el motivo del mareo. No soy un frágil pinzón que enferma con el primer soplo de aire. Soy una frágil y falsa capulla que, por primera vez en varios años, ha tenido que afrontar un peligro sin Marcus. Por mucho que me esfuerce en restarle importancia, es raro verse involucrada en una pelea sin él. Quizá sea menos valiente de lo que pensaba y, una vez descargada la adrenalina, empiezo a tener miedo. O quizá solo esté cansada de las peleas, de las guerras, de estar siempre en alerta, de ver un enemigo en cada sombra, de anidar más rencor que esperanza.

—Te acompaño, no admito peros. —La voz del profe es ahora menos afable. No sé qué expresan mis ojos, pero no debe de ser nada tranquilizador, porque él me quita las llaves de la mano y abre la puerta.

Y yo, en lugar de mandarlo al infierno, le dejo que suba la escalera

conmigo e incluso que entre en el piso. Debo de haberme vuelto loca o estoy agonizando, no veo otra explicación.

En casa me tambaleo como si acabara de quedarme ciega. Voy al cuarto de baño y miro mi imagen reflejada en el cristal: lo que veo me asusta. No se trata de la herida, que es una línea sutil, poco profunda, que va de la oreja a la barbilla, pero que queda oculta por la mandíbula, y tampoco es la sangre coagulada en el cuello: son los ojos febriles y la extrema palidez que, en una piel como la mía, indica poco menos que una muerte inminente. Abro la puerta del armario para coger una aspirina, pero la arcada es más rápida.

Vomito en la taza la cerveza que bebí en el local.

En mi vida he tragado litros y litros de todo tipo de bebida, he fumado canutos hasta que me sangraban los párpados, pero jamás me he sentido tan mal. ¿Me estaré convirtiendo en una estatuilla de cristal? No me sienta bien comportarme como una buena chica si a la mínima parezco una quinceañera en su primera borrachera.

Mientras me levanto, me acuerdo del profe. Me lo recuerda él, mejor dicho: se asoma a la puerta y me pregunta si necesito ayuda. Luego, sin esperar la respuesta, se acerca a mí y hace un ademán similar al que hizo en el local. Me aferra la cara y la dobla hacia un lado.

—Hay que desinfectarla —afirma. Una vez más, sin pedirme permiso ni pensar que quizá no quiera que lo haga, rebusca en el armario que hay detrás del espejo. Lo observo mientras trajina, observo sus dedos largos, su perfil herido, sus labios carnosos, como los de una mujer, y me pregunto por qué no le ordeno que se vaya. Me ha acompañado, se sentía culpable, es un tipo atento, de acuerdo. Pero ¿qué sentido tiene esta segunda parte? Su presencia en esta casa, en esta habitación, su manera de mirarme con ese condenado verde brillante, su sonrisa, que de vez en cuando se transforma en una mueca de inquietud, ¿qué significan exactamente? Temo que el golpe de Rod me haya atontado más de lo que estoy dispuesta a admitir. Entretanto, el profe encuentra algodón y agua oxigenada, no recordaba que estaban ahí.

—Escocerá un poco, pero es necesario —sentencia, por fin. Se inclina hacia mí como si quisiera hacerlo él, pero no se lo permito. No estoy tan aturdida. Bueno, puede que lo esté, pero precisamente por eso debo reaccionar. Le arranco el algodón de los dedos.

—No necesito ayuda —repito—. Lo haré sola. —Paso el algodón por la piel, la herida aún está fresca, se fríe, crepita, sufre, pero no me inmuta.

—Apenas te quedará marca —comenta sin dejar de mirarme—, pero si quieres, mañana podemos ir a ver a mi médico para que te recete una crema que acelere la cicatrización y...

—Prefiero no decirte dónde puedes meterte la crema —replico tirando el algodón a la taza.

—He hecho café —prosigue él.

—¿Qué?

—He curioseado en la cocina. Un poco de café caliente te sentará bien. Calma la náusea.

—Oye, ya has hecho tu buena acción del día. Ahora esfúmate y...

—¿Vienes a tomarte un café? Luego me marcharé.

Su insistencia tiene algo de arrogante, pero también es delicada. No sé cómo es posible que en ella se mezclen las dos cosas. Lo miro y noto de nuevo su herida.

—Esto... —murmuro sin pensar, señalándome la nariz y luego a él—, si quieres, puedes enjuagarte y...

Acepta y sonrío. Pero ¿este hombre sonrío siempre? Se acerca al lavabo y se inclina hacia él: el agua fresca resbala entre sus dedos. Es insólito tener a alguien en casa, en el cuarto de baño, tener a alguien cerca que no sea un recuerdo ni un dolor. Guiño los ojos pensando que cuando los abra quizá descubra que estoy borracha, sonámbula o algo peor. En cambio, cuando vuelvo a abrirlos, él sigue aquí, se ha lavado también la cara, el agua gotea entre su piel y su barba, resbala hacia el cuello. Se recoge bien el pelo y luego me señala la puerta haciendo un ademán con el brazo, cortés y firme al mismo tiempo.

—El café está listo —repite.

Vamos a la salita, casi vacía, donde hay una cocina minúscula pegada a la pared. Me tiende una taza llena de un líquido oscuro, caliente y aromático. Bebo el café sin rechistar.

—Ahora vete —le ordeno, por fin, y al decirlo me siento extraña, como si la casa suspirase en mi lugar.

—Está bien, pero descansa. El lunes nos vemos en clase.

—Puede —replico en tono vago.

—¿Puedes decirme tu nombre?

—No.

—Como prefieras, no me costará nada descubrirlo.

—¿Se puede saber qué quieres de mí?

—Yo nada. Pregúntaselo al destino, que hace que nos encontremos en los mismos sitios con demasiada frecuencia. Quizá eres tú la que quiere algo de mí.

—El destino es la coartada de quienes no quieren mover el culo. No creo en las cosas que suceden sin más. Creo en las acciones de los que las hacen suceder. Por ejemplo, creo en esto: si no te vas, en un minuto, esa bonita naricita que he maltratado ya perderá su belleza para siempre.

«No es verdad, jamás lo haría, me gusta tu nariz.»

—¿Por qué estás siempre tan cabreada? Ok, esta noche tienes razones de sobra, pero me da la impresión de que siempre lo estás, no solo hoy y no solo por culpa de Rod. ¿Por qué? —me pregunta, con esa sonrisa blanca, algo inquieta, que se adhiere a sus labios y le roza las comisuras de los párpados.

Podría no contestarle, podría callar y mostrarle la salida de la manera más elocuente, pero, de nuevo, la extraña Fran de esta noche me toma la delantera.

—Para sobrevivir.

—Es la segunda vez que te oigo emplear esa palabra. Supervivencia. Así que necesitas la poesía y la rabia para sobrevivir. Has despertado mi curiosidad, me intriga saber qué secretos escondes.

—Jamás descubrirás mis secretos.

—Quién sabe, ojos de petróleo. Quién sabe. Jamás es un concepto sobrevalorado.

Con estas palabras, sin darme siquiera tiempo a replicar, se marcha dejándome de nuevo sola.

Me despierto de repente, sudada. Me quedé dormida con la ropa y los zapatos puestos, después de tragarme una aspirina. Falta poco para que amanezca, lo comprendo por la luz que se filtra por las ventanas, una luz pálida y sucia, como agua fangosa.

He tenido una pesadilla espantosa, aunque no la recuerdo bien: me ha dejado una sensación de ahogo. Me incorporo y me quedo sentada en la cama con la cabeza entre las manos. El corazón me late en las sienes.

En la mesilla hay un paquete de Camel y un encendedor. Saco un cigarrillo, lo enciendo y doy una calada.

Como hago en ciertos momentos de forma instintiva, acaricio la pulsera que me regaló Marcus.

La desnuda aspereza de la cicatriz que tengo en la muñeca me

sobresalta. Me pongo de pie de un salto a la vez que me subo la manga hasta el codo. La pulsera no está. Apago el cigarrillo en el mármol del alféizar y busco afanosamente entre las sábanas, bajo la cama, en el cuarto de baño, por todas partes. No está. De repente, me siento como si estuviera encerrada en una caja, no, peor aún, en una tumba. Jadeo con las manos metidas en el pelo, los labios entre los dientes, y tengo miedo, un miedo pueril y feroz. La pulsera era como un amuleto, con ella me sentía protegida. Y ahora la he perdido, la he perdido, ¿qué haré si...?

De golpe, recuerdo la pelea y comprendo lo que ha sucedido. Debió de caérseme en el local.

Me precipito hacia la puerta, resuelta a volver allí, pero me detengo a un paso de la salida.

«El destino quiere algo de ti.»

No existe el destino. No existe. Iré al Dirty Rhymes y buscaré mi pulsera, punto final.

«Pero esa pulsera no solo te protege, además te aprisiona. Te recuerda sin cesar a él. Te impide volver a empezar. Y quizá, digo quizá, la hayas perdido por algún motivo, puede que tu historia haya llegado a una encrucijada, puede que sea como en la poesía de Robert Frost. Debes elegir el camino menos transitado y debes hacerlo sin talismanes.»

Así que me paro y me dejo caer al suelo, resbalando por una pared. Me siento más sola que cuando me encerraron en la cárcel, que cuando salí de allí y vi en los ojos grises de Marcus el amor que sentía por otra, que cuando traté de retenerlo como pude, chantajeando a la conciencia de Penny.

Doblo las piernas y apoyo la frente en las rodillas, pero no lloro. Tengo dos posibilidades: buscar la pulsera o no buscarla. Y solo puedo elegir una.

CAPÍTULO 6

«Ojos de petróleo, labios de coral rojo. Dios mío, qué guapa que es».

Byron gruñó desabridamente contra sí mismo. Tenía que dejar de pensar en ella. No era un hombre de flechazos. Jamás había sentido ningún flechazo, ni siquiera por Isobel.

Había adquirido el local hacía casi un año y nunca se había acostado con una clienta. Solo había cometido un error con una alumna hacía un año y medio, movido por unos impulsos que nada tenían que ver con la pasión, y lo había pagado muy caro. No debía volver a ocurrir.

Sin embargo, a pesar de que podría haber llamado a un taxi, había insistido en acompañarla a casa. No lograba entender por qué.

¿Porque la habían agredido en su local? ¿Porque su belleza lo dejaba sin aliento? ¿Porque era alumna suya? Un poco por todo, la verdad.

Pero también porque le transmitía cierta melancolía. Era muy malhablada, pero parecía infeliz. Sus ojos emanaban tristeza y no una tristeza fútil, como la de una niña que se ha roto una uña, sino profunda, antigua, la tristeza de un iceberg que se está derritiendo, de un lobo enjaulado, de un árbol talado.

«Si tuviera dieciséis años, pensaría que me he enamorado. Pero no tengo dieciséis años y soy bastante insensible a esas cosas.»

No obstante, el lunes siguiente, después de haber pasado el domingo rumiando y prohibiéndose visitarla para ver cómo estaba, apenas entró en clase se dio cuenta de que la estaba buscando con la mirada. En vano.

La lección fue, sin lugar a dudas, interesante, hubo muchas preguntas y, al terminar la hora, los poemas de sus alumnos formaban una pila ordenada encima de la mesa. Byron ni siquiera los miró.

¿Dónde estaba ojos de petróleo?

«No es asunto tuyo, no es una niña.»

Con todo, a última hora de la mañana, cuando llegó al local para hacer de una vez por todas la contabilidad de mitad de mes, Eve le dijo algo que le recordó los ojos oscuros nadase-infantiles.

—La chica que partió la cara a Rod, esa morena que está tan buena, ¿sabes a quién me refiero? Sí que lo sabes, la mirabas como si fuera una cereza y tú un mirlo muerto de hambre. Sea como sea, ha pasado por aquí. — Byron se sobresaltó de tal forma que Eve soltó una risita irónica—. Vaya, veo que te acuerdas muy bien de ella.

—¿Ha venido? ¿Cuándo?

—Ayer, a primera hora de la mañana. Vine a poner un poco de orden y la encontré esperando fuera. Farfulló algo sobre algo que perdió el sábado por la noche. Buscó como una loca por todas partes, en los servicios, en el pasillo, incluso en tu oficina, pero no encontró nada. Por la cara que tenía cuando se marchó, no sé si se habrá tirado a un precipicio o si habrá arrasado una ciudad. ¿No la acompañaste a casa el sábado? ¿No te dijo nada entre una cosa y otra? —Se rio de nuevo a la vez que colocaba unos vasos en un estante.

—No teníamos nada de qué hablar. ¿Te dejó, qué se yo, un número de móvil al que llamarla en caso de que...?

—Por lo que veo tampoco te lo dio a ti. En cualquier caso, no, no me dijo casi nada, dos palabras para poder entrar y luego ni siquiera adiós. Es guapa, pero no ganará el premio a la simpatía.

Byron no hizo ningún comentario. Presa de un extraño frenesí, se puso a buscar en los mismos lugares sin saber qué. Al final, volvió al tramo del pasillo que llevaba a los servicios. Miró alrededor, pero no había ningún hueco donde pudiera ocultarse un objeto perdido. En ese punto las paredes eran lisas, de color amatista, sin recovecos. El único elemento llamativo era el dragón de hierro. Movido por un impulso, metió una mano en las fauces de la lámpara y allí, dentro de la boca metálica, encontró algo.

Parecía un cordoncito de colores hecho por un niño, viejo y medio roto. Lo observó intrigado. En un lado se veían con dificultad unas palabras. Tardó un poco en descifrarlas, pero al final leyó: «MARCUS Y FRAN PARA SIEMPRE».

Por la razón que fuera, la frase lo encolerizó, sintió una especie calambre agudo en medio del esternón y, por más que se fue con la misma rapidez con la que había llegado, le dejó una sensación dolorosa. Seguro que era de esa chica. Se llamaba Fran. ¿Marcus era su novio? ¿Su padre? ¿Su

hijo?

No, sentía que era su compañero, su novio, su marido o su amante. Debería haberse alegrado de que aquella joven tuviera un hombre. Uno al que, además, estaba unida para siempre. Uno tan importante que la había hecho correr hasta el local para buscar una baratija que carecía por completo de valor, excluyendo el sentimental. Nadie se molesta tanto si no es por amor.

Debería haberse sentido aliviado, pero no era así. Una sola palabra le zumbaba en la cabeza como una mosca, como un gruñido ahogado: «Coño».

En casa de la chica no había nadie. Llamó varias veces, pero solo le respondió el silencio. Su ausencia le produjo una ansiedad que podía parecer absurda en un hombre con un pasado diferente del suyo. Pero Byron tenía a sus espaldas una larga experiencia de silencios de significados aterradores y, a pesar de que no la conocía mucho, mejor dicho, no la conocía en absoluto, estaba seguro de que Fran —qué extraño llamarla así, seguía pensando que «ojos de petróleo» era su verdadero nombre— necesitaba ayuda.

Cuando salió de nuevo a la calle, la vio a lo lejos.

Caminaba hacia la parada del autobús. Llevaba una mochila en un hombro y fumaba un cigarrillo que luego apagó, tirándolo a un canal de desagüe, antes de subir.

Perseverando en su inexplicable locura, Byron la siguió y subió también. Era un autobús de rutas cortas, de manera que ella no se dirigía a ningún lugar extraño. Lo más probable es que fuera al salón de té donde trabajaba por las tardes.

«Me apeo en la próxima parada y dejo de meterme donde no me llaman.

»Le daré la pulsera cuando sea posible.

»No morirá sin esta baratija de cuerda.

»No morirá sin el tal Marcus, que, no sé por qué, me cae gordo.»

Pero Byron no se apeó en la siguiente parada. Ella tampoco. Se había sentado delante, cerca de la ventanilla y miraba por ella. La había visto antes: vestía una sudadera verde descolorida, con una capucha que parecía una cabeza cortada, unos vaqueros viejos que le quedaban grandes y unas botas de aspecto más que desgastado y, pese a todo, su belleza resplandecía como una luz imposible de apagar. También su melancolía: incluso a seis filas de distancia y separados por una docena de personas, sentía su inquietud, la notaba en el gesto repetitivo con el que se metía el pelo detrás de una oreja, en el cigarrillo apagado que tenía en la boca, en la manera en que se quitaba y

se ponía sin cesar la capucha de la sudadera.

Byron desvió por un momento la mirada y se asustó al comprender adónde se dirigía Francisca. No porque fuera un lugar terrible, al contrario, era maravilloso. Ese destino la hacía aún más atractiva a sus ojos. Porque ya no tenía ganas de volver atrás cuando llegaran al final de la línea, cada vez estaba más tentado de seguirla más tiempo y, de alguna manera, acercarse a ella y hablarle.

Su experiencia como profesor de Poesía que ha elegido Amherst, Massachusetts, como lugar donde enseñar, pese a tener la posibilidad de optar entre Harvard o Yale, le permitía afirmar con conocimiento de causa que no muchos estudiantes habían comprendido la importancia que revestía ese lugar. Para él había sido una decisión casi mágica, para muchos era tan solo una buena universidad y solo de forma marginal el lugar donde había vivido y muerto Emily Dickinson.

Que Fran estuvieran yendo allí, a Homestead, la casa museo de la extraordinaria poetisa estadounidense, tenía el sabor de una señal, de un indicio.

«¿Indicio de qué?»

No lo sabía, pero no por eso se desanimó. En la parada esperó a que Fran se apease y prosiguió su absurda persecución.

Por desgracia, las visitas guiadas debían reservarse con antelación y Fran no parecía haberlo hecho. Al otro lado de la verja, un pequeño grupo de menos diez turistas, seguía a una guía fotografiando cada arbusto. Ella contempló la escena a través de los barrotes, apretándolos como una niña que mira cómo se divierte un grupo de coetáneos sin poder participar. Luego echó a andar por la calle, en dirección a un pequeño parque próximo a la casa. Una vez allí, se sentó en un banco que estaba entre los árboles, los setos y los carteles indicadores, se puso unos auriculares, se encendió un cigarrillo y se puso a leer. Bueno, en realidad, abrió un libro y dejó la señal entre las páginas, a veces cerraba los ojos, se concentraba en la música que estaba escuchando, daba fuertes caladas al cigarrillo y parecía levitar fuera de aquel jardín, de aquel banco, de la ciudad y del mundo. De repente, Byron tuvo la impresión de que estaba llorando. ¿Eran lágrimas?

La simple sospecha lo indujo a acercarse a ella.

Pero si pensaba que la actitud meditabunda de Fran la distraía del espacio circunstante, se equivocaba de medio a medio. De hecho, apenas le posó una mano en un brazo, la joven reaccionó de forma, como poco,

impetuosa: le agarró la muñeca y se la torció con violencia. Acto seguido, abrió los ojos y lo miró fijamente, apretando el cigarrillo con los labios y quitándose los auriculares con la otra.

—¿Qué...? —dijo con rabia y estupor. Pero luego lo reconoció y lo soltó, no como si se arrepintiera de haberle hecho daño, sino como si no quisiera tocarlo—. ¿Qué haces aquí? —dijo.

—Lo mismo que tú, supongo. Visito el museo de Emily Dickinson. ¿Cómo estás?

Se acarició una mejilla, como si pretendiera decir: «Tu mejilla, tu piel, tu herida». Ella se llevó instintivamente una mano a la cara, pero no le respondió. Se puso de nuevo los auriculares, como si quisiera aislarlo y aislarse con ese gesto firme.

Entonces, él se sentó a su lado en el banco. Desde allí podía ver la herida y comprobó aliviado que era una herida limpia: cicatrizaría sin dejar marca. Además, también podía verle los ojos. Las pupilas no, porque los había vuelto a cerrar, pero sí los párpados: estaban hinchados, rodeados de unas profundas ojeras. ¿Había llorado? ¿Había pasado una, varias noches sin dormir? ¿Por una pulsera de cuerda? ¿Tan importante era el tal Marcus para ella? Cada vez lo detestaba más.

Por un instante, sintió la tentación infantil de quedársela, pero después..., después le pareció tan frágil e infeliz que no pudo resistir el deseo de consolarla. Mientras ella seguía con los ojos cerrados, con el libro abierto apoyado en las piernas —una antología de poemas de Dickinson— y el cigarrillo agonizando en sus labios, consumido por el aire, Byron se metió una mano en un bolsillo, sacó la pulsera y esperó, con ella encima de la palma, a que Fran abriera los ojos cuando quisiera.

De repente, como si su presencia la inquietara, Fran abrió los párpados. Apenas vio la pulsera, el cigarrillo se le resbaló de la boca y fue a parar al banco como una hoja quemada. Lo mismo sucedió con el libro. Cayó de golpe en la hierba como una piedra.

Sin decir una palabra, le arrancó la pulsera de la mano. La apretó en el puño. Pese a su obstinado silencio, Byron notó que su cuerpo temblaba ligeramente y esta vez tuvo que dominar una tentación aún más arrebatadora: la de abrazarla.

—De manera que te llamas Fran.

—¡Francisca! —corrigió ella casi con rabia.

Byron intuyó que Fran era el diminutivo que le había puesto el dichoso

Marcus y la antipatía irracional que sentía por él se acentuó.

—Estaba dentro de la boca del dragón. La lámpara de la pared, me refiero. La guardé para dártela, pero cuando te he visto... —le explicó, a pesar de que ella no le había preguntado nada.

Por primera vez, Francisca se volvió y lo miró. Sus ojos revelaban un profundo cansancio, parecían anidar siglos de dolor acurrucado en el blanco cándido, en el negro corvino, en el bronce. Si bien estaban tan secos como la arena más apartada del mar, el cansancio era evidente. Vistos de cerca, parecían aún más unas joyas de gran valor: ónix y obsidiana, oro líquido y una punta de topacio.

—Oye, no sé por qué estás aquí. Si quieres que te dé las gracias, ok, muchas gracias —dijo Francisca—, pero deja de seguirme.

—Prueba en sentido contrario, eres tú la que me sigue —replicó él sonriendo—. Te has apuntado a mis clases y has venido a mi local. Yo no te invité.

—Ni yo tampoco te invité al salón de té donde trabajo, ni aquí.

—En ese caso, digamos que estamos empatados —replicó Byron, a pesar de no estar allí por casualidad—. Pero, bueno, ¿has entrado en la casa? —preguntó señalándole la verja cerrada, que se encontraba a unos cincuenta metros de ellos.

—No —masculló ella.

—¿Nunca?

—Hay que reservar y siempre me olvido —admitió Francisca en tono inexpresivo encogiéndose también ligeramente de hombros. Uno de los auriculares le colgaba al lado de la oreja y del micrófono llegaba una canción a todo volumen, como el grito de un minúsculo grupo aprisionado. Byron reconoció enseguida *Don't Cry*, de Guns N'Roses. Por alguna razón, tan incomprensible como muchas otras en los últimos días, la elección de esa pieza le hizo sentir deseos de hacer algo por ella.

—¿Te apetece ir ahora? La visita turística ha terminado, pero conozco a una persona que hará una excepción.

—Ve tú, yo me quedo aquí.

—No te preocupes, si aceptas, no te pediré nada a cambio. No puedes vivir en Amherst y no haber visitado el museo.

«Como Isobel, que no metió el pie en él en cuatro años».

—Ya vendré otra vez, sola.

Byron hizo entonces algo de lo que podría haberse arrepentido: cogió a

Francisca de la mano. Fue un contacto sin malicia, el ademán protector de un padre que estrecha la mano de su hijo para acompañarlo a algún lugar, pero, aun así, lo dejó sin aliento. Por un instante, tuvo la loca certeza de que se había transformado en un niño y de que sentía todas las mariposas del Amazonas revoloteando entre sus costillas. Arrastró a Francisca casi corriendo hacia un hombrecito bajo y bigotudo, tan parecido a Super Mario que no les habría sorprendido que sacara de un bolsillo las tenazas de fontanero y una gorra roja, pero aquel hombrecito llevaba en la mano una llave grande con la que se disponía a cerrar la verja.

—Hola, Jonas, ¿puedes hacer un favor a mi amiga? Le gustaría visitar el museo, pero trabaja todo el día todos los días y solo tiene tiempo a esta hora. Adora a nuestra Emily —dijo al hombrecito agitando en el aire el libro que había recogido del suelo un segundo antes de iniciar aquella especie de fuga. Entretanto, Francisca reaccionó de forma muy extraña. Byron había temido que se soltara de él con un ademán iracundo, pero la joven lo sorprendió. No mantuvo su mano asida a la de él, eso no, se soltó, pero lo hizo con languidez, con una suerte de estupor.

Jonas sonrió bajo la capa de leves arrugas.

—Si me lo pide usted, profesor, no puedo negarme. No puedo olvidar lo que hace por el museo.

—No tardaremos mucho, se lo prometo.

—Los esperaré aquí, estoy cansado de ir de un lado para otro con los grupos de visitantes. Estoy seguro de que no tocarán nada.

—Tranquilo.

Byron se volvió de nuevo hacia Francisca. Al ver que la joven parecía casi atemorizada, sintió una inmensa ternura. Le sonrió.

—¿Entramos, ojos de petróleo?

Francisca no dijo una palabra durante la visita. Sus ojos hablaban por ella. Transmitían emoción, avidez. Miraban alrededor como si estuvieran buscando algo y Byron sabía de qué se trataba: todos buscaban lo mismo cuando cruzaban el umbral de aquella casa, sobre todo las mujeres apasionadas por la poesía. Una afinidad. Un vínculo con Emily, hasta el color de una cortina, de un vestido, de un pájaro inexistente en la época de la escritora, de un jacinto florecido después. Algo que alimentase en su corazón la esperanza de parecerse a ella.

A pesar de que Francisca debía de saber ya todo lo que había que saber,

Byron le hizo de cicerone. Le enseñó todas las habitaciones y después la casa del hermano de Emily, Evergreens, que se encontraba a pocos metros de distancia, en el mismo jardín. Ella lo escuchaba en silencio. Observaba todo, apretando los labios en un gesto enfurruñado que, sin embargo, no manifestaba resentimiento, sino reflexión. De vez en cuando, mirando sus labios, Byron se olvidaba de respirar. Luego volvía en sí, salía de la apnea y fingía que no había sucedido nada. Fingía que las mariposas habían alzado el vuelo rumbo a otros corazones, pero tenía la sensación de que alguna seguía anidando en su pecho.

No volvió a tocar la mano de Francisca ni siquiera por error, se limitó a hablar y a sonreír; ella, por el contrario, no sonreía en absoluto. Se quedaron sentados unos minutos en el jardín, en dos bancos de piedra gemelos, colocados uno enfrente del otro. En cada uno de ellos se erigía una estilizada escultura de hierro. En uno había una mujer, Emily Dickinson; en el otro, un hombre, Robert Frost. Parecían conversar mirándose a los ojos.

—Francisca... ¿qué más? —preguntó Byron de buenas a primeras rompiendo el silencio—. No tiene nada de malo que...

—López. Francisca López —contestó ella sin volverse—. Sé que soy una cabrona, profe, pero no debes justificarte siempre. A veces..., a veces estoy nerviosa, pero..., bueno, hasta ahora no has hecho nada malo, pero te advierto que seré peligrosa si intentas algo.

—¿Por qué no has venido a clase esta mañana? —La observó sentado en el banco, el suyo un peldaño más bajo que el de enfrente, junto a la escultura del poeta inmerso en una conversación poética, y se preguntó qué impresión produciría él visto desde fuera, si no parecería inclinado, casi hincado de rodillas, y enamorado.

Y no porque lo estuviera, desde luego.

En su opinión, solo sentía una simple atracción, además del influjo que ejercía sobre él aquel lugar y los espejismos que le causaba la poesía.

Era fácil creer que uno estaba experimentando ciertas emociones, pero aquello era una cuestión de sensibilidad, no de sentimiento.

Con todo, quería saber algo de ella. Por ejemplo, ¿quién era el tal Marcus? Mientras deambulaban por el museo, rodeados de cosas muertas y vivas, pensó que, al igual que Isobel, Marcus también había desaparecido.

—Tenía otra cosa que hacer —contestó Francisca haciendo amago de encenderse un cigarrillo. Pero luego cambió de opinión, suspiró y lo metió de nuevo en un bolsillo.

—¿Qué?

—No sabía que en la universidad hay que justificar las ausencias como en el colegio.

—No, es que...

—Es que quieres follar conmigo. Llamemos a las cosas por su nombre. Eres delicado, no lo niego, pero, hablando en plata, es eso. Sea como sea, te aconsejo que te olvides del tema. Dedicáte a cualquier otra alumna, he notado que varias estarían más que dispuestas a abrirse de piernas, con ellas no te costará tanto.

Byron arqueó una ceja y en sus labios se dibujó una extraña mueca, una mezcla de indignación e hilaridad.

La última salió vencedora, así que soltó una carcajada.

—¡No tienes pelos en la lengua, desde luego! —exclamó—. En cualquier caso, te equivocas de medio a medio. El hecho de que seas guapa, mejor dicho, guapísima, no significa que todos los hombres quieran acostarse contigo.

Esta vez fue ella la que se echó a reír. De repente, su voz se esparció como polvo de oro y Byron tuvo que reconocer que a Francisca no le faltaba razón, que sus románticos pueblos meridionales eran menos románticos de lo que cabía esperar y funcionaban como relojes, que deseaba estrecharla entre sus brazos, desnuda como una Proserpina morena, pues, a fin de cuentas, su deseo era el de un hombre cualquiera. Pero si ella supiera hasta qué punto todo aquello era inusual en él...

—¿Me estás diciendo que eres homosexual? —soltó Francisca divertida—. O, no, espera, has intuido que tengo un pasado turbulento, unos secretos tremendos, y quieres salvarme. No te lo aconsejo, porque la verdad es que tengo unos secretos tremendos, ¿sabes? Más terribles de lo que te imaginas. Si te acercas a mí, te harás daño, porque te verás obligado a entrar en mi infierno.

Él la escrutó un instante y sintió verdadero miedo, pero no de ella ni de sus misteriosas palabras, sino del hecho de que nada de todo eso le asustaba.

—Si crees que eres la única propietaria de una historia atormentada y de un pasado que es mejor olvidar, cometes un gran error —murmuró Byron—. Todos hemos estado en el infierno, unos más, otros menos. Lo único que nos diferencia es la manera en que tratamos de salir de él.

—Vaya manera de gastar saliva en balde. ¿Y todo para follar conmigo? ¿Cuál es el próximo paso? ¿Dedicarme una canción? Reconozco que me

siento halagada. Jamás he conocido a nadie que se molestara tanto.

—¿Ni siquiera Marcus? —La pregunta se le escapó sin querer.

Francisca dejó de reírse. Se puso en pie y dijo en tono tajante:

—Me voy a casa.

En ese momento, se oyó sonar el móvil en la mochila Francisca. La joven rebuscó en el interior y sacó un teléfono que sonaba y se iluminaba con cada nota. Byron vio que sus mejillas se encendían.

Francisca se dio media vuelta y se alejó por el césped para responder. Él la observó: se había detenido a unos veinte metros con el móvil pegado a una oreja, retorciéndose con la otra mano un mechón de pelo seco. Al cabo de un cuarto de hora y un minuto después de colgar —estaba seguro—, se aproximó de nuevo a él lentamente, con los brazos apoyados en los costados, con aire de muñeca hibernada, la cabeza gacha, los ojos vidriosos. Metió de mala manera en la mochila la pulserita de cuerda, que había llevado entre los dedos hasta hacía poco. Tras hacer ese ademán de disgusto, se dirigió hacia la verja. A pesar de no saber nada, Byron comprendió el motivo de su abatimiento, leyó un dolor profundo en su silencio y decidió que no la dejaría sola, aunque quedarse lo convirtiera en blanco de todos sus insultos.

CAPÍTULO 7

FRANCISCA

Sophia puede ser un auténtico coñazo cuando tienes ganas de zanjar el asunto con dos palabras y marcharte. Le pregunto si puede cubrirme con la Reina de Corazones y ella no hace más que preguntarme cómo estoy, si necesito ayuda, un médico, un termómetro o un paño fresco en la frente. Debería agradecerle su amabilidad, pero la verdad es que no me ayuda a sentirme mejor.

—¿Qué te pasa? Ayer te marchaste de repente y esta mañana no me has contestado al teléfono. ¿No estás bien? —sigue preguntándome, ansiosa.

No quiero entrar en detalles, decirle que, en lugar de perder el sueño por la agresión y la herida que me escuece en la cara, no he pegado ojo porque extravié una pulsera que no vale nada y que significa aún menos. No le cuento que esta mañana, después de darle muchas vueltas, volví a ese local y que ahora tengo la intención de coger el tren para llegar a Connecticut antes de que anochezca.

La sonrisa de Annie es peor que una puñalada. Cuando estás tratando de mantenerte a flote, una sonrisa puede ser un enemigo mortal. Así que pongo cara de estar muy segura o, al menos, lo intento. Me pregunta cómo estoy, a qué me dedico, cómo van el trabajo y los estudios. Mis respuestas son vagas y muy convencionales. Todo es perfecto, he cambiado de casa, sigo trabajando en el mismo sitio, la universidad va viento en popa y tengo incluso una amiga. ¿La herida? ¿Cómo me la hice? En el Mad Hatter. Estaba cortando una tarta y, no sé cómo, se me resbaló el cuchillo de la mano y, cosa rara, me herí en la cara. Pero no es nada, pasará. Todo va viento en popa y...

«Y llevo varios días sin comer bien.

»Y anoche di una paliza a un cabrón en una discoteca.

»Y me fumé un paquete de cigarrillos.

»Y me siento sola y...»

—Por cierto, ¿tienes el nuevo número de móvil de Marcus? He llamado al viejo, pero está desconectado.

La sonrisa de Annie se desvanece.

—Cariño... —murmura con tristeza—. ¿Algo va mal?

—¿Por qué debería ir algo mal? —contesto y noto demasiado tarde que lo he dicho con el tono agresivo del que se defiende porque algo-va-rematadamente-mal.

—No sé... A qué viene pedirme esto ahora. Cuando se marchó dijiste que querías volver a empezar, que no querías volver a verlo, que estabas mejor sin él, que querías olvidar el pasado. ¿Y ahora?

Me observa con la mirada de antes, la mirada que decía y sigue diciendo: «No podéis estar juntos, es una pésima idea. Jamás hicisteis nada bueno. Solo os hostigabais el rencor que sentíais. Os consolasteis alimentando el odio. Cuando estabais juntos, todo era un desastre. Él está bien con Penny y tú deberías encontrar también a alguien que saque la luz que llevas dentro».

Sé lo que piensa. Detesto que lo piense. La detesto porque lo piensa.

—He cambiado de idea —contesto con brusquedad—. ¿No puedo? ¿Dónde está escrito que uno, cuando dice una cosa, deba mantenerla hasta la muerte? No se puede borrar de un plumazo a la gente después de tantos años. Me gustaría hablar con él. Saber cómo está. ¿Acaso es un pecado mortal? Si lo hiciera, ¿ofendería al algún dios?

—De acuerdo —me responde ladeando la cabeza como un pájaro.

—Entonces, ¿habláis con él?

—Monty lo llama de vez en cuando. Es feliz, cariño, es feliz con Penny.

—No quiero desbaratar una vida tan perfecta, ¡jamás! Lo único que quiero es hablar con él. Estuvimos juntos mucho tiempo. Lo esperé durante años. Volvió y me dijo: «Adiós, jódete». Lo sé, no me dijo exactamente eso, pero ¿qué más da si las palabras fueron más amables? El sentido era ese. Dejé que se marchara. No le di la tabarra. En estos dos años y medio he terminado el bachiller, me he matriculado en la universidad y he cambiado de ciudad. He hecho muchas cosas. Me gustaría saber qué ha hecho él. ¡Ni siquiera sé dónde está! Lo único que sé es que está con carita de jodido ángel.

Annie me mira en silencio con aire desolado. No quería ser agresiva,

pero si te muestras un poco débil con ella, te sientes como si estuvieras derribando un muro de goma. Sus ojos tiernos, su voz dulce y sus ademanes parsimoniosos te hipnotizan, te enredan en una red de «por favor» y «buenas noches» y acabas trabajando en un salón de té, vestida como una imbécil, sin saber cómo has ido a parar ahí. Que quede claro que se lo agradezco mucho, a ella y a su marido. Me han querido. Me han protegido. Pero creo que tengo derecho a saber dónde está Marcus. ¡No tengo una orden de alejamiento!

—¿Te pidió él que no me dieras el número? —le pregunto abriendo desmesuradamente los ojos.

—No, claro que no.

—¿Fue Penny?

—Por supuesto que no —contesta casi escandalizada de mi conclusión—. Ninguno de los dos nos prohibió nada de eso.

—Pero tampoco se han molestado en pedir mi número de teléfono ni en preguntar cómo estoy.

—Marcus siempre pregunta por ti cuando habla con Monty, pero nunca ha nos ha pedido tu número, eso sí.

—¿Por qué? ¿No está seguro de lo que siente por Penny? ¿Teme que, si me vuelve a ver...?

—Puede que tema que pierdas otra vez la cabeza si vuelves a verlo y, por lo que veo, no anda muy desencaminado. Estás fuera de ti, cariño. ¿Qué ha ocurrido? Estabas mucho mejor.

No estaba mucho mejor. Representaba un papel. Pero cuando una tontería desencadena los recuerdos, el dolor y una necesidad que es casi una agonía, significa que la cuenta atrás de la bomba que llevas dentro ha terminado. Siento que voy a estallar. No obstante, si quiero conseguir algo, debo mantener la calma, debo mantener la calma, debo mantener la calma.

«No estalles, sonríe, pórtate bien, cuenta hasta unmillóntrescientosmilveintisiete.»

—No ha ocurrido nada. Solo..., bueno, he pensado que hablar con él podría ser un nuevo paso en mi nueva vida. No veo que tenga nada de malo. Siento haber perdido los estribos, pero estoy estudiando mucho, duermo muy poco y... esos cisnes de cristal son nuevos, ¿verdad?

Por unos minutos intento desviar su atención de la ansiedad que siento. Sé que le chifla esa estúpida colección, su pequeño mundo de cisnes, solo cisnes, solo criaturas blancas y agraciadas que parecen ángeles. Se distrae, me cuenta lo que ha comprado últimamente y reconoce con timidez que ha

pensado incluir a los albatros en la colección. ¿Qué me parece?

No le digo lo que pienso de verdad, por descontado. Le digo que hace bien, que tarde o temprano ya no encontrará más cisnes y que es mejor tener otro objetivo.

—Por eso mismo me gustaría tener el teléfono de Marcus. He dado muchos pasos hacia delante y creo que estoy preparada para este. También estoy preparada para hablar con Penny y desearle lo mejor, que tengan muchos hijos y... —De repente, siento una arcada—. ¿Tienen hijos? —Se me ha vuelto a caer la máscara. A duras penas he contado hasta veintisiete, luego me he rendido—. No, es imposible. No han tenido tiempo. Pero ¿esa tipa está embarazada?

—¿Te refieres a Penny, cariño?

La idea de que pueda tener un hijo con Marcus me mata. No había pensado en esa posibilidad, se me ha ocurrido ahora, de golpe, entre los cisnes, los albatros y la voz quejumbrosa de Annie. La imagen hace que me sienta aún más sola y superflua. Me dejo caer en el sofá, me encojo como un cojín de plumas maltratado. No lloro, eso no, no lloro, pero me tapo la cara con las manos, que están rígidas y frías.

Annie se acerca a mí y me abraza con afecto.

—No, cariño. —Me tranquiliza y comprendo que su ternura equivale a la pena que siente por mí—. Nada de eso. Pero se quieren, están bien juntos y... ¿crees que podrías soportarlo?

No respondo, me siento como si estuviera hecha de pétalos pegados por baba de araña.

—Monty no tardará en llegar y volveremos a hablar del tema. ¿Por qué no te quedas a cenar? ¿A dormir? ¿Tienes clase mañana?

—No —mascullo, aunque no es verdad. Pero tengo que quedarme, tratar de recuperarme y conseguir ese maldito número de teléfono. Necesito oír su voz, lo echo de menos, lo echo de menos, lo echo de menos de una forma espantosa.

Si pasas la velada tragándote un sermón porque, según parece, no estás preparada para toda una serie de cosas, no te queda más remedio que hacer una tontería para conseguir lo que quieres y, así, en plena noche, mientras los demás duermen, voy al despacho de Monty y echo un vistazo a su agenda. Viví casi dos años en esta casa, sé dónde guardan todo, al igual que sé que Monty tiene los números y las direcciones en una agenda de aspecto

anticuado.

La hojeo en silencio iluminándola con la linterna del móvil. Montgomery Malkovich es un hombre metódico, sin tendencia artística alguna, de manera que Marcus Drake estará en la M si lo considera un amigo y en la D si la relación le parece más formal.

Lo encuentro en la M. Al lado, entre paréntesis, veo escrito el nombre de Penny. A continuación «Vermont». Ninguna dirección, solo el número fijo.

De manera que viven en Vermont. ¿Qué hacen allí?

Copio el número. Trato de dejar todo como estaba, pero tengo la sensación de haber desbaratado las cosas. Qué más da, me importa un comino si se dan cuenta o no.

Encerrada en mi habitación, observo las cifras como si fueran un código secreto. Me muero de ganas de que llegue mañana para llamarlo.

Aunque, podría intentarlo ahora, por qué no.

Compongo el número en la penumbra de la habitación, mi corazón late, explota, parece hecho de magma. Tras unas cuantas llamadas, responde una voz.

—¿Dígame?

Es Penny. Es ella, no me cabe la menor duda. Cuelgo sobresaltada, como si hubiera sufrido una descarga eléctrica. Miro la pantalla, me muerdo los labios, siento que me ahogo. Fumo un cigarrillo a escondidas, al lado de la ventana, como una adolescente rebelde.

Al final, me pongo los auriculares y me dejo invadir por la música. Con el volumen al máximo, sacude todas mis células, llena todos los rincones, estrangula los miedos y las dudas. A pesar del estruendo, mejor dicho, gracias a él, empiezo a adormecerme y, mientras voy cediendo al sueño, un extraño juego mental me trae a la mente al profesor de los ojos verdes. El recuerdo de su voz ronca cantando en la penumbra del Dirty Rhymes frena mi respiración, relaja mis músculos y me quita las ganas de llorar.

A la mañana siguiente, mientras regreso a Amherst en el tren, vuelvo a marcar el maldito número. Me siento menos inquieta y más optimista que ayer. Quizá solo necesitaba dormir, el sueño retrasado me había vuelto paranoica y más agresiva. He dormido como un tronco, envuelta por los sonidos, como si estuviera metida en un saco de dormir de cachemira.

—¿Dígame?

La voz de Penny vuelve a sobresaltarme, al punto que casi lanzo un grito, pero ¿es que nunca sale de casa? ¿Hablo con ella? ¿Le pregunto por él? ¿Y si me manda al infierno?

En medio minuto pienso en un sinfín de cosas, pero después hago una sola. Cuelgo de nuevo.

Siento el corazón en la garganta. Miro el móvil como si fuera un pájaro decapitado.

Por suerte, anoche activé el número oculto. Tardo unos minutos en recuperar el aliento, el corazón deja de azotar los bordes de mi cuerpo, el ruido del tren ahoga de nuevo el estruendo de la sangre.

No puedo seguir así, voy a enloquecer. Tengo que tranquilizarme. Debo anular por completo las horribles emociones de los últimos dos días.

Cuando estoy más nerviosa de lo habitual, voy siempre al mismo lugar. Cuando siento que el pánico trepa serpenteando por mi cuerpo, subo a un autobús y voy a la casa de Emily Dickinson. Llevo siempre una antología de sus poemas. Sus versos concisos, mordaces, solitarios y excéntricos me hacen más compañía que una persona de carne y hueso. Son un salvoconducto para la tierra de la belleza cuando el mal oscuro ensombrece el mundo.

Tenía intención de relajarme, pero la presencia del profesor hace que todo sea más tempestuoso de lo que esperaba. No sé qué hace aquí ni lo que quiere de mí, solo sé que me turba. Cuando me enseña la pulsera debo estar atenta para no caerme del banco con el cigarrillo y el libro.

Me pregunto si será una señal del destino que la haya encontrado, lo mismo que pensé cuando la perdí.

Ah, claro, había olvidado que el destino no existe.

Mientras visito Homestead y observo las cosas de Emily, sus espacios, su ventana, su cama, el verde que la rodeaba, me siento pequeña. Durante el recorrido, mientras el profesor habla con una voz que es una lengua y una caricia, me pregunto qué quedará de mí cuando muera, quién sentirá mi ausencia.

Al igual que Emily, me pregunto «con cuánta discreción podría morir».

Lo sé después de la llamada telefónica de Marcus.

—¿Has comido algo hoy? —me pregunta el profesor mientras el autobús atraviesa las calles de la ciudad.

El ocaso llega poco a poco, abraza las casas, alarga las sombras, fatiga mis párpados. No quiero pensar en Marcus. No quiero, no quiero, no quiero. Preferiría gritar, cantar, contar, taparme las orejas, acurrucarme contra algo. Contra alguien.

El profesor está sentado a mi lado, su muslo me toca, su codo confina con el mío. Lo miro con el rabillo del ojo. Sus piernas, enfundadas en unos vaqueros oscuros, chocan con el respaldo del asiento que tiene delante. Su melena larga y abundante, cobriza a la luz del autobús, roza mi mejilla. Huele bien, he sentido su aroma a miel y jengibre toda la tarde. A partir de ahora, cuando lea un poema de Emily Dickinson, me volverá a la mente esta fragancia dulce y especiada. Y las palabras de Marcus.

—No tengo hambre —contesto y vuelvo a mirar fijamente por la ventanilla.

—Da igual, vas a comer de todas formas —comenta él—. Hemos llegado.

Al igual que hizo en las inmediaciones de Homestead, agarra mi mano. Al igual que antes, siento vértigo. Me suelto, pero tengo la absurda impresión de que mi mano no quiere hacerlo. Tengo la impresión de que debo obligarla a soltarse.

«¿Puedo acurrucarme contra tu cuerpo?

»¿Me dices que soy importante, aunque no sea verdad?

»¿Me prometes que nunca me olvidarás?»

—¿Me sueltas la mano? —le digo, en cambio.

—Ni lo sueñes. Vamos a hacer la compra.

—¿Qué?

—He visto una tienda debajo de tu casa. Pediremos una *pizza*, pero compraremos algo más, porque estoy seguro de que en la nevera no hay siquiera un huevo podrido. Tienes ojeras y no estás bien. Si sigues así, te pondrás fea.

Cuando me dispongo a soltarle una respuesta sarcástica, él empieza a arrastrarme por el pasillo del autobús, en dirección a la salida. Me aferra la mano y me sonrío como jamás he visto sonreír a nadie en toda mi vida: con una luz interior sincera. A pesar de que sé que no es así, según me dio a entender en Homestead, parece una persona que no conoce el dolor. Además, no existe un alma en el mundo que no se haya roto. Por lo visto, tiene una fuerza interior superior a la mía y eso que yo parezco un tigre. Él, que parece un ángel, debe de ser, en realidad, un tigre.

Hacemos la compra.

«¿Hacemos la compra?»

Y no compramos cerveza ni cigarrillos, ni mantequilla de cacahuets para excavarla con los dedos, ni papas, ni ketchup. Jamás he entrado en esta tienda, todo es demasiado caro para mí, demasiado refinado. Auténtica comida italiana, en lugar de imitaciones *made in USA*.

Elige salsas envasadas en tarros minúsculos, galletas que parecen lenguas de oro, huevos en recipientes que cuestan más que el contenido... y entiendo hasta qué punto somos diferentes.

«Se ve que eres un duque, Byron Lord, se ve que has crecido entre cojines de seda y carrillones de plata, se ve que, a pesar de que los fines de semana luces un anillo de vampiro perverso mientras cantas las palabras sangrientas de los espíritus roqueros, te crearon con el molde de un rey. Tus rasgos, que tratas de endurecer con la barba, tienen la perfección del mármol esculpido. La amabilidad que demuestras, a pesar de que me comporto como una capulla, es digna de un premio Nobel de la Paz.»

Lo miro casi hipnotizada y, de repente, él me mira también y no sé lo que ve, porque parece alarmado.

—¿Cuánto tiempo hace que no descansas? —me pregunta—. Da la impresión de que llevas varias noches sin pegar ojo.

—Qué quieres que te diga, tengo una vida sexual muy movida —contesto, pero no resulto creíble, por la voz parece que estoy bromeando, y él hace una mueca. Alarga un brazo y apoya un dedo en mis labios. Un dedo en mis labios. Un índice tibio y liso.

—Chsss —susurra—. A veces no es necesario combatir, ¿sabes? No soy tu enemigo. Solo quiero ayudarte.

Se me escapa una risita tan afilada como una espada.

—¿Por qué? No me conoces.

—No como me gustaría, pero me recuerdas a una persona que conocía.

—Siempre se empieza así, buscando parecidos, y se termina con un puñal en la espalda. Porque nadie se queda contigo para siempre. Nadie. Todos se marchan al final.

Espero que me contradiga, pero, en lugar de eso, guarda silencio unos minutos, bajando los párpados con lentitud, como si estuviera acompañando un suspiro meditabundo en su salida.

—Puede que tengas razón, pero «la esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma y entona melodías sin palabras y no se detiene para

nada».

—¿Hablas con las palabras de Emily Dickinson?

—Hablo con las palabras de quien, a pesar de todo, no ha dejado de confiar en el futuro.

Sonrío cansada.

—En ese caso, permite que yo también lo haga: «¡Es triste! Todo es una ilusión: el futuro nos engaña desde lejos». Creo que tu homónimo no estaba de acuerdo contigo.

—Mi homónimo no tenía un *tiramisù*. Cuando te lo comas, empezarás a reconsiderar la esperanza, hazme caso.

—¿Tú crees? ¿Y dónde encuentro un *tiramisù*?

—Te lo haré yo, ojos de petróleo. Entretanto, escribe el poema que debías entregarme en clase. El hecho de que sea simpático, de que piense que eres la mujer más guapa que he visto en mi vida y de que me caigas bien no significa que te vaya a hacer favores como profesor. Hoy es el último día, así que tienes tiempo hasta medianoche. A las doce y un minuto estarás suspendida.

Todo es tan absurdo que seguro que cuando me dé la vuelta en el colchón chocaré con el canto de la mesilla y me despertaré.

No obstante, los pellizcos no funcionan. Pese a que me hago daño, él sigue preparándome un dulce italiano que huele muy bien. Chocolate, café, queso cremoso y las galletas doradas.

De cuando en cuando, lo provoco: «Profe, me molesta que estés aquí, ¿sabes?». O: «Estás organizando un lío espantoso, espero que luego lo limpies todo». También: «Si piensas que te daré algo a cambio, te equivocas de medio a medio».

Él me responde siempre como corresponde, sin dejar de sonreír: «Tú también me molestas. Deberías estar escribiendo el poema, ¿no?». O: «De lío nada, esto es puro arte». Por último: «Por supuesto que quiero algo a cambio. Debes comer».

Al pronunciar la última frase me mira de una manera que, si fuera un poco más tonta, mis piernas se derretirían como la cera. Sin querer, pienso que sus ojos son como caramelos de menta. Me gustaría metérmelos en la boca. No solo los ojos.

«Para ya, Fran, el cansancio y el ayuno te hacen delirar.»

Al final limpia y todo, pero ¿este hombre tiene algún defecto? Vamos a

ver... Seguro que la tiene pequeña. No puede ser de otra manera. El engaño debe estar oculto en alguna parte.

Mientras cenamos me siento aturdida, como si fuera una niña a bordo de un barco de galletas que surca el río de chocolate de la fábrica de Willy Wonka. No sé qué está pasando, qué quiere, qué quiero, pero el resultado es formidable: la presuntuosa amabilidad de este cabrón que pide *pizzas*, pone la mesa y llena el espacio con sus hombros, su pelo y sus hoyuelos, velados por la barba, acorrala la angustia. La tentación de encerrarme en la habitación y odiar al mundo persiste, pero ya pensaré en eso después, cuando se marche, cuando me quede de nuevo a solas con el silencio, las paredes vacías y mi cabeza rebosante.

Entretanto, debo ocuparme de este extraño tipo que ha invadido mi casa y que hasta ahora no ha intentado meterme mano.

«¿Será de verdad homosexual?»

—¿Has escrito el poema, ojos de petróleo? —me pregunta mientras muerde un pedazo de *pizza*.

Como solo tengo un viejo sillón, para usarlo deberíamos hacer turnos o sentarnos abrazados, así que estamos sentados en el suelo. Sea homosexual o no, prefiero evitar todo roce.

—Lo escribí el sábado por la noche.

—Entonces estará cargado de rabia, más de la habitual, que ya es decir. No mires la *pizza* como si fuera un ratón muerto. Come o tendré que recurrir a la fuerza.

—Inténtalo y veremos quién sale con vida.

Me mira mientras se traga un trozo de *mozzarella* y, a pesar de que le sostengo la mirada como si estuviera empuñando una espada, siento la inexplicable tentación de desviarla y posarla en mis rodillas.

—¿Puedo leerlo? Me refiero al poema —insiste lamiéndose un dedo.

—¡No!

—Debo leerlo, resígnate. Dada la situación actual no se diría, pero soy tu profesor.

—Lo leerás en tu despacho, en tu casa, encerrado en el cuarto de baño, donde quieras, salvo aquí.

—¿Por qué no me hablas de ti?

—Ni lo sueñes.

—¿No te fías de mí?

—Ni lo sueñes. ¿Quién eres? ¿Desde cuándo te conozco? Pero, sobre

todo, como tú mismo acabas de decir: tú eres mi profesor. No deberías estar aquí haciéndome dulces y metiéndote en mis asuntos. Deberías limitarte a juzgar mi preparación y olvidar el resto.

—En cambio, estoy aquí y me muero de ganas de ocuparme del resto, pero me portaré bien, te lo prometo. —Se ríe sin dejar de comer, de manera que yo también como: así no tendré que hablarle ni responderle. Puedo concentrarme en el pedazo de *pizza*.

Guardamos silencio y, sin querer, sin comprender cómo, me doy cuenta de que tengo hambre. Mi estómago es un lobo. Devoro todo y, cuando llega el momento del postre, no me hago de rogar. Dios mío, qué bueno está. Voluptuoso. Orgásmico.

Me ruborizo con la mente, como jamás me había ocurrido. Nunca me he considerado una princesa pudorosa con las mejillas de color rosa. Me he visto como una niña muerta demasiado pronto, una presa silenciosa, una puta, una idiota que ni siquiera logra suicidarse, una asesina, una que te corta las piernas si intentas robarle a su hombre. Una que se siente tan sola que hace gilipolleces clamorosas —robar un número de teléfono, llamar a alguien al que le importa un comino que lo llamen—, pero jamás una idiota que se enrojece al pensar en la palabra «orgasmo» solo porque tiene delante a un tipo con dos ojos que parecen hechos de azúcar y hojas de menta.

Me odio por esta debilidad.

Me odio, pero no puedo por menos que notar que todo esto me está ayudando. No he vuelto a pensar en Marcus. Lo que ha sucedido en los últimos dos días —la pelea, la pérdida de la pulsera, el pánico, el viaje, la llamada telefónica, sobre todo la llamada telefónica— se transforma en un disgusto difuminado, en una música desagradable, pero remota.

El profe me impide dedicarme al dolor. Su presencia me hace pensar en la palabra «orgasmo». No sé cómo erradicar el mal, pero sé cómo hacerlo a un lado durante un rato.

Entonces, como si el dulce italiano me hubiera drogado, alzo los ojos, lo miro y oigo que mi voz le pregunta: «¿Te apetece follar?».

¿De verdad he dicho esto?

Lo he dicho y no me arrepiento.

Para aplacar la nostalgia tengo que acostarme con otro hombre.

Si quiero que los recuerdos cambien, necesito tener un archivo abundante de cosas en que pensar. Si solo plantas rododendros en un jardín,

no puedes esperar que broten rosas. Así es como se renueva la memoria. Creando hechos, eventos, situaciones y emociones. Cambiando los archivos, sobrescribiendo los textos.

Incluso Annie se está hartando de los cisnes de cristal y está pensando en abrirse a nuevos horizontes.

Necesito un albatros.

Acostarme con él podría ser un buen inicio. A fin de cuentas, podía haberme ocurrido algo peor que un tipo con el aspecto de un vikingo, el refinamiento de un rey y una voz sexi. También tiene las manos bonitas. Será agradable tocarle el pelo: Marcus lo tenía muy corto, solo eso sería ya una gran diferencia. Marcus no tenía barba ni llevaba pendientes, ni anillos. Dudo de que Marcus haya leído o escrito un solo poema en su vida. Además, no sabía cocinar. Y desentonaba como una campana. Pero, por encima de todo, el profe sonríe siempre. No puede ser más diferente, desde luego.

Aunque, a decir verdad, en este momento no está sonriendo en absoluto. No creo haber dicho nada malo, es evidente que le gusto. Gusto a todos.

Pero se levanta, se limpia los dedos con una servilleta de papel y retrocede como si, de repente, yo tuviera garras y veneno.

—No —contesta con una firmeza similar al esfuerzo hercúleo que debería hacer un hombre para levantar con las manos la montaña que se ha desmoronado sobre él—. Mejor dicho, sí, por eso te respondo que no. Y ahora me voy.

Me aproximo a él. Estamos uno frente al otro. Lo escruto y le sonrío, pero mi sonrisa no es dulce, es mordaz, una promesa de malicia.

Por toda respuesta, él sigue retrocediendo como un niño.

—¿Tienes miedo de mí?

—No, tengo miedo por ti.

—No tengo doce años, nadie te acusará de corrupción de menores ni de otras memeces por el estilo. Tengo veinticinco años, soy adulta y estoy más que vacunada.

—Pero sigues siendo alumna mía.

—Si querías guardar las distancias, deberías haberlo hecho desde el primer momento y, en lugar de alejarte, hace varios días que te encuentro por todas partes. Y no me digas que solo has venido para mostrarme tus habilidades como chef: lo que quieres es follarme conmigo. No te preocupes, no quiero que lo hagamos por las notas ni por el aprobado. No te chantajearé ni pretenderé nada a lo que no tenga derecho.

—En ese caso, ¿por qué motivo?

—Qué más da el motivo. Lo importante es que no tengas problemas con nadie y que nadie lo sepa. El resto es pura diversión.

—Me gustabas más cuando me decías que desapareciera de tu vista.

—Tu cabeza lo prefería, estoy segura, pero tengo la sensación de que tu cuerpo aprecia el cambio. ¿Tienes un preservativo? —Niega con la cabeza, cada vez más turbado—. No eres muy previsor. Tendremos que adaptarnos.

Me acerco un poco más a él. El corazón me va a estallar. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy diciendo? No lo sé, lo único que sé es que debo actuar. Si me echo atrás, seguiré pensando en Marcus hasta mañana, hasta el mes que viene, en los próximos trescientos jodidos años o... pensaré en algo peor.

«Lánzate, Francisca. Prueba, cambia, crece, vive. Olvida.»

Sí, el paso del pensamiento a la acción es breve. Comparado con él, el aleteo de una mariposa es un tornado.

Lo empujo contra el único sillón que hay en la casa. Se sienta bruscamente con la mirada perdida, aturdida. Me observa, rendido y excitado, mientras, arrodillada entre sus piernas, le bajo la cremallera de los vaqueros. El silbido metálico casi parece una voz invitando al silencio.

«Eres realmente perfecto, profe, ni siquiera la tienes pequeña. No podría pedir nada mejor.»

Después de todos los años en que solo he tenido a Marcus en la boca, este sabor, esta piel, este hombre me resultan extraños, condenadamente extraños. Me gustaría parar, ir a mi habitación, dar la espalda al techo y perder la memoria para siempre, pero no lo hago, en lugar de eso me quedo aquí y lo lamo como si con cada golpe de lengua las paredes de la tumba que me aprisiona se fueran alejando.

Apoyado en el respaldo, me mira fijamente. Siento sus ojos en el pelo, su respiración es áspera y dulce a la vez, su sabor es áspero y dulce a la vez. Justo antes de correrse me acaricia un mechón. No lo hace para empujarme, tampoco para forzarme. Solo me acaricia. Gime y se estremece en el sillón mientras me acaricia.

—Ojos de petróleo... —susurra.

«Mírame como si te diera asco.

»No me sonrías.»

Apenas me levanto, me agarra una mano y me atrae hacia él. Caigo de golpe entre sus piernas. Mi cara está tan cerca de la suya que tengo verdadero miedo. Su polla no me ha dado miedo, pero ahora tengo miedo de su boca.

Siento una de sus manos en una mejilla, cerca de la herida.

—¿Te duele? —me pregunta.

No le respondo. Me siento incómoda. Mi corazón late enloquecido y tengo la impresión de que las costillas no consiguen contener el galope. ¿Cómo es posible que sea capaz de hacer una mamada a un hombre que casi no conozco y, al mismo tiempo, no pueda soportar el peso de su mirada afable? ¿Soy tan repugnante? Soy una puta, soy una puta, soy una...

Me besa. Me besa. Me besa. Sin decirlo ni pedirlo, su boca está en la mía. Jamás he besado a un hombre con barba, pero la suya es tan ligera y suave que no me molesta. Me acaricia la piel. Su piel es un retal de terciopelo. Mi cabeza una fragua donde saltan mil chispas. Me sujeta la nuca con una mano. Apoya la otra en mi seno, en la barriga, entre las piernas.

Algo, en el residuo de razón que me queda, me sugiere vagamente que lo obligue a pararse, pero no puedo. No puedo obedecerme.

Es la primera vez que un hombre distinto de Marcus me toca en muchos años. La delicadeza con la que sus dedos se hunden en mi cuerpo me desconcierta más que la brutalidad. Me acaricia la barriga con el pulgar mientras se mueve dentro, al principio con un ritmo lento, luego, cada vez más excitado. Mientras me corro, su lengua lame la mía. Lanzo un grito de asombro en su boca, que sabe a chocolate.

—Eres preciosa, ojos de petróleo —me dice.

Permanezco unos instantes así, apoyada en su pecho, en silencio. Tengo la sensación de que lo que hemos hecho es más íntimo y peligroso que un auténtico polvo. Si hubiéramos forcejeado en el suelo gritando palabras obscenas a las paredes, tendría menos miedo.

Debo estar atenta, debo impedir que los nuevos recuerdos me hagan daño. No debo permitir que su dulzura me engañe, tampoco la mía. Debo interpretar esta cosa, este sexo fugaz, como lo que es: una manera más de gozar después de varios años en los que, como mucho, me he acariciado sola en la oscuridad.

Me pongo en pie y me arreglo con rapidez. Lo miro, aún tiene los pantalones en las rodillas y el suéter subido por la barriga. La tentación de inclinarme de nuevo entre sus muslos es tan fuerte que me veo obligada a cambiar de habitación, tengo que llevar mis piernas y mis intenciones a otra parte.

Entro en el dormitorio. El espejo pequeño, una raya vertical en la que me reflejo tan poco que cada vez me veo distinta, me devuelve un

espectáculo inquietante. Estoy pálida, tengo unas ojeras azuladas, el pelo desgredado y los labios húmedos e hinchados.

«Nadie te querrá nunca precisamente por esto. Las que son como tú solo sirven para chuparla. Cuando el fango te cubre una vez, ya no puedes quitártelo de encima, te entra en el alma y se convierte en cola adhesiva.»

Necesito fumar. Busco mis cigarrillos en la mochila. Mientras hurgo, mi mano toca la pulsera de Marcus. Entonces, movida por un impulso, hago algo de lo que quizá luego me arrepienta. La quemo con el mechero. Como si estuviera participando en un rito: la llama alta, roja e índigo lame y devora el cordoncito desgastado por el que, hace tiempo, habría dado la vida que ahora le estoy quitando.

Observo el triste rectángulo mientras se retuerce y muere en un abrir y cerrar de ojos, tan rápido que no me da tiempo a cambiar de opinión. Enseguida se convierte en un halo chamuscado en el suelo.

Cuando alzo la mirada, fumando iracunda, lo veo de pie al lado de la puerta. Se ha vestido de nuevo y me está escrutando.

—No volverá a suceder —afirma entrando en la habitación—. He sido demasiado débil. El problema es que eres irresistible y yo no soy perfecto. —Alarga un brazo y me vuelve a acariciar el pelo—. No quiero hacerte daño, Francisca.

—No me has hecho daño —digo, estremeciéndome al oír que me ha llamado por mi nombre. Me encojo de hombros como si lo que acaba de ocurrir no fuera nada, solo una costumbre, algo incluso aburrido. Como si el corazón no me latiera a una velocidad absurda. Como si no sintiera este maldito miedo. Me dirijo hacia la cama y agarro el libro que hay encima. *Tess la de los d'Uberville*. Lo abro y saco un folio—. Aquí tienes el poema. Aún no es medianoche.

Lo agarra y le echa un vistazo.

—¡No lo leas ahora! —exclamo, más apurada por esta eventualidad que por la de arrodillarme de nuevo entre sus piernas.

—Está escrito a mano —comenta esbozando una sonrisa. Me sonrío por enésima vez.

—No tengo impresora.

—¿Te has desinfectado otra vez la herida? —pregunta señalando mi mejilla.

—No te preocupes por mí, no te sientas obligado a decir algo educado porque me la he metido en la boca.

—Estoy muy preocupado por ti.

—Sí, ya me imagino lo preocupado que estás —replico con sarcasmo, fumando como una carretera, mientras el humo se va adensando en la habitación.

—Me gustas mucho y, después de lo que ha pasado, no lo digo solo por ser educado. Tienes algo en los ojos que me atrajo desde el primer momento, algo que no sé descifrar.

«No trates de seducirme con palabras bonitas. He leído muchas. También las he imaginado. Creo que solo son cuentos que deben permanecer encerrados en los libros, en la mente de un poeta, en la rabia de un roquero. Las personas de verdad no pueden usarlas en la vida cotidiana.»

—Has dicho que te recuerdo a alguien. ¿A quién? —La pregunta se me escapa sin querer con un aro de humo.

Él se queda unos segundos perplejo, frunce el ceño y en sus ojos primaverales cae un velo.

—A mi mujer —admite al final.

Me estremezco.

—¿Estás casado?

La verdad es que no tiene mucha importancia, pero no me lo esperaba y reconozco que estoy sorprendida, puede que también un tanto alterada.

—Lo estaba, soy viudo.

Permanezco con los labios entreabiertos un tiempo que puede ser tanto eterno como fugaz, con el cigarrillo entre dos dedos, consumiéndose cada vez más cerca de la piel, a tal punto que corro el riesgo de quemarme. No sé si decirle que lo siento, preguntarle cuándo sucedió o cabrearme porque no quiero parecerme a nadie, no quiero recordarle a su mujer muerta, quiero gustarle como soy y no como el eco involuntario de alguien a quien quiso y a quien perdió.

«¿Quiero gustarle? Menuda gilipollez. ¡Ojalá no le guste!»

De manera que, para castigar mi pecado de ingenuidad y el deseo de acercarme a él y acariciarle una mejilla como él hizo antes, recorro a mi característico arsenal de insolencia, el mismo que en los casos tan arriesgados como este me protege del peligro de ponerme sentimental.

—Si quieres, cuando follemos, puedes llamarme con su nombre. No seré yo la que se niegue a hacer una buena acción.

—Nosotros no follaremos más, hemos cometido un gran error. En cualquier caso, ha sido estupendo y tú eres...

—Completa la frase, no me escandalizo. ¿Una furcia?

—Un ángel. Un ángel duro de roer cuando quieres, pero un ángel en todo caso.

El cigarrillo, que se ha consumido hasta el filtro, me quema los dedos. Sacudo la mano y lo dejo caer al suelo, al lado de los restos de la pulsera. Observo al profesor Byron Lord mientras se marcha, estoy confusa, atónita, me pregunto por qué, en lugar de sentirme por fin libre, tengo la impresión de que sin él el espacio se ha achicado.

CAPÍTULO 8

EN VERMONT

Aún no había nieve, pero el aire vespertino ya era tan cortante como una cuchilla. Alrededor de la casa, los árboles se balanceaban perezosos, movidos por el viento de octubre. Ningún ruido interrumpía la hipnótica fusión de sonidos naturales, salvo el de la escudería: de allí, acompañado del débil relincho de caballos, llegaba un repique de pasos y herramientas y una respiración humana poderosa.

Penny abrió la puerta ciñendo su cuerpo con los brazos, rodeando un vestido de color glicinia, frívolo y nada rural. Tampoco sus zapatos eran los más adecuados para caminar por la tierra húmeda, en ciertas partes embarrada o irregular debido a la grava, aquellos zapatos casaban mejor con una abigarrada sala de charleston, también eran de color malva pálido. Llevaba la melena suelta, larga hasta la espalda, sujeta hacia detrás con una trenza fina que le ceñía las sienes como una coronita de bronce.

Miró alrededor, observó el cielo plumizo e inspiró, el aire sabía a invierno próximo, a leña ardiendo en la chimenea y a Marcus haciendo el amor con ella en la alfombra *patchwork* que había delante de la chimenea. A Marcus, que hacía el amor con ella en todas partes, todas las noches que Dios regalaba a esa tierra con aroma a arce y manzanas. Sonrió instintivamente, titiritando. Lo llamó, vuelta hacia la cuadra. «Voy», respondió él y esa palabra bastó para que su corazón se acelerase.

Al cabo de unos minutos, Marcus salió de la cuadra. Vestía unos vaqueros desgastados y calzaba botas de cuero también desgastadas. Un chaquetón de fibra polar de color verde bosque envolvía sus hombros y sus brazos, a los que el trabajo en el campo había dado una mayor majestuosidad, de manera que parecía más alto. Más colosal, desde luego. El velo de barba y

el sombrero Stetson decorado con apliques metálicos le daban aire de vaquero.

Se acercó a ella con unas cuantas zancadas y la abrazó en el umbral. Sus abrazos tenían bien poco de románticos. Su cuerpo, sus besos y sus caricias eran siempre peligrosos por su sensualidad. Peligrosos cuando, como en ese caso, llegaban tarde a una cita que no podían anular. Con todo, mientras la besaba, la cita ineludible quedó en un segundo plano en la escena, como un fondo de papel de seda. Penny se dejó arrebatarse por sus brazos y su lengua, por su aroma a cuero y a heno, y sus pensamientos se difuminaron como fantasmas. Cuando el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea dio la hora, el recuerdo de la cita volvió a abrirse paso a codazos. Avanzó entre los suspiros y el suave roce de las lenguas.

—Marcus... —susurró ella—. Llegamos tarde y aún debes cambiarte.

Sin decir nada, se apartó con una rapidez impropia en él, incluso parecía algo irritado. Entró en casa, se quitó las botas y dejó caer al suelo el sombrero y el chaquetón. Debajo de este, una camiseta de manga corta, poco apropiada para el frío otoñal, dejaba a la vista los tatuajes tribales que tenía en los brazos y en el cuello. Miró alrededor y vio el paquete con lazos encima de la mesa. Guiñó sus ojos plateados en una expresión de fastidio. Se acercó a la mesa, sopesó la caja e hizo ademán de lanzarla contra la pared, pero se contuvo.

—No seas tan trágico. No vamos a que nos corten las piernas —le dijo Penny cerrando la puerta. Su terrible, arisco y salvaje amor... Podía pasarse un día entero cortando leña y volver a casa sonriente, pero sacaba lo peor de él, la parte más pendenciera e incluso infantil, cuando debía hacer algo banal como festejar un cumpleaños. Si debía recoger estiércol con la pala, salía de casa lleno de energía; si debía estrechar una mano y ser cortés con un grupo de personas inocuas, pero mortalmente aburridas, en su opinión, se ponía la máscara de la furia.

—Podría ser peor —gruñó. Mientras hablaba se quitó la camiseta y Penny no pudo por menos que quedarse absorta en la lenta flexión del mosaico de músculos pintados—. Podría ser yo quien corte piernas hoy —añadió cada vez más crispado. Se dirigió hacia el cuarto de baño y, una vez allí, se desvistió dejando caer la ropa al suelo.

No lograba acostumbrarse a su belleza. Cada vez era como pararse delante de una obra de arte que le provocaba una especie de éxtasis. Mareo, taquicardia, una excitada confusión. Con el agravante de que podía tocarla,

besarla y lamerla, entre otras cosas.

«Llegáis tarde a la cita. No lo mires como si nunca lo hubieras visto.»

Marcus entró en la ducha sin abandonar la expresión ruda, por no decir homicida. El agua cayó fragorosamente por su cuerpo y Penny desvió la mirada del magnífico perfil que se entreveía a través del cristal a la vez que emitía un gemido de sutil deseo. Agarró el cepillo y se peinó la melena castaña. Durante unos minutos, el sonido hipnótico del agua, un tierno vapor y el aroma a jabón de sándalo llenaron el espacio de aquella pequeña habitación. Cuando el estruendo de la ducha se interrumpió, Penny le tendió una toalla grande sin dejar de cepillarse el pelo. Él la miró, chorreando como un árbol empapado por la lluvia, y se secó sin dejar de observarla.

A continuación, se acercó a ella, que estaba entre el lavabo y la puerta.

—Quieres volverme loco, ¿verdad? —exclamó—. Sabes que no me importa cómo te vistes, que me apetece follar contigo incluso mientras limpias la caballeriza, pero no puedo evitar excitarme cuando te veo cepillándote el pelo. O cuando se te despeina mientras gozas. Y lo haces justo ahora, cuando debemos ir a esa mierda de fiesta. —Le levantó la falda y empezó a acariciarle los muslos—. Debo castigarte por haberme provocado.

La obligó a volverse y Penny quedó delante del espejo, con los brazos apoyados en el lavabo. Sintió el roce de las medias deslizándose hasta las rodillas y el calor de las manos de él en la piel. Vio su imagen reflejada, las pupilas húmedas de deseo, el anhelo de tenerlo dentro enseguida, sin esperar un solo instante. Vio su cuerpo imponente cerniéndose sobre su espalda y la misma necesidad en sus ojos. Se mordió los labios mientras él la penetraba sin dulzura, con el ímpetu de un hambriento que roba comida para sobrevivir.

Cuando Marcus se corrió, a la vez que le apretaba los costados y la levantaba atrayéndola hacia su cuerpo, ella, con las piernas que ya no tocaban el suelo, ligera como un alma que ha alzado el vuelo, lo siguió, excitada por la voz de él, expresando el placer ciego y absoluto del orgasmo.

—Eres mía. Si alguien te toca, lo mato —le dijo al oído en un susurro aún ronco, estrechándola contra su pecho—. Jacob, por ejemplo. Si lo pillo mirándote otra vez con esa expresión de capullo, le romperé las piernas. Será mi regalo de cumpleaños.

—No me mira con expresión de capullo —precisó Penny.

—No, es cierto, no es de capullo, es de idiota. Un tipo que mira así a mi mujer no puede definirse de otra manera.

Penny hizo una mueca de disgusto.

—Jacob es amable y educado.

—Qué pérfida eres. Sabes que tengo razón.

—Puede que le guste, sí, pero jamás se ha pasado conmigo ni ha sido vulgar. Es el único que, al principio, nos ayudó a mí y a la abuela a instalarnos. Luego, cuando ella murió, me consoló como un hermano.

—Eso espero, porque sino tendrá que buscar a alguien que consuele a su familia.

—Le caigo bien, eso es todo. Si fuera como dices, ¿por qué no lo intentó hace meses? Salimos juntos un poco y en una ocasión...

Los ojos de Marcus relampaguearon.

—¡Dime que lo haces a propósito! ¡No quiero saber lo que hicisteis hace seis meses! Te lo repito: de vez en cuando aún siento la tentación de matar a alguien. Si lo pilló regalándote más cosas, me lo cepillo. Sabes que no bromeo.

—Solo me regaló unas espigas el día de la cosecha y una vez me prestó un libro, que luego le devolví. Pero sé que debo decirle que deje de hacerlo, podría acostumbrarme y notar la diferencia, ya que hay alguien que no me regala nada, ni siquiera una flor arrancada de un parterre sucio de estiércol.

Marcus emitió un gruñido ahogado. Penny lo empujó fuera del cuarto de baño y se encerró en él para arreglarse. Cuando salió, él ya se había vestido: lucía unos vaqueros oscuros y un suéter de color gris antracita. Estaba plantado delante de la puerta, como si la estuviera esperando. Le agarró una muñeca y la atrajo hacia él.

—No soy ese tipo de hombre, lo sabes. No hago regalos, no te digo que te quiero todos los días y odio hacer planes con mucha antelación, pero estoy aquí.

—Lo sé, tonto. Me gustas así, pero, a veces...

—¿A veces qué?

—Nada, se ha hecho tarde.

—No, dímelo.

—No quiero.

—Si no me lo dices, pensaré un montón de cosas espantosas hasta que hables.

—Puede que alguna sea cierta.

—Estoy empezando a ponerme nervioso.

—Ya sabes que no me asustas y, ahora, vamos.

—Penny, cariño... —La abrazó y le besó el pelo—. Dime qué te pasa

por la cabeza o echaremos otro polvo y al final no saldremos de casa.

Ella se desasió y le dedicó una sonrisa afable. Se puso un abrigo azul oscuro con el cuello alto y un gorro suave con una mariposa de lana cosida a un lado.

—Nada. Todo va bien. Me he enamorado de un cabrón y me tengo que conformar.

—Si fuera un cabrón como es debido, no te acompañaría a la fiesta.

—Sabes de sobra que iría sola y, como estás celoso de Jacob, tienes que venir, al menos para mirarlo con tu cara de jefe de la manada cabreado.

—¿Qué se supone que debo hacer con uno que alarga las manos en cuanto te descuidas? ¿Qué excusa puso la última vez? ¿Tenías una abeja en el pelo?

—Tenía una abeja en el pelo, sí, y tú casi le torciste la muñeca.

—Quien se ocupa de tu pelo soy yo, coño.

—Ahora, vamos. Cuanto antes acabemos, mejor. Yo llevaré el paquete para Jacob. Eres capaz de dejarlo caer a propósito, pisotearlo con las botas y después decirme que ha sido sin querer.

—¿Qué le has comprado?

—Un sextante.

—¿Un sextante? ¿Qué hace un campesino de Vermont con un sextante?

—No todo ha de servir para algo, Marcus. A veces es bonito tener algo inútil que te gusta y te hace a soñar.

Marcus frunció el ceño de forma amenazadora mientras se ponía el chaquetón.

—Y tú, claro está, lo sabes todo sobre sus sueños.

—Todo no, no soy tan presuntuosa, pero algo sí. Quería ser marinero. Cuando salimos juntos...

—Entiendo —afirmó él abriendo la puerta de golpe con las llaves de la camioneta en una mano—. Como sueña con el agua, creo que lo ahogaré.

A pesar de que los jóvenes de Vermont eran altos, robustos y fuertes y fuera raro, sobre todo en los pueblos del interior, tropezar con muchachos esmirriados que no sabían cómo cortar la leña o arar un campo, Marcus los superaba a todos. Con sus casi dos metros de músculos, sobresalía entre los hombres presentes en el local. Como siempre, llamaba la atención de los jóvenes y Penny se había acostumbrado ya a las miradas ardientes que le lanzaban las mujeres, pero no se preocupaba: no pasaban de ahí y eran buena

gente. Se sentía bien en la pequeña población que festejaba los cumpleaños de sus miembros como si fueran los de sus hijos.

La granja donde vivía con Marcus se encontraba a varios kilómetros de distancia y ellos no iban al pueblo más que para cargar con provisiones, de manera que, cuando aparecían por algún motivo —un cumpleaños, como en este caso, la fiesta de la cosecha, el día en que caía la primera nieve, la fiesta del sirope de arce y otras sencillas celebraciones mundanas que habrían maravillado a un neoyorquino— debían resignarse a ser objeto de una gran curiosidad.

El *pub* estaba abarrotado, debían de haber acudido casi todos los habitantes. Hacía unos años aquel pequeño pueblo había crecido de forma extraordinaria: una serie de nacimientos y la llegada de un par de familias amantes de la vida aislada había aumentado la población hasta la increíble cifra de trescientos habitantes. Por desgracia, el invierno siguiente, el frío intenso, un alud, el centenario de varios ilustres residentes y la partida de aquellas dos familias —ambas habían comprendido que no estaban hechas para una vida tan aislada— habían reducido de forma drástica aquella imprevista aglomeración. Ahora, contando a Penny y Marcus, la población ascendía a 269 almas. Además, no todos vivían en el pueblo, sino desperdigados en las granjas: en pocas palabras, ver un grupo numeroso de personas era bastante inusual.

No obstante, esa noche se había reunido una auténtica muchedumbre. Penny sabía cuánto las odiaba Marcus: no tanto la multitud como la gente que él consideraba entrometida y cargante. Cada vez que los veían los acribillaban a preguntas y no se limitaban a querer saber cómo iba el trabajo en la granja, la cosecha de trigo, de manzanas, de fresas o de frambuesas, qué había ocurrido con el rayo que había incendiado el granero viejo, qué había ocurrido con la inundación o qué había dejado el puente cubierto impracticable; también había preguntas personales como por qué no se os ve más a menudo, me pregunto qué hacéis todo el tiempo juntos, cómo os conocisteis y otras cosas por el estilo, afectuosas, sí, pero que manifestaban también el carácter en cierta medida despótico de dicha curiosidad.

Tal y como era Marcus, el hecho de que soportara todo eso sin diezmar la población era toda una demostración del amor que sentía por ella. Penny lo comprendía y se lo agradecía.

La velada se desarrolló como cabía esperar. Jacob recibió las felicitaciones de los asistentes, brindó y abrió los regalos con entusiasmo,

como si estuvieran en Navidad. Cuando vio el sextante, abrazó a Penny emocionado. Marcus, que estaba al otro lado de la sala bebiendo una cerveza mientras conversaba con un conocido menos fisgón que el resto, dejó plantado a su interlocutor, se acercó a Penny y le rodeó los hombros con ademán protector.

—Dime, Jacob, ¿qué se siente al cumplir años, envejecer, vivir y poder ir por ahí con la nariz y los dientes en su sitio?

Jacob era un muchacho atractivo con el pelo rubio y el aire sano típico de los jóvenes estadounidenses. Se había criado en el pueblo y, a pesar de que apenas había viajado, poseía una mente brillante algo burlona.

—Es agradable estar vivo —respondió soltando una carcajada—. Le estaba dando las gracias a Penny por el regalo.

—Ya he notado cómo *le dabas las gracias*. ¿Qué te parece si de ahora en adelante te las ahorras? Además, ¿por qué? ¿Puedes explicarme para qué te sirve un sextante?

—Siempre he soñado con ser marinero y Penny se ha acordado —explicó el joven.

Ella terció con gracia.

—Me has contado muchas cosas de tu infancia, que, por ejemplo, leías *Veinte mil leguas de viaje submarino* y soñabas con convertirte en capitán de un sumergible.

—Qué recuerdos tan conmovedores —observó Marcus en un tono que daba a entender justo lo contrario—. ¿Piensas embarcarte pronto?

—No, nada de eso, me basta con soñarlo.

—Si te conformas con los sueños y no mueves el culo para realizarlos, deben de ser de chicha y nabo.

Era evidente que Marcus quería provocarlo: tenía intención de contradecirlo en todo. Jacob sacudió la cabeza con determinación.

—Hay sueños que nunca pasan de ser sueños, pero no por eso pierden su intensidad. Al contrario. Sucede lo mismo con el amor: cuanto menos lo vives, más lo idealizas. Una historia de amor no vivida se convierte en una historia perfecta que jamás se olvida pero, si se materializa, puede acabar siendo banal. La cotidianidad es una enemiga terrible, incluso las historias que comienzan con fuegos artificiales acaban resultando aburridas. Por eso me conformo con el sueño, porque realizarlo sería complicado, puede que imposible y puede que ni siquiera me gustara.

Por un trágico instante, que pareció el preludio de la transformación de

la fiesta de cumpleaños en una matanza, la frente de Marcus se convirtió en un camino lleno de surcos. La mano con la que sujetaba una botella de Budweiser parecía estar a punto de hacer añicos el cristal, pero, al final, asumió una expresión burlona, casi compasiva.

—En resumen, que no tienes huevos. Si te conformas con eso... Te felicito, Jacob, sueña con lo que te parezca, salvo con mi mujer, o podrías encontrarte soñando con el par de piernas que aún te funcionan.

En ese momento, el grupo que los había rodeado para escuchar la animada discusión que se había entablado entre ellos empezó a hacer comentarios.

La señora Maple, una cuarentona soltera que trataba de echar el lazo a todos los recién llegados, pero que jamás lograba llegar a las amonestaciones, afirmó juntando las manos:

—¡Es cierto! ¡Los amores no vividos son los más románticos! ¡Sé muy bien de qué hablo! ¡Ahí están Romeo y Julieta! ¿Acaso no eran adorables?

—En parte tienes razón, Jacob —admitió un hombretón con las mejillas sonrosadas propias de los bebedores habituales—. De niño quería ser bailarín y ahora lo recuerdo con mucha nostalgia.

—¡Vaya una estupidez! Habrías sido un bailarín horrendo, un buey disfrazado de bailarín o un bailarín con la gracia de un buey —objetó la señora Mansell, una viuda anciana que dirigía la oficina postal y que llamaba siempre al pan, pan, y al vino, vino, aunque a menudo metía cuchillas en el pan y alargaba el vino con ácido—. Además, morir a los catorce años como Julieta no tiene nada de adorable ni de romántico. Todas las parejas tienen el deber de casarse, sobrevivir y traer hijos al mundo.

Un clamor de aplausos interrumpió la conversación. En otro lado de la sala estaba teniendo lugar un espectáculo diferente.

—¿Qué pasa? —preguntó Penny, encantada de que algo o alguien, lo que fuera, desviase la mirada de Marcus de la cara de Jacob.

Extasiada, la señora Maple casi se desmaya.

—¡Vernon, el guardabosque, está pidiendo la mano de Grace, la hija del camarero! ¿No os parecen guapísimos?

Delante de la barra del bar, Vernon, un joven alto y robusto, se había arrodillado como había podido, debido a su mole, y en ese momento mostraba en la palma de una mano, a modo de trofeo, el clásico estuche con un anillo de compromiso dentro. Como en las mejores coreografías de las películas en las que *él-le-pide-a-ella-que-se-case-con-él-y-ella-suelta-unas-*

lagrimitas, lloraba también a moco tendido. Al fondo, alguien había cambiado la música *country* por un cedé de ABBA, que ahora sonaba a un volumen, cuando menos, elevado. A pesar de que no fue posible oír lo que se decían los futuros esposos, quedó claro que la propuesta había sido aceptada, porque el anillo pasó del estuche al dedo regordete de Grace. Penny se sintió pérfida, ya que, en lugar de concentrarse en la romántica escena, solo se le ocurrió pensar: «Vernon no va a poder levantarse, se quedará de rodillas para siempre y tendrá que casarse en esa posición».

La señora Mansell la agarró del brazo en ese instante y, borrando la sonrisa de su cara y haciendo una mueca, le preguntó a bocajarro:

—¿Y vosotros cuándo pensáis casaros? Vivís juntos desde hace varios meses, ya no tenéis dieciséis años, ¿no creéis que ha llegado la hora de hacer respetable vuestra situación? ¿O es que no estáis bastante seguros de vuestros sentimientos? ¿Cuándo le vas a pedir que se case contigo, Marcus? ¿Hay una pizca de sensatez entre todos esos músculos?

Penny volvió a mirar a Marcus a los ojos y vio tanta rabia en ellos que temió estar viviendo el momento previo a lo que pasaría a la historia de Green Prairie como *el-asesinato-de-la-vieja-Mansell-durante-la-fiesta-de-cumpleaños-de-Jacob*. Así pues, para desdramatizar, exclamó alegremente.

—No queremos casarnos. Nos gusta el sabor de la libertad. Me temo que tendréis que conformaros con la próxima boda de Grace y Vernon. ¿Podréis sobrevivir a un escándalo así? —Lo dijo en tono de broma, aunque un poco agresivo, lanzando a Marcus una mirada que significaba: «No digas nada, te lo ruego». Por cómo se movió su nuez, él debió de tragarse un bocado bien amargo, pero guardó silencio—. Y ahora, si no os importa, nos vamos. Tenemos que recorrer varios kilómetros y creo que está lloviendo. Felicidades de nuevo, Jacob.

A continuación, agarró la mano de Marcus y abandonaron el local.

Había empezado a llover, en efecto. Era una lluvia ligera, dispersa, de esas que calan hasta los huesos, muy fría. Corrieron hacia la camioneta. Una vez dentro, Marcus se quedó quieto delante del volante, una estatua húmeda escrutando la oscuridad a través del cristal.

—Una comunidad de hienas disfrazadas de cervatillos —murmuró casi para sus adentros.

Penny le posó una mano en el brazo.

—Como cualquier comunidad. A las viejecitas les gusta hablar de bodas y lo hacen con más o menos delicadeza. La señora Mansell es así, una

provocadora, pero lo hace con todos. No se lo tengas en cuenta, por favor. Además...

—Además, ¿qué?

—Lo que dije sobre el sabor de la libertad es cierto. Tú..., Marcus... Si no te gusta algo de esta vida, de este pueblo, incluso de mí, recuerda que no estás en una jaula, que puedes alzar el vuelo cuando quieras.

—¿Me estás dando el pasaporte?

—¡No! —exclamó ella sacudiendo la cabeza, apretándole el brazo con fuerza—. ¡Yo te quiero! Solo que... A veces me digo que este es mi sueño, no el tuyo. Tú te has adaptado para poder estar conmigo, pero si un día te parece que no es suficiente, si algo te llama a estar en otra parte, me gustaría que no te preocuparas por mí. Me las arreglaré.

—¿Con la ayuda de Jacob, quizá?

—No tengo el menor interés en Jacob, solo es un amigo, me atrae como una infusión de ruibarbo. Lo único que pretendía decir es que puedo arreglármelas sola.

—¿Es una manera amable de explicarme que, si me marchase, te importaría un carajo?

—Uf, qué puntilloso te estás haciendo, mi querido oso marrón. Es una manera de decirte que no hagas caso de esas viejas brujas cuando hablan de matrimonio. ¿De qué tienes miedo? ¿Temes que te pida que te pongas corbata, que te conviertas en un ciudadano ejemplar y que me compres un anillo de diamantes? ¡De eso nada! No tengo ningunas ganas de casarme, de vestirme de tarta de nata y de escuchar a los ABBA cantando *Love Isn't Easy*. Estaremos juntos mientras queramos, sin necesidad de dar explicaciones.

Al oír esas tristes palabras, Marcus arrancó el coche sin rechistar. Como única reacción rezongó un poco, pero en el silencio su gruñido retumbó como si fuera el lúgubre aullido de un lobo.

A decir verdad, la mera idea de perderlo le hacía añicos el corazón. Lo quería más de lo que era posible querer a alguien. Lo quería más que antes y, en ciertos momentos, ese sentimiento absoluto, que se mofaba de sus proclamaciones de independencia, la asustaba mucho. Amaba sus ceños, sus miradas cargadas, sus maneras bruscas, su manera hambrienta y tirana de hacer el amor. Amaba todo en Marcus y cada día le regalaba la certeza de que ya no podía prescindir de él.

Pero últimamente no estaba serena.

Por una misteriosa razón, le volvían a la mente las palabras de Francisca.

«Si lo quieres, no lo aprisionarás. Su mayor sueño es ser libre. ¿Quieres destrozar su sueño? Él tiene fuego bajo los zapatos. Quiere que siempre haya una ventana abierta, una vía de escape.»

A pesar de que entonces había hablado así para asustarla, Penny pensaba que en sus palabras había una buena dosis de verdad. Estaba segura de que, por encima de todo, había una cosa cierta: debía procurar que no se sintiera enjaulado, juzgado ni esposado. No dudaba de que esa vida le gustaba —la tierra, los árboles, el viento—, pero ¿por cuánto tiempo sería así?

Sabía que la quería, aunque fuera de una manera poco romántica y nada convencional, pero cada vez recordaba con más frecuencia esas palabras.

Además, no olvidaba aquel sueño. Desde hacía un par de semanas soñaba casi todas las noches la misma escena, con pocas variantes. En su sueño, Francisca regresaba, feroz y arrebatadoramente guapa, y se lo llevaba de allí. Se marchaban juntos, sin remordimientos, tan iguales y perfectos que parecían haber nacido uno de la costilla del otro. En el sueño, Penny volvía a tener el pelo corto y un mechón de color verde esperanza, que se desteñía de repente volviéndose tan negro como las alas de los cuervos. Los veía alejarse sin poder moverse, preguntándose cómo había podido pensar que la monotonía de la paz podía gustarle más que la excitante imprevisibilidad de la guerra.

No conseguía entender qué había desencadenado esas pesadillas.

«O quizá lo has entendido de sobra y finges no saberlo porque tienes miedo.»

Montgomery Malkovich llamaba a menudo. Marcus le preguntaba siempre por Francisca. Peggy sabía, con la razón y el corazón, que eso era normal, justo, humano. No lo habría querido si hubiera sido capaz de correr un velo cruel sobre una persona que había sido tan importante en su vida. Con todo, en los últimos tiempos, desde que había sabido que Francisca se había marchado de Connecticut y se había instalado en Massachusetts para ir a la universidad, Marcus había empezado a interesarse más por ella. Le hacía un sinfín de preguntas, estaba turbado y nervioso y Penny tenía la impresión de que quería llamarla.

A veces sentía la tentación de decírselo: «Marca su número, habla con ella, ella ha sido parte de ti y, cuando uno es parte de ti de esa forma, lo es

para siempre», pero estaba aterrorizada, el sueño alimentaba su pánico, en su corazón combatían el miedo y la rabia y al final vencía el egoísmo y no le decía nada.

Con frecuencia pensaba que era una estúpida visionaria y se decía que Marcus la quería, que se lo demostraba todos los días, incluso sin usar las clásicas palabras del amor, pero, después, su lado práctico le recordaba que solo llevaban seis meses juntos. Seis meses no eran suficientes para crear un pasado digno de ese nombre. Seis meses no eran nada comparados con los años que había estado con Francisca.

«¿Y si ha comprendido que la echa de menos más de lo que debería echar de menos a una amiga, a un antiguo amor, a un recuerdo?

»¿Y si la desea de nuevo?

»¿Y si mi sueño no fuera solo fruto del miedo, sino un presagio?»

Pese a todo, lo quería demasiado como para aprisionarlo. Lo quería demasiado como para asustarlo. Así que le decía esas cosas. No quiero casarme. Viva la libertad. Puedes marcharte cuando quieras.

«Pero no lo hagas, telosuplicotelosuplico.»

Nada más regresar, Marcus murmuró: «Voy a ver si todo está en su sitio» y, acto seguido, salió dando casi un portazo. Penny se sentó en el sofá y acarició el gato.

«Creo que las palabras de esa bruja lo han sacado de sus casillas», comentó en voz alta a Tigre, que ronroneaba. «Qué idiota. A mí me basta esto.» Besó el anillo en forma de cocodrilo y exhaló un suspiro. El gato se restregó contra un lado del mueble y la escrutó con sus ojos de color canela, que parecían contener una provocación. «De acuerdo, no es del todo cierto, me casaría con él mañana mismo, incluso dentro de un segundo, pero esto solo lo sabemos tú y yo. Y tú no me traicionarás, ¿verdad, pequeño?»

El teléfono de casa sonó en ese momento. ¿Quién podía llamar a esa hora?

En la pantalla no aparecía ningún nombre, solo las palabras NÚMERO OCULTO. Respondió experimentando una pésima sensación.

—¿Dígame?

Silencio, solo oyó una vaga respiración humana y la línea se cortó enseguida.

¿Quién podía ser?

¿Alguien que se había equivocado de número?

¿Alguien que buscaba a Marcus y que no esperaba oír su voz?

«¿Eras tú, Francisca?»

Cuando se acostó, Marcus aún no había vuelto. Penny se cambió de prisa y se metió entre las sábanas. Por un instante, había tenido la sensación de que era ella, Francisca, de que la respiración ocultaba su voz, pero se trataba de una convicción irracional, dictada únicamente por el pánico, por la sospecha, por las últimas dos semanas en las que Marcus, más nervioso de lo habitual, había preguntado a Monty por Francisca bajando la voz como nunca lo había hecho, y en las que a veces parecía más ensimismado.

Seguro que no era ella.

¿Y si, en cambio, sí era ella?

¿Y si los dos se estaban buscando?

«¿Qué significa esto? ¿Debo considerarlo una señal? ¿Debo empezar a preocuparme seriamente?»

Estaba tan inmersa en sus tormentos apocalípticos que no oyó que Marcus entraba y se metía en la cama. Al sentir sus manos en su cuerpo lanzó un pequeño grito.

—¿Ahora también te doy miedo? —preguntó él.

Penny se volvió sonriendo.

—Eres tan feo y tan malo que el miedo está más que justificado —dijo tratando de adoptar un tono tranquilo.

Marcus le acarició la espalda, el pecho, el cuello. La abrazó y Penny oyó los latidos de su corazón en un oído. Eran fuertes, fortísimos, ensordecedores. Besó su piel, en el punto en que pulsaba su corazón, debajo del tatuaje atravesado por una corona de espinas.

—Jamás seré bueno, ya lo sabes. —Su voz era una extraña y tempestuosa mezcla de melancolía y acritud—. A veces me gustaría matar a alguien, no puedo evitarlo, sobre todo a Jacob y a esa vieja cabrona. Nunca seré un imbécil que se arrodilla mientras una música idiota le rompe los tímpanos.

—No deseo nada así. La señora Mansell siempre hace comentarios mordaces. ¿Por qué te ha dolido más esta noche?

Él no respondió: la estrechó contra su cuerpo en la penumbra de la habitación, junto a una ventana velada por unas cortinas de algodón basto, con un sinfín de soles bordados, que estaban allí por deseo de Barbie. Fuera, la lluvia había arreciado.

—Penny —le dijo en tono anhelante, como si se dispusiera a iniciar un

discurso más largo.

—¿Qué?

Marcus guardó silencio unos segundos, parecía estar sopesando las palabras y, al final, optó por callar. La besó en la boca. Dentro de la boca. Y después lejos de la boca. Por todas partes. Al final la tomó, con el ruido de la lluvia al fondo.

Mientras estaba encima de ella, inmenso y hermoso, tan brusco como un león, tan dentro que ella que la colmaba, se detuvo. Permaneció así un instante, sin moverse, contemplando los ojos, los labios, las piernas de ella. Después volvió a moverse, sin cesar, con los brazos extendidos como pilares pintados, con el ímpetu de un ariete medieval, hasta que lanzó el grito salvaje y sagrado del orgasmo.

Tener una granja supone mucho trabajo, pero a Penny le gustaba cansarse. Se levantaba temprano, tan temprano que, a menudo, el sol era solo un espejismo. Los animales que debía cuidar, limpiar, alimentar, los establos, la leña que había que cortar, la tierra por arar, la cosecha, la casa. Todo era igual y diferente a la vez. Lo había hecho sola y ahora lo hacía con Marcus. Él se levantaba incluso antes que ella y se deslomaba bajo el sol y el agua.

Esa mañana seguía lloviendo y el viento silbaba detrás de los postigos y en los resquicios.

—Hoy me ocuparé de todo. Quédate dentro —le dijo Marcus—, estás pálida y pareces cansada.

—Quizá sea culpa de alguien que no me ha dejado pegar ojo esta noche... —bromeó ella. A pesar del mal tiempo, del frío y de la sensación de cansancio, se sentía bien, feliz, satisfecha. No había vuelto a pensar en la extraña llamada ni en Francisca. Por primera vez en varias semanas, esa noche no había tenido ningún sueño. Quizá porque, en efecto, no había descansado mucho: habían hecho el amor durante horas e incluso cuando no parecía que lo estuvieran haciendo —besos, piernas entrelazadas, caricias en el pelo, te miro mientras duermes, olfateo tu piel, bajo los párpados apoyado en tu mejilla—, lo hacían de verdad.

—¿Solo esta noche? —le dijo Marcus con aire ofendido. Después sonrió, se puso una cazadora impermeable y unas botas de goma y salió justo cuando iniciaba la tormenta.

Penny trabajó en casa toda la mañana y a medida que pasaban las horas y que el sol salía victorioso, la angustia de la noche anterior y de las últimas

dos semanas de absurdos presentimientos se iba disipando como las nubes.

Poco antes de la hora de comer, mientras entraba en casa con los brazos cargados de leña, oyó sonar el teléfono. Podía ser cualquiera, pero su corazón empezó a latir con fuerza al percibir el peligro.

Alzó el auricular como si fuera el tentáculo de un monstruo, quizá muerto, quizá dispuesto a morderla.

—¿Dígame?

Llamada anónima y silencio. Maldito silencio. Y una respiración al fondo. Y una nueva interrupción.

Esta vez estaba segura, tan segura que estuvo en un tris de pronunciar su nombre. Era ella, no tenía la menor duda, era Francisca. Había emitido una especie de grito de irritación en el auricular: a Penny le bastó poquísimos, dos notas lejanas, para reconocerla.

Se sentó de golpe en el sofá, presa del pánico. Sintió una arcada.

¿Qué quería? Si solo quería hablar, *cómo-estás-cómo-estoy-quizá-un-día-volvamos-a-vernós*, no tenía ningún motivo para colgar de esa forma.

No, si era Francisca —habría puesto una mano en el fuego—, mejor dicho, era Francisca, buscaba a Marcus. Lo quería de nuevo.

«¿Y tú? ¿Tú qué quieres, Marcus?»

Se quedó sentada en el sofá, quieta como en un cuadro, hasta que Marcus regresó. No le dijo una palabra. Comieron como si nada hubiera ocurrido. Más o menos.

—¿No te encuentras bien? —le preguntó él de repente—. No has tocado la comida. No querrás que te dé de comer, ¿verdad? —Le acarició la frente con el dorso de la mano. Una de sus bonitas y grandes manos.

«Cuánto me gustan tus manos. Nunca dejes de tocarme.»

—Estás caliente. Ve a tumbarte.

—No me pasa nada, no estoy hecha de aire —dijo tratando de minimizar—. Tenemos que ir al prado del norte, ¿recuerdas? Para ver si puede servirnos para...

En ese momento sonó el teléfono. Penny lo miró con una expresión de auténtico terror. Marcus estaba más cerca del aparato y, cuando agarró el auricular y respondió, ella tuvo la impresión de que se abría un abismo bajo sus pies.

—¿Dígame? Ah, hola, Monty.

El corazón de Penny volvió a latir, pero solo por un momento.

—Sí, todo va bien. Penny está bien, pero ¿qué...?

Marcus frunció el ceño y apretó los labios.

—No, no ha llamado.

Penny tuvo la certeza de que estaban hablando de Francisca.

—¿Qué ha pasado?

Monty le contó algo en un tono agitado que se difundió por el aire y llegó a Penny, a pesar de que esta no conseguía entender lo que decía. La expresión de Marcus era cada vez más tensa. Antes de que terminase la conversación, Penny sintió la necesidad de salir de la habitación. Mientras se alejaba, tuvo la impresión de que Marcus la seguía con los ojos sin dejar de fruncir el ceño.

Se sentó en la cama con los dedos entrelazados y, de nuevo, tuvo una arcada. Oyó que Marcus se despedía de Monty y luego se hizo el silencio. Él tardó un rato en entrar en el dormitorio. Se sentó a su lado y por un interminable y atroz minuto se frotó con nerviosismo la frente y las sienes. Por fin, le dijo:

—Monty quería saber si Francisca ha llamado aquí. Por lo visto ayer fue a casa de ellos y consiguió, aún no acabo de entender cómo, este número. Ha dicho que... no estaba bien —Silencio, silencio, silencio y a continuación—: Coño.

Penny exhaló un suspiro íntimo, secreto, que solo oyó su alma. Por fin, con la voz menos rota que logró sacar de su garganta, le confió:

—Creo que ha intentado llamar. Anoche y esta mañana. Bueno, no sé si era ella, pero han llamado dos veces y quien fuera que llamara colgó en cuanto oyó mi voz.

Se encogió de hombros, fingiendo desenvoltura, pero ese pequeño gesto casi hizo que se derrumbara.

Sin hacer el menor comentario, Marcus le tendió un pequeño folio.

—Monty insistió en darme su número. Quiere que la llame para tranquilizarla.

—¿Para tranquilizarla? ¿En qué...? ¿En qué sentido? ¿Qué le pasa?

—No lo sé, no lo he entendido bien. Annie ha dicho que la vio... extraña. Como hacía tiempo que no la veía.

—¿La has llamado?

—No, antes quería hablar contigo.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—Para saber si estás de acuerdo, me parece obvio. Si fuera al contrario, me gustaría saberlo. Me gustaría que antes hablaras conmigo. Soy un cabrón,

pero no hasta ese punto.

Penny sintió deseos de darle unos cuantos puñetazos. Si Francisca le diera igual, todo ese rollo sobraba. Toda esa delicadeza, como si le estuviera pidiendo permiso para hacer una simple llamada telefónica, ocultaba un tumulto interior y el temor de herirla.

«Solo me herirás si aún sientes algo por Francisca.»

Habría preferido que la llamase sin tantas historias y que luego se lo dijera con plácida indiferencia, pero en ese momento no tenía nada de plácido. Ni de indiferente. Marcus estaba profundamente turbado.

—Eres un auténtico idiota, Marcus Drake.

Él se sobresaltó y la escrutó estupefacto. Penny sintió que las lágrimas se le saltaban de los ojos, pero las obligó a retroceder lo más lejos posible.

—¿Qué dijimos? Debemos hacer lo que nos apetece, siempre. Se ve a la legua que tienes ganas de hablar con ella. Estás preocupado por ella. Así que levanta el auricular y llámala. ¡Estuvisteis juntos muchos años! ¿Crees que soy tan capulla como para pretender que la borres de un plumazo?

—Yo lo pretendería —dijo Marcus, cada vez más enfurruñado—. Yo te ordenaría que no volvieras a hablar ni a ver a nadie. Yo me cabrearía como una bestia y rompería esta nota en mil pedazos.

—Pero yo no soy como tú. —Penny se puso de pie y se dirigió hacia la puerta—. Voy a ver a Cleo.

Se puso una chaqueta y salió seguida de Tigre, tendido al sol. Apenas cerró la puerta, tuvo que apoyarse en un montón de leña para no desplomarse.

Cleo, la vieja y dulcísima yegua que Penny había salvado del matadero, deambulaba por el recinto mordiendo los manojos de hierba que aún estaban frescos. Marcus solía decir bromeando que la granja era un asilo para animales desgraciados: entre sus habitantes había, por ejemplo, un burro cojo y un antiguo corderito ciego, que se había convertido en un carnero enorme y antojadizo.

Mientras Cleo movía con parsimonia su suave cola y Tigre holgazaneaba en lo alto de un palo, en una posición que solo podía adoptar un gato imprudente, Penny apoyó la espalda en la valla. Cerró los ojos buscando el calor del sol, que, a esas alturas, bien entrado el mes de octubre, era cada vez más pálido. La temperatura no tardaría en bajar y llegaría la nieve. Primero una leve salpicadura y luego una manta.

Penny trató de pensar en Marcus llamando por teléfono a Francisca.

¿Qué se dirían después de varios meses sin hablar?

¿Insistiría ella en volver a verlo?

«Concéntrate en el sol, en Cleo, que ahora parece sonreír, en los manzanos y en los arces altos, en el viento y en el aroma del aire.»

Mientras estaba con los ojos cerrados, sintió que una mano se apoyaba en su hombro. Marcus saltó la valla y se plantó delante de ella. Por primera vez en varios meses, fumaba un cigarrillo. El corazón de Penny se retorció como si quisiera escapar de su pecho. No le preguntó nada, guardó absoluto silencio, mientras él apuraba su Chesterfield.

De improviso, Marcus le agarró una mano.

—No volverá a llamar —dijo.

—¿Qué...?

—La he llamado y le he dicho que no vuelva a hacerlo.

—Pero ¿por qué?

—Porque no quiero ver esa expresión en tu cara.

Ella no lo miró, siguió con los ojos clavados en Cleo, que comía y disfrutaba de la vida. Por fin, se alejó de la valla y se encaminó hacia la casa.

«Respuesta incorrecta», pensó, pero no dijo nada.

CAPÍTULO 9

MARCUS

Tengo que tomar una decisión importante, una de esas que te cambian la vida y te hacen avanzar o caer, y estos capullos me distraen. Necesito pensar, entender y poner en orden las cosas absurdas que siento, pero no puedo, porque, según parece, todo el pueblo se ha puesto de acuerdo para sacarme de mis casillas. Odio esas reuniones, las fiestas, las ferias *demierdadeloque sea*, las caras risueñas, las sonrisas de mandíbula desencajada. No soy sociable, no consigo fingir que esta gente me gusta. Bueno, alguno me gusta. Los agricultores, porque se dedican a la tierra y, cuando los veo, me explican todo, incluso la manera de hacer florecer un tronco quemado. También las ancianas que te sonrían sin soltarte el rollo. Y los que te invitan a beber en silencio y los que no te hacen el tercer grado sobre *todos esos tatuajes*. En fin, que a algunos los soporto. Pero Jacob, ese tipo me provoca, sí, me provoca diciendo gilipolleces sobre Penny e inventando cada vez nuevas excusas para alargar la mano, se merece que lo espere en la parte trasera de su tienda por la noche, cuando en la calle solo quedan, como mucho, las garduñas y los murciélagos, que le dé una buena tunda y le meta el sextante por el culo. También daría un buen puñetazo a la hiena de Mansell, porque siempre se mete donde no la llaman. Esta gente no hace otra cosa que juzgar y vomitar idioteces.

Pero no quiero que Penny sufra, así que me contengo, me porto bien, estoy callado y quietecito. Toda esta bondad me está provocando una úlcera, pero no soportaría ver la tristeza en su cara. Porque a ella le gusta esta gente o, en todo caso, no le disgusta. Ella está bien aquí. Se conmovió incluso durante la ridícula escena de la proposición de matrimonio, me di cuenta. Espero que no se le ocurran extrañas ideas, porque yo no hago esas cosas. Ni

siquiera por ella. No puedes cambiar tu manera de ser de esa forma, algunas cosas son inmutables.

Maldita sea, tengo que pensar, comprender, decidir, y estos cabrones no dejan de montar jaleo.

Así que, nada más volver de la fiesta de cumpleaños, voy a la parte posterior del establo y desahogo mi frustración. Engancho un saco de boxeo en una viga robusta, debajo de una marquesina. No voy vestido como debería, no puedo moverme como me gustaría, pero no renuncio a dar unos cuantos golpes.

Tengo que volver a ver a Francisca y esta es una de las razones de la confusión que tengo en la cabeza. No he hablado con ella desde hace meses, necesito verla. Penny no lo sabe, temo que la cosa no le guste o, peor aún, que me pida que lo haga, porque el dolor se leería en sus ojos. Eso es lo peor. No quiero que sufra, prefiero cortarme una mano.

Aun así, tendré que hacerlo. Tarde o temprano tendré que hacerlo. En las últimas semanas, la expresión valiente pero triste que puso Fran cuando se despidió de mí en casa de Malkovich me tortura como el cadáver de alguien al que has matado sin querer y luego has escondido en una tumba de cemento.

Entretanto, golpeo el saco una y otra vez, con la impresión de tener un siglo de energía reprimida que debo descargar.

Y no es cierto. Trabajo como un condenado, no estoy quieto un instante. Además, Penny y yo follamos mucho. En todo este lío, lo único seguro es que la quiero. Las cosas solo han mejorado. A veces me basta una menudencia, un detalle insignificante —la manera en que se toca el pelo, en que parpadea, incluso cómo se inclina para recoger algo del suelo— para perder la razón. Hace meses que toma la píldora, así puedo correrme dentro, y esto me excita de una manera que no creía posible. No importa si estoy agotado después de haber trabajado varias horas en el campo, en los establos, en la leñera o con el saco, la miro y la deseo.

Como esta noche. Antes me hizo perder los estribos, pero eso a mi polla le da igual. Mi polla es una capulla insensible, le basta el olor de Penny para sentir hambre. De repente, la tentación de decirlo todo, absolutamente todo, me sofoca. Lo que me está sucediendo, lo que querría hacer, las dudas que tengo, las decisiones definitivas que me gustaría tomar. Unas decisiones que me asustan, pero a las que no puedo resistirme, lo sé, porque ciertas cosas solo van en una dirección.

Pero no digo una palabra. Follo con ella como un condenado, la penetro hasta el fondo. Me enloquece ver el placer en sus ojos. Suceda lo que suceda, Penny, la cara que pones cuando gozas es la octava maravilla del mundo.

—¿Marcus? Soy Monty. ¿Cómo va? ¿Penny está bien? Tengo que hablarte de... Y no sé cómo...

—Ah, hola, Monty. Si, todo en orden. Penny está bien. Pero ¿qué...?

—Annie ha insistido mucho, no hace otra cosa que repetirme que... ¿Por casualidad te ha llamado Francisca?

—No, no ha llamado.

—Ah, bueno, creo que lo hará.

—¿Qué ha pasado?

—No estoy muy seguro, pero... Bueno, ayer nos visitó, llegó mientras yo no estaba y Annie asegura que estaba trastornada. Triste, eso es. Triste. Ok, Annie, se lo estoy diciendo. Estaba triste. Se quedó a cenar y a dormir. Por la tarde le había pedido varias veces tu número a Annie. Ella se negó a dárselo. Ya sabes, no le parecía correcto hacerlo sin tu consentimiento. Pero creo que luego lo consiguió sola. He encontrado el cajón revuelto y mis cosas desordenadas y yo soy muy ordenado, así que he pensado... Creo que te llamará. Annie jura y rejura que estaba muy triste, aunque a mí no me dio esa impresión, pero ya sabes que las mujeres notan mejor ciertas cosas, así que... ¿por qué no la llamas tú? Le darías una alegría a Annie, porque quiere mucho a Francisca. Sí, Annie, le estoy diciendo que la llame, ¿no me oyes? Ok, Marcus, perdona. Solo para preguntarle cómo está, si le pasa algo. Te doy su número. ¿Tienes algo para escribir?

—¿Qué? Ah, sí, ok, espera.

—Quiso ir a Massachusetts y está sola. No conoce a nadie allí. Se le metió esa idea en la cabeza, podría haber ido a la Universidad de Connecticut, pero ya sabes lo testaruda que es. No digo que la de Massachusetts no sea una buena universidad, al contrario, es una de las mejores, y ella sacó muy buenas notas, es una chica inteligente, se pasa la vida leyendo. Siempre la hemos juzgado mal, no es superficial ni insensible, en absoluto. Temo que, al contrario, sea demasiado sensible. Estoy seguro de que al final todo irá bien, pero... no es bueno estar solo y ella no es sociable. Bueno, en eso sois iguales. Así que eres la persona más adecuada para averiguar qué sucede. No quiero que Penny sufra, por descontado. Ese pensamiento me ha torturado. Annie y yo queremos mucho a Penny y

seguimos pensando que es la mujer ideal para ti, pero Francisca vivió con nosotros dos años, aprendimos a conocerla, comprendimos que debajo del caparazón tiene el corazón más frágil del mundo. El corazón de Penny es más resistente. Estamos seguros de que lo entenderá. La llamarás, ¿verdad? Jamás habría imaginado que un día te diría esto, antes insistía justo en lo contrario, pero ahora... sería bueno si, al menos, pudierais ser amigos y llamaros de vez en cuando. Sería bueno para todos, también para ti.

Nunca he creído en el destino, así que ¿cómo se llama esto?

Piensas durante semanas en una persona y luego...

Piensas en volver a hablar con ella, en volver a verla, en comprender, y es ella la que te busca.

Pero... pero Penny tiene esa mirada de pesar.

No quiero que sufra, no quiero.

De forma que creo que he tomado varias de las decisiones que debía tomar y no sabía cómo. Con Francisca se acabó. No quiero saber nada de ella, necesito verla y hablar con ella, hace varias semanas que la veo con frecuencia en sueños, pero se acabó.

—¿Di...dígame?

—¿Fran? Soy yo.

—Marcus...

—¿Cómo estás?

—Bien, estupendamente. ¿Y tú?

—Yo también. Y también Penny.

—No te he preguntado por ella.

—Lo sé, pero te lo digo de todas formas. Sé que has llamado. ¿Lo hiciste esta noche, hace unas horas?

—Yo..., bueno..., sí

—¿Por qué colgaste si querías hablar conmigo?

—Porque contestó ella. Quería hablar contigo, no con ella. ¿No tienes un número de móvil?

—No y, si tuviera, no te lo daría.

—Sigues siendo un cabrón.

—Nunca he dejado de serlo. ¿Qué quieres, Fran? ¿Qué sucede?

—Sucede que..., sucede algo elemental. Sucede que te quiero. Jamás te lo he dicho, pero te quiero. He comprendido más cosas en estos seis meses

que en todos los años pasados. Te quiero. Tú y yo estamos hechos para vivir juntos.

—...

—No saltes de alegría, por favor, tanta felicidad me trastorna.

—No me vuelvas a llamar.

—¿Qué?

—Olvida este número, olvida que existo. No me gusta tener que decirte esto, Fran. No me gusta nada, pero en ciertos momentos hay que tomar una decisión definitiva.

—¿Y tu decisión definitiva es borrar me de tu vida?

—Creía que no, pero no me queda otra alternativa.

—¿Que no te queda otra alternativa? ¡Siempre hay otra alternativa! ¿Qué ocurre? ¿Carita de jodido ángel te ha esposado? ¿Haces todo lo que te ordena? ¿Te has convertido en su marioneta?

—Para ya.

—¿Que pare? ¿De qué, de decir la verdad? ¿Significa eso que eres feliz? ¿Estás bien con ella, no tardaréis en tener una bonita familia con muchos hijos, un perro y un gato e iréis a la iglesia los domingos? ¿Qué vida es esa? No puedo creer que te guste, me niego a creerlo. Cuando te dejé marchar, hace seis meses, lo hice porque, entre otras cosas, sabía que, si no metías el dedo en la llaga, no te convencerías. Habías perdido la cabeza, no entendías nada. Pensé: quizá, viviendo con ella una temporada, comprenda que esa vida no le va, se le pasará y volverá conmigo. En el fondo, nunca te ordené que metieras la polla en un solo sitio. Siempre has sido libre, ¿no? ¿Eres igual de libre con ella? ¡Seguro que no! ¡Vuelve conmigo, Marcus, te lo ruego! Estamos hechos para vivir juntos y...

—Fran.

—Estoy en Amherst, ven. O iré allí, a tu casa, y...

—Estudia. ¿Me lo prometes?

—¿Qué?

—Estudia, vive y trata de estar bien, pero no vuelvas a llamarme y resiste a la tentación de venir. Estás alterada y lo siento, por mucho que te parezca extraño, dado lo que te estoy diciendo, lo siento. Más de lo que te imaginas. Pero no quiero volver a verte ni hablar contigo.

—Te arrepentirás, más adelante te arrepentirás. Me echarás de menos.

—Te echo ya de menos. Jamás he dejado de hacerlo, pero he decidido que sea así y no cambiaré de idea.

—¿Qué es esto? ¿Te sientes obligado hacia Penny? ¿Te sientes culpable?

—Cuando aprendes a sentirlo, el sentimiento de culpa te jode el alma, te lo garantizo.

—No puedes seguir con ella si ya no la quieres, es ridículo. ¿Qué eres, un sacrificio humano? ¿Habéis firmado un pacto de sangre?

—Algo así.

—Ya no eres el mismo, es evidente que ya no eres el mismo.

—Todos cambian. Puede que aún no te hayas dado cuenta, pero tú tampoco eres la misma persona de antes. Y ahora...

—¡No, espera! ¡Espera! No puedes... ¿Cómo voy a vivir sin ti?

—Día a día. Es un magnífico sistema. Deja de pensar en la eternidad, en el ejército que te está esperando ahí fuera para joderte y afrontar a tus enemigos uno a uno. Así dan menos miedo.

—No sé si podré. No sé si...

—Tengo que marcharme, Fran. No vuelvas a llamarme. No lo hagas. Cuando digo adiós es adiós. Y lo he dicho.

Lo he dicho y me siento un pedazo de mierda. Un cabrón redomado.

No quería hacerle daño.

Voy a necesitar algo más que cortar troncos hasta la primavera para cansarme lo suficiente y dejar de pensar lo peor de mí mismo.

Pero si hiciera daño a Penny, no podría seguir viviendo.

CAPÍTULO 10

Si fuera un objeto, sería una taza con una grieta tan larga como el dibujo de una garza real, un lápiz con la mina rota por la zancadilla de un abridor de cartas, una lámpara de petróleo que quema su corazón de estopa, un libro con las páginas desgastadas por generaciones de manos sucias.

Si fuera una flor, sería una campanilla de invierno en una traslúcida capa de hielo, un girasol jorobado consagrado a la tierra, una orquídea empapada por una lluvia de sangre, un narciso que ya no logra ver sus estambres en el lago.

Si fuera un animal, sería una orca encerrada en una caja de música, una golondrina que ha dejado caer la brújula en el vuelo, un caballo con los tendones cortados por un arbusto de astillas, un tigre que maúlla en la rama más alta de un árbol extinguido.

Si yo fuera tú, sabría cómo platear la grieta, vengarme del abridor de cartas, hendir la oscuridad sin quemarme y solo permitiría que me acariciara el viento de tus dedos.

Si tú me quisieras, rompería la capa de hielo, inclinaría el cuello hacia la luz, dejaría que me purificara el agua de las montañas, transmutaría todo el mundo en un espejo.

Si me acariciases, el mar se tiraría a la caja, las cometas trazarían el rumbo, mis piernas saltarían por encima de la copa de un baobab, mi rugido despertaría a una

quagga.

Pero tú no estás ni me quieres, ni me tocas, has segregado mi valor en un cajón, se lo has robado a mis ojos y a mis manos y me has dejado en prenda un cubo de ceniza.

Si no fuera yo, sería, sin duda, otra, y, fuera quien fuera, sería mejor que yo, porque yo soy una manera de decir muerte, porque yo soy una manera de no decir nada.

No debía mirarla, no debía interesarse en lo que hacía, en dónde estaba sentada, en cómo iba vestida ni en la expresión de su cara. Debía dar la clase como si nada. Como si el recuerdo de lo que había sucedido y el dolor tridimensional de sus versos no llevaran tres días atormentándolo.

¿Cómo era posible que una joven dueña de un lenguaje tan violento y una belleza tan deslumbrante fuese capaz de escribir unas palabras que parecían haber nacido en un corazón de cristal y haber crecido en un cuerpo deforme?

Esa contradicción lo atraía, lo turbaba, pero se había prometido que no se pondría en contacto con ella de ninguna forma, se lo había impuesto de tal manera que hasta se lo había dicho en voz alta. Para convencerse se había repetido varios discursos, el primero de los cuales no era solo «es una estudiante, te has equivocado, te has comportado como un crío en celo». A él se había añadido un argumento mucho más persuasivo: «No está bien, salta a la vista que esa chica no está bien, es infeliz, está deprimida, pero tú no eres su médico ni Dios. Tampoco eres su novio ni su hermano ni, sobre todo, Marcus». Quienquiera que fuese Marcus. A todas luces, era una causa, una de las muchas causas de su malestar.

Francisca estaba casi en la última fila, no tenía a nadie demasiado cerca, era una flor apartada. Byron leía la maravillosa poesía *Mar negro*, de Mark Strand.

E imaginé que te acercabas,
las oscuras ondas de tu cabello enredándose con el mar
y la oscuridad se convirtió en deseo.

¿Cómo podía recitar esos versos sin pensar en la manera en que lo había

tirado de un empujón al sillón, en su pelo, que parecía realmente hecho de mar nocturno, en el deseo que lo había invadido? No habían hecho siquiera el amor, no como dos adultos: parecían dos adolescentes descubriéndose en una habitación precaria, sin cerrar con llave. Con todo, se había sentido como si se hubieran devorado durante horas y en todas partes.

Al final de la clase había llegado a una conclusión peligrosa. Casi parecía el estribillo de un alcohólico, de un jugador, de un loco.

«Hablaré con ella por última vez, solo una vez más.»

—¿Le ha gustado mi poema, profesor? —le preguntó arrastrando la voz la rubita con pestañas postizas que se sentaba en primera fila y cruzaba las piernas con más frecuencia de la que cualquier ser humano que no padeciera un gravísimo tic debería cruzarlas. Y, como ella siempre llevaba faldas muy cortas, el panorama quedaba casi bajo su nariz y él se veía obligado a hacer eslalon con los ojos.

A decir verdad, aún no había leído los versos de los demás estudiantes. No había hecho otra cosa que releer los de Francisca y ver una y otra vez con la mente, a la que no conseguía obligar a hacer un eslalon, la boca de ella entre sus piernas, su lengua sedosa, la suavidad de su carne. Su gemido de placer, ligero, casi aprisionado. La rubita lo miró como si no se esperase tanta indiferencia. Byron cabeceó y cerró el libro.

—Aún no he tenido tiempo de leer nada —explicó con aire distraído—. Y, ahora, si no le importa... —Fingió que se concentraba en la redacción de algo, escribió unas líneas sin ton ni son en una agenda, ignorándola por completo, hasta que, por fin, la alumna salió enfurruñada del aula.

Cuando se quedó solo, se dio cuenta de que Francisca seguía allí. Sentada en la parte alta del aula, lejos de él. Como si lo estuviera esperando.

—¿Señorita López? —exclamó en tono formal—. ¿Puede acercarse? Tengo algo que decirle.

Mientras Francisca bajaba, se esforzó para no mirarla. Clavó los ojos en el folio que tenía delante y solo cuando ella estuvo cerca notó que había contenido la respiración durante todo el descenso.

—¿Le ha gustado mi poema, profesor? —repitió en un tono similar, por la cantilena y los suspiros, al de la rubia.

—¿Cómo estás? —le preguntó él bajando un poco la voz y haciendo caso omiso de la provocación.

Francisca ignoró a su vez la pregunta.

—Veo que tienes mucho éxito con las alumnas, mi querido profesor. —

Parecía alegre, pero esa mampara de ironía traslucía cierta histeria. Su mirada tenía un reflejo metálico. Movía las manos con nerviosismo—. ¿Cómo te organizas? ¿Tienes una lista? ¿Haces turnos? ¿Das un numerito, como en correos? ¿Preparas *tiramisù* para todas o cambias el tipo de dulce?

Byron sintió ganas de apretarle una mano para sacudirla, para obligarla a callarse. Para abrazarla. Después de haber leído su poema, su necesidad más inmediata era esa: abrazarla. Pero no podía. Miró alrededor como un ladrón, mientras Francisca se acomodaba en el borde del escritorio donde él se sentaba durante las clases

—¿Cómo estás? —le preguntó de nuevo y, con cierta ansiedad, añadió —: Esos versos...

—¿Qué pasa? ¿Haces como los maestros, que miran los dibujos de sus alumnos y los interpretan a su manera? Un niño puede dibujar a uno de sus padres empuñando una espada en una mano enorme y en la otra una cabeza de conejo sin que eso signifique que se trata de un psicópata que degüella animales indefensos y pega a sus hijos con un palo, puede que solo haya jugado al béisbol con un guante y que haya cosido la cabeza de un conejo de peluche usando una aguja grande de lana. Las cosas no siempre son lo que parecen.

—¿Y cómo son?

—Eso no es asunto tuyo. Solo debes valorar si el poema te transmite algo, si te emociona, no tienes que psicoanalizarme. ¿Te ha emocionado?

—Me ha asustado.

—Supongo que eso es bueno. Sería peor que te hubiera entristecido. La tristeza es un derroche. A propósito de cosas que no deben derrocharse... ¿Cuándo follamos?

Byron la fulminó con la mirada.

—Al menos baja la voz —silbó entre dientes.

—Oh, por supuesto, disculpa, no vaya a ser que se descubra que te tiras a tus alumnas y tu fama de príncipe del ateneo se vea salpicada.

—Fue un error, te lo dije y te lo repito. No volverá a suceder. Y no me tiro a mis alumnas.

«No demasiado a menudo, al menos.»

—En ese caso, ¿qué quieres de mí? ¿Por qué me has llamado? ¿Solo querías saber si mi padre me pega con un palo y mata a todos mis pobres conejitos?

—¿Cómo estás?

—No dejas de preguntarme cómo estoy. ¿A qué te refieres en concreto? La herida que tengo en la cara está cicatrizando bien, por lo visto no me convertiré en un monstruo. Solo he fumado tres cigarrillos. He corrido una hora y he descubierto un quiosco donde venden unas tortitas de guayaba exquisitas, parecidas a las que me hacía mi madre cuando era niña. Si quieres te doy la receta, así se las podrás hacer a Miss Pestañas-Que-Aletean. Aunque puede que no te interese nada de esto, puede que solo quieras saber cómo me sentí después de lo que hicimos hace tres días. Diría que bien, fue muy relajante. Por eso me gustaría repetir la experiencia. Siento curiosidad y me gustaría *profundizar*.

Byron se acercó a ella, olvidando el lugar en que se encontraban y el riesgo que estaba corriendo. Por una parte, estaba enfurecido, pero por otra su deseo era casi doloroso. Si hubiera podido plegarse a los alaridos de su lado animal, se la habría tirado enseguida, en el escritorio. Esa mañana Francisca llevaba un abrigo de color verde bosque encima de una falda vaquera acampanada y calzaba unas botas planas. Una indumentaria nada sensual. Y, sin embargo, lo atraía, lo intrigaba, endurecía sus miembros y ablandaba su corazón. Quería levantarle la falda hasta la cintura y entrelazar sus dedos con los de ella mientras se corrían. Pero estas eran, claro está, unas ideas absurdas. No debía y no podía enredarse en una historia con una alumna, por si fuera poco, tan problemática: ya había tenido una mujer mucho más que problemática durante diez años y la cosa había acabado como había acabado. Tampoco podía permitirse polvos sin historia, así que lo mejor era hacerse a una de las clientas del Dirty Rhymes. No, no, debía volver al sitio que le correspondía. No volvería a preguntarle siquiera cómo estaba. No volvería a pensar en ella y... ¡Maldita sea! Se le había puesto dura en la universidad. Se ajustó la chaqueta todo lo que pudo. Si le hubieran dicho que se iba a transformar en el héroe permanentemente excitado de una novelita rosa, no se lo habría creído. Y ahí estaba, vencido por una erección vergonzosa en un aula de la universidad: poco faltaba para que le desgarrase la ropa y él la aferrase como en un paso de tango. Ridículo, era ridículo. Hambriento, estaba hambriento.

—¿Se encuentra bien, profesor? Por la cara que pones, se diría que tienes ganas de que follemos, pero finges que no es así. No debes temer que se lo diga a alguien ni que pretenda la exclusividad. Podrás seguir haciendo dulces para todas las tipas que quieras. Solo necesito desahogarme un poco. Y tú eres un encanto, pareces sano y estoy segura de que eres bueno, así que

¿cuándo y dónde?

—Jamás, en ninguna parte —respondió él con rudeza—. Te lo repito por última vez: este asunto debe terminar como empezó. He comprobado que estás bien y me alegro. Puedes marcharte.

Ella se encogió de hombros, envuelta en el abrigo. Sonrió con aire de capulla, desdeñosa.

—Como quieras. Da igual, encontraré a otro enseguida.

Sus palabras, en lugar de tranquilizarlo, le atravesaron el pecho y trituraron algo indefinido entre sus costillas. Con un ademán impulsivo, justo como había evitado hacer hasta ese momento, le agarró una mano. Francisca, que había hecho amago de salir, casi chocó con su tórax. Al final la había aferrado como en un paso de tango.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó en un tono diferente, más ronco y menos regio.

—No me expreso con dibujos. Digo lo que pienso. ¿Crees que me costará mucho encontrar a otro que quiera acostarse conmigo?

—No digas gilipolleces —murmuró él.

Francisca se desasíó de él, recuperó el brazo, los dedos, el espacio. Retrocedió y lo miró con una expresión mordaz.

—Digo y hago lo que me parece.

—En cambio, no...

Una voz interrumpió de repente la conversación, que ya no era una conversación: aquello era, sobre todo, un desafío. Detrás de ellos, en el umbral, con expresión suspicaz, estaba Claire, la rubia que tenía una voz nasal.

—¿Byron?

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —preguntó él, a todas luces contrariado. Aunque no sabía a ciencia cierta por qué, si por la aparición repentina de esa pelma insoportable o porque Francisca le estaba susurrando: «Por lo visto, tú también te consolarás, pero te aconsejo que te pongas tapones en los oídos». A continuación, ella salió del aula, pero Clarice no la reconoció, porque la tarde en que se habían visto en el salón de té ni siquiera la había mirado a la cara; en cambio, en ese momento sí que la observó, vaya si lo hizo, como si quisiera memorizar hasta el menor detalle.

—Perdona que no te haya llamado antes. Mejor dicho, te he llamado un montón de veces, pero debes de tener un problema con el móvil, porque la línea se interrumpía a la primera llamada. Por lo visto no has recibido mis

mensajes, porque no me has contestado. He venido para preguntarte si te apetece comer conmigo. No hemos vuelto a hablar y... Pero quizá tengas algo que hacer. ¿Te molesto? —pronunció esta última frase de forma extraña, recelosa, irritante.

—No tengo nada que hacer, así que comeré muy a gusto contigo — afirmó él, pensando en todas las veces que había rechazado sus llamadas y en los trece mensajes llenos de puntitos suspensivos que había ignorado. Pensando en Francisca. Preguntándose cuáles serían sus intenciones. Sintiéndose como si le hubieran robado algo.

El destino era vil.

«Dime que lo haces a propósito.»

Habían decidido comer en un restaurante del campus y, estando allí, sentados a una mesa, mientras un camarero respondía a las preguntas puntillosas de Clarice, Byron vio entrar a Francisca con un chico. Era evidente que se trataba de un estudiante, no tenía más de veinte años. Tenía el pelo y la piel oscuros, lo que demostraba un mismo origen latino.

La mente de Byron formuló dos preguntas a toda velocidad: «¿Quién es? ¿Qué quiere este ahora?».

No era uno de sus estudiantes y se veía a la legua lo que quería.

¿Qué se puede querer de una joven con una cara y un cuerpo como los de ella?

«Lo mismo que quieres tú, canalla.»

Vio que se paraban en el bar y que pedían algo. Ella mostraba una actitud seductora, se mordía los labios, se acariciaba el pelo, bajaba los párpados con la lentitud de un cisne.

«No quiero que la toque.»

Ahí estaba otra vez, el héroe de la novelita. ¿Pronunciaría ahora mentalmente más frases propias de un duque tirano, de un millonario dominador y de un pirata? ¿Se levantaría de la silla y daría unos cuantos puñetazos al desafortunado estudiante?

«Ni se me pasa por la cabeza.

»Bueno, se me pasa, pero no lo hago.

»Me quedo aquí, soportando el parloteo de Clarice.

»Y no miro hacia la cafetería.»

—¿Vendrás a la fiesta de Acción de Gracias que ha organizado tu abuela? —le preguntó su exasperante compañera de mesa—. Será el 26 de

noviembre en Martha's Vineyard, pero seguro que ya lo sabes.

—Me da la impresión de que estás más informada que yo sobre los eventos mundanos que organiza mi abuela.

«No mires, no mires, no mires. Pero ¿qué hace ese tipo? ¿Le está mirando el pecho?»

—¿Estás bien, Byron? —Clarice lo despertó de la especie de catalepsia, cargada de propósitos homicidas hacia el pobre estudiante, que se parecía a Bruno Mars, que sonreía con trescientos mil dientes, igual que él, y que, a fin de cuentas, solo era culpable de tener buen gusto en cuestión de mujeres. ¿Cómo podía reprocharle que se hubiera dejado encadenar por su belleza, por mirarla con esa expresión de incredulidad? ¿Qué hombre joven y sano no haría lo mismo?

«Puede que sea cierto, pero detesto cómo la mira. Y odio que se estén riendo. Bueno, para ser más exacto, es él quien se ríe, parece una reacción a un comentario de ella. ¿También tienes gracia, ojos de petróleo?»

Por desgracia, Clarice también lo estaba escrutando y, por su mirada, no parecía nada divertida.

—Sí, estoy bien. ¿Y tú? Háblame de ti —murmuró tratando de secundarla.

Por desagradable que fuera escucharla o incluso fingir que la escuchaba, mientras hablaba de sí misma al menos no le hacía preguntas. Se esforzó para que pareciera que participaba un poco en la conversación, asintiendo a intervalos, y, por lo visto, la prueba de interpretación debió de funcionar mejor de lo previsto, porque Clarice alargó un brazo por encima de la mesa, le agarró una mano y susurró con una pasión casi ridícula: «Eres un hombre comprensivo, gracias».

«Soy un hombre que ahora va a levantarse y a acercarse a ese jovencuelo para decirle que tenga las manos quietas. ¡Le ha tocado el pelo!»

Solo se contuvo porque se sintió más ridículo que Clarice. No tenía ninguna razón para sentirse tan despechado. Al menos, ninguna razón propia de un ser humano que piensa con el cerebro y no con ciertas partes del cuerpo situadas abajo.

Así que, dado que sentía que estaba perdiendo el equilibrio y la lucidez, decidió dejar de mirar a Francisca por completo. Aprovechando la ráfaga de viento que se insinuaba por la puerta principal cada vez que alguien entraba en el local, propuso a Clarice que cambiaran de sitio. De esta manera, dio la espalda a aquella irritante parejita. El único momento en que no pudo por

menos que notarlos fue cuando se levantaron para marcharse. Los vio salir, ella delante, alta, ágil, sensual incluso cuando no hacía nada para serlo que no fuese respirar y existir, y el chico detrás, eufórico como un pavo real; por un instante tuvo la impresión de que Francisca lo miraba al cerrar la puerta, pero fue un intervalo de tiempo tan breve y él estaba tan agitado por el difuso palpitar de emociones arcanas que pensó que debía de haberse equivocado.

—¿Estás ahí, Byron? —le preguntó Eve mirándolo extrañada.

Era por la tarde y él estaba bebiendo una cerveza en el bar del Dirty Rhymes, que aún no había abierto. Bebía cerveza a las cinco, una hora inusual para él. Bebía cerveza y callaba, con los ojos clavados en la rica exposición de botellas que tenía delante, alineadas en unas repisas entre discos de vinilo, como si fuera el interior de una vieja gramola.

—¿By?

Se sobresaltó y alzó la mirada hacia Eve, que tenía una caja de cartón en las manos y estaba sacando de ella latas de Guinness de color alquitrán. Hasta la cerveza le recordaba ahora los ojos *de ella*.

—Perdona, estaba pensando —se justificó.

—Ya me he dado cuenta. Más que pensando parecía que estuvieras en trance. ¿Algo va mal?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No.

—No sabes si algo va mal —repitió Eve perpleja—. Pareces trastornado. ¿No será que al final has cedido a la tentación de liarte un buen canuto? No te iría mal. No puedes pasar la juventud bebiendo agua mineral y, como mucho, una cerveza cuando estás abatido. Haz una locura de vez en cuando. Si alguien te ve el sábado por la noche, quién sabe qué pensará. Es cierto que el hábito no hace al monje y, en tu caso, no hace al cabrón.

—¿Te tranquilizarías si te dijera que tengo ganas de patear a un tipo que no ha hecho nada y que ni siquiera conozco?

Eve dejó la caja encima de la mesa y se aproximó a él, cada vez más intrigada.

—Se trata de una chica —afirmó con una chispa de excitación en sus ojos claros.

—No. Bueno, sí, pero no es nada... Solo que hoy me parece más grave de lo previsto. Seguro que es porque no he estado con una mujer en mucho

tiempo, así que me basta una tontería para perder la cabeza y creer que...

—¿Que te has enamorado? —En los labios de Eve la sonrisa parecía un tatuaje impertinente.

—Disculpa, creo que, dada la hora, la cerveza se me ha subido a la cabeza. Creo que para el alcohol vale la misma regla que para el sexo: basta con poco y, ahora, después de media botella de Widmer tengo la impresión de haber bebido un litro de *whisky*.

—Siempre te he dicho que deberías esforzarte más. Si entraras en política, como quiere tu abuela, tus adversarios no encontrarían un escándalo, aunque excavaran hasta el centro de la Tierra. ¿No será que aspiras a ser presidente? Uno de los raros presidentes de la historia estadounidense que no tiene nada que esconder: qué sé yo, un porro, una raya de coca, una violación, un robo, un poco de sexo debajo de un escritorio con una becaria.

—No soy tan perfecto, te lo aseguro. Tengo muchos esqueletos en el armario.

Byron no se sentía un santo, en absoluto, pero eso no lo ayudaba a estar mejor. Hacía horas que pensaba en ella, preguntándose qué habría hecho con el sosia de Bruno Mars. Se respondía que, en cualquier caso, aquello no era asunto suyo. Se decía que esa chica era un mosaico desordenado, seguro que en su interior combatía un millón de guerras, quién sabe qué heridas llevaba sobre sus espaldas, y él, en lo tocante a relaciones complicadas con mujeres complicadas, desesperadas, divididas en uno, ninguno y cien mil, había contribuido ya para esa vida y la sucesiva.

Eve pareció leerle el pensamiento.

—¿Y la morena tan guapa de hace unas noches? ¿Os habéis vuelto a ver?

Byron gruñó:

—Es alumna mía.

—Mmm... Eso es un problema.

—No es el más grave.

—¿Qué puede ser peor?

—Además de que sigue terriblemente obsesionada por un tal Marcus, a quien espero no conocer jamás, es una chica confundida, herida, tan sensible que necesita una armadura para que no la apuñale el primer soplo de viento. Y yo...

—Debería haberte bastado con todas las rarezas de Isobel.

—Sí, no quiero volver a ser el psiquiatra, el enfermero, el confesor, el

chivo expiatorio y el recogedor de los pedazos rotos de nadie. Aún estoy recogiendo los míos.

—Lo entiendo, pero...

—¿Pero qué?

—¿Te gusta? ¿Ella te gusta? Quiero decir de verdad. Si le das tantas vueltas y te pasas la tarde mirando las botellas como si fueran obras de arte moderno que no te transmiten nada, significa que no solo quieres tirártela, ¿verdad? Si fuera así, te daría igual quien fuera.

—Ese es justo el problema. Me gusta. No sé muy bien en qué sentido, de qué manera, con qué intensidad. Después de todo, apenas la conozco. Solo sé que me gustaría conocerla mejor y que, a la vez, la idea de conocerla mejor me aterroriza.

—Tú también eres complicado.

—Lo sé, así que beber cerveza me parece una solución magnífica para distraerme.

—Hay otra.

—¿Cuál?

—Dejar entrar a esos pobres que están esperando fuera para la prueba. Al menos, llevan media hora ahí.

—¿Es hoy? —exclamó Byron dándose una palmada en la frente—. Me había olvidado por completo. Veamos lo inútiles que son.

—Cuando quieres, tú también sabes ser un cabrón —dijo Eve riéndose.

—Solo soy realista. Aunque no creo que nadie pueda ser peor que Rod. Bastará con que toque discretamente y que no sea un violador en potencia.

Había llegado también Corky, con su consabido cigarrillo apagado en los labios. Byron y él pasaron varias horas escuchando a un número disparatado de músicos o sedicentes músicos. Dado que muchos de ellos habían acudido acompañados, la sala estaba casi tan abarrotada como un sábado por la noche. En la pared que hacía las veces de pizarra, en el rincón en alto destinado a la banda, había un nuevo mensaje escrito con tiza roja: «SOLO LA MÚSICA ESTÁ A LA ALTURA DEL MAR, ALBERT CAMUS».

De repente, mientras un veinteañero con el pelo negro y aire atemorizado subía al escenario, una chica que estaba entre el público aplaudió entusiasmada para animarlo. Byron notó aquel movimiento frenético con aire distraído.

Era una rubita bastante mona, vestida como una señora mayor, con un traje elegante, de color rosa pálido, que no habría desentonado en una comida con su abuela y varios diputados.

Mientras el guitarrista empezaba a tocar, Byron se preguntó dónde la había visto. Su cara le resultaba familiar. ¿Era una clienta habitual? Lo dudaba. No daba la impresión de tener espíritu roquero. Además, tampoco se parecía a ninguna de sus alumnas. Por alguna extraña razón, averiguar quién era se convirtió en algo más que un simple ejercicio de memoria. ¿Por qué motivo? No era su tipo, no podía haberle llamado la atención por su aspecto ni por sus maneras, ni por...

Le vino a la mente como una sacudida repentina.

La había visto en el salón de té, la tarde en que había quedado con Clarice. No era una clienta, era camarera. Trabajaba con Francisca.

Y el músico, a pesar de que solo le había echado una ojeada rápida, era el tipo vestido de Sombrero Loco que estaba sentado a la mesa del rincón o su hermano gemelo sin el traje de pingüino.

Eran ellos, sin duda.

«El destino se vuelve a entrometer.

»Como si en Amherst solo vivieran dos almas.

»¿Qué quieres de mí, fortuna canalla?

»¿Por qué te empeñas en unirme a ojos de petróleo?»

Era muy fácil cortar el hilo de ese destino que, de forma directa o zigzagueante, parecía afanarse para que a él no le quedase más remedio que verla. No era improbable que, si esos dos tipos eran sus amigos, incluso solo conocidos, Francisca, a saber cuándo, cómo y por qué los acompañara al Dirty Rhymes.

«Una razón más para despedirlo y pasar al próximo.

»Así reduces las ocasiones de verla.

»Empieza a distanciarte y...»

—¿Puedes tocar una pieza contemporánea? —preguntó, en su lugar, al Sombrero Loco.

El joven asintió con la cabeza y se concentró en una melodía de Jaco Pastorius. Corky siguió el ritmo con el pie.

—No está mal, ¿no? —preguntó a Byron al oído—. Comparado con Rod es Carlos Santana. A los demás les sobra algo. Él es el único decente. Pero, sobre todo, he quedado a las ocho y tengo que marcharme enseguida. ¿Qué hacemos?

Byron frunció el ceño con el aire extenuado de un médico que debe tomar una decisión irrevocable.

—El tipo que antes interpretó a Eric Clapton me parece más de nuestro estilo —murmuró en tono inexpresivo.

No lo pensaba de verdad, solo quería dar una patada a los huevos al destino. Tenía la impresión de que todo, hasta los detalles más insignificantes, se estaba precipitando. No lograba pensar en otra cosa que no fuera en Francisca entrando en el local y mirándolo con sus ojos, colmados con la oscuridad del fondo marino y la luz de las estrellas. No lograba pensar en otra cosa.

—De acuerdo, di que estás agilipollado y acabemos de una vez —protestó Corky—. Media docena de gatos deben de haberse suicidado en la calle mientras tocaba. Nunca seremos los nuevos Dire Straits, By, pero no lo hacemos tan mal, así que nos merecemos un guitarrista decente, uno que no masacre las cuerdas y que no se mee en las guitarras durante el espectáculo. No pondría la mano en el fuego por el tipo de antes: considerando su edad, es posible que tenga problemas de próstata. Tendremos que interrumpir los conciertos cada cinco minutos para que pueda ir al retrete.

Byron esbozó una leve sonrisa y pensó que, al menos, lo había intentado.

«Destino, cabrón, ¿has visto cómo lo he intentado?»

Así que hizo un ademán al Sombrero Loco y le dijo que el puesto en la banda era suyo.

CAPÍTULO 11

FRANCISCA

En el curso de Literatura latinoamericana hay un chico que hace todo lo posible para conocerme y hablar conmigo. Me di cuenta al principio, pero he hecho como si nada.

Hoy inspiro y espiro como una saltadora a punto de lanzarse del trampolín. Inspiro y espiro y me siento a su lado. Haré todo lo posible para que los pensamientos tristes no ocupen más espacio que un puñado de granos de arena. Olvidaré lo que merece ser olvidado sumergiéndome por completo en otra yo. El sexo puede ser un antídoto magnífico, puede ser como la flor de loto. En el pasado fue un remedio para escapar de la vida. Ahora será un remedio para escapar del primer remedio.

Cuando aparece esa oca chillona con el bolso de cinco mil dólares y el cerebro en oferta, salgo furibunda del aula de Poesía. Además, me aborrezco, porque oigo a Axl en la cabeza diciéndome que no llore. No tiene sentido que se vea obligado a decirme que contenga las lágrimas. No tengo ninguna lágrima que contener. Que el profe no me quiera no es un problema real: es una herida superficial, mejor dicho, ni siquiera es una herida, es un hematoma pequeño, insignificante, que desaparecerá enseguida.

Mi compañero de universidad y yo bebemos algo juntos. Es un encanto, pero no deja de mirarme el pecho entre un sorbo de cóctel sin alcohol y otro. Estoy segura de que, una vez lejos de las miradas indiscretas, se mete en el cuerpo bebidas muy distintas a esta mezcla cenagosa de zumo de zanahoria y nata, pero en este momento se las da de abstemio r. Me cuenta algo sobre él y hago un esfuerzo para demostrar interés: tiene veinte años, se llama Erik y es originario de las islas Hawai.

—¿Y tú? ¿De dónde eres? —me pregunta sin apartar la mirada de mi

escote.

—Ellas viven conmigo —contesto en tono irónico.

—¿Quiénes? —pregunta de nuevo, sin acabar de entender.

—Las tetas. ¿No estabas hablando con ellas?

Se ríe y, por fin, me mira a la cara. No digo que me guste, preferiría que no me mirara en absoluto, pero, a fin de cuentas, no se puede hacer una tortilla sin romper huevos.

—Eres guapa y simpática. Apuesto a que eres mexicana.

—Noruega —contesto con aire casi ofendido.

Él pone los ojos en blanco.

—¿Noruega?

—Por parte de madre. Mi padre era finlandés y mis abuelos eran originarios de Estocolmo. —Por un instante parece confuso, pero luego capta la ironía y se echa a reír de nuevo—. Mis padres eran portorriqueños, pero yo siempre he vivido en Estados Unidos.

—Ya me parecía extraño. Tienes un pelo oscuro precioso, de noruego nada.

Me acaricia un mechón y debo recurrir a lo mejor de mí misma para no romper un vaso en la barra y cortarle la muñeca con un pedazo de cristal.

—¿Te apetece venir a una fiesta el sábado que viene?

«No, no me apetece.

»No quiero acabar rodeada de una turba de borrachos y porreros.

»He visto demasiados sitios así y me repugnaban, a pesar de que los frecuentaba pensando que me gustaban.»

Pero, cuando me dispongo a contestarle que no, el profe y esa bruja se dan la mano. Me da igual, por mí puede agarrarle la mano a un pulpo: esos dos me importan un comino, que se ahorquen con la cadena del bolso de Chanel de *voz-de-imbécil-con-vegetaciones*. Inmediatamente después, cambian de mesa y él me da la espalda, como si no soportara la mera idea de verme, ni siquiera de lejos.

Esta acción desencadena una reacción.

Acepto.

Iré a esa fiesta, cueste lo que cueste.

Miro a Sophia con los ojos desmesuradamente abiertos. Por suerte, solo piensa en contarme el éxito de su Willy y no nota mi expresión. Tengo la bandeja llena de tazas y he de procurar que no se me caiga al suelo.

—Vamos a ver, ¿me estás diciendo que lo han aceptado en esa banda?

—¡Sí! Despidieron al guitarrista de antes, no sé por qué.

Gruño entre dientes. Yo sé por qué. ¿De manera que lo ha despedido? Bueno, seguro que esta novedad no me hará cambiar de opinión. No volveré jamás a ese absurdo local.

—El sábado dan una fiesta para inaugurar la nueva banda. Tú vendrás, claro, y...

—El sábado he quedado ya —contesto satisfecha. Sin especificar que, en caso de que no fuera así, no volvería al Dirty Rhymes ni muerta.

—¿En serio? ¿Adónde vas?

—No me mires como si me hubiera vuelto fluorescente. He quedado con un chico.

—¿De verdad?

—¿Te sorprende tanto?

—No sueles salir con nadie. Un montón de chicos lo intentan, Willy incluido, pero tú nada. ¿Quién es el afortunado? ¿Adónde vais a ir? ¿Y...?

—No te entusiasmes tanto. No me voy a casar, Sophia. Solo es una fiesta de Halloween en el campus.

—Ah, entonces, ¿es una fiesta de disfraces?

—Eso me han dicho, pero no pienso disfrazarme.

—Así llamarás más la atención y, no sé por qué, creo que no te gusta llamar la atención. Si eres la única que no se disfraza, cantarás como si fueras vestida a un campo de nudistas. Y te sentirás más desnuda que ellos. ¿La fiesta tiene un tema?

—Sí, los malos de las películas.

—¡Qué bonito! ¡Podrías vestirme de Maléfica! Que, en el fondo, no era tan mala, tenía sus motivos, sus secretos, y tú eres así: detrás de la fachada de Jessica Alba, aunque la verdad es que eres más alta y más arisca que ella, tienes un corazón de oro.

—No me pondré cuernos en la cabeza, ni hablar. Además, no tengo un corazón de oro.

—En ese caso, ¿qué te parece Bellatrix Restringa? Lo único que deberías hacer es rizarte el pelo y...

—No voy a vestirme de Madame Mim.

—¿Y qué me dices de Mística? Con el cuerpo que tienes darías el golpe. Solo tendrías que ponerte un vestido ceñido de color azul, una pelirroja y...

Le echó otro jarro de agua fría.

—No insistas, no pienso disfrazarme.

—Uf, qué complicada eres.

—No soy complicada. Soy sencilla.

—Entonces, ¿por qué vas?

«Porque el profe agarró la mano de su amiguita vestida de oro.

»Y porque debo recomenzar por alguna parte.

»Y porque no lo sé.»

Me encojo de hombros con indiferencia.

—¿No te pondrías, al menos, una peluca? Nada de maquillaje ni de vestidos extraños, solo una peluca. Si quieres pasar desapercibida, debes hacer algo. O, en el peor de los casos, puedes venir conmigo y con Willy al Dirty Rhymes. —Sophia sonríe esperanzada.

Ni muerta.

—¿Qué peluca? Si es de color rosa y con mariposas pegadas, ni hablar.

—Es rubia, sencilla, sin adornos extraños.

—¿Dónde está la trampa? ¿Tendré que ponerme una trompa en el culo?

—Nada de trompas, solo una peluca y otro detalle insignificante.

—¿De qué me quieres disfrazar? Soy toda oídos.

—No te lo digo, será una sorpresa. —Sophia aplaude, entusiasmada como una niña—. A cambio, necesito que me hagas un favor.

—El favor te lo hago poniéndome una peluca rubia sin mandarte a la mierda.

—Eres terrible, pero me haces reír. Si fuera lesbiana, me enamoraría de ti. Pero, como no lo soy, me gusta Willy. Solo que él no me hace ni caso. Bueno, me considera su amiga, quiso que lo acompañara a la prueba, pero me temo que cuando me mira ve una figurita de porcelana de Dresde, una de esas que se hace añicos cuando la tocas. Así que he pensado que... ¿puedes ayudarme a cambiar mi *estilo*? Como Sandy, en *Grease*. Al menos para el sábado por la noche. Yo te ayudo a ti y tú me ayudas a mí. Quiero llegar al Dirty Rhymes vestida de furcia, con aire de cabrona, y dejarlo estupefacto.

—¿Me estás diciendo que sé vestirme de furcia?

—No, ¡pero tienes pinta de ser una cabrona!

No puedo contener la risa. No se equivoca.

—De acuerdo. Te transformaré en la furcia más cabrona que hayas visto en tu vida.

—¡Delicioso!

—Las furcias cabronas no dicen «delicioso», pero ya arreglaremos eso.

—Entonces nos vemos en tu casa el sábado por la tarde, ¿nos divertiremos jugando a las muñecas!

—Si apareces con dos Barbies, te juro que te tiraré por la ventana. Y ahora vamos a servir este té o se enfriará y la Reina de Corazones nos echará una buena bronca.

No llega con dos Barbies, pero sí exultante como una niña. Disfrazarla de furcia cabrona no es fácil, porque lo que cuenta no es la ropa ni el maquillaje, sino la actitud. No basta con ponerse gel en el pelo, una sombra fuerte en los ojos y un pintalabios de color sangre oxidada para convertirse en una chica mala. Tampoco basta con ponerse una cazadora de piel cuando caminas como una dama, ni botas negras de tacón y plataforma si te tambaleas dentro de ellas como un flamenco cojo.

—Deberías gustarle a Willy como eres, incluida la porcelana de Dresde —le digo—. Y, si no le gustas, que se vaya a la mierda.

—Lo sé, pero aún no he entrado en esa fase. Llegaré a ella, espero. Por el momento solo quiero que ese capullo se dé cuenta de que existo.

—Bueno, que lo llames «capullo» es un avance. Al menos no has dicho «tesoro».

—Pero ¿pienso que es un tesoro! Sea como sea, eso es lo que haces tú, ¿verdad? Eres tú misma y lo demás a la mierda. No sabes cuánto te admiro. ¿Te has enamorado alguna vez?

Me estremezco.

Me estremezco porque, apenas su pregunta se deposita en mi mente con el peso de un yunque, pienso instintivamente en Marcus, sí, pero también en el profesor. Suelto una risita sarcástica.

—El amor es un camelo, no caeré de nuevo en la trampa —digo notando que, más que a ella, me lo estoy diciendo a mí misma.

—¿Has sufrido mucho?

Prefiero cambiar de tema.

—Entonces, ¿de qué me vas a disfrazar? Menos mal que en esa bolsa tan pequeña no cabe nada voluminoso.

Por toda respuesta, Sophia saca la tristemente célebre peluca rubia y un retal de tela de color negro.

—¿Eso es el vestido?

Ella se ríe guiñándome un ojo.

—Te vistes como siempre, luego te pones la peluca y la venda en el ojo derecho y ya está, convertida en una perfecta Elle Driver, la de *Kill Bill 2*. Además de este pensé en el vestido de enfermera sexi de la primera película, pero luego me dije que no te iba a gustar. ¿Qué te parece?

Me parece genial. Me pongo la peluca y la venda, me pinto los labios con color rojo fuerte y ya estoy lista. No necesito mucho para parecer otra. Me gusta no parecerme a mí misma, llevar el pelo falso, de un tono amarillo tirando a cedro escarchado, y la venda de pirata. Sophia tiene razón: disfrazada pasaré desapercibida. La gente no me verá a mí, no verá a la cabrona asesina de Francisca López, sino a la cabrona asesina de Elle Driver.

Nos arreglamos en un santiamén. Mientras bajamos la escalera, Sophia se tambalea en sus tacones.

—Por suerte tengo el coche —dice sujetándose a la barandilla—. ¿Tu novio viene a recogerte?

—No es mi novio y no, no viene a recogerme. El campus está cerca. Iré sola.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Te parezco una tipa que quiere que la acompañen? Además, con esos tacones estoy segura de que acabarás tropezando con una farola.

—Es verdad, quizá sea mejor que me descalce y... ¿Estás bien? ¿Qué te pasa?

Acabamos de salir a la calle, el viento es frío y yo me tambaleo más que Sophia con sus tacones. Mis ojos abiertos parecen dos bocas gritando. Un grupo de niños disfrazados de brujos, con las mochilas llenas de dulces, pasa por delante de nosotras riéndose.

Algo más lejos, una pareja disfrazada de ángel y de demonio, habla ruidosamente por el móvil.

Pero no los miro, miro la figura que hay al fondo, al lado de la farola, varios metros detrás de Sophia, que me observa preocupada.

Mientras el corazón bombardea mi pecho, miro una alucinación o, al menos, espero que lo sea.

«Te lo ruego, te lo ruego, te lo ruego, que lo sea.»

Miro al peor monstruo con el que podía tropezar en una noche dedicada a los monstruos.

Mi padrastro.

Es una alucinación.

Es una alucinación.

Es una alucinación.

Si lo repito un sinnfín de veces, ¿será más probable?

Si es una alucinación, ¿desaparecerá cuando guiñe los ojos y ordene a mi cerebro que pulse la tecla RESET? Porque lo he hecho, he cerrado los párpados, me he obligado a imaginarme a mí misma pasando un rodillo empapado de pintura blanca por el mundo, pero él sigue ahí. Cerca de la farola, inmerso en una luz amarilla y cruel.

Cualquiera que lo vea ahora no podrá creer todo lo que fue capaz de hacer.

Yo tampoco me lo creería si no fuera porque soy un testigo más que fiable de lo que ocurrió.

Solo es un viejo. Un hombre bajo, reseco y viejo, que se enciende un Marlboro. De niña me parecía más alto. Me parecía que tocaba el techo con la cabeza y que tenía garras, pero no medirá más de un metro setenta y no tiene garras. ¿Las habrá perdido por el camino, se le habrán caído, como mis dientes de leche? ¿Y qué ha sido del pelo oscuro y ralo que parecía una crin? ¿Lo habrá perdido con las garras? Si no supiera lo que sé, si no lo supiera tan bien, a tal punto que he llegado desear la muerte para no saberlo, casi me daría pena.

Pero no me da ninguna pena.

Le doy la espalda y echo a andar hacia el otro lado, después de despedirme de Sophia. Sé que no corre peligro, a él no le gustan las mujeres.

De hecho, ni siquiera me ha mirado. Gracias al pelo rubio y a la venda en el ojo, no me ha reconocido. Además, una niña cambia mucho en trece años, en cambio, un cerdo solo se convierte en un viejo cerdo.

¿Qué hace aquí? No creo en las coincidencias, así que debe de haber venido para verme. ¿Cómo habrá conseguido mi dirección?

Aprieto el paso y me alejo de él enseguida, pero luego una sensación de terror me frena.

Es la noche de Halloween y hay muchas niñas en la calle. ¿Y si intenta hacer daño a alguna?

«No, no te lo permitiré.»

Doy media vuelta y deshago el camino andado. Elle Driver jamás ha sentido el odio que siento en este momento. Elle Driver no tenía una razón tan sólida como la mía para matar. No bastará con una serpiente venenosa para detenerme.

Pero él se ha marchado. La farola solo ilumina la calle. Lo busco dentro del edificio, subo incluso a mi apartamento para comprobar si, quién sabe cómo, ha entrado y me acecha. No encuentro a nadie, solo oigo mi respiración entrecortada, que retumba como si estuviera dentro de un turgurio muy profundo. Después vuelvo a buscarlo fuera, por la manzana, por todas partes, y cuando me cruzo con los grupos de niños quisiera decirles que vuelvan a casa, que se pongan a salvo, pero después pienso que quizá en casa tampoco estén a salvo, yo no lo estaba. No puedo protegerlos a todos, a estos niños que pasan como enjambres, no puedo matarlos a todos. Bueno, a todos no, pero a uno sí. Lástima que haya desaparecido.

Quizá era de verdad una alucinación.

Quizá me esté volviendo loca.

La tentación de volver a casa y alejarme de todo con unas copas y unos cigarrillos e inyectarme música en los oídos es fuerte, pero la mantengo sumergida en el agua. Tengo que ir a una fiesta e iré a una fiesta.

Dado el frenesí que se ha apoderado de mí, llego enseguida a mi destino. La sede de la confraternidad se reconoce fácilmente en esa ciudad, en la ciudad que es el campus universitario y, en caso de que no fuera así, bastaría con la música, el vaivén de gente con vestidos extraños y pelucas de colores.

Si he de ser franca, no me esperaba que Erik me esperara a la entrada, pero me sorprende: lo identifico casi enseguida gracias a su flamante sonrisa, porque el resto del disfraz es perfecto. Se ha vestido y maquillado como Joker en *El caballero oscuro*: un chaleco verde debajo de la chaqueta morada, una peluca de color amarillo desvaído, la cara cubierta de pintura blanca, los ojos muy negros y los labios perfilados de rojo.

Tampoco él me reconoce, al menos hasta que no ve mi escote. Apenas su mirada resbala de la peluca a la cara vendada y luego sigue hasta la sencilla chaqueta negra, debajo de la cual llevo una camisa blanca cruzada en el pecho, reconoce las tetas.

—¡Francisca! —exclama—. ¡Eres Elle Driver en *Kill Bill*! Te falta la catana.

Se equivoca. No, no llevo una catana, pero solo porque habría abultado mucho y, por encima de todo, porque habría sido falsa. Detesto las armas falsas. En el bolsillo de los vaqueros negros llevo una auténtica navaja. Puede que le baste como catana. Garantizo que corta y mata. Después de haber pasado cuatro años en la cárcel por complicidad en un homicidio

preterintencional, no debería llevarla, pero en ciertos momentos la necesidad prevalece sobre la prudencia. La cogí al vuelo cuando subí de nuevo a casa para ver si el monstruo me esperaba emboscado en la oscuridad. La he escondido bien y solo la usaré si es necesario.

Espero que no lo sea.

Tanto si era una alucinación como si no, me ha turbado más de lo que estoy dispuesta a admitir. Miro alrededor como si, entre estos falsos monstruos que bailan, beben y se divierten, fuera a aparecer el verdadero. Si no era una alucinación, es imposible que esté aquí. Nadie me siguió, estuve muy atenta. Si lo era, no puede hacerme nada malo. Así que... ¿de qué tengo miedo, salvo de estar enloqueciendo?

No lo sé, pero tengo miedo. No estoy tranquila, cada codo que me roza me parece el suyo, cada máscara podría ocultar su cara pálida y surcada de arrugas. Preferiría toparme con los auténticos Freddy Krueger, Hannibal Lecter e It. Estaría menos tensa, menos aterrorizada. De vez en cuando, las habitaciones de la casa de la confraternidad, que no tiene nada de misterioso ni de mefítico, parecen arremolinarse como si estuviera encerrada en un gigantesco cubo de Rubik.

Será una alucinación, lo único que puedo hacer para borrarla de mi mente es distraerme. Y para distraerse no hay nada como beber. Así que bebo y, después de beber, me río por fin. Río y bailo y me siento libre. Tengo la impresión de retroceder en el tiempo, a la época en que era una adolescente gamberra que se emborrachaba todas las noches, no iba al colegio durante semanas y fumaba canutos.

La casa está cada vez más llena. La fiesta es cada vez más ruidosa. La música suena a todo volumen.

Gente que se divierte.

Yo y una botella de cerveza.

Yo y una botella de Jack Daniel's que bebemos a turnos entre cuatro.

Yo bailando encima de una mesa.

No, no soy yo, es Elle Driver.

Aplausos alrededor.

Carcajadas.

Monstruos exaltados.

No sé dónde está Erik.

Las caras se confunden bajo mis ojos, se mezclan en un fundido lento y

ofuscado. Luego, mientras bailo como baila quien tiene algo que olvidar, con la desesperada voluntad de reír para no llorar, con el estómago fluctuando como un submarino mientras una tormenta arrecia en la superficie, luego... pierdo por completo el equilibrio.

No en sentido figurado o, al menos, no solo en sentido figurado. La mesa es más pequeña de lo que debería ser y no es nada resistente. De repente, caemos juntos.

Estruendo. Vuelo. El submarino que llevo dentro se balancea sin cesar. Ahora aterrizaré y me romperé o quizá me disolveré. Como las estrellas marinas cuando las dejas morir.

Pero no me caigo al suelo ni me muero. Alguien detiene mi caída. Alguien me abraza.

Me vuelvo, convencida de que voy a toparme con un Joker que sonrío como un hawaiano, pero, en lugar de eso, me encuentro cara a cara con la máscara de Guy Fawkes en *V de Vendetta*.

—Te has equivocado —le digo riéndome—. Él no era malo.

—Lo sé, pero el tipo que me la dio por cincuenta dólares no era de la misma opinión. Ahora vámonos —me responde con la voz rota por la máscara, pero no por eso menos tranquilizadora, el profesor Byron Lord.

—¿Puedes sostenerte en pie? —me pregunta mientras nos dirigimos hacia la salida. Estoy aturdida, me apoyo en su hombro. Supongo que el estruendo de la fiesta es igual que antes, pero sobre mí ha caído un silencio de nieve.

No respondo a su pregunta, no con las palabras. Corro el riesgo de perder el equilibrio. Por un instante, el suelo me parece ondulado. Él lo nota y murmura:

—Tranquila, no te soltaré.

—No me trates como..., como...

No sé cómo, las palabras se enredan en mi lengua, se enmarañan en mi cabeza, se tambalean al mismo ritmo que mis piernas.

«¿Una estúpida?

»¿Una borracha?

»¿Una inválida?»

Lógicamente, soy todas estas cosas, dado que solo una idiota podría emborracharse al punto de no poder mantenerse de pie sin la ayuda de sus brazos.

Pero otras preguntas bailan entrelazándose en mi boca. Son muchas, pero no logro pronunciar ninguna.

Franqueamos una puerta acristalada y salimos. El aire fresco es como un cubo de agua helada, me aturde y me sacude al mismo tiempo. Entreveo una fuente en un rincón: un angelito de estilo barroco, una imitación grosera de algún clásico europeo escupe agua por los labios, que aprieta formando una pequeña *o*, como si estuviera dando un beso. Señalo la fuente y lanzo un gemido.

—¿Quieres beber? —me pregunta.

—No, yo...

Antes de que pueda concluir la frase imito al ángel: solo que de mi garganta no sale agua fresca. Vomito en la palangana que rodea los pies descalzos y rechonchos de la estatua. Me doblo hacia delante pensando que voy a caer de rodillas, pero no sucede eso. El profe sigue sosteniéndome, aunque con un solo brazo, para que yo pueda inclinarme.

«Cómo va a querer acostarse conmigo, siempre vomito delante de él.

»Seguro que Clarice no vomita.

»Y, en caso de que lo haga, suelta orquídeas y burbujas de jabón por la boca.»

Qué situación tan absurda y ridícula. Elle Driver vomita hasta las entrañas con la ayuda de Guy Fawkes, que sigue sonriendo bajo el bigote. Ninguno de los dos nos hemos quitado el disfraz. Observo las puntas de mi falsa melena rubia y me quito la venda.

—¿Vamos? —me vuelve a preguntar.

—¿Adónde?

—Te acompaño a casa.

Asiento, confusa. Seguimos caminando y noto que no se quita la máscara de la cara hasta que no salimos del campus. No quiere que nos vean juntos, claro. Pero, entonces...

La pregunta que quería hacerle desde el primer momento salta como una chispa entre dos pedernales.

—¿Qué haces aquí?

Él calla y señala su moto, que está aparcada a unos metros de nosotros, en el camino de entrada. La moto Guzzi Nevada Aquila Nera. Después se quita la máscara y sus ojos me observan, turbados y furiosos. Lleva la misma ropa que se pone los fines de semana en el Dirty Rhymes, cuando canta. El pelo suelto, el pendiente con la calavera, un chaquetón de cuero negro encima

de una camiseta del mismo color, con el dibujo de cuatro osos panda con los ojos tan negros como los de los Kiss. Lleva una pulsera, una gruesa cadena de plata, que le resbala por la muñeca, y un anillo en un pulgar en forma de collar para perros feroces, con tres pequeñas puntas agudas.

—Te llevo a casa —repite.

—Pero ¿qué...?

«¿Qué más te da lo que hago?

»¿Por qué no me dejas en paz?

»Me estaba divirtiendo y...»

Un grito ahogado destroza mis pensamientos. Byron me escruta asustado. Aún estoy apoyada en él, en su hombro, como una niña patética e idiota. Me acaricia la peluca, pero su toque se filtra, se expande hasta alcanzar el pelo de verdad, la piel, el interior de mi cuerpo.

—A casa no, por favor.

—¿Por qué no?

—Porque el monstruo está ahí —mascullo. No estoy del todo lúcida, estoy mejor que antes, pero aún no me he recuperado por completo. Vuelvo a ver una criatura enorme y perversa, con garras y el cuerpo cubierto de cerdas, que aguarda mi regreso ovillado delante de la puerta.

—¿El monstruo?

—No quiero ir a casa. No ahora, que..., que no sabría defenderme.

—Me quedo contigo.

Tiemblo un poco. Por un instante tengo la sensación de tener las alas de un pájaro y el corazón más grande que mi garganta. Me siento vulnerable. No quiero que entre en casa. Si el monstruo no es una alucinación, si es real, si le cuenta todo sobre mí, si le revela que estoy sucia y maldita, que no me salvarían ni cien bautismos, le repugnaré aún más.

No sé muy bien por qué, pero me gustaría no parecerle repugnante. No demasiado, al menos. Me gustaría que, dentro de unos años, no me recuerde como la alumna un poco salida que se metía siempre en líos y vomitaba en sus zapatos.

Sin añadir nada, saca el casco plateado de la otra vez y me lo pone. Se mueve con delicadeza. Querría dormirme con este recuerdo bajo los párpados. Sus ojos ya no parecen furiosos, solo afables. Sus manos trajinan moviéndose como mariposas.

—Luego te quitarás la peluca, ahora sube a la moto.

—No quiero ir a mi casa —repito.

—Sujétate fuerte. No quiero que te caigas, mientras conduzco no puedo sujetarte.

Monta delante de mí y, al ver la manera en que se inclina un poco hacia delante, agarrando con fuerza el manillar, me estremezco. No es la moto que arranca, tampoco el zumbido, el aire, la velocidad, no es la borrachera, es algo que llevo dentro, algo que seguiría sintiendo, aunque estuviera quieta y sobria.

Espero equivocarme y que, al final, la culpa la tenga el Jack Daniel's.

—¡No quiero ir a casa, déjame donde te parezca, pero en casa no! —le repito por enésima vez al oído. Ciño su cuerpo con fuerza, apoyo la boca en su espalda, mientras el viento lava mis pensamientos.

Al cabo de un rato, como si hubiera decidido secundarme, frena y se para en una calle que desconozco, delante de un edificio que recuerda a los que se ven en Greenwich Village, en Nueva York. Pocos pisos, fachada de color pizarra, escalera de incendios en espiral y ventanas cuadrículadas.

Se dirige a lo que, a todas luces, es un garaje situado en la planta baja del edificio, al lado de una cafetería italiana. El cierre metálico sube lentamente, como por obra de magia. Después veo que el profe tiene un mando a distancia en la mano. Entramos en un espacio lleno de cajas apiladas junto a una pared, apenas hay sitio para la moto. En el muro de enfrente hay enganchada una bicicleta de carreras.

—Baja, ojos de petróleo —me dice después de apagar el motor.

—¿Dónde...? ¿Dónde estamos?

—En mi casa, claro —contesta mientras me ayuda de nuevo con el casco—. Ahora tenemos que subir cinco pisos por la escalera. ¿Podrás? Estos edificios viejos no tienen ascensor.

Asiento con la cabeza, mientras él me coge del brazo y me lleva hacia una puerta que está justo delante de la pared tapizada de cajas hasta el techo. No sé por qué, puede que debido al alcohol que aún circula por mis venas, pero, por un inquietante segundo, tengo la impresión de que las cajas se transforman en un hocico con los dientes afilados y se ríen de mí como si fueran hienas.

El ambiente del apartamento, que está en el último piso, es muy masculino, aunque también es confortable. Los ventanales con recuadros se extienden a lo largo de tres paredes y son tan numerosos y altos que da la impresión de estar en una habitación de cristal que, por si fuera poco, no tiene cortinas. Entre estos ojos, las paredes son de ladrillos a la vista toscamente

blanqueadas. El suelo es de madera oscura, buena, pero desgastada, los pocos muebles que decoran el apartamento parecen simples prolongaciones cromáticas de este, pues también son oscuros y están vividos. No hay habitaciones, se trata de un único espacio, similar a un *loft*, con dos sofás de piel de color chocolate, un equipo de música, una librería, una escalera de mano de hierro, que lleva al altillo y, detrás de un muro bajo construido con los mismos ladrillos blanqueados de las paredes, una cocina pequeña pero vistosa, pintada en un color insólito, un intenso verde bosque.

Enseguida advierto dos cuadros grandes: uno está compuesto por una mezcla de colores fuertes, parecen pedazos de arcoíris arrancados al cielo y enmarcados. El otro es mucho más extraño: lo integran un centenar de cedés pegados directamente a la pared, formando un rectángulo coloreado y resplandeciente. Me acerco a él y compruebo que son cedés de música de verdad, viejos, tendrán al menos veinte años, con los nombres de los artistas y las decoraciones originales. Es el triunfo de los contrastes: por ejemplo, al lado de un cedé verde y amarillo de Bob Marley, hay uno blanco y negro con un concierto de Brahms.

—Te presento mi casa —dice.

¿Y, ahora, qué hago?

¿Celebro el momento vomitando otra vez en el cuarto de baño?

Suponiendo que adivine dónde se encuentra. Aunque enseguida me doy cuenta de que está casi en medio del *loft*, con las piezas dispuestas entre dos ventanas y la pared, en función de la intimidad que requiere cada elemento. Hay una bañera cincada pegada a la pared, un mueblecito con toallas y sales de baño junto a una ventana, un lavabo con un espejo delante de otra porción de pared y un gran cesto de mimbre expuesto a la luz. El retrete, situado en el ángulo siguiente, se puede aislar mediante un biombo de madera y cañas de bambú.

—¿Qué pasa cuando tienes invitados y a uno le entran ganas? ¿Lo hace ahí, donde todos pueden oírlo y verlo? —pregunto.

—No suelo recibir a nadie. No veo mucho a mis viejos amigos, casi todos viven en Washington o en Maryland. Cuando vienen, lo hacen detrás del biombo sin problemas. Con los amigos pasajeros, la verdad, no sé qué hacer. ¿Quieres sentarte? Te prepararé un café.

—No haces más que prepararme cafés.

Me sonrío y se acerca a mí. No sé lo que quiere hacer, avanza, avanza, avanza, alarga los brazos hacia mí y... me quita la peluca.

Me acaricia el pelo de verdad y siento que un estremecimiento dulce recorre mi cuerpo hasta llegar a las piernas.

—Me gustas más morena. Si quieres usar el baño, hazlo, desde la cocina no puedo ver nada, aunque quiera. En cualquier caso, te aseguro que soy una persona educada. Solo miraría si me lo pidieras.

—No..., no..., eso nunca... sucederá —protesto, farfullando debido a un incipiente dolor de cabeza.

—Ya te he dicho que nunca es un concepto sobrevalorado. Yo también cometí el error de atribuirle demasiada importancia. —Me sonrío y, por un instante, apoya un dedo en mi mejilla, en la herida que me hizo Rod. Acaricia el perfil con delicadeza, de manera que, aunque la cicatriz es reciente, no me hace daño.

—¿Por qué estoy aquí? —pregunto.

—Porque no querías volver a tu casa, ¿no te acuerdas?

—Sí, pero aquí..., no es una buena idea.

—Ciertas batallas están perdidas de antemano —comenta de forma enigmática—. Ahora te prepararé el café. No te daré el remedio para la resaca de mis años universitarios. Solo te diré que contenía salsa Worcestershire y huevos crudos. Temo que vomites de nuevo.

Sacudo la cabeza y siento en el cráneo un tintineo similar al de las canicas. Tengo la boca seca y envenenada y, cuando me acerco al espejo del extraño cuarto de baño al aire libre, me quedo espantada. Estoy pálida, tengo el pelo enmarañado, se me ha corrido el maquillaje: parezco Joker en *El caballero oscuro*. Eso me recuerda a Erik. Me pregunto si habrá notado mi ausencia. Quizá debería llamarlo para...

«Pero ¿qué más da Erik?

»Quiero estar aquí.

»Maldita sea, quiero estar aquí con el profe.

»Vaya pedal tengo, desde luego.»

Me enjabono la cara y me la enjuago. Debo hacer pipí, pero me da vergüenza. Qué idiota soy. ¿A qué viene este pudor de virgencita? ¿Acaso no ha visto ya todo lo que hay que ver en esas partes? Me lo metí en la boca y le dejé hurgar en mi interior, de manera que no entiendo el motivo de tanto apuro. Así que miro el biombo, lo dejo como está y hago lo que debo hacer.

Me gustaría curiosear por todas partes, no sé por qué, pero quizá sea mejor que me siente y deje de mirar alrededor como si hubiera entrado en el País de las Maravillas. Solo es una casa y no me interesa descubrir nada más

sobre el hombre que vive en ella.

«No es cierto, pero hago que sí lo sea.»

Además, estoy mareada. Me siento en el sofá, de espaldas a él. Habría podido sentarme enfrente y mirarlo, pero prefiero no hacerlo. Oigo que se mueve en la pequeña cocina de color verde oscuro. Me gusta hasta su silencio, el ruido de las cosas que toca, sus pasos en la madera. Me gusta que exista.

Espero no recordar mañana siquiera uno de estos pensamientos. Espero que mañana todo me guste mucho menos. Mañana notaré lo esnob que es esta casa; lo antipático que es él, con su aire de príncipe rebelde, de roquero con toallas que huelen a jabón de Marsella y a lavanda; lo anacrónica, artificial y, sin duda, falsa que es su vida hecha de contrastes de moda, anillos de colgado hasta las cejas y biombos japoneses, recopilaciones de cedés de Led Zeppelin y colecciones enteras de la Royal Philharmonic Orchestra.

«¿Qué tipo eres, profe?»

Mientras me lo pregunto, odiándome porque me lo pregunto, apoyo la cabeza en el brazo del sofá. Qué cómodo es, caramba. Otro contraste. Moto Guzzi Nevada Aquila Nera, sexi, rápida y rompeculos y sofás propios de familia numerosa que se despachurra como una medusa delante de la televisión.

A propósito, no tiene televisión.

Mientras pienso en todo esto, temo que me quedo dormida.

CAPÍTULO 12

La buscó con los ojos y con la ansiedad propia de un quinceañero, pero solo vio llegar a Willy, excitado y trémulo, pensando en la inminente exhibición, y a Sophia, vestida de una forma tan diferente a la anterior vez que al principio no la reconoció. Por un momento fingió que no sentía un golpe sangrante en el pecho. Deambuló por el local, bromeó con varias personas, sirvió en el bar. Sin embargo, en su interior había estallado un mortero. Cada vez que entreveía la espalda de una joven alta y morena confiaba en que fuera ella, pero nunca lo era. No comprendía por qué motivo lo agitaba tanto la idea de ver a alguien al que había decidido borrar de su vida. La última vez, después de la clase, había sido cristalino. Tan cristalino como había sido consigo mismo. Incluso demasiado cristalino. Ella había captado el mensaje, que era fuerte y claro. Tan fuerte y tan claro que, con toda probabilidad, se había acostado con su compañero de universidad.

Esa idea le envenenó las horas.

Estaba tan nervioso como un animal en ayunas.

Así que, poco antes del espectáculo, se acercó a Sophia. Lo hizo de forma involuntaria, casi maquinal.

—¿No viene Francisca? —le preguntó sin andarse por las ramas. Sophia se sobresaltó sorprendida.

—¿La conoces? —le preguntó—. Bueno, la verdad es que creo que te conozco de algo. Me he preguntado varias veces dónde te he visto ya. Quizá... Claro, eres el tipo al que ella no quitaba ojo una tarde, en el Mad Hatter.

—¿Me miraba mucho?

—Sí, aunque fingía que no lo hacía. Te miraba por el espejo. En cualquier caso, esta noche no va a venir. Tenía otro compromiso.

—¿Qué compromiso? —La pregunta fue impulsiva, entrometida,

además la pronunció en un tono un tanto colérico, pero no pudo contenerse.

Sophia sacudió la cabeza con una extraña expresión.

—Debía ir con un chico a una fiesta de disfraces de no sé qué confraternidad, pero...

—¿Pero qué?

—¿Sois amigos?

—En cierto sentido. Puedes hablar con tranquilidad.

—Es que tengo una sensación desagradable. He intentado llamarla al móvil, después de que se marchó, pero no me ha contestado.

—¿Por qué no me lo explicas? ¿El chico con el que salía la ha molestado? —le preguntó, pensando con rabia en el estudiante moreno que le había tocado el pelo y que, quizá, era más cabrón de lo que parecía.

—No, no creo que sea eso. Estaba serena... bueno, todo lo serena que puede estar Francisca. Jamás se ríe, tampoco sonrío. A veces tengo la impresión de que sus pensamientos son bombas de relojería que pueden estallar en cualquier momento. Sea como sea, el chico no fue a buscarla, habían quedado en verse en el campus. Solo que, cuando salimos a la calle, ella... puso una cara terrible, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Había alguien en la calle?

—No, nadie o, al menos, eso me pareció a mí. La gente que suele salir la noche de Halloween. Pero ella tenía el terror reflejado en los ojos. Nunca la había visto así. Le pregunté si todo iba bien, me dijo que sí y echó a andar tan deprisa que enseguida la perdí de vista. Luego..., bueno, me dije que debían ser imaginaciones mías. Ella sabe cuidar de sí misma, ¿no?

—Sin duda —murmuró Byron, pero el motero que había explotado en su corazón se convirtió en una guerra.

Sucedió mientras cantaba *Nací para amarte*, de Queen.

Nací para amarte
con cada latido de mi corazón.

Sí, nací para cuidar de ti
cada día de mi vida.

Eres la única para mí
y soy el hombre para ti.

Eres la única para mí,
eres mi éxtasis.

Si tuviese la oportunidad,
mataría por tu amor,
así que dame una oportunidad.

No podía seguir parado. Sentía un terremoto en las piernas. Apenas terminó la pieza, bajó del pequeño escenario apresurado como un loco, a pesar de que no había prevista ninguna pausa, y, bajo la mirada de perplejidad de los presentes, se acercó de nuevo a Sophia.

—¿De qué iba disfrazada? —le preguntó gritando en medio del estruendo.

—¿Qué?

—Francisca, me dijiste que iba a una fiesta de disfraces en el campus. La joven lo miró estupefacta y se lo dijo.

—Ok, voy a ver cómo está.

—Pero... el concierto...

—Diles que toquen unas canciones, las que quieran. No sé si volveré.

Tras decir estas palabras, sin avisar a nadie más y mientras se ponía con furia un anorak, Byron salió del Dirty Rhymes con el deseo loco, violento y solemne de cuidarla.

Seguro que no le había ocurrido nada, Sophia era una visionaria y él se estaba volviendo impulsivo, pero debía disolver el nudo que se le había formado en la garganta hacía una hora, un mes. Desde que había visto sus ojos entre los demás ojos del mundo.

Ignoraba adónde le llevaría esa decisión, al igual que los animales ignoran que la vida tiene un final, pero sabía que no tenía otra alternativa.

Nunca había conducido la moto de manera tan imprudente. A pesar de que le gustaban los vehículos rápidos y potentes, pensaba que era mejor llegar cinco minutos tarde en este mundo que cinco minutos antes en el otro. Con todo, esta vez voló, con el viento azotándole la cara, las manos agarrando el manillar, las piernas apretadas, como si la moto fuera una criatura viva a la que quería transmitir con el lenguaje del cuerpo toda la urgencia que lo atormentaba. Como si pudiera comprender y acelerar sola para aplacar lo antes posible su ansiedad.

Aparcó fuera del campus y allí, delante de ese lugar familiar, se dio cuenta de que no podía presentarse así: el profesor Byron Lord se cuelga en la sede de la confraternidad durante una fiesta estudiantil, busca una chica y se

la lleva. Era justo lo que quería hacer —mandar el sentido común al infierno—, pero no podía.

Así pues, apenas vio un joven en un sendero, lo bastante borracho como para no hacerle preguntas, le compró la máscara que llevaba: le puso en la mano cincuenta dólares sin que el otro protestara, solo soltó una leve carcajada, y se tapó la cara con la de Guy Fawkes.

Entró en la casa y miró alrededor buscándola. De repente, vio a Erik, que estaba bebiendo cerveza de un barril, riéndose como un loco, con otras personas, pero Francisca no estaba con ellos. Cuando se disponía a acercarse al grupo para preguntar por ella, el instinto lo empujó a dirigirse hacia otra sala, de la que procedía un estruendo infernal. Música, gritos, aplausos, carcajadas.

La reconoció enseguida y el corazón le dio un vuelco.

Era Francisca, sin duda, vestida como le había explicado Sophia. Una peluca rubia la camuflaba y la hacía aparecer distinta, extraña, llamativa. Era ella, pero no era ella: era otra que bailaba encima de una mesa, con unos movimientos sensuales que atraían la mirada de numerosos jóvenes. Tacones altísimos, pantalón ceñido, una camiseta que se había salido de su sitio y que ahora dejaba a la vista parte del pecho, los brazos resbalaban por el cuerpo acariciándolo: si no hubiera estado tan alterado, se habría parado también allí abajo para contemplar esa belleza tan seductora.

Pero estaba alterado.

«Celoso. Reconoce que estás celoso. ¿Cómo llamar, si no, la furia que te incita a masacrar a estos espectadores hambrientos?»

En ese momento, la mesa sobre la que estaba bailando Francisca se inclinó como un tronco cortado y cayó al suelo. Francisca ni siquiera gritó, parecía aturdida. Solo emitió una risa ahogada y se abandonó como si no le importara hacerse daño, como si ni siquiera se diera cuenta de que se estaba cayendo.

Él la agarró al vuelo.

La sostuvo en brazos con tanta firmeza que nadie se acercó para preguntar, aclarar, hacer algo. Todos siguieron riéndose, pensando en sí mismos, en su ofuscada alegría, alguno apartó la mesa mientras Byron salía y otros se ponían a bailar en otro lado. Erik no se dio cuenta de nada, estaba demasiado ocupado bebiendo cerveza.

Y él, con el ángel herido, que parecía reír para no llorar, con el cuerpo que parecía hecho para estar allí, entre sus brazos, perfectamente encajado,

salió de la casa sintiéndose como si esa noche Freddy Mercury hubiera querido mandarle un mensaje preciso que no lo asustaba.

Una vez más, no porque fuera terrible, al contrario, porque era maravilloso.

Pensando que ella estaba allí, en su sofá, acurrucada como un gato callejero que por fin ha encontrado un rincón caliente, cerró los ojos solo por error, entre una pesadilla y un sueño. Habría podido irse a la cama, pero se quedó a su lado en el otro sofá, después de haberla tapado con una manta. De vez en cuando se incorporaba y la miraba, acodado a los muslos, con la cabeza entre las manos, haciéndose preguntas, demasiadas preguntas. Por ejemplo, se preguntaba por qué se sentía así, qué eran esos latidos, si no estaría experimentando con retraso sensaciones que debería haber vivido cuando era un muchacho y que había dejado atrás con un salto olímpico debido a un matrimonio apresurado. ¿Sería el sentimentalismo adolescente, que volvía a la carga porque no lo había aprovechado lo suficiente en su momento? ¿Sería un baúl lleno, que, de improviso, rompe los propios sellos para derramar un botín de emociones reprimidas? ¿Acaso, entonces, Francisca no era la verdadera causa de aquella locura? ¿Cualquier mujer habría causado el mismo resultado?

Fuera como fuera, debía hacer todo lo posible para alejarla.

«Me estoy esforzando mucho, se ve, lo he demostrado.

»Ahora duerme en mi casa, bajo mi manta.

»Estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano.»

Sin embargo, debía conseguirlo. El problema era cómo hacerlo.

De esta forma, reflexionando, entre un sueño y un despertar agitado, entre la estúpida, pueril felicidad que lo abrazaba cuando la veía a su lado y el fulmíneo y absoluto pánico que se apoderaba de él cuando la veía a su lado, amaneció, se hizo de día.

Antes de que ella se despertara, Byron se cambió, se puso ropa más cómoda, casera, dominical. Unos vaqueros, una camisa y un suéter. Nada en los pies. Mientras se estaba afeitando delante del espejo, la vio reflejada en él. Estaba sentada en el sofá y miraba alrededor.

—¡Buenos días! —le dijo en tono alegre, tratando de dominar tanto la felicidad como el pánico.

Francisca se volvió, perpleja. A pesar de que acababa de despertarse y de la noche de perros que había pasado, estaba muy guapa. Pese a las ojeras,

sus ojos transmitían algo límpido y sincero, tan parecido al ónix fundido con el topacio que parecían dos gemas recién inventadas. Y los labios, los labios... mejor que no los mirase si quería mantener su palabra. Parecían aún más suaves y carnosos y rosados y...

«No lo pienses, no lo pienses, no lo pienses.»

—¿No era un sueño? —le preguntó poniéndose de pie. Se tambaleó un instante y abrió los brazos. A continuación, se llevó una mano a la sien a la vez que guiñaba los ojos como si fuera presa de un doloroso vértigo.

—Creo que no. ¿Cómo te encuentras?

—Como alguien que recuerda poco o nada de lo que ocurrió ayer. ¿Por casualidad hicimos...?

—¡No! —exclamó él, quizá demasiado deprisa.

—Ok, no te pongas nervioso, no pienso abalanzarme sobre ti.

«Yo sí, maldita sea.»

Francisca llevaba una camisa sin mangas con un escote bastante pronunciado. Mientras dormía se le había arrugado y se le había salido de los pantalones. Además, se le veía el borde del sujetador. Era de color rosa pálido. Llevaba un sujetador de color rosa pálido. La otra vez había entrevisto uno blanco. Dado su aspecto salvaje y sensual, cabía pensar que era la típica mujer que prefiere la ropa interior negra, roja, dorada, con encaje y adornos, en lugar de esa tan sencilla e inocente.

Byron tuvo la confirmación oficial de que se había convertido en el protagonista de un *remake* de *La invasión de los ultracuerpos*. Un extraterrestre en plena adolescencia y permanentemente excitado se había adueñado de su ropa. Le había bastado con entrever su sujetador para que se desencadenase el recuerdo de sus dedos en la carne de ella. Y de su encantadora lengua.

—Así que esta es tu casa —comentó Francisca—. Eres un auténtico misterio, profe.

—¿A qué te refieres?

—¿Quién eres? ¿El tipo que enseña vestido con una chaqueta y unas gafas o el que canta luciendo anillos y pendientes? ¿El que escucha a Led Zeppelin o a Mozart?

Deslizó un dedo por los lomos de los cedés apilados y Byron deseó estar en lugar de ellos. Le dio la espalda y siguió trajinando delante del espejo. Se pasó los dedos húmedos por el pelo, tirándoselo hacia atrás, y exhaló un suspiro de frustración.

—Los dos —le respondió con la esperanza de que su absurda excitación se calmase—. Nadie tiene una sola cara. En mí hay un niño que viajaba por Europa con su madre para visitar los museos y los teatros, un muchacho que dormía en un saco de dormir y que orinaba en una botella para escuchar conciertos rock, un hombre que adora viajar con la mochila en la espalda y un fajo de billetes y dormir en moteles sin pretensiones y otro que, cuando es necesario, usa la tarjeta de crédito y contempla el mundo desde la última planta de un rascacielos en Kuala Lumpur. Soy el que me apetece ser. ¿Y tú? ¿Eres una sola persona?

—No tengo tanto dinero como para ser tan multiforme. No puedo elegir entre el motel y el rascacielos de Kuala Lumpur. Y, cuando era niña, mi madre me llevaba como mucho al Taco Bell. Y, ahora, si me dices dónde está mi chaqueta, me largo.

—No, espera —dijo él, esforzándose para no imprimir a sus palabras un tono suplicante—. Te propongo una cosa: bajo un momento a la cafetería y compro cruasanes y capuchino. Entretanto, tú..., tú te refrescas un poco, bueno, haces lo que te parezca. La casa es tuya. Te prometo que tardaré al menos media hora en volver. Te dejaré el tiempo necesario. Puedes darte una ducha si quieres. Hay agua caliente, ahí están las toallas y en el cajón hay un cepillo de dientes nuevo.

—¿Guardas cepillos para cuando traes chicas?

—No traigo chicas.

Francisca lo observó con atención, con los párpados aún entreabiertos. Parecía estar reflexionando, sopesando unas cuantas variables. Después se mordió los labios, se puso un mechón de pelo detrás de una oreja y murmuró:

—Ok, pero no te esperes propuestas extrañas. Has tenido tus oportunidades y las has malgastado.

Byron soltó una risita que solo pretendía ser simpática y relajada, a la vez que levantaba los brazos en ademán de rendición. A continuación, agarró al vuelo las llaves de casa, una cazadora y se encaminó hacia la puerta.

—¿Qué hacías allí ayer? —le preguntó ella antes de que él saliera.

—¿Qué?

—En la fiesta del campus. ¿Invitan también a los profesores?

—No creo, desde luego.

—¿Entonces?

Mientras cerraba la puerta, Byron le reveló la verdad:

—Fui por ti, ojos de petróleo. —Dicho esto la dejó sola en casa, mucho

más confusa que antes.

Como había prometido, estuvo fuera unos treinta minutos. Los pasó bebiendo café y mirando el reloj, radiante al pensar que la encontraría en casa cuando volviera. Cuando transcurrió el tiempo que habían acordado, subió de nuevo la escalera cargado con unas bolsas de papel. El aroma de los dulces, de la leche y del café era maravilloso y aún más maravilloso iba a ser desayunar con ella. Hacía siglos que no desayunaba con una mujer. Como también hacía siglos que no devoraba a una mujer.

En los últimos tiempos, Isobel apenas comía, se había convertido en la sombra de sí misma, y, cuando lo hacía, nunca estaba serena, convertía cada comida en un calvario salpicado de obstáculos que debía sortear y de decisiones difíciles de tomar, aunque solo fuera para responder a un argumento cualquiera. En un clima así era imposible que desayunaran juntos con tranquilidad. Al igual que era imposible hacer el amor. O tener ganas de hacerlo, para ser franco.

Byron abrió la puerta y exclamó:

—¿Puedo entrar?

No le respondió ni el eco.

Miró alrededor y no la vio. El temor a que se hubiera marchado durante su ausencia se desvaneció enseguida: su ropa estaba en el sofá, la ropa interior en un brazo y los zapatos en el suelo. No podía haber salido desnuda de casa. Por lo visto había usado la ducha, el aire estaba impregnado con el aroma a miel y jengibre de su gel de baño. Una de las toallas que estaban colgadas al lado de la bañera había desaparecido.

Byron sintió un latigazo en el corazón cuando vio en el suelo de madera las huellas mojadas de sus pasos que se dirigían hacia la escalera. Dejó las bolsas de papel en la mesa de la cocina y la llamó con cautela.

—¿Francisca?

De nuevo, no le respondió nadie e, inspirando como quien se prepara para una larga apnea, se dispuso a subir al altillo donde se encontraba el dormitorio. Pisó uno a uno los peldaños, con absoluta calma, como si se estuviera frenando. No sabía qué pensar y la espera era una tortura, sentía hormigueo en las manos y estremecimientos en la garganta, se imaginó un sinfín de cosas en los quince minutos exactos que tardó en llegar a lo alto. No sabía qué pensar, pero, en cualquier caso, no se esperaba lo que vio.

Francisca estaba ovillada en la cama, envuelta en la toalla. Allí arriba no

había ventanas y la penumbra le impedía ver bien, pero era evidente que estaba temblando. Parecía una pequeña duna vibrante. No daba la impresión de que estuviera improvisando una escena de seducción. Apretaba una de las almohadas contra el pecho, como si quisiera estrangularla o que la salvaran de ella.

Byron se quedó quieto y la escrutó un momento, realmente asustado. Después se aproximó a ella.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Ella le dirigió una mirada que revelaba un miedo casi atávico, primordial, el miedo a la muerte infligida de forma lenta y atroz. Byron se inclinó hacia la cama y le acarició el pelo. El agua había trazado en sus hombros un dibujo transparente formado por pequeñas gotas.

—¿Estás bien?

—No enciendas la luz, por favor.

—No, tranquila... ¿No estás bien?

—Dentro de nada estaré de maravilla.

Mientras le acariciaba del pelo, el pánico se evaporó de sus ojos. El terror, casi infantil, la abandonó.

—Disculpa, estaba mareada y me tumbé. Te estoy mojando la cama. Me visto y me voy enseguida.

—Quédate, no hay ningún problema. Voy a coger tu ropa.

Ella lo retuvo agarrando el borde de su camisa.

—No, espera, no te vayas.

El gesto fluido —un entrelazamiento de los dedos que no habría podido retenerlo si hubiera querido marcharse de verdad— le produjo el efecto de una piedra que tiraba de él hacia abajo, mientras tenía la cabeza sumergida en un estanque. Algo que le impedía emerger y respirar.

Luego, Francisca lo ahogó por completo.

Dejó caer al suelo la almohada y abrió la toalla que la cubría. Se quedó así, húmeda y desnuda, encima de la toalla abierta, invitándolo con los ojos y con el cuerpo. Mejor dicho, suplicándolo.

Le susurró, confirmándole que no se equivocaba:

—Fóllame, por favor. He cambiado de idea, fóllame.

Su voz era un susurro, el velo de sensual provocación había caído, no lo estaba desafiando: era como si estuviera agarrada con los dedos al borde de un pozo, mientras él estaba en tierra firme, y le implorase que la sacara de allí. Como si le estuviera diciendo: «Ayúdame, sálvame».

Byron se tragó el corazón, que había invadido ya todas sus células, y la salvó. Era imposible resistirse.

Excitado como un crío, el mismo crío que hacía semanas que soñaba con recitarle sonetos y lamerla, el mismo crío que quería aferrar su mano y, sencillamente, tomarla, se quitó la camisa y el pantalón tratando de dominar su ardor. Debía de tener preservativos en alguna parte, en un cajón. Los buscó con movimientos febriles. Cuando encontró un par, el alivio le dilató los pulmones y todo lo demás.

El *Himno a la belleza* de Baudelaire le sugería palabras inmensas cuanto más la miraba.

Tú contienes en tu mirada el ocaso y la aurora,
tú esparces perfumes como una tarde tempestuosa,
tus besos son un filtro y tu boca un ánfora
que tornan al héroe flojo y al niño valiente.
¿Surges tú del abismo negro o descienes de los astros?

En los antebrazos tenía unos tatuajes negros, de estilo tribal: un delfín, una tortuga, el perfil estilizado de un lobo y un colibrí que chupaba néctar de una flor. Alrededor de las muñecas destacaban dos serpientes de color esmeralda y, un poco debajo del ombligo, una flor rosa y azul, parecida a un nenúfar. Esos dibujos, entrelazados en el bronce de su piel, aumentaron su frenesí.

La besó y fue como si tuviera cien lenguas. Cien lenguas en su boca. Cien manos en su cuerpo, liso y brillante como raso dorado. La voz de ella, su respiración, su pecho de color ámbar, todo, todo parecía creado para hacerlo enloquecer. Se sentía hecho de sangre y esperma y pensamientos licuados.

Cuando entró en su cuerpo, lo hizo con lentitud, saboreando cada chispa de placer. Tenía ganas de moverse, moverse, moverse, de empujar como quien desea follar, pero lo hizo con delicadeza, como un hombre que quiere hacer el amor. Como un hombre que, además de querer llegar a una meta, quiere gozar del esplendor del viaje.

De repente, tuvo la impresión de que Francisca se tensaba. Con los labios pegados a los de ella, susurró:

—¿Ocurre algo? —Ella negó con la cabeza, pero en sus ojos había vuelto a aparecer la angustia de antes—. ¿Quieres que me pare? ¿Quieres

que...?

Francisca volvió a negar, su pelo ondeó en la almohada blanca. Le apretó los brazos, se aferró a él para volver a subir por el pozo que parecía querer engullirla.

—No, no te pares —insistió.

Y Byron no se paró. Olvidó la sensación de momentánea inquietud, la duda, olvidó todo salvo la rosa que lo aprisionaba. El palpitante calor del orgasmo le arrancó un gemido de goce puro y primitivo.

Por fin, se derrumbó sobre su cuerpo, que olía a sexo y a miel. Besó el perfil de su mandíbula, en el punto donde tenía la herida, lamió la cicatriz con delicadeza, el lóbulo de una oreja, una sien tibia y perfumada. Aún estaba dentro de ella, sus piernas le rodeaban la espalda, apretándola. Dios mío, qué guapa era, qué abierta y suave, sensual y dulce, erótica y hada. Deseó poder follar y hacer el amor con ella cien años más. Tomarla en todas partes, bajo cualquier luz, al alba, al anochecer, en las sombras vespertinas, en el sofá, en el suelo, en la mesa, en la cima bermeja del arcoíris. En todas partes, sin más pausa que la necesaria para recuperar el aliento.

—Llámame Byron —le susurró.

Francisca se quedó pensativa unos segundos.

—No.

—¿Por qué? —No le respondió, se desasíó del abrazo. Él se tumbó a su lado sin dejar de mirarla—. Llámame Byron —le repitió en tono más firme.

Ella le hizo la misma pregunta.

—¿Por qué?

«Porque ya te echo de menos.

»Porque no sé lo que estás pensando en este momento y me parece miserable, mediocre, preguntarte cómo te sientes, si te ha gustado.

»Si me llamas por mi nombre, si puedes hacerlo, quizá signifique algo.»

Le respondió, en cambio, con un mayor dominio de sí mismo:

—Porque me llamo así.

—No, no puedo... Suena a una intimidad que...

—¿No somos ya bastante íntimos? —le preguntó él frunciendo el ceño.

—El sexo no es suficiente para crear intimidad.

—Pero puede ser un punto de partida.

—¿Para qué? No me digas que te has enamorado locamente de mí, porque te daré otro codazo y me marcharé. No creo en esas memeces.

—¿En qué no crees? ¿En que me he enamorado de ti o en el amor en

general?

—En ninguna de las dos cosas. Solo somos dos personas que se están ayudando. Yo... tengo la sensación de que los dos necesitamos olvidar. Usamos el sexo para provocar la amnesia, eso es, pero no hay nada más.

Byron contuvo la impelente tentación de decirle que se equivocaba, que no debía olvidar nada, pero después comprendió que tenía razón, un poco de amnesia también le vendría bien a él.

—¿Tú qué debes olvidar? —se apresuró a preguntarle.

—Lo repugnante que es la vida.

—No es repugnante, Francisca. Si fuera repugnante, no existirían la poesía ni la música, ni los colores, no existiría el océano ni el chocolate.

Sonrió, a la vez que le acariciaba el pecho. Movida por el instinto, ella se volvió a tapar con la toalla.

—Eres muy raro. ¿Dices que no es repugnante? ¿Justo tú, que perdiste a tu mujer cuando aún era muy joven? ¿No te bastó eso para pensar que todo es una mierda? ¿O te da igual que esté muerta?

Byron se estremeció.

—Claro que me importa —respondió en tono grave—. ¿Quieres preguntarme algo sobre ella?

Siendo franco, esperaba que no lo hiciera. La verdad, *toda* la verdad, era difícil de comprender para los que no habían estado en su lugar durante diez años. Sin embargo, a pesar de ese pasado veteado de gris, seguía pensando que la vida *no* era repugnante. A pesar de lo que habían visto sus ojos y lo que habían oído sus oídos —y estos no solo habían visto obras de arte ni habían escuchado únicamente música y poesía—, la vida le parecía un regalo. Habría olvidado de buena gana los detalles más oscuros, pero olvidarlo todo no. Maldecir la vida, jamás.

—¡No! ¿Por qué debería hacerlo? Es asunto tuyo —contestó Francisca irritada, con firmeza.

Byron exhaló un suspiro de alivio imperceptible. Detestaba mentir y, en caso de que hubiera debido contarle algo, no le habría quedado más remedio que mentir u omitir algo.

—Yo no soy tan filósofo. Me gustaría saber algo de..., bueno, de Marcus.

Francisca le lanzó otra mirada impetuosa. Se sentó en la cama, retándolo con los ojos.

—No tienes derecho a hacerlo. No te diré nada de él. No somos dos

novios que se cuentan sus experiencias anteriores. No te entrometas.

—En ese caso, cuéntame algo de los tatuajes. ¿Tienen una historia?

La mueca que hizo ella enseguida le dio a entender que la respuesta era la misma y que la historia de los tatuajes y la de Marcus se entrelazaban de manera indisoluble. Byron experimentó cierto fastidio —¿un ramalazo de celos?, ¿una vulnerabilidad terrible e imprevista?—, pero intentó ignorarla y comportarse como un hombre.

Así que le sonrió también con aire desafiante.

—Has ganado esta batalla, pero no la guerra. Y la has ganado por una sola razón.

—¿Cuál?

—Tengo más ganas de ti que de hablar contigo.

Apartó la toalla con la que ella se había tapado y le abrió las piernas. Francisca no opuso resistencia. Sus labios y su lengua la abrieron con ternura. La necesitaba, necesitaba su cuerpo ondulado, secreto, salado, húmedo. Ella se corrió con un estremecimiento en su boca. Y otra vez entre sus dedos. Era tan maravilloso hacerla gozar, ver su seno agitándose con el ímpetu de la respiración, el balanceo de sus costados era tan seductor que se olvidó de sí mismo. Estaba cautivado por su belleza, por la manera en que el placer parecía liberarla. De repente, de forma imperiosa, Francisca se volvió y le ofreció la curva seductora de su espalda. Entre los omóplatos tenía un dragón maorí tatuado. Byron se dio cuenta entonces de que iba a explotar. Mientras la penetraba con el ímpetu de un salvaje y sentía que el orgasmo invadía por completo su piel, cada molécula, cada gota de sudor y de esperma, pensó que esas sensaciones, que esas curvas morenas y esos dibujos, que parecían cobrar vida con el temblor de su piel, con su voz femenina, que gemía ya sin freno, eran lo más parecido a la poesía, a la eternidad y al sentido de la vida que podía experimentar un ser humano.

CAPÍTULO 13

FRANCISCA

Esperaba que hoy lo detestaría, que la resaca me haría madurar pensamientos pérfidos sobre él, pero no es así. Me duele la cabeza, tengo la boca envenenada, pero sigo encontrándome bien en esta casa, continúa alegrándome que él exista, porque está muy cerca de mí, porque se ha marchado, pero luego volverá. Me miro al espejo. Estoy alterada, espantosa, como si acabara de salir de una pesadilla interminable. Me encantaría darme una ducha, pero...

Pero qué más da, lo hago y basta.

No obstante, esto es extraño: es extraño estar en casa de un hombre, usar su bañera, su jabón, su agua, que se desliza cálida por mi cansancio. Mientras cierro los ojos y una nube de vapor me envuelve entre dos ventanas sin cortinas por las que se filtran unos conos paralelos de luz, tengo la impresión de estar segura, protegida, sin monstruos al acecho.

Salgo de la bañera y me tapo con una de sus toallas. Elijo la que está usada. Es como si sus brazos me estrecharan.

Puede que aún esté un poco borracha.

Miro alrededor, vuelvo a curiosear entre los cedés, echo un vistazo a los armarios de la cocina, a la nevera. Por lo visto, el profesor es un apasionado de la comida italiana, de las verduras crudas y de la fruta fresca, pero después, detrás de una puerta lacada de color verde, me vuelvo a tropezar con su mitad gamberra: papas, palomitas, galletas de chocolate y un tarro de mantequilla de cacahuete.

Este hombre es un mosaico, una mezcla de contrastes: me lo imagino en una cena elegante y al lado de una hoguera en la playa, en la Scala de Milán y en el Yankee Stadium. A saber qué se siente cuando te encuentras a gusto en

cualquier lugar. Jamás he experimentado esa sensación y una parte de mí lo envidia.

De repente, siento curiosidad por saber algo de su mujer, pero no veo siquiera un pedazo arrancado de una foto amarillenta. Alargando la oreja, por si se oye algún ruido fuera de la puerta, rebusco en los cajones. Lo sé, eso no se hace, pero la tentación es como un imán. Encuentro libros, facturas, recibos, un ordenador portátil y un Kindle, bolígrafos y papelitos amarillos. Diarios, calendarios, agendas. Encuentro incluso una cajetilla de Lucky Strike casi entera y un encendedor de plata: ¿tú también cedés al vicio de vez en cuando, profe?

No encuentro ninguna foto de nadie. ¿Será posible que no haya guardado nada de ella? ¿Será posible que esté encerrada en las cajas que he entrevisto en el garaje?

Mientras pienso, suena el móvil. Lo metí en el bolsillo interno de la chaqueta, pero ¿dónde está la chaqueta? Deambulo por la casa y la encuentro a los pies del sofá, unida al resto en un montón que parece un cuerpo pisoteado. Palpo y rebusco, noto la forma fría de la navaja en los pantalones y, después, el teléfono. En la pantalla aparece el número de Montgomery Malkovich, pero no tengo ganas de hablar con él. Temo que me eche otro sermón afectuoso, más insoportable cuanto más afectuoso, de manera que no respondo.

Con el teléfono aún en la mano, subo la escalera que lleva al altillo. Para entrar en el dormitorio hay que bajar tres peldaños, el espacio no tiene ventanas, es profundo, como un enorme cajón, y unas vigas de madera oscura dividen el techo en varios rectángulos blancos. El colchón, cubierto por un edredón de color crema, parece estar apoyado en el suelo de madera. No hay ventanas ni tragaluces y la luz del día, que se filtra por los amplios ventanales del piso de abajo, no alcanza esta especie de papelera encajada. La penumbra reposa y consuela, pero yo no quiero reposar. Veo una mesilla y, ya superados todos los límites de la decencia, la abro sin que la conciencia me lo reproche ni por asomo.

Encuentro un álbum de fotografías y me acerco al lado exterior del altillo para mirarlo mejor. La primera parte está llena de imágenes de la infancia del profesor. Era tan guapo como los niños que se ven en los anuncios. Tenía los ojos aún más verdes y el pelo aún más claro, entre castaño y dorado, y ya por aquel entonces lo llevaba largo. Ya por aquel entonces, el duque y el gamberro se enfrentaban en su alma. En algunas fotos

aparece, cuando no debía de tener más de ocho años, vestido como un perfecto caballero y con una expresión seria en la cara, a lomos de un caballo soberbio, con la crin trenzada; en otras, más o menos a la misma edad, en el campo, acariciando la grupa de un burro mucho menos altivo que el caballo de antes, un animalito descarnado con dos grandes ojos. Mientras lo acaricia, los ojos del niño, que viste unos vaqueros y una camisa de cuadros rojos, también tienen una expresión dulce y serena. Otras imágenes immortalizan, creo, a su madre: una mujer alta y fina, con el pelo cobrizo, los ojos azules y un aire tan insólito como el de su hijo, un aire culto y mesurado y, al mismo tiempo, excéntrico, desdeñoso e inquieto. Encuentro fotos de varios parientes: el padre, creo, un hombre guapísimo, con los mismos ojos verdes y la misma nariz regia del hijo, pero con una expresión un tanto sombría que parece capaz de cosas que prefiero no saber. La abuela, quizá, guapa y altiva, tan rígida como una columna dórica, con la mirada resuelta de una estatua de Minerva. Después hay más fotografías de Byron creciendo, del instituto a la universidad: sin la barba la perfección de sus rasgos emerge como una orquídea de color rojo sangre en una placa de hielo.

En cierto momento, se ve a una joven a su lado. Rubia, con la tez muy blanca y los ojos claros, entre el avellana y el verde. Debe de ser ella, porque aparece muchas otras veces: en la fiesta de graduación, los dos con birrete y capa azul adornada con borlas grises; a orillas del océano en traje de baño, donde se ve que ella es delgada, espigada, casi huesuda. Por último, encuentro las fotografías de la boda. Se casaron jóvenes, quizá después de licenciarse, ante un funcionario del registro civil. No veo cortejos nupciales ni damas de honor, ni tartas altas como torres, solo ellos dos, mostrando los dedos con las alianzas al fotógrafo. Algo me llama enseguida la atención en ella: nunca sonríe, jamás. En todas las imágenes, incluida la única foto de la boda, estira los labios intentando remedar una sonrisa, pero sus ojos están apagados, como los de los animales embalsamados. En cualquier caso, no parece soberbia, no da la impresión de ser alguien que debiera hacer un esfuerzo para sonreír por considerar que el mundo es una sombra hedionda de su grandeza, solo parece frágil. No sé por qué, pero pensaba que me iba a encontrar con el recuerdo de una criatura magnífica, fuerte, segura e inolvidable. Esta mujer menuda a la que, si no hubiera visto las fotos de la graduación, no echaría más de dieciséis años, pasa tan desapercibida que me hace temblar.

«¿Temblar?

»¿Por qué temblar?«

Porque, si se casó con ella, debió de quererla muchísimo. En la foto de la boda la abraza con aire protector.

No entiendo por qué esta suposición me molesta tanto, por qué me hace sentirme tan extraña y un poco fuera de lugar.

Cuando me dispongo a seguir hojeando el álbum con todo descaro, el móvil vuelve a sonar. Es Monty de nuevo. Jamás ha insistido tanto. Por lo general, cuando no le respondo, vuelve a intentarlo al cabo de unos días, no al cabo de diez minutos. Esta novedad me alarma. ¿Le habrá sucedido algo a Marcus?

Sin razonar demasiado, respondo de forma frenética:

—Dígame.

—¡Francisca, por fin! Estábamos preocupados, ¿sabes? —exclama en tono afable, aunque angustiado—. Hace varios días que no llamas.

—Nunca he llamado todas las noches.

—Sí, pero esta vez..., después de que... —Calla, se contiene, oigo un suspiro agitado—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, aún estoy viva, no os preocupéis por mí.

—Sí.

—Esto... ¿Te ha llamado Marcus?

Vacilo un instante antes de contestarle.

—¡Ah, estupendo! ¿Y va bien entre vosotros?

—Sí.

—Nos alegramos. Annie, sobre todo. Queremos que os llevéis bien.

—Nos llevamos de maravilla.

—Eso me alivia. No es bueno aislarse demasiado, no es bueno olvidar a los seres que hemos querido y, cuando el amor se transforma en algo diferente, bueno, el corazón es un gran camaleón, ¿sabes?

«¿Un animal solitario, estrábico y agresivo, que mata con la lengua y cambia de color cuando tiene miedo?»

—Monty, ¿podemos hablar en otro momento? Estoy ocupada.

—De acuerdo, cariño. Pero antes..., me olvidaba. Tu padrastro llamó hace unos días.

Silencio.

Frío.

El álbum de fotografías cae abierto al suelo, las fotos se despegan y las páginas se quedan blancas, parecen caras sin ojos.

Me miro las manos, tiemblan.

Me duelen las cicatrices de las muñecas.

No era una alucinación.

Es la maldita realidad.

Monty no lo sabe. Nadie lo sabe, solo Marcus. La gente piensa que merecía que mi padrastro me abandonara, porque le golpeé la cabeza con un bate de béisbol e incendié su casa mientras él estaba dentro. Una niña que hace esas cosas es un monstruo en ciernes, la raíz de una hiedra venenosa. No se puede pretender que un pobre hombre, por animado que esté por las mejores intenciones después de la muerte de su mujer, se interese por la suerte de una adolescente tan problemática, a la que ni siquiera le une una relación sanguínea. Al contrario, pobre, no se ensañó, no la denunció, al contrario, la justificó y la perdonó. Pero desapareció de su vida. Y que ahora, después de muchos años, vuelva a dar señales de vida, ¿no demuestra su bondad?

—No sé cómo consiguió mi número, pero supongo que era bastante fácil encontrarnos a Marcus, a ti y a mí —sigue Monty ajeno a la tempestad que se ha desencadenado en mi interior—. Me permití darle tu dirección. Me pareció un buen tipo, no dijo una sola palabra rencorosa sobre ti. Te llama «hija» en todo momento, no dejaba de repetir «tengo que conseguir que mi hija me perdone». Annie me regañó luego, dijo que antes debería haberte pedido permiso y pensé que, quizá, había sido un poco impulsivo. ¿He cometido un error?

No, no es un error, es instigación al homicidio.

No lo sabes, pero tendré que matarlo.

Si un día lo veo, no incendiaré su casa. Lo incendiaré a él.

Me lo he jurado a mí misma: si vuelvo a verlo, le impediré que ensucie el aire con su respiración.

Así que, mi querido Monty, no es un error, es el principio del final.

Y él no es un buen tipo, es perverso.

—Tengo que marcharme —digo sin hacer ningún comentario, porque no quiero mentir. No quiero respirar, no digamos hacer algo que me cueste más esfuerzo.

De forma maquinal, recojo el álbum del suelo y lo vuelvo a meter en el cajón sin volver poner siquiera en su sitio las fotos que se han despegado de las páginas. No me miro al espejo, me da miedo hacerlo, me da miedo lo que puedo ver: una asesina o una niña.

Me tumbo en la cama. Huelo el aroma de Byron en el edredón.

Byron, Byron, Byron, lo llamo varias veces y, a medida que lo hago, mi corazón se va calmando, se relaja, aminora el ritmo y deja de parecer un caballo corriendo hacia el abismo.

El miedo dura apenas un instante e incluso en ese instante no es nada convincente. Necesito una dosis letal de flores de loto.

No me pidas nada más, fóllame y basta, solo así llegará el olvido como una dulcísima niebla.

Estoy exhausta, deshidratada, muerta.

Pero, por encima de todo, estoy viva.

No puedo pensar en otra cosa.

No deseo otra cosa.

Quiero que me tome una y otra vez.

Quiero ofrecerle todos los espacios, todos los rincones: invade todo lo que tengo con todo lo que tienes.

Te lo ruego, te lo ruego, te lo ruego.

Bébeme.

Ábreme.

Devórame hasta tu última gota de vida, hasta mi última gota de vida.

Me siento fluida y sudada y palpitante.

No sabía que era capaz de tanto.

Casi puedo volar, jamás he sido tan libre como ahora, cuando su cuerpo me tiene anclada a la tierra.

Solo me doy cuenta de que me he quedado dormida cuando me despierto. Más que un sueño, debo de haber perdido el conocimiento. Al abrir los ojos, veo que fuera ya no hay luz. Dado lo oscuro que está, debe de ser muy tarde, es posible que esté anocheciendo.

¿Pero dónde me encuentro?

Estoy en la cama de Byron. Ahora recuerdo que me metí entre las sábanas, no me sorprende: estaba extenuada, destrozada, hecha polvo. El edredón envuelve mi cuerpo desnudo y caliente. Y él me envuelve más que el edredón.

Bajo el mismo cobertor, su tibieza parece una prolongación de la mía. Estoy echada sobre un costado y Byron está detrás de mí, con el tórax pegado a mi espalda y las piernas entrelazadas con las mías. Duerme, su respiración

me acaricia el cuello. Me rodea la cintura con un brazo, el otro yace debajo de mi nuca.

Jamás me había sucedido. Marcus nunca me abrazó. Nunca durmió conmigo. Nunca durmió encima de mí ni a mi lado. Ni yo quise que lo hiciera. Después del sexo, nos transformábamos en dos líneas paralelas llenas de rabia: yo aquí, tú allí, hasta la próxima vez, entretanto, masticaremos nuestro odio secreto, tú el tuyo, yo el mío. Era agradable estar juntos *durante*, pero era infernal estar juntos *después*. Porque los dos estábamos a punto de reventar por un sinfín de cosas no dichas. Porque solo veíamos en el otro un brazo más con que apoyarnos en nuestra guerra privada. Porque él era la primera persona a la que no consideraba enemiga. Pero lo nuestro no era amor.

Tampoco lo es con Byron.

Pero, al menos, ahora lo sé, lo tengo muy claro.

Creía que mi pasado me impediría acostarme con otro hombre, pero me equivocaba. Temo que mi pasado ha producido un efecto aún más grave. Jamás podré querer a nadie.

A fin de cuentas, el sexo es fácil, más fácil de lo que pensaba. El amor es el verdadero reto. Y no pienso afrontarlo. No quiero correr más riesgos ni combatir más batallas. Solo quiero recuperar el tiempo que ha perdido mi cuerpo, quiero dejar que el placer borre mi pasado más remoto y también el más cercano, pero no permitiré que mi alma goce de la misma forma. El corazón debe quedar al margen de este juego.

Mientras me abraza y respira pegado a mí, me lo repito al menos una docena de veces.

«Nunca te querré, olvídale.

»Nos usaremos sin invitar a los sentimientos al banquete.

»A pesar de que pareces un príncipe, de que adoro cómo hueles, de que tu voz me encanta, de que tu sonrisa me hace pensar en las estrellas, de que tu existencia hace que la Tierra resulte más acogedora, no debo quererte.

»No debo quererte, no debo quererte, no debo quererte.»

Los latidos que siento solo se deben a la ansiedad que me produce tener que marcharme, porque no sé cómo separarme de él sin despertarlo. ¿Cómo se permite inmovilizarme así? ¿Quién se ha creído que es?

—Pequeña... —me susurra de improviso al oído—. ¿Adónde vas?

—Tengo que...

—No te vayas. —Su voz, aún somnolienta, es ronca, como cuando

canta canciones tristes en el Dirty Rhymes.

«No debo pensar en su voz.

»No debo concentrarme en el estremecimiento que siento en la nuca.»

—No te vayas —repite.

Me abraza aún más fuerte, me besa entre la oreja y el hombro. Cierro los párpados. Suspiro sin suspirar. Tengo miedo. Tengo miedo de él.

Tengo un miedo maldito.

Miedo de lo mucho que me tienta quedarme.

—Tengo que marcharme —digo en tono firme, casi decidido, bueno, lo más decidido que puedo.

—Ni se te ocurra. Te prohíbo que te muevas.

Eso es, hazme enfadar, así se me pasa esta languidez.

—No puedes prohibirme nada. No lo digas ni en broma.

Él se incorpora apoyándose en un codo y el edredón resbala dejando a la vista su pecho. Y el mío. Se inclina, mira la hora en el viejo y gracioso despertador de color rojo, anticuado, con los números y las letras fluorescentes, que está encima de la mesilla.

—Son casi las seis —me informa—. Jamás había pasado un domingo tan agradable.

«Anda ya, a otra con ese cuento.»

—Con todo, ahora tenemos que comer. Estás en ayunas desde hace veinticuatro horas, ojos de petróleo. Además, te emborrachaste. Tienes que meterte algo en el estómago.

—Nadie te ha pedido que te preocupes por mi estómago.

—Quiero cuidarte, no me preocupo. Cuidar tu estómago y tus sentimientos. Quiero saber cómo estás.

«Estoy bien, maldita sea, pero nunca te lo diré, no quiero que se te metan extrañas ideas en la cabeza.»

—Tengo que hacer pis.

Se ríe y su risa retumba en mis costillas como una música sagrada bajo la cúpula de una catedral.

—Esperaba algo más poético. ¿Quieres que te acompañe?

—¡No! Bueno, no recuerdo dónde puse mi ropa.

—¿Qué más da? Desnuda estás guapísima. No digamos cuando haces el amor, eres una obra de arte.

—Deja de decir tonterías.

«Además, no hemos hecho el amor. Hemos follado. Punto final. Basta.

Paz. Amén. Resígnate a esta cruda y sudorosa realidad.»

—No son tonterías. —Al decirlo aparta el edredón de una patada y nos quedamos completamente desnudos en la cama. A estas horas está tan oscuro, no hay ninguna luz en la casa, que solo se entrevén nuestros perfiles, opacos como sombras. Su sombra abraza la mía, la sombra de sus labios besa la sombra de mi pelo. La sombra de mi corazón está aterrorizada—. En cualquier caso, no se ve nada. Además, si, a pesar de la oscuridad y del detalle, nada irrelevante, de que ya te he visto con los tatuajes como única ropa, aún sientes cierto pudor, has de saber que soy miope.

—No es pudor, es que...

—Es que te sientes más expuesta y vulnerable, más indefensa, pero no debes defenderte de mí. No debes defenderte de mí, Francisca. Dime que me crees.

—No solo no te creo, no quiero creerte. Te lo repito, no me engañarás con las palabras. Puede que te sirvan para tirarte a otras alumnas, pero no te valen conmigo.

—No me tiro a otras alumnas.

—Bueno, pero ahora apártate, quiero bajar. Ah, la próxima vez que compres una casa busca una que tenga el retrete con una puerta como Dios manda.

—No me tiro a otras alumnas —repitió él, testarudo—. Está bien, la próxima vez la elegirás tú.

Si hubiera luz, vería el fuego de la rabia en mis ojos. Lo miro, pese a no ver nada, lo miro y me gustaría darle unos cuantos puñetazos. Detesto a los que bromean con cosas que hacen temblar las heridas de mis muñecas. Las heridas que, estoy segura, no ha visto ni verá nunca. Las heridas que simbolizan mi muerte y mi renacimiento. Mi voluntad absoluta, sacrosanta, de no volver a creer a nadie.

Así que me pongo de pie envuelta en una oscuridad tan densa como la cola.

—Espera, toma esta. —Oigo decir a su voz a mi espalda.

—¿A qué te refieres?

Su camisa, me está tendiendo su camisa.

—Póntela, así puedo encender alguna luz, si no te darás contra una pared.

Su camisa... huele a él.

—No te vayas ya, comamos algo antes. Te lo ruego.

Su camisa... ha acariciado su piel.

—Me quedaré aquí hasta que me digas que puedo bajar, ¿ok?

Su camisa... en la que me gustaría vivir para siempre.

Me estoy haciendo vieja y ridícula, esa es la única explicación. En lugar de vestirme de nuevo y de marcharme sin decir una palabra, me quedo. Me quedo en su camisa. Para bajar, él solo se pone unos vaqueros. Ha encendido las luces, tenues, pero nítidas, de manera que, debido a los pantalones de cintura baja, los pies descalzos y el tórax, que me recuerda a la estatua pulida de un dios —Marte y Apolo a la vez—, me cuesta mucho no mirarlo como una quinceañera que jamás ha visto un cuerpo masculino. Lo que más me desconcierta no es su belleza, la curva viril de los hombros, la elegancia de los brazos, la espalda poderosa y el sugestivo vello castaño que le acaricia la piel del ombligo a la ingle. No es eso o, cuando menos, no es solo eso. Es lo que hace, cómo se mueve, cómo habla, incluso la forma en que se lava las manos me hace jadear en vergonzoso secreto. Ningún hombre me ha producido este efecto. Ninguno me ha hecho sentir tan peligrosamente inocente después de haberme follado con tanta furia.

Y él, maldita sea, me sonrío, se obstina en cocinar otra vez para mí, de nuevo trajina entre los fogones y me hace probar cosas exquisitas.

—Háblame de tus tatuajes —me repite, de repente—. Son preciosos. Sobre todo, el dragón que tienes en la espalda. Es como si hubieran nacido con tu piel.

—Y tú dime por qué no tienes siquiera uno.

Se vuelve y me escruta.

—¿Quién te ha dicho que no tengo ninguno?

—No me ha parecido que...

Se acerca a mí y se da media vuelta. Inclina un poco la cabeza hacia delante y me señala el pelo. Lo levanto y allí, entre el cuello y la espalda, veo tres rayas paralelas, finas, como trazadas con un lápiz. Creo que es italiano.

He bajado,
de tu brazo,
al menos un millón de escaleras.

Desconozco el idioma, pero el español me ayuda a comprender, al menos, su significado.

—¿Es el verso de un poeta? —pregunto. Mi conocimiento de la poesía no llega tan lejos. Aún debo colmar varias lagunas.

—Sí, de Eugenio Montale. Se lo dedicó a su mujer muerta.

Me lo recita entero, me lo traduce y me lo explica.

Trago un bocado lleno de espinas imaginarias, que hacen tanto daño como si fueran de verdad.

Solo tiene un tatuaje y ese tatuaje lo mantiene unido al amor de su vida. A la insignificante muchacha rubia con la piel diáfana y la sonrisa de quienes no saben qué es una sonrisa.

«¿Por qué te parece eso un problema? Mis tatuajes son similares a los de Marcus.»

Similares, pero no iguales. Nos hicimos muchos a la vez, pero cada uno eligió los suyos. Estos tatuajes expresan nuestra batalla común, nuestra rabia gemela, nuestro dolor afín, pero ninguno de estos signos es un homenaje a alguien que no sea yo misma y mi vida. No llevo su nombre grabado en el cuerpo. Él no lleva mi nombre grabado en el suyo.

Un poema dedicado a una esposa enferma, cuya ausencia hace que hasta los peldaños parezcan vacíos, solo significa una cosa: que siempre la echará de menos. Es muy probable que rehaga su vida, que eche adelante, pero el tatuaje siempre le recordará que la eternidad está compuesta por momentos mortales.

Dejo caer el pelo, escondo las tres líneas escritas en italiano y me limito a decirle:

—Lo siento.

—Pregúntame lo que quieras —murmura él, pero está turbado, eso es evidente. Sigue cocinando y ahora su espalda recuerda más a la de Marte que a la de Apolo. Está tensa, contraída. Casi parece que en su perfección regia se haya insinuado una grieta. Con todo, insiste en que le pregunte lo que quiera y yo, que finjo no querer saber nada, pese a que me mata la curiosidad, mejor dicho, a que *necesito* saber todo, me encojo de hombros y digo, casi como si le estuviera haciendo el favor a él, más que a mí misma:

—¿Cuándo murió? Y... ¿por qué?

Responde de un tirón, como si quisiera quitarse el pensamiento de encima:

—Hace un año. Hacía tiempo que estaba enferma y... empeoró de repente.

—Lo siento —repito, porque es lo único que se me ocurre.

—Se llamaba Isobel —sigue él de forma espontánea—. Estuvimos casados casi diez años.

Diez años son una buena parte de la historia de un hombre. Debió de ser su primer amor. El primero, el único y puede que el último, porque, aunque vuelva a enamorarse, ninguna mujer podrá competir con el recuerdo de una muerta.

—Los tatuajes maoríes son los símbolos de los guerreros —digo sin saber muy bien por qué. Puede que para impedirle que me cuente más cosas sobre Isobel. No quiero saber nada más de ella ni de ellos—. Y dado que en mi vida siempre he estado bastante cabreada, me hice tatuar unos signos que expresaran mi rabia y, a la vez, la fuerza que necesitaba y la sabiduría que nunca he tenido. Mis tatuajes son todo para mí, jamás se los he dedicado a nadie.

—¿Y la flor que tienes delante?

—Es una flor de cactus. Siempre me han gustado las plantas con espinas. Sus flores son las más bonitas.

Asiente sin dejar de observarme.

—Tienes razón. Además, es increíble que pueda brotar algo tan espléndido de un montón de púas. El asombro multiplica la belleza. En las muñecas, tienes dos serpientes de colores, que tampoco son maoríes.

—No, pero ¿debemos hablar todo el tiempo de mis tatuajes? Toda esta cháchara y yo con un agujero en el estómago.

Sonríe y, de nuevo, se parece más a Apolo que a Marte. Mientras comemos me cuenta cosas de él. De su mujer no. Me habla de cuando era niño y viajaba por el mundo con su madre. De cuando ella desapareció siendo él muy joven. De su padre, que quería ser gobernador y que murió de infarto a los cuarenta años por el exceso de esfuerzos que le acarreaba su desmedida ambición.

—Un motivo más para no imitarlo —comenta.

—Entonces, ¿no te queda ningún pariente?

—No, aún está muy abuela y te garantizo que vale por cien. Su sueño es que un día sea presidente de Estados Unidos. La primera vez que me vio con unos pantalones de cuero, un pendiente y media docena de anillos fue una de las pocas ocasiones en que perdió su calma proverbial. Reconozco que me divierte sacarla de sus casillas de cuando en cuando. Cuando me hice con el local, quería impedirme que tocara el dinero de mi fondo fiduciario. No lo consiguió, así que se vengó de manera más sutil.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, animó a Clarice a darme caza. Le gustaría que me casara con una mujer que estuviera a la altura de ser un día la primera dama.

—Si quieres presentarte como candidato con Clarice a tu lado, antes tendrás que cortarle la lengua. Solo te servirá muda.

Se ríe. Esquivo su mirada para que no lea en mi interior.

Cada vez más a menudo, me pregunto qué hago con este hombre. No nos une nada. Nuestros orígenes y nuestras historias ni siquiera se rozan.

«¿Qué más da? Solo es un tipo con el que me acuesto. Y para él solo soy una excitante variación. Le gusta porque soy distinta de las mujeres que suele frecuentar. No me presentaría a la tirana de su abuela ni muerta, solo lo haría para hacerle un desaire, para descomponerla. Eso es, soy como la furcia de los bajos fondos que el señorito lleva a cenar a su casa para dar un disgusto a su familia.»

No deseo nada más, así que está bien así.

—¿Cómo conociste a Marcus?

Casi me atraganto.

—Si te apetece hablar, hazlo, pero no me pidas que yo también lo haga —mascullo.

—Es una pregunta inofensiva.

De inofensiva nada, Marcus y yo nos conocimos en un instituto para jóvenes problemáticos, un centro a medias entre un orfanato y un reformatorio, y no quiero que él lo sepa.

—En el instituto —miento, a fin de cuentas, jamás sabrá la verdad.

—Guau, el primer amor, desde luego.

—Desde luego.

—¿Y qué más?

—¿Qué más quieres saber?

—¿Por qué os dejasteis?

—Porque, como tú mismo has dicho, «nunca» es un concepto sobrevalorado. Los caminos se bifurcan y los «tú y yo jamás romperemos» no tardan en convertirse en «no vuelvas a llamarme». Crecemos, cambiamos, sucede.

Me observa, tiene algo en la punta de la lengua, se lo leo en los ojos, quizá no me guste. Al final, decide no correr el riesgo, da un bandazo y suelta una pregunta algo menos impertinente o, al menos, eso es lo que le parece a él.

—¿Por qué te matriculaste tan tarde en la universidad? ¿Qué pasó entre el instituto y ahora?

«Estuve por ahí con Marcus, tocando los cojones a la gente, y luego cuatro años en la cárcel, porque contribuí a mandar a un capullo al Creador.»

—Trabajé. Ocupaba un... un puesto estatal. No me concedieron la beca y, bueno, no todos tenemos fondos fiduciarios. Luego, este año, la conseguí.

—No te rendiste.

—Solo me rindo cuando no queda ninguna esperanza.

—¿Y con Marcus no quedaba ninguna esperanza?

—No, pero basta ya.

—¿Y tú aún lo quieres? —insiste, seguro que esta es la pregunta que quería hacerme antes.

—Basta —repito.

—Solo me gustaría saber si aún lo quieres.

—Y yo no te responderé. Gracias por la cena, por el día, por el sexo: ahora me vestiré y volveré a casa.

Me levanto de la mesa, pero me retiene con una mano.

—Quédate.

—Estás loco.

—Es probable, pero deseo que te quedes.

—No te hagas ilusiones conmigo, profesor, soy justo lo que parezco, una putita buena para hacer unas cuantas cabriolas, pero que no se queda a pasar la noche. Lo de ayer no vale, porque estaba borracha. Si aún te quedan ganas de divertirme, mañana encontrarás en clase a unas cuantas dispuestas a abrirse de piernas. En eso quedamos al principio, ¿no?

Me dirijo al sofá, envuelta aún en su camisa, que me llega a la mitad del muslo. Recupero mi ropa, toda ella hecha una bola, y la aprieto en un puño. ¿Dónde demonios puedo vestirme en esta maldita casa sin puertas? Oigo un ruido sordo. La navaja que guardé en un bolsillo del pantalón cae al suelo. Me inclino para recogerla y esconderla, pero ya es demasiado tarde.

Byron se ha acercado a mí y me está mirando. Tiene una ceja arqueada y parece preocupado.

—No te he robado nada —declaro—. Es mía.

—¿La llevas siempre encima?

—Cuando quiero.

—No la llevabas la noche en que pegaste a Rod.

—No.

—¿Y por qué esta noche sí? Ese joven, ese estudiante, ¿se comportó mal?

—Erik es amable e inocente.

—Pero el otro día, en el restaurante, no te quitaba la vista de encima.

—Tú, en cambio, me diste la espalda para poder lanzar dulces miradas a tu futura primera dama. Cada uno mira lo que se merece.

—Soy un profesor de la Universidad de Massachusetts, no puedo mirar fijamente a un alumno, así que lo hice para no sentir la tentación.

—¿De qué?

—Odio cuando un hombre te mira de esa manera.

«Y yo odio cuando el corazón me estalla de esta manera.»

—No soy idiota, te lo ruego. ¿Crees que me siento halagada? ¡Qué emoción, además de guapo, mi profe es rico y celoso! ¿Se habrá enamorado de mí? ¿Me pondrá un bonito anillo en el dedo y me llevará con él a la Casa Blanca? Ahórrate esos giros patéticos o vomitaré de nuevo. Y, ahora, ¿puedo tener un poco de intimidad?

—No quiero adularte, no quiero hacer nada, no tengo ningún proyecto, ningún objetivo, ni siquiera acabo de entender lo que me está sucediendo. Solo sé que me gustas y que te deseo.

—Muy bien, pues ponte a la cola, no eres el único.

Lo miro con aire desafiante.

Ahora recuerda más a Marte que a Apolo. Bueno, solo a Marte. En sus ojos se combate una extraña guerra.

—¿Vas a volver a ver a ese chico? —Se acerca, se muerde los labios, sus pupilas parecen charcos llenos de hiel.

—¡Por supuesto! —respondo, aunque Erik me importa un comino.

—No estoy de acuerdo.

—Ah, no estás de acuerdo. Bien, he registrado la sentencia y te dedico una frase sumamente poética: que te den por culo. No tienes ningún derecho sobre mí. Me acostaré con quien me parezca.

Está tan cerca que nuestras sombras casi se superponen.

En realidad, no deseo a nadie más.

En realidad, me gustaría que me abrazara.

Me gustaría quedarme.

Y volver a hacer el amor.

Y poder llorar, por fin.

Y un montón más de gilipolces tan letales como serpientes agazapadas

debajo de las piedras.

Justo por eso, debo buscar mi lado más péfido y hacerlo emerger, porque si dejo que salga ganando el desfallecimiento que siento en este momento, puedo hacerme daño, mucho daño.

Más daño que nunca.

Así que doy media vuelta y me dirijo hacia el biombo de bambú con la ropa en la mano. Lo escucho mientras me cambio. Sus palabras me confirman que tenía razón, que siempre tengo razón.

—Está bien, haz lo que quieras.

Mi corazón cae al parqué dejando una huella de sangre.

En cualquier caso, insiste en acompañarme y, como me opongo y decido ir a pie, me sigue en silencio, puede que me odie porque la educación de principito que ha recibido lo obliga a ser cortés, pero salta a la vista que le gustaría estar en otro lugar. Ha entendido todo lo que debe entender. Me desprecia. No puedo pretender que me trate como a una reina, ¿no? Las reinas son como Clarice e Isobel, no como yo.

Entretanto, en la calle, el silencio no bromea. No hablamos ni nos miramos. La mera idea de volver a casa, entre esas paredes vacías, me destroza, pero debo ser más fuerte que la angustia. Puedo lograrlo. Si sobreviví después de que Marcus se marchara, si me sobrepuse a su última llamada telefónica, ¿qué puede hacerme su ausencia?

No vivimos muy lejos, así que en unos minutos llego al edificio. Entro en el portal y él me sigue.

—¿Qué quieres?

—Subo contigo a tu casa.

—¿Te he dado la impresión de no ser capaz de cuidar de mí misma?

—No, pero esta noche llevas una navaja y estás enfadada. Quiero asegurarme de que no la usas a menos que sea necesario.

—Ok, hemos llegado, ahora puedes marcharte.

Meto la llave en la cerradura, me tiembla la mano.

Tengo ganas de llorar.

Pienso en cosas que me asustan.

Por ejemplo: «Te necesito».

No es cierto, no necesito a nadie.

—Adiós, profe.

Me observa enfurruñado, tan serio que parece otro hombre. Se acaricia

el pelo. Sus ojos parecen suspirar. Después, sacude la cabeza y se marcha.

Me encierro en casa y me aprieto las sienes con las manos. Debo de tener una aspirina en alguna parte. Y cigarrillos. Mientras busco, oigo que llaman a la puerta.

El corazón me salta en la garganta y en la boca, una sonrisa demente estira mis labios.

Solo se me ocurre un nombre.

Byron.

Abro la puerta sintiéndome como la protagonista insulsa, torpe, mema y fatalmente enamorada de una novela.

Pero mi amor se desmorona en la puerta, la esperanza arde y la vida se detiene.

No es Byron.

Es una pesadilla con los ojos abiertos.

CAPÍTULO 14

—De acuerdo, haz lo que quieras.

Lo dijo, aunque no lo pensara de verdad.

No obstante, mientras sentía que los celos asaltaban sus pensamientos, comprendió que Francisca lo atemorizaba, pero, por encima de todo, lo asustaba lo que sentía por ella. Un sentimiento que llega y te destroza a esa velocidad es como un huracán: jamás deja íntegro el mundo al que azota.

No estaba preparado. No estaba preparado para la tormenta. Había permitido que el viento sacudiese sus cimientos y ahora yacía en el suelo, con los restos del alma esparcidos por todas partes. Era evidente que no era capaz de manejar esa cosa, fuera aquello lo que fuera.

«Tengo que concederme una pausa para pensar y razonar. Para comprender qué estoy haciendo, en qué berenjenal me estoy metiendo. Para frenar estos celos irracionales.»

Sí, era mejor que ella volviera a su casa.

Era mejor que dejara de deseársela como un extraterrestre excitado.

O como un hombre resucitado.

Era mejor distanciarse de esa joven extraña, provocadora, que en ciertos momentos emanaba una melancolía tan profunda que le dejaba entrever un parecido más que superficial con Isobel.

«No podría enfrentarme a todo eso de nuevo.»

Así que debía guardar las distancias, a pesar de que lo atraía con una fuerza que no le parecía posible.

A pesar de que volver a casa y no tenerla a su lado hacía temblar todas sus ideas poéticas sobre la esperanza y la belleza del futuro.

Una vez más, Francisca no había ido a clase. Dos horas y ella no había aparecido ni siquiera al final. ¿Y si hubiera decidido dejar el curso?

Ese pensamiento lo torturó.

«No tengo ninguna responsabilidad sobre ella.»

Es una mujer adulta.

«Puede hacer lo que quiera, no soy su guardián.

»No tengo ninguna responsabilidad sobre ella.»

Mientras se repetía esas frases colmadas de odiosa sabiduría, una voz lo devolvió a la realidad.

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma.

Byron se volvió de golpe alarmado, más que sorprendido.

Que la señora Margery Lord estuviera allí, por si fuera poco, por la mañana, era un hecho como poco insólito. Que, en lugar de llamarlo para citar lo en un lugar preciso —por lo general, un local pretencioso, después del anochecer—, se hubiera tomado la molestia de esperarlo fuera del aula, era casi inquietante. Sin embargo, no cabía la menor duda: había abandonado su espléndida residencia de Capitol Hill, en el corazón de Washington, y había hecho casi siete horas de viaje para ir a verlo. A pesar de que era dueña de un espacioso Lincoln Continental de 1998 y de que tenía un buen chófer a su disposición las veinticuatro horas del día, jamás había querido sufrir semejante incomodidad: ni siquiera para acudir al funeral de Isobel. Le había enviado flores y un telegrama con una frase bíblica sobre la muerte que, por si fuera poco, tenía un posible significado insultante: «Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna y otros para vergüenza y confusión perpetua».

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sin la menor intención de mostrarse amable y acogedor.

—Tu educación es proverbial, idéntica a la de tu madre —contestó su abuela con frialdad—. ¿Has terminado la clase? —Mientras hablaba miraba alrededor, observando a los estudiantes que estaban saliendo al pasillo.

—¿A qué viene tanta preocupación? ¿Qué ha pasado? ¿Se trata de un golpe de Estado? ¿Te han embargado la casa? ¿Quieres borrar me del testamento y has venido para avisarme?

—He estado en Martha's Vineyard para ver cómo van los preparativos de la recepción de finales de noviembre y, al volver, se me ocurrió venir a verte.

—Nunca lo has hecho, supervisas no sé cuántas recepciones en la isla sin moverte de la ciudad. ¿A qué se debe esta visita tan especial?

—He reservado una mesa en 30 Boltwood para las doce. Hoy comerás

conmigo.

Byron hizo una mueca que no tenía nada de impenetrable.

—Estoy ocupado —murmuró irritado.

—¿Qué tienes que hacer?

Francisca se materializó enseguida en su mente. El instinto le gritaba, incitándolo: «Está bien, se acabaron todas estas paranoias, siento algo por ti, a pesar de que no sé muy bien qué es, quiero estar contigo».

Comprendió que era absurdo. No podía iniciar una relación con una alumna. No debería haberse acostado con ella, no digamos salir con ella.

«Francisca tiene razón cuando te devuelve a la realidad con su cortante ironía. ¿Qué piensas hacer? ¿Cuál será el paso siguiente, pedirle que se vaya a vivir contigo?»

No, no, no, debía encontrar una vía de escape. Una vía de escape de sí mismo.

Entretanto, ir a comer con su abuela podía ser un comienzo.

La comida fue mucho más estresante de lo que había previsto. Su abuela habló casi todo el tiempo, contándole cosas irrelevantes. Los eventos de la capital, las fiestas de beneficencia, una carrera política que acababa de despegar, una carrera política truncada, las personas a las que había invitado al próximo Día de Acción de Gracias.

Cuando le preguntó si iba a llevar a alguien a aquella tristemente célebre cena y aguardó la respuesta con el tenedor suspendido en el aire, de manera que la vieira volvió a caer en el plato salpicándole de salsa Mornay una manga de seda, Byron empezó a sentir con toda claridad que algo no encajaba, algo le olía a chamusquina. Un comportamiento extraño podía pasar inobservado, pero dos podían ser presagio de una desgracia.

—¿Qué quieres saber en concreto?

—Te lo acabo de decir.

—Ya sabes que no asisto a tus pomposas cenas de Acción de Gracias.

—Algunas cosas pueden cambiar.

—Por supuesto, como, por ejemplo, que tú vengas a Amherst para preguntarme si iré a tu fiesta. Antes solías llamarme por teléfono. Además, por lo que sé, jamás ibas a la isla antes del miércoles anterior a la cena. Tienes un numeroso grupo de pequeños esclavos que ejecutan tus órdenes y te evitan agotadoras idas y venidas. ¿No eras tú la que decía que los verdaderos ricos delegan?

—No se pueden delegar las relaciones con los parientes.

—Salvo las llamadas para dar órdenes categóricas, esas siempre las has hecho en persona, he hablado más con tu secretario que contigo.

—En eso nos parecemos un poco.

—De eso nada, permite que te contradiga. Yo no delego cuando trato de ignorarte por todos los medios. No pido a nadie que lo haga por mí. No lo hago y basta. Supongo que conoces el motivo.

—Esa mujer no te convenía y lo sabes. Siempre lo supiste, pero es más fácil acusarme de crueldad que aceptar que cometiste un error garrafal. Cuando permites que personas inadecuadas entren en el círculo familiar, debes tener en cuenta los daños colaterales.

—Personas inadecuadas. Daños colaterales. No puede ser más frío y aséptico. Para ti los matrimonios son contratos comerciales.

—Y para ti cuentos de buenas noches. Pero reconoce que, de las dos opciones, es más probable sufrir una decepción con la tuya. Todos los matrimonios de conveniencia sabiamente acordados que conozco han ido de maravilla, nadie ha padecido. En cambio, los matrimonios por *eso que llaman* amor fracasan siempre. Por no mencionar un hecho sustancial sobre el que nunca quisiste reflexionar: ni siquiera querías a Isobel. Tuviste todas las desventajas de un matrimonio forzado sin los breves placeres del matrimonio por amor. Eres una nulidad, querido.

La mirada de Byron se ensombreció. Empezaba a comprender. Uno de los fallos de Margery Lord era su previsibilidad. Se creía muy astuta, pero, en el fondo, se movía siempre por los mismos imperativos. Jamás habría viajado hasta Massachusetts veinte días antes de la fiesta de Acción de Gracias solo para recordarle el error que había cometido casándose con Isobel. No, el motivo que la había llevado hasta allí era otro. Un motivo nuevo, pero siempre idéntico.

Al comprender de qué se trataba, Byron sintió por un instante la tentación de escupir las vieiras a la mesa. Lo vio con tanta claridad que tuvo una arcada. El problema ya no era Isobel. Isobel había muerto, sí, era un episodio trágico, pero estaba archivado.

—¿Por qué no me dices de una vez por qué has venido hasta aquí, abuelita? —le preguntó en tono mordaz.

Margery Lord lo fulminó con la mirada. Según se decía, sus miradas habían hecho temblar a más de un gobernador de Estado.

—Sería conveniente aprender de los errores, pero, por lo visto, tú te empeñas en cometer siempre los mismos, así que, mientras siga con vida,

trataré de impedírtelo.

Byron se inclinó hacia ella bajando la voz.

—La franqueza siempre ha sido tu punto fuerte. Hoy, en cambio, estás siendo bastante vaga. ¿Qué quieres exactamente de mí?

—Si quieres echar una cana al aire, hazlo, no soy tan anticuada como para pensar que un hombre debe estar a pan y agua, pero ten cuidado. Las alumnas no son una buena elección, corres el riesgo de echar a perder tu mediocre carrera universitaria. Diviértete con prudencia, no te enredes en relaciones con jóvenes a las que basta con verlas para saber de dónde vienen y cuál es su nivel de moralidad.

—Clarice y tú sois una auténtica asociación criminal —dijo Byron echando chispas por los ojos—. ¿Me espía y luego te cuenta lo que hago?

—No hace falta espiarte, te comportas de forma imprudente en público.

Byron recordó el día en que Clarice entró en el aula para invitarlo a comer. Por lo visto, había notado el tono, a todas luces íntimo, de la conversación que estaba teniendo con Francisca y, como buena bruja que era, había sacado las debidas conclusiones. Las conclusiones correctas, la verdad.

El instinto le pedía que empujara la mesa, que intimara a su abuela a no pronunciar una palabra más sobre Francisca, que se marchara de allí y cortara para siempre con lo que quedaba de su monstruosa familia. Además de serlo con Isobel, Margery Lord también había sido cáustica con su madre: ninguna de las mujeres de los Lord le habían parecido *adecuadas*. Salvo ella, claro está. La tentación de mandarla al infierno para siempre, de cortar hasta los hilos más sutiles que seguían uniéndolos, era irrefrenable, pero debía ser prudente. Si reaccionaba así, entraría en su juego. Le demostraría que quería de verdad a Francisca y eso desencadenaría la natural predisposición de su abuela para la caza. Se pondría a indagar sobre su pasado y haría todo lo que fuera para perjudicarla. Lo había hecho ya con Isobel para que él se divorciara de ella, aunque no había conseguido nada, porque Byron era demasiado maduro como para abandonar a una mujer que no tenía ninguna culpa y completamente inmaduro como para no obstinarse en hacer justo lo contrario por puro despecho. En cualquier caso, no iba a permitir que se ensañara con Francisca. Estaba seguro de que, por el momento, su abuela apenas sabía nada de ella, quizá Clarice le había hecho una breve descripción, que, de todas formas, había sido suficiente para alarmarla. Había ido con la intención de verla en persona. Pensó agradecido que, por suerte, Francisca no estaba allí ese día.

Así que, recurriendo a los restos de crueldad e hipocresía que debían anidar en el ADN familiar, asumió una expresión sarcástica, se inclinó hacia ella y dijo en voz baja:

—El hecho de que Clarice me repugne no significa que no tenga ojos para apreciar la belleza de otras mujeres. Como has dicho, no estoy a pan y agua y, algo que, seguro, te tranquilizará bastante, no soy homosexual. Me gustan las mujeres, en especial las alumnas, reconozco mi debilidad, pero ¿quién no las tiene? ¿Acaso mi padre no estaba obsesionado con las secretarias de rasgos asiáticos? Y el abuelo tampoco se quedaba corto, solo que su objetivo eran tus mejores amigas, si mal no recuerdo. No pongas esa cara, no he contratado a ningún detective privado para sacar a la luz vuestros trapos sucios, pero los niños ven y memorizan todos y, en caso de que no lo entiendan al principio, lo entienden al crecer, así que, como ves, todos tenemos esqueletos en los armarios. Estoy seguro de que tú también tienes alguno.

Margery Lord se movió nerviosamente en la silla. Bajo sus pesados párpados, sus ojos parecían dos piezas de cristal de color gris azulado. El local en que se encontraban tenía unos ventanales grandes y la luz que entraba por ellos iluminaba sin piedad su vejez, que ya no conseguía ocultar, pero Byron no sintió la menor ternura por ella.

«Una vieja bruja agria no merece piedad, aunque sea tu abuela.»

Así que se levantó, dejó la servilleta en la mesa y dijo en tono tajante:

—Me marcho, no sin antes pedirte que no vuelvas a visitarme. Ah, no iré a tu fiesta de Acción de Gracias, ni solo ni acompañado. ¿Para qué cambiar lo que funciona tan bien?

Por suerte no tenía su número de móvil —«¿Por qué no lo tengo?»—, porque, de ser así, la habría llamado. Pero no, debía resistir, como un drogadicto resiste a una raya de cocaína blanca y reluciente.

«Ella tampoco tiene mi número.

¿Por qué no le di mi número de móvil?»

Pasó parte de la tarde en una reunión de profesores en la universidad y parte en el Dirty Rhymes, haciendo pedidos a los proveedores, pero estaba ausente. No dejaba de pensar en sus ojos tristes. En sus palabras mordaces, que parecían lágrimas ocultas tras las injurias. Pétalos de amapola disfrazados de espinas.

Jamás había pensado con tanta intensidad en los ojos tristes de Isobel.

Esa reflexión lo hizo sentirse horrible, malvado, y lo convenció de que

debía olvidarla.

«No puedes sentir una pasión tan desgarradora por una mujer que apenas conoces.

»No puedes querer consolar su melancolía más de lo que quisiste consolar la desesperación de tu mujer.

»No es normal, no es honesto, no es sano.»

Y decidió recurrir a un tratamiento de choque. Si, como esperaba, esa maraña de sentimientos solo respondía a un deseo físico insatisfecho durante demasiado tiempo, lo único que debía hacer era curar su frustración. Para ello le valdría cualquier mujer, siempre que fuera agraciada. El ayuno prolongado lo podía llevar a confundir los garabatos de colores de un niño con una obra de Rembrandt.

Había llegado el momento de abandonar el luto y volver a la vida. Como todos los hombres. En pocas palabras, debía acostarse con cualquier mujer que fuera mona y que estuviera disponible. Aquello era una locura, fruto de una guerra entre el corazón y el instinto, pero decidió no oponerse a ella y lanzarse al ruedo.

El local le ofrecía un sinfín de posibilidades. Eve tenía razón. Si no hubiera sido un gran señor, se habría acostado con 365 mujeres al año.

Esa noche, mientras estaba en el bar con Eve e Ian, identificó enseguida a una posible candidata. Era una joven de unos veinticinco años, bastante guapa, con una melena pelirroja, larga, una Venus de Botticelli contemporánea. La invitó a un Singapore Sling y le sonrió como habría sonreído un camarero amable y cabrón a la vez, decidido a acostarse con la que fuera. La joven le devolvió la sonrisa sin oponer resistencia. Tenía los ojos azules y un escote pronunciado, que dejaba a la vista esos pechos pequeños propios de las modelos. Lucía un top con la espalda al aire y unos vaqueros muy ceñidos, una segunda piel en un cuerpo que no tenía nada que envidiar al de Kate Moss.

Conversaron un poco, en la medida en que era posible hacerlo en una sala abarrotada de clientes, que se agolpaban alrededor del bar como termitas. Hablaron de esto y lo otro —la música, el calor, cuál era el mejor cóctel— y, de repente, ella le dijo:

—Este local sería perfecto si tuviera un reservado donde se pudiera hablar con más calma. —Si le quedaba un poco de intuición, esa frase, unida a las miradas y a las sonrisas, era una invitación tácita a perderse en un rincón apartado.

—Si quieres *hablar*, podemos ir a mi despacho —le dijo mirándola con aire atrayente.

—Lo estoy deseando —contestó ella bajando poco a poco sus largas pestañas. En las comisuras internas de los ojos tenía dos brillantes diminutos.

Byron miró a Eve como si le dijera: «Hasta luego».

Eve parecía extrañamente contrariada.

Aunque, quizá no lo estaba, quizá era él quien estaba contrariado y atribuía a los demás sus absurdos humores.

«No tienes ninguna razón para estar contrariado, no seas imbécil y ponte manos a la obra.»

Aferró al vuelo un par de botellas de Guinness frías y señaló el camino a la joven. Mientras ella caminaba, contoneándose sobre los tacones vertiginosos de sus zapatos rojos, le miró el trasero. Encantador.

«¿Pero qué clase de hombre eres? ¿Encantador?»

Una vez en el despacho, cayó en la cuenta de que aún no le había preguntado cómo se llamaba. Cuando se disponía a hacerlo, pensó que no, que no quería saberlo. No le apetecía hablar demasiado.

Ella se sentó con desenvoltura en el sofá y bebió de la botella. Cada vez que daba un sorbo, lo miraba con aire malicioso, como si no tuviera muchas ganas de perder tiempo en preliminares y estuviera deseando pasar de inmediato a la fase siguiente. La luz, menos tenue que la del local, hacía que su cutis resultara extraño, le confería un tono dorado poco natural. La profundidad de su mirada, que le había parecido intrigante en la penumbra, era solo fruto del exceso de maquillaje en los párpados.

Se sentó también en el sofá y, en un abrir y cerrar de ojos —el tiempo justo para dejar la botella—, la joven le confirmó que no tenía la menor intención de entretenerse charlando. Se abalanzó literalmente sobre él. Lo besó, su lengua sabía a ginebra, licor de cereza y cerveza. Sus besos eran voraces, sus manos no titubeaban. Le sacó la camiseta por la cabeza y, con un gesto experimentado, deshizo el nudo de su top. El corsé resbaló hacia delante desnudando su pecho blanco, pequeño, atrayente. En un pezón tenía un *piercing* en forma de herradura.

—Te deseo —le susurró—, desde que vine por primera vez al local. Me excita oírte cantar. Hace semanas que tengo fantasías sobre ti.

Poca poesía, pero mucha acción.

No podía pedir más.

Sexo a voluntad.

«Entonces, ¿por qué me siento un pedazo de mierda?

»¿Por qué tengo la impresión de que estoy participando en una mediocre representación?

»¿Por qué la miro y me digo, ok, eres guapa y ardiente y el *piercing* del pezón es excitante, y puede que, si bebo un poco más, se me ponga dura, pero sobrio no consigo que se mueva?

»Cuando estoy sobrio, solo pienso en ella, en sus besos, en su lengua, en sus piernas, en su espalda tatuada. Sobrio solo deseo a Francisca.»

—Oye...

La joven debió de notar que algo no iba bien y lo miró enfurruñada. El pintalabios se le había corrido formando una especie de charco de tinta roja.

—Tú no tienes la culpa, de verdad —prosiguió Byron—. Eres muy sexi, pero yo... creo que estoy jodidamente enamorado de otra.

«No sirvo para los polvos sin amor.

»Me dejan un regusto a veneno.

»Quizá nací en una época equivocada.»

—Disculpa —repitió.

—Ok —murmuró la joven después de mirarlo un buen rato, encogiéndose de hombros. Se levantó y se ató de nuevo el top. Agarró la botella de cerveza y la apuró. Antes de salir de la habitación, dijo en voz baja:

—Esa capulla tiene suerte. Estás como un tren.

Byron se quedó quieto unos segundos, sin poder dar crédito. Con los codos apoyados en las piernas y la cabeza entre las manos, escrutaba un punto indefinido en el suelo. Se sentía hueco, aturdido e irremediabilmente idiota.

«¿Qué me está sucediendo?»

—Estaba segura de que acabaría así. —La voz de Eve quebró su meditabundo silencio.

Byron alzó la cabeza de golpe y la miró. Eve tenía una expresión divertida.

—¿Cómo?

—Sabía que no harías nada.

—¿Eres vidente? Porque yo no tenía ni idea.

—En ese caso, te conozco mejor que tú.

—¿No me has dicho siempre que debía, bueno, divertirme un poco?

—Sí, claro, *divertirte*, pero mientras venías aquí con esa chica parecías estar yendo al patíbulo. Casi daba la impresión de que era un deber o una

prueba. ¿Por qué te torturas así, By? Si te has enamorado de esa chica, Francisca, ¿por qué no lo admites y basta? ¿Qué tiene de raro?

Byron sacudió la cabeza sujetándola aún con las manos.

—Porque no está bien. No es posible. Tampoco es justo.

—¿Qué es lo que no es justo?

Él la miró con aire extraviado. En el último año, había vivido hundido en el sentimiento de culpa. Había sido como tratar de caminar por arenas movedizas: cada vez que daba un paso, fuera cual fuera la dirección, se hundía. Lo peor era no poder hablar con nadie: un tormento enterrado se convierte en una semilla de la que puede brotar una planta carnívora. Desde que Francisca había aparecido y lo había deslumbrado de una forma poco menos que milagrosa, como si los uniera algo que ningún razonamiento humano podría explicar, el sentimiento de culpa se había agudizado y casi lo había sofocado. Y cuanto más intentaba alejarla sin conseguirlo, más le parecía ser un hombre sin honor.

Eve se sentó a su lado y le apoyó una mano en un brazo.

—Soy tu amiga, By, ya sabes que puedes fiarte de mí, siempre. ¿Qué te atormenta tanto que te impide vivir un sentimiento nuevo? No puede ser solo el hecho de que ella sea tu alumna, eso es una complicación, sí, pero no es un obstáculo insuperable. No eres un profesor de instituto enamorado de una quinceañera. ¿Por qué te parece mal lo que sientes?

—Está mal sentir por una desconocida, por una mujer de la que casi no sé nada, emociones más fuertes de las que nunca experimenté por Isobel. Siento que es una deslealtad hacia ella.

Eve estrechó su abrazo.

—Para ser un hombre que vive rodeado de poesía, canciones y música, eres todo un matemático. Creía que los versos que enseñas y las estrofas que cantas te habían ayudado a comprender que no puedes hacer cálculos con los sentimientos, que llegan sin pedirte permiso. Y tú quieres privarte de ellos, ¿por qué? ¿Por lealtad hacia Isobel? Si puedo ser franca, fuiste muy leal con ella.

—Tú no sabes que...

—Es verdad, no lo sé todo, pero sí lo suficiente. Sé que estaba enferma, que era poco menos que intratable, que habrías podido encerrarla en una institución o que, peor aún, habrías podido hacer como Edward Rochester en *Jane Eyre*. La mujer loca en el desván y el marido por ahí, acostándose con bailarinas francesas para olvidarlo todo. Pero tú no hiciste eso, tú estuviste a

su lado hasta el último día, la cuidaste, le diste de comer, la lavaste y vestiste como una madre, un padre y una enfermera a la vez. ¿Qué puedes reprocharte?

Byron se restregó la frente con los dedos de forma frenética.

—No lo entiendes, Eve.

—En ese caso, explícamelo, por favor.

Byron la miró fijamente. Sus ojos brillaban y revelaban un cansancio mortal, como si el tiempo estuviera viajando al pasado para devolverlo a esos días trágicos. La locura de aquella noche —el intento absurdo de remediar los tormentos del presente acostándose con una mujer desconocida— encendió en él la necesidad de purificarse confesando los tormentos del pasado.

—Ella murió por mi culpa —afirmó.

—¿La mataste tú?

Él sacudió la cabeza con determinación.

—¡No! O, al menos, no en sentido literal. Isobel padecía un trastorno paranoide. Cuando nos conocimos, no lo comprendí, no podía, solo era una joven emotiva, con un carácter voluble y una profunda inseguridad. ¿Cómo se distingue la hipersensibilidad de una auténtica patología mental? Era encantadora, hacía que me sintiera importante, demostraba que me quería por lo que era y no por mi apellido y eso era ya más de lo que nunca había tenido. Después se quedó embarazada y nos casamos. El embarazo fue determinante, pero aún lo fue más la oposición de mi abuela.

—¿Te casaste con Isobel para darle un disgusto?

—No exactamente. Esperaba un hijo y ya sabes que siempre he sido un caballero con la armadura resplandeciente, era incapaz de dejarla sola en un momento así. El aborto estaba excluido, cuando sin más pronuncié la palabra, como una simple posibilidad, se puso hecha una furia y me acusó de querer que muriera, de que me había puesto de acuerdo con su madre, que siempre había querido verla muerta, y de otras cosas por el estilo. Creí que hablaba así debido a lo difícil de la situación y me dije que, a fin de cuentas, yo era responsable y debía casarme con ella.

—Pero después perdió el niño.

—Sí, fue un aborto espontáneo. —La mirada de Byron se veló con nuevas sombras al recordar—. Mi abuela insistió entonces para que me divorciara de ella y, cuanto más insistía, más me obstinaba yo en hacer durar el matrimonio hasta las bodas de oro, a pesar de que no era feliz y de que Isobel cada vez estaba más rara, obsesionada, pero aún no lo había entendido:

en el fondo, era cierto que mi abuela le ponía la zancadilla como podía, así que sus afirmaciones sobre misteriosos enemigos que querían atacarla, hacerle daño, no carecían de fundamento. Cuando mi abuela me enseñó el informe que habían escrito sus investigadores privados, en el que se señalaban la enfermedad que padecía Isobel y los médicos que la habían diagnosticado cuando era niña, y comprendí que mi suegra me lo había ocultado, habría podido conseguir la nulidad del matrimonio sin grandes dificultades. En el fondo, me había casado con ella sin ser muy consciente de lo que me esperaba. Podía hacerlo e Isobel lo comprendió. Se volvió más vulnerable, desesperada, obsesiva, celosa.

—¿Dónde está la deslealtad? ¿No te quedaste con ella a pesar de todo?

—Sí, me quedé con ella. Me daba lástima. Entretanto, su madre había muerto de cáncer. ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Abandonarla? No tuve fuerzas. Mi padre lo habría hecho, yo no —lo afirmó con firmeza, como si la mera posibilidad de que lo compararan con sus maléficos parientes ofendiera todo aquello en que creía—. Mientras tanto, el tiempo pasaba, los días se convertían en semanas, las semanas en meses y los meses en años. No era feliz, no la quería, pero sentía cariño por ella y la cuidaba. Entonces trabajaba como profesor auxiliar en la Universidad de Georgetown. Cuando conseguí la cátedra en la de Massachusetts y nos instalamos en Amherst, sus obsesiones llegaron al máximo. Debes de saber que tenía una amiga en Washington, una única amiga de la infancia, puede que la única persona del mundo en la que confiaba. Isobel nunca admitió que estaba enferma, siempre se negó a ir a un psicólogo, pero la presencia de esa chica, Valery, la ayudaba. Temo que, después del traslado, el hecho de alejarse de su amiga contribuyó a que empeorase: no le gustaba la nueva casa, detestaba la ciudad, incluso me impedía escuchar mi música preferida. Sentía celos de todo. Después, una gota colmó el vaso.

—¿Qué ocurrió?

Byron apretó los labios y los puños y dijo de golpe:

—La engañé, de verdad. Me había acusado durante años sin motivo y, al final, lo hice.

Eve no pareció escandalizarse. Le sonrió con indulgencia.

—Bueno, me sorprende que no lo hicieras antes. ¿Cómo era la vida matrimonial?

—¿Quieres saber si hacíamos el amor? Durante algunos años sí, pero luego empezó a suceder de forma cada vez más discontinua. Piensa que

quería tener otro hijo y que se negaba a que usara el preservativo, era imposible razonar con ella, incluso un simple no se convertía en causa de peleas y de ataques de pánico, así que empecé a hacer algo horrible. No lo sabe nadie.

—Aunque me confieses que la envenenaste poco a poco, no saldrá una palabra de esta habitación.

Byron bajó un poco la voz, como si sus palabras lo atemorizasen.

—No llegué a tanto, pero... me comporté mal con ella. Ya te he dicho que nunca quiso aceptar que estaba enferma y que siempre se negó a tomar los medicamentos que requería su patología. No obstante, tomaba unos comprimidos de valeriana y melisa que le preparaba Valery, que era una fanática de la medicina alternativa. Cuando nos trasladamos aquí, empezó a enviárselos todos los meses e Isobel se los tomaba antes de dormir sin saltarse una noche. Pues bien, sustituí esos comprimidos por la píldora anticonceptiva durante varios años. Por aquel entonces, yo también había perdido el control. Estaba consumido hasta el alma. Era monstruoso.

—Monstruosamente humano, querrás decir.

—Eso me hizo sentir más culpable por ella. Me sentía culpable por todo. Porque no la quería, porque la soportaba, porque a veces llegaba a odiarla, porque comprendía que, en el fondo, no le faltaba razón cuando se sentía rodeada de enemigos. Más tarde, cuando viví esa historia con una alumna, mi sentimiento de culpa se hizo más concreto. No fue nada importante, una miserable historia de sexo en mi despacho de la universidad. Estaba exhausto, frustrado, cansado. No estaba enamorado de esa chica, no me importaba nada, ni siquiera recuerdo su cara. Solo quería sentir un poco de placer para olvidar que mi vida estaba destrozada. Creía que había conseguido mantenerlo oculto, pero fue como si Isobel hubiera entendido todo. Lo más raro es que dejó de atacarme, de pedirme explicaciones, de someterme al tercer grado: justo cuando habría podido acusarme de infidelidad, empezó a encerrarse en sí misma. Empezó a apagarse. La infelicidad pudo con la paranoia. Parecía un tigre enjaulado, macilento, cansado de vivir. Un día, el año pasado, salí a comprar, porque quería cocinarle algo para que me perdonara y, cuando volví, me la encontré ahorcada.

La mano de Eve se hundió en el brazo de Byron. Sus ojos azules brillaron, sinceramente horrorizados.

—¡Dios mío! ¡No lo sabía!

—Nadie lo sabe. Ella murió sola. Sola. Peor que un animal. Ni siquiera un perro debería morir sin una caricia. Debió de sentirse desesperada al comprender que la había engañado de verdad, en todos los sentidos, y yo no estaba. Yo la había abandonado mentalmente hacía mucho tiempo. Comprendí que el monstruoso ADN de mi familia me había fagocitado. Lo pude confirmar cuando acepté el consejo de mi abuela de que ocultara todo. Ser miembro de una familia influyente tiene unas ventajas aterradoras. La versión oficial fue que había fallecido de muerte natural, nadie preguntó nada, nadie hizo averiguaciones, todo concluyó con el más absoluto y gélido olvido, pero para mí se abrieron las puertas del infierno. Antes mi conciencia no era agua cristalina, pero desde hace un año me persigue Satanás en persona. Piensa que incluso me hice un tatuaje en recuerdo de ella, para acallar los remordimientos. —Calló, hundió la cara entre las manos y exhaló un suspiro que parecía la parte final de un grito—. Luego... luego apareció Francisca y, bueno, me dejó de piedra. Es guapísima, interesante, misteriosa, pero también vulnerable. Detrás de su aire agresivo es de cristal, estoy convencido. ¿Será que me atraen ese tipo de mujeres?

—Ningún ser humano es inmune a las debilidades, Byron, todos somos de cristal, cada uno a su manera. Todos tenemos recuerdos, secretos, pensamientos que nos asustan. Hasta Superman pierde sus poderes por culpa de la kryptonita, ¿no? No existe ningún ser inquebrantable, ni humano ni extraterrestre, pero ese no es el problema.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿cuál es?

—Ya te lo he preguntado en una ocasión: ¿hasta qué punto te gusta? ¿Qué sientes realmente por ella? La otra vez no me respondiste.

—Temo que tampoco lo haré ahora. Estoy muy confundido. Sufro por Isobel, por no haberla querido, por haberla abandonado, incluso por no haberla protegido de las garras de mi abuela. Cuando acepté que se ocultara todo, pensé que lo hacía por ella. Para que no se convirtiera en objeto de investigaciones, artículos periodísticos y maldades de todo tipo, incluso después de muerta, ella, que había vivido aterrorizada por enemigos imaginarios. No obstante, a veces me destrozaba la duda de haberlo hecho sobre todo por mí. Aún me pregunto si no me movieron razones tan egoístas como las de mi abuela, si lo único que quería era acallar el posible escándalo y cerrar la puerta a un largo episodio de vida que me había consumido. Justo por eso, por todo eso, si me enamorara de otra mujer, si la quisiera de verdad, tendría la impresión de estar apretando un segundo nudo corredizo alrededor

del cuello de Isobel, de manera que prefiero decirme que no es nada, que lo que siento por Francisca es pura atracción física, algo un poco menos miserable que lo que sentí por la alumna de la que no recuerdo ni la cara. O quizá solo sea una propensión patológica a las mujeres complicadas, afligidas por tristes secretos, a las que hay que proteger como hijas, más que como compañeras, pero no es amor, no puede ser amor.

—Eso solo puedes saberlo tú.

—Por desgracia.

—¿Por eso esta noche viniste con esa tipa aquí? ¿Para ponerte a prueba?

—Algo así. Qué idea más brillante. Cuando no se piensa con lucidez, se hacen unas tonterías enormes.

—¿Has entendido algo? ¿El experimento estúpido ha servido, al menos, para algo?

Por enésima vez, Byron la miró turbado.

—Ha servido para que comprenda de una vez por todas que debo combatir mis sentimientos. Será suficiente estar alejado de ella y...

Eve tenía los ojos brillantes: mientras escuchaba la triste historia, no había podido impedir que las lágrimas le corrieran el rímel y le borrarán la alegría, pero le sonrió y le dijo una frase afectuosa antes de volver al trabajo.

—En cualquier caso, después te desplomarás como un soldado víctima, no de un golpe de lanza, de espada o de lanzacohetes, sino de una caricia angelical y de un maldito beso.

Acto seguido, lo dejó solo en la habitación.

Lo dejó con una lista de frases drásticas en la cabeza.

«Hice una promesa a Isobel mientras la enterraba.

»Que nunca me volvería a casar.

»Que nunca volvería a querer a otra mujer.

»Que pagaría por no haberla salvado.

»Mantendré mi palabra, aunque me cueste la vida.»

Volvió a casa cuando estaba a punto de amanecer. Olía a hierba y a alcohol como si hubiera fumado y bebido, a pesar de que había pasado casi todo el tiempo en su despacho, rumiando sus pensamientos, sin dar una sola calada y haber dado apenas un par de sorbos a una cerveza antes de dar el gatillazo con la pelirroja.

Aparcó la moto en el garaje y subió la escalera. Quería acostarse y dormir.

Pero, nada más llegar a la puerta, temió estar ya dormido y haber empezado a soñar.

Al lado de una mochila y de una pequeña planta crasa, vio a Francisca sentada en el suelo con las piernas dobladas, la cabeza apoyada en la pared y los ojos cerrados.

CAPÍTULO 15

FRANCISCA

El diablo me observa al otro lado de la puerta.

Me da igual que sea más bajo que yo, que haya adelgazado, que esté tan arrugado y tan débil como un árbol quemado.

Por un instante vuelvo a verlo como en aquella época, la época del infierno, del dolor, de las noches pasadas implorando a Dios que apareciera, pero Dios nunca apareció. Lo veo de nuevo, alto, fuerte, diabólico, dotado de garras.

Se queda en el umbral, vestido con un traje miserablemente desgastado, cuatro pelos en la cabeza y los ojos azules, casi transparentes, en contraste con el blanco, que se ha vuelto casi ambarino. Su cara es un cementerio de arrugas, sus manos tiemblan mientras un cigarrillo se consume entre sus dedos esqueléticos, también amarillentos.

—¿Francisca? —pregunta—. ¿Eres tú?

Debería tirarlo de una patada.

Podría tirarlo de una patada.

Soy fuerte, he doblegado y herido a hombres más jóvenes y robustos.

Pero no consigo moverme, estoy paralizada. Tengo la impresión de sentir alrededor el viejo calor de las llamas, el olor a ceniza y a sangre y el peso de sus manos en mi boca. Tengo que rehacerme, que reaccionar, que impedir que el miedo me bloquee.

Con un esfuerzo casi titánico, como si estuviera sacando un brazo del cemento sólido, extraigo el cuchillo del bolsillo.

Empuño mi catana sedienta de muerte.

La apunto contra él y veo que palidece aún más delante de la puerta

abierta.

—No quiero hacerte daño —murmura alargando las manos, como si quisiera detener un obstáculo.

—*No puedes* hacerme daño —asevero.

Guiña los ojos. Como si debiera borrar de su mente la voz sutil de una niña desesperada llorando en la oscuridad para sustituirla por este tono adulto, firme y amenazador.

—No quiero hacerte daño —repite—. Al contrario, he venido para disculparme por todo.

«¿Disculparme por todo?»

¿Qué cree, que es suficiente disculparse para borrar todo lo que hizo?

¿En qué mundo vive? ¿En un universo paralelo, donde basta apoyar una rodilla en el suelo para obtener perdón? Los dolores que no se pueden olvidar tampoco se pueden perdonar.

Se puede perdonar una broma, un agravio pueril, un juego que ha acabado mal. Que te hurten la mermelada, te corten el pelo mientras duermes, te roben juguetes, un empujón que te araña un codo o incluso te parte un diente, pero *eso* no.

Si se pudiera viajar en el tiempo y él corriera hacia detrás y aterrizase en una noche de marzo para impedir que su otro yo masacrara a los ángeles, quizá podría dejar de sentir la repugnancia que siento.

Pero el pasado es un diamante.

Lo que fue es lo que siempre tendremos.

Y yo nunca lo perdonaré. Es más, pienso matarlo. Voy a matarlo. Ahora, en este rellano, en esta casa vacía.

—¿Has venido para morir? —le pregunto.

Su respuesta me estremece.

—Sí —afirma, sin que parezca una provocación ni una burla—. Me estoy muriendo —prosigue—. Tengo cáncer y estoy en la fase terminal. Como mucho me quedan tres meses de vida.

Lo miro y comprendo que está diciendo la verdad. Parece un hombre que pasea con la negra señora, eso sin tenerme en cuenta a mí ni las intenciones de mi navaja.

—Los médicos dicen que es por los cigarrillos —añade—. Siempre he fumado mucho. No tengo un solo órgano que no sea ya una madriguera de gusanos.

—¿Qué quieres?

—Pedirte disculpas antes de que me entierren. No digo que así moriré en paz, pero, al menos, lo haré sin combatir demasiado. Llevo mucho tiempo buscándote, quería concluir el viaje de manera decente.

Es el monstruo de siempre. ¿Ha venido para pedirme perdón? ¿Para serenar su alma? ¿Acaso espera que un querubín benévolo crea en su arrepentimiento y hable bien de él a Belcebú?

Le importa un carajo cómo estoy, en qué me he convertido, si un día seré un ser sin pesadillas, si podré llevar una vida normal. Lo que cuenta es conseguir un poco de indulgencia antes de que los enterradores cierren su ataúd.

—No pretendo que me perdones, Francisca —continúa entre dos catarrosos golpes de tos.

—No te perdonaría, aunque hubieras entrado llorando y arrastrándote —digo y mi voz es una hoja más afilada que la de la navaja que sigo blandiendo.

—Te he evitado todos estos años con la esperanza de que pudieras olvidarlo.

—Me has evitado porque tenías miedo de acabar en la cárcel o en el depósito de cadáveres. Y ahora que estás enfermo has venido para ver si te mato.

—Si lo hicieras, lo comprendería.

En un instante, como, supongo, sucede en los momentos previos a la muerte, la película en blanco y negro y púrpura de mi infancia pasa por mi mente. Una ráfaga de imágenes terribles que me producen arcadas. Y ganas de matarlo, como Marcus y yo pensábamos hacer.

No obstante, ahora comprendo que esa no es la solución adecuada. Y no porque me dé pena ni porque perdone al monstruo que fue. Tampoco porque la adulta que veo en el espejo haya olvidado las lágrimas de la niña que nunca se miraba. Yo estaba allí con ella, ¿cómo puedo olvidar su miedo, su cabeza guarecida bajo la almohada, su pequeño corazón aprisionado en la garganta, sus ruegos a un Dios que jamás apareció? No, matarlo sería demasiado fácil.

Así que lo miro y, mientras lo hago, siento que una sonrisa mordaz transforma mis labios.

—¿Sabes qué? —digo—. No te mataré. Quiero que sufras mucho, que el cáncer te devore y que el sentimiento de culpa, en caso de que sepas lo que es, consuma la pizca de alma que te quede. No quiero salvarte matándote, quiero que sigas vivo hasta que exhales el último suspiro, imaginando al

demonio esperándote con los brazos abiertos. Espero que tus huesos sirvan de alimento a los demás condenados. Y ahora esfúmate, ya te he concedido demasiado tiempo.

Dicho esto, doy un portazo.

La puerta se cierra en su cara, retumbando como una explosión, y lo deja fuera, fuera de mi casa y de mi vida para siempre.

Qué noche tan extraña y patética.

Qué noche tan espantosa y patética.

No pego ojo, mi corazón late acelerado y me tiemblan las manos.

Estoy tan cansada que debería meterme en la cama y dormir, dormir, dormir, y no pensar en nada que no sea un sueño oscuro sin sueños, pero, en lugar de eso, cometo una auténtica locura. No puedo seguir en casa, tengo la impresión de que su respiración venenosa la ha contaminado. A pesar de que no pasó del umbral, siento que ha emponzoñado mi espacio vital.

De manera que me pongo una cazadora y me aílo en la terraza, al lado de Escila, la única planta que poseo, la primera que me gustaría tener de la jungla amazónica. Un muro alto, gris, hace las veces de parapeto, apoyo la espalda en él, me curvo como una hoja seca. Hoy no ha hecho frío, pero la noche siempre es la noche y noviembre no es junio. En cualquier caso, no me importa, prefiero congelarme a volver a entrar. Es como si el frío me purificara. Todo está hibernando, envuelto en una pátina blanca, no veo nada, no recuerdo nada de lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas: mi padrastro y sus palabras hipócritas y su falso arrepentimiento de moribundo; Byron, que me mira como si fuera de oro y me usa como si fuera de plástico; Francisca, una cabrona, una traidora que no ha conseguido follar, que no ha podido, a pesar de que se ha engañado, se ha forzado, se ha obligado y se ha maldecido, no ha podido. Entre sus brazos solo ha logrado hacer el amor.

Me abrazo y me quedo en esta terraza de juguete, con mi pequeña Escila, de color verde pálido y jaspeado, a mi lado, aguardando una floración que, tal vez, nunca llegará a producirse. No sé si me adormezco o si me quedo de verdad congelada, lo único que sé es que cuando amanece estoy titiritando. Cuando el sol aclara el aire, entro de nuevo en casa y sigo haciendo locuras.

«¿Creías que volver a ver al monstruo te dejaría indemne?

»¿Esperabas que fuera posible seguir viviendo con normalidad?

»¿Confiabas en poder seguir yendo a la universidad, comer, beber y

respirar como siempre?»

Metó mis escasas pertenencias en una mochila, cojo a la pequeña y desorientada Escila, que no entiende lo que sucede, y salimos.

Ni siquiera yo sé adónde vamos. No tengo a nadie que pueda acoger a esta viandante. Marcus y Penny no me querrán. No sé por qué pienso en Penny: de repente, al imaginar un lugar en que encontrar reposo y calor, no se me ha ocurrido solo él, sino los dos. Puede que incluso más ella que él.

¿Por qué?

Jamás la he considerado mi amiga.

Es una ladrona de hombres, una asesina de historias. Apareció en mi vida y se lo llevó. Debería odiarla a muerte. Sin embargo, en este momento, mientras vago por las calles de Amherst como si estuviera borracha, no siento odio ni rencor, tampoco la esperanza de toparme con ella un día y poder partir su cara de jodido angelito. Solo siento melancolía.

Pero, entretanto, ¿adónde puedo ir?

Creo que dejaré el curso de Poesía contemporánea, no tengo ganas de volver a ver al profesor y fingir que no deseo que sus brazos ciñan mi cuerpo y que su cuerpo entre en el mío un millón de veces cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo.

No pienso volver a Connecticut, a casa de los Malkovich. Preguntarían por Marcus, por mi padrastro, preguntarían por mí y no podría soportarlo.

Me acuerdo de Sophia y la llamo.

A la primera llamada recuerdo, sin embargo, que durante el día asiste a un curso fuera de la universidad, en alguna parte, pero no sé sobre qué materia.

Vaya amiga estoy hecha: ni siquiera sé qué estudia.

Bueno, a decir verdad, no soy su amiga, nunca lo he sido siquiera de mí misma, no digamos de los demás. No tengo la presunción de mostrarme mejor de lo que soy en la intimidad.

De manera que sigo deambulando por la ciudad. Después de haber pasado la noche en la terraza, tengo los huesos entumecidos y busco cualquier posible rayo de sol. Escila pesa un poco, su cabeza verde se balancea, a veces tengo la aberrante impresión de que mira alrededor para comprender dónde estamos.

Cuando, caminando sin rumbo fijo, llego a Pleasant Street, a la puerta entornada del West Cemetery, no resisto la tentación. No es un sitio lúgubre ni un camposanto monumental que inspire temor. Es un parque verdísimo

donde reposan las almas: las pequeñas lápidas encajadas en la tierra, blancas y grises, parecen las chimeneas de unas casitas enterradas.

Me acerco a la tumba de Emily Dickinson. La gente deja siempre pequeños objetos en la estela, recuerdos de su paso por ella: bolígrafos, lápices, folios enrollados, flores de seda, un peine de niña, velas, piedrecitas, un caracol minúsculo de plata, hasta un mechón de pelo. Yo nunca he dejado nada, solo me he llevado de allí energía, valor y esperanza.

Si tú exististe, el mundo no puede ser un lugar tan terrible.

El profesor también lo dijo: si la vida fuera repugnante, no existiría la poesía.

Hoy, con el sol en la espalda, la hierba cortada brillando alrededor, salpicada aquí y allí de manojos de espigas espinosas, una iglesia al fondo y el tañido apacible de una campana, decido dejar algo por primera vez. Dos prendas opuestas, dos sentimientos antitéticos, de los que debo separarme para vivir.

El rencor que siento por mi padrastro.

La necesidad de Marcus.

Agarro el fardo, más o menos pesado, y lo apoyo de forma simbólica en la lápida.

Escila se estremece con un soplo de viento.

«No temas, no te dejaré, niña mía, tú te quedarás conmigo. Solo estoy abandonando las cosas superfluas.»

A un lado del amplio espacio, junto al muro de recinto, está el mural que he visto un sinnúmero de veces y que no me canso de mirar. *Los fantasmas de Amherst*. No son unos fantasmas inquietantes, solo son los retratos naifs de varios personajes célebres de la ciudad, muertos e inmortalizados aquí. Como no podía ser menos, en el centro, se encuentra el de Emily.

Me encamino hacia ese punto del muro con la mochila y la planta. El calor es muy agradable, me hace sentir viva, limpia, hormigueante, como si estuviera hecha de arena de mar y de infancia no robada.

No sé cuándo me vence el cansancio. Lo único que sé es que, de repente, con la mochila a modo de almohada y abrazada a Escila, me duermo bajo el retrato de Emily, que aparece encerrada en una gigantesca margarita amarilla. Mi último pensamiento es un nombre susurrado: «Byron».

Me despierto sintiendo que alguien me está tocando un brazo. Agarro una muñeca huesuda y la aprieto. Veo un hombre de mediana edad que,

inclinado hacia mí, me sacude. Debe de haberme zarandeado un poco antes de que me despertara.

—Oye, chica, aquí no se puede dormir. Además, el cementerio está a punto de cerrar —me comunica.

Me incorporo tan aturdida como un viejo oso hormiguero y miro alrededor. La tarde debe de estar muy avanzada. ¿He dormido ocho horas tumbada en la hierba de un camposanto? ¿Tan cansada, tan destrozada estaba? ¿Tanto necesitaba aniquilarme?

Al levantarme, siento uno de los efectos colaterales de dormir al raso un día de noviembre. El sol que me calentó un poco ha desaparecido, me he quedado a solas con los fantasmas de Amherst y los huesos doloridos.

Me temo que tengo fiebre.

Me estoy convirtiendo en una estatuilla de agua helada que se disuelve con nada. Antes no era tan débil de constitución, resistía a cualquier temperatura, a cualquier golpe: he dormido en todas partes, he sufrido la lluvia y la nieve, me he deslizado descalza por el hielo, pero ahora me basta con dar una cabezada al lado de un muro húmedo, después del anochecer, para sentirme como si estuviera hecha de bastoncitos Shanghai tirados a la buena de Dios en un grácil montón.

El teléfono suena mientras trato de ordenar mis ideas: Sophia. Le preguntaré si puedo dormir en su casa. No quiero volver a mi apartamento, buscaré otro, un cambio es un cambio. Quiero encontrar un lugar donde mi nueva yo pueda volver a empezar desde cero.

—¡Francisca! —exclama con una vocecita alegre, que me anima enseguida—. Perdona que no te haya llamado antes, pero esta mañana, en el curso de cocina, estábamos preparando un suflé de chocolate y no quería que el mío se deshinchase. Mi vecina de pupitre es una antipática, a veces creo que estropea a propósito lo que yo preparo, debo vigilarla. Habría podido llamarte después, pero ¡he salido a comer con Willy! ¿A que es increíble? Y creo que..., ¡creo que esta noche quizá suceda algo! Le gustó mi nuevo *estilo*, ¿sabes? Los tacones no se me dan muy bien, pero él me sostiene cuando me tambaleo. ¿No es maravilloso?

—Es fantástico, Sophia, en serio. Estoy segura de que cuando te conozca mejor, le gustarás también sin tacones.

Al otro lado de la línea se produce un instante de silencio.

—Francisca... ¿estás bien?

—Sí —miento.

—No sé, pareces distinta. No has dicho: «Si no le gustas, dale unas cuantas patadas. Búscate otro que esté más bueno. Pásale el suflé por la cara a esa cabrona antipática y métele la manga pastelera por el culo». ¿Cómo fue la fiesta del sábado? Byron estaba preocupado por ti, cuando le dije que estabas rara, no paró hasta que no fue a recogerte. ¿Te encontró?

—Me encontró.

—Creo que le gustas mucho y pienso... que podrían contratarte en su local. A la Reina de Corazones no le ha gustado que hoy no hayas venido. No sabía qué hacer, le dije que tenías mucha fiebre, pero me contestó refunfuñando que ya había hecho una buena acción contratándote y, bueno, quiere despedirte. Siento darte esta noticia.

—Da igual.

—¿Te da igual?

—Siempre he odiado ese trabajo, el té, los vestidos de imbécil, las diademas y todo el resto, ya lo sabes. Debía suceder tarde o temprano. Mejor que te despidan por ese motivo que por haberla obligado a tragarse sus queridas galletas de pasa de uva.

—Sí, pero... no estás bien, ¿verdad?

—Creo que tengo mucha fiebre.

—Oh, bueno, ¡en ese caso dejo a Willy y voy enseguida a tu casa!

—No es necesario. Yo... ya tengo quien se ocupe de mí.

—¿De verdad? ¿Quién? ¿Byron?

—Esto... Sí, él. —Enrojezco, aunque puede que sea la fiebre.

—Eso es fantástico. ¿Sabes qué, Francisca? Creo que está enamorado de ti.

—No te pases.

—Si no está ya enamorado, no tardará en estarlo. A veces el amor es como..., como una bolita de masa para *pizza* que debe fermentar. Dentro están todos los ingredientes, pero por el momento es como un ladrillo minúsculo, aún no es lo que será, solo lo que puede llegar a ser. Debes guardarlo en un lugar caliente, ni mucho ni poco calor, sin mirarlo demasiado para que no se estrese, porque ya se sabe que la cocina requiere paciencia, y si dejas que la sabiduría del cocinero y el tiempo hagan su labor, no tardarás en verlo convertido en una suave nube de masa blanca con un sabor succulento. En fin, que creo que vosotros dos sois... dos ingredientes que combinan a la perfección.

—Creo que nunca te convertirás en una putita capulla, Sophia.

—Digamos que me conformaré con ser un término medio. Zapatos de tacón, cazadoras de piel y debajo una camiseta roja con un lazo. Y tú, bueno, apuesto a que tú también tienes un lazo escondido en alguna parte. ¿Seguro que no me necesitas? Puedo ir a verte.

—Tranquila, estoy bien y, en todo caso...

—Byron te cuidará. Es un auténtico príncipe, ¿no te parece?

—Me voy. —Prefiero interrumpirla. Prefiero dejarla con su felicidad, con sus suflés, con su certeza de que el amor solo necesita levadura tibia para crecer.

Esta noche puedo quedarme en un hotel y mañana, cuando me encuentre mejor, pensaré qué hacer. Pensaré en la universidad, en el trabajo, en la manera de organizar de nuevo las cosas para que no implosionen como rascacielos rodeados de dinamita. Entretanto, necesito una bañera y una cama calientes y dormir como Dios manda. Nada de terrazas ventosas, nada de jergones improvisados entre fantasmas, con la mochila a modo de almohada y una tímida planta haciendo la guardia.

Camino y, mientras camino, me doy cuenta de que mis condenados pies tienen una meta. Van donde quieren ellos y puede que no me sienta lo suficientemente bien como para oponerles mi voluntad y la dirección que quiero seguir. Los sigo.

Cuando llegamos delante de la casa de Byron, el edificio de color galleta, que parece copiado de una película neoyorquina con música de *jazz* en la banda sonora, me pregunto qué sentido tiene haber vuelto al lugar de donde me marché hace dos días con la intención de no volver. ¿Por qué estoy aquí?

Pero no me da tiempo a reflexionar, ya que veo que alguien sale por la puerta y me apresuro a aprovechar la ocasión para entrar. Escila y yo somos muy extrañas, subimos la escalera poco a poco con la esperanza de no llamar la atención, a pesar de saber ambas que eso es imposible. Estoy segura de que tengo la cara descompuesta, los vaqueros manchados de musgo, los ojos febriles, una mochila que pesa un quintal después de haber dado un millón de pasos y a Escila, balanceándose en su maceta de plástico.

Estoy segura de que Byron no está en casa y no me equivoco.

Por suerte.

Bajamos de nuevo la escalera y buscamos un hotel. Nadie sabrá nunca que hemos estado aquí.

Un instante, un solo instante y nos marchamos de aquí.

Me siento un momento en el último peldaño para recuperar el aliento.

Me arde la frente, dormir al aire libre no fue una buena idea.

Creo que estoy envejeciendo. Creo que necesito que alguien me advierta alguna vez de que estoy haciendo una tontería. Alguien que me zarandee, que me dé una patada, que me insulte, que me diga: «Oye, guapa, así te vas a meter en un buen lío». Una parte de mí lo sabe ya, sabe que el hecho de haber llegado hasta aquí es una trampa inmensa que puede causarnos heridas incurables, pero no puedo ir a otro sitio. Y no solo porque me siento débil y cansada, además temo estar justo donde quiero estar.

En el cementerio de Amherst he dejado muchas cosas, remanentes y residuos de mí misma, pero no he logrado liberarme de una cosa: la increíble y espantosa sensación de haberme enamorado de Byron.

—¿Francisca?

Su voz me despierta. En un primer momento, me cuesta encuadrarlo en la penumbra del rellano, mis ojos arden de fiebre y mi cuerpo implora alivio después de la serie de posiciones incómodas a las que lo he forzado estas horas.

Mirándolo bien, su expresión no es más relajada que la mía. Sus ojos también revelan un cansancio milenario. Lleva el pelo recogido, pero desgreñado, tiene ojeras y... manchas de pintalabios alrededor de la boca, entre la barba y la piel. Sin saber por qué, me siento como un vampiro que husmea olores enterrados, como un perro que persigue estelas de fragancias invisibles: noto el aroma de un perfume femenino intenso.

Ha estado con una mujer.

La ha besado.

Se ha acostado con ella, seguro.

Me siento tan estúpida que me gustaría darme unas cuantas patadas, pero me fallan las fuerzas. Me tambaleo cuando trato de ponerme en pie. Él me sujeta.

Como dijo Sophia, qué bonito es que la persona que te quiere te aferre cuando vas a caerte, pero no quiero que lo haga después de haber tocado a esa otra, sea quien sea. No, no siente nada por mí. Puede que le dé pena, sí, soy una golfa patética, una que se hiere, que pierde el equilibrio, que se emborracha, que vomita, que vuelve a vomitar, que abre las piernas, escapa y, con toda probabilidad, vuelve para abrirlas otra vez.

«No me toques, no me toques, no me toques.»

Lo pienso, pero no lo digo, a estas alturas es inútil, le daría a entender que estoy mal, que imaginármelo con otra no solo me hiere: me roba la tierra que hay bajo mis zapatos, hace temblar el suelo, convoca demonios y lágrimas. No quiero que lo entienda, que sepa que me gustaría entregarle el corazón.

«Toma, agárralo, destróvalo, cómetelo y escúpelo, haz lo que quieras con él.»

No debe saber, ni ahora ni nunca, lo que siento de verdad.

—No sé por qué he venido aquí, he bebido y no sabía adónde iba —le digo. Mejor que piense que estoy borracha, colocada, loca, que crea que soy una fulana, lo que sea salvo que estoy enamorada.

—Ya que estás aquí, entra un momento. Pareces descompuesta.

—No, me marchó. Salí con unos tipos y no sé por qué les dije que me dejaran aquí.

Me agarra un brazo mientras abre la puerta. Frunce el ceño. Parecería casi enfurecido si no fuera por el pintalabios, por el perfume, que huele a polvo rápido con una tipa cualquiera contra la pared de una habitación cualquiera.

—¿Tipos? ¿Qué tipos?

—Y yo qué sé. Los conocí en un local, nos divertimos un poco, no recuerdo nada más.

—¿Por qué llevas la mochila y esa planta?

—Ya te he dicho que no lo sé. ¿Tú te acuerdas de todo cuando bebes?

—No bebo tanto.

«Ya, la polla la usas cuando estás sobrio.»

—Bueno, me marchó.

—No estás en condiciones de ir a ninguna parte. ¿Qué has hecho? Entra. —Se acerca a mí, me roza una sien con los labios. Los labios que han besado a una desconocida que, además, llevaba un pintalabios horrendo. Reculo de golpe. Odio el perfume que emana de él. Floral, ordinario, repugnante—. Tienes fiebre. ¿Dónde has estado? ¡Ni siquiera has ido a la universidad! —Su tono es duro, grave, su voz ronca, como cuando canta.

«A saber cómo se llamaba, a saber si le gustó hacerlo con ella. A saber si volverá a verla. Se habrán conocido en el local, seguro.»

—La juerga empezó muy pronto, me olvidé de la clase —contesto encogiéndome de hombros con expresión desafiante.

Se vuelve. Me observa guiñando los ojos, con las aletas de su maldita

nariz perfecta un poco dilatadas. Respira de forma extraña, como alguien que ha retenido el aire y luego lo suelta de golpe. Me aferra una muñeca, me obliga a entrar y cierra la puerta.

—Aún vas vestida como el otro día. ¿Puedes decirme qué ha pasado? —
Agarra a Escila y la deja en el suelo, después me lleva al sofá. Lo sigo como un cachorro anhelante de caricias.

«Te odio por hacer que me sienta así.»

—¿Puedes contármelo todo, por favor?

—No hay nada que contar, no recuerdo casi nada. ¿Tienes una aspirina?
O un poco de hierba, mejor aún.

—Debes darte un baño caliente, comer algo y dormir.

—El falso papá que llevas dentro vuelve al ataque, pero creo que en el frente *desnúdate y cocino para ti* ya hemos hecho nuestros pinitos.

—¿Llevas algo para cambiarte en la mochila? Pondré el biombo delante de la bañera, así podrás lavarte.

—Todo ese pudor está fuera de lugar. No necesito el biombo.

Me observa mientras me pongo de pie y me quito la cazadora. Hace una mueca que no logro descifrar.

—Yo sí que lo necesito —murmura.

—¿Porque podrías abalanzarte sobre mí? No, seguro que esta noche ya has hecho bastante por mí.

Arquea una ceja, entreabre los labios como si quisiera hacerme una pregunta, que, sin embargo, muere en su boca.

—Te espero en la cocina. Entretanto, te prepararé una sopa caliente.

—¿Así que nada de hierba?

—Como mucho, albahaca.

—¿Y de beber?

—Si te apetece, tengo leche con cacao.

—Sopa y leche, menuda juerga.

—Ya te has divertido bastante.

—Nunca es suficiente.

Me desnudo delante de él, como si no sintiera nada al hacerlo. Mi pobre corazón es un pájaro torturado. Byron vuelve a respirar hondo, casi con ferocidad. Luego, mientras me desprendo de la camiseta, se levanta, pone le biombo delante de la bañera y se refugia en la cocina como si estuviera huyendo de un peligro casi mortal.

Me lavo con el agua más caliente del mundo, me cambio y me pongo unos vaqueros y una camiseta limpia. Byron no sale de la cocina, como si se hubiera relegado allí dentro castigado. Cuando me reúno con él, está de pie, con la espalda apoyada en la pila, bebiendo una taza enorme de café. Ha puesto la mesa para mí, solo para mí. Un cuenco de cerámica blanco y una cuchara. Sopa caliente. Un vaso de leche con cacao.

—Me daré una ducha mientras comes —dice.

«Así me gusta, lávate ese pintalabios asqueroso.»

Sale de la cocina y se dirige hacia el altillo. Trajina con algo, ropa limpia, luego vuelve. Me concentro en la sopa, como un poco, está buena, es cremosa, y, a medida que voy comiendo, me parece que el calor vital va invadiendo una a una mis moléculas cansadas. Cuando oigo correr el agua, me trago un bocado invisible: no es sopa, tampoco leche, solo la necesidad de hacer algo que no debería hacer.

Espiarlo.

Lentamente, me asomo a la puerta de la cocina. Un poco, para que no me vea, solo un ojo, un temerario y famélico ojo. Estoy segura de que él no lo hizo antes, él es un señor, un duque y un caballero y, además, habrá tenido suficiente con la puta del pintalabios.

El biombo sigue allí, pero se entrevé algo.

«Dios mío, cuánto te deseo.»

Me basta con mirarlo, ver un pedazo de su cuerpo entre la pared y la cortina, una sombra de piel, el agua resbalando por su melena y su espalda, la columna vertebral, los muslos, para sentirme líquida y empezar a jadear. Exhalo un suspiro de frustración, de angustia. Jamás me he sentido así, jamás, en mi inútil vida. Lo deseo más de lo que nunca he deseado a nadie, a nada —el cielo, las estrellas, el aire, la libertad y la venganza— en veinticinco años de vacío. Lo deseo ahora y lo desearé mañana y pasado mañana y un día futuro, un día no programado. Deseo ese cuerpo que escruto con nostalgia, deseo su voz, su risa, su respiración, sus manos, que me tocan y que cocinan para mí, sus ojos verdes como el mar cuando está verde, su lengua, que sabe a poesía.

Yo
te
quiero.

Retrocedo justo a tiempo. Byron cierra el grifo y agarra la toalla. Vuelvo a mi cubil, apuro la leche. Tiemblo como una ladrona a la que han pillado in fragranti.

Entra en la cocina al rato. Viste unos pantalones de chándal azul oscuro y una camiseta blanca. Va descalzo y está acalorado, mojado.

—¿Te lo has comido todo? —me pregunta.

—Mmm —respondo de manera confusa.

—Necesito descansar un poco antes de ir a la facultad. Si quieres reposar tú también, me tumbaré en el sofá. Tú puedes hacerlo en la cama.

—No, esta es tu casa. La invitada soy yo. Estaré bien en el sofá.

Hace amago de protestar, pero después asiente.

—Ok, te daré una manta.

Cuesta creer que hace solo veinticuatro horas fue mío. Y yo suya. Es evidente que ha interpretado mis palabras al pie de la letra, que ha comprendido hasta qué punto eran sensatas, a pesar del sarcasmo; es evidente que, una vez superado el aturdimiento del deseo, ha entendido lo absurdas que eran sus palabras, su temeraria dulzura, sus falsos celos. Ha visto lo único que es posible ver: una joven atractiva que no vale un pensamiento más profundo ni el riesgo de acabar en la picota por la relación profesor-alumna, pero, por encima de todo, que jamás resistirá la comparación con Isobel-blanca-como-el-mármol.

Saca una manta de cuadros de un cajón. Me ofrece una de sus almohadas. Me pregunta si necesito algo. Respondo que no, pero, mientras sube la escalera que lleva al altillo, no puedo contenerme y le digo de forma impulsiva:

—Eres un buen maestro, profesor Lord. Echaré de menos tus clases.

Se detiene, se vuelve y me mira alarmado.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Eres un profesor extraordinario. A pesar de que no he ido a muchas, tus clases eran...

Me interrumpe con brusquedad:

—¿No piensas ir más?

—No.

—¿Por qué? Si lo haces por lo que ha sucedido, te aseguro que no sucederá más. Será como al principio. No puedes abandonar por tan poca cosa.

«Lo que es poco para ti, para mí es todo.

»En la lápida del cementerio renuncié también a mi orgullo.

»No me gusta lo que soy ahora, pero supongo que no puedo hacer nada para remediarlo.

»Un cambio es un cambio, aunque le deje a uno desprotegido.»

—No soy tan idiota —replico, odiándolo porque lo amo—. La beca solo incluye las tasas universitarias, de la comida y la casa me ocupo yo. He perdido el trabajo y el apartamento, así que no...

—¿Qué ha pasado? —me interrumpe otra vez mientras se acerca de nuevo a mí—. ¿En qué lío te has metido hoy?

—Eso no te concierne. Solo quería decirte que eres un buen profesor, punto final. El resto es asunto mío. Descansaré una hora y luego me marcharé.

—¿Adónde? ¿Adónde narices vas a ir? —Su voz es ahora alta y áspera, como si hubiera perdido el aplomo en la escalera.

—¿Qué más te da?

—¿Cómo has podido perder la casa y el trabajo en veinticuatro horas?

—Soy capaz de hacer muchas cosas en poco tiempo. En todo caso, te repito que es asunto mío. Es más, dado que hoy estás *muy simpático*, me voy enseguida. No quiero molestarle más, excelencia. —Meto a toda prisa en la mochila mis pocas y miserables pertenencias y me inclino para coger a Escila.

«Volvemos a salir de viaje, pequeña.»

Me dirijo hacia la puerta y casi me doy contra la pared: Byron me sujeta, me obliga a apoyar la espalda en ella; la mochila en un brazo y la planta en el otro nos separan como una muralla de espinas.

—Escucha... —susurra abriendo los brazos y dando un paso hacia atrás, como si estuviera haciendo un esfuerzo para no tocarme, como si tocarme le disgustara—. No seas idiota, Francisca. No sé qué ha pasado, pero deja de pensar en marcharte, olvídalo. Dices que soy un buen profesor. Ok, gracias. Pero tú también eres buena. Tu poesía... es una de las cosas más bonitas que he leído en mi vida. Y tú... tienes algo, una sensibilidad, un talento, una inteligencia que no puedes echar a perder. Tú te quedas, no se hable más. Lo que ocurrió entre nosotros es agua pasada, está archivado. Viniste a Amherst para estudiar y estudiarás. Puedes quedarte aquí hasta que encuentres otro apartamento y un nuevo trabajo. No te tocará ni mi sombra. Seremos unos coinquilinos que se ignoran. Pero no debes marcharte, si lo haces te arrepentirás amargamente. —Mientras me habla me mira con tanta

intensidad que sus ojos parecen penetrarme.

Lo mejor sería escapar, no dejar solo sus clases, sino la universidad.

Podría volver a Connecticut, vivir con Monty y con Annie y asistir a algún curso allí. Con su ayuda será más fácil encontrar trabajo.

Así no te veré más, profe, y dejaré de sentirme como me siento ahora. Como si tuviera una pierna menos, un brazo roto y una insulsa colada de miel entre las costillas.

Aunque también podría optar por una vía intermedia: quedarme en casa de Sophia una temporada, estoy segura de que me recibiría encantada.

Pero eso no es lo que quiero.

«Te quiero a ti, no consigo estar lejos de ti, me conformo con poder espiarte desde detrás de un biombo.»

De manera que digo con un hilo de voz:

—De acuerdo, pero solo por unos días.

—Solo por unos días.

—Entretanto, yo dormiré en el sofá.

—Y estableceremos turnos para el cuarto de baño.

—Y no quiero que cocines para mí —declaro en tono categórico.

—No lo haré.

—Ok.

—Bien, ahora deja esa planta y descansa un poco.

—Se llama Escila.

—Dile a Escila que eche una cabezadita y túmbate en el sofá. Sea lo que sea lo que hiciste ayer, estás hecha polvo.

—Lo mismo se puede decir de ti.

—Nos gusta pasárnoslo bien, por lo visto.

—Eso parece.

Nos observamos en una especie de provocación recíproca. Después, Byron agarra a Escila y la deja al lado de una ventana, en un rectángulo soleado de color naranja. Acto seguido, en silencio, se encamina hacia la escalera y esta vez desaparece de verdad en el altillo sin añadir una palabra.

CAPÍTULO 16

¿Era esa la guerra que combatían los poetas mientras componían versos llenos de pasión? ¿El tormento del alma y del cuerpo? ¿El deseo sangrante de retenerla, de decirle «Quédate ahora, después, para siempre», contrarrestado por el deber de aparecer indiferente, fríamente cortés e incluso un poco cabrón?

Puede que sí, puede que no, lo único seguro era que no le resultaba nada fácil.

Le habría gustado preguntarle qué había ocurrido, por qué y cómo y cuándo había perdido el trabajo, por qué y cómo y cuándo había dejado su apartamento.

«¿Con quién has estado todo el día?

»¿A qué se debe esa palidez, casi cadavérica?

»Pero, sobre todo, ¿por qué has venido a mi casa, ojos de petróleo?»

Le parecía aún más frágil, más lánguida, más indefensa y seductora. Isobel nunca le había parecido seductora, ni siquiera en sus momentos más delicados y vulnerables.

Debía resistir, ahogar a la bestia hambrienta que anidaba en él, recuperar al distinguido profesor que guardaba las distancias, que no se acostaba con sus alumnas ni las acogía en su casa.

Ok, había perdido en el último punto, pero no pensaba dejarse vencer también en los demás.

Así que fingió que ella no estaba allí.

Descansó un par de horas y fue a la universidad.

Francisca llegó poco después y se sentó en una de las últimas filas. El profesor serio que habitaba en él supo ignorarla.

Esa determinación duró tan poco que resultó casi grotesca. De hecho, al cabo de cinco minutos, el joven y sonriente Erik, con sus dientes y su

descaro, entró en el aula, miró alrededor y se sentó al lado de ella.

Hablaron, se dieron la mano y un beso en la mejilla. Y Erik se quedó allí, al lado de Francisca, tan joven y luminoso que obcecaba la luz de razón de Byron.

«Vamos, cálmate, concéntrate en la clase y pasa de todo.»

No le resultó fácil mostrar el consabido aire cortés y académico, hablar de poesía y leer los versos románticos de Leonard Cohen mientras, en realidad, tenía ganas de lanzar un libro a sus alumnos, bajar de un salto de la tarima y moler a puñetazos a ese capullo.

Sentir celos y ganas de pelear era una experiencia nueva para él, del todo inexplorada. Jamás le había ocurrido. Ese impulso bárbaro lo sorprendía tanto que no sabía cómo comportarse. Y, como no podía hacer lo que deseaba, se concentró en los muslos de la alumna con pestañas de cepillo, que estaba bien a la vista en primera fila, para ver si se distraía.

Toda esa atención, sin embargo, produjo un resultado indeseado: al terminar la hora, mientras se dirigía hacia su despacho para alejarse de Francisca y Erik, que habían salido juntos, la alumna lo siguió. Entró en el despacho, cerró la puerta y se apoyó en ella como si fuera a saltar a la entepierna de sus pantalones.

—Abra la puerta —le ordenó Byron dejando los libros y los apuntes en el escritorio.

—He tenido la impresión de que hoy había mucha sintonía entre nosotros —murmuró la joven—. Los versos de Leonard Cohen no podían ser más adecuados para la situación: «He oído hablar de un hombre de voz tan bella que con tan solo decir sus nombres las mujeres se entregan a él». Es justo así, profesor Lord. Recita tan bien que...

—Abra la puerta.

La alumna se sobresaltó al oír su tono grosero, además de imperativo.

—Creía que...

—Le pido disculpas si le he dado falsas esperanzas. Mi voz no es tan hermosa y no espero que las mujeres se entreguen a mí y, menos, las alumnas.

Los ojos azules de la joven se convirtieron en unas ranuras entre los párpados entornados, mientras lo miraba con aire irónico.

—Qué raro, según se dice, es justo lo contrario —afirmó—. Usted no parece un santo, desde luego. Bueno, después de verlo y oírlo cantar en su local el sábado por la noche, vestido como un demonio condenadamente sexi,

no se diría que haga ascos a una chica guapa. El año pasado, de hecho, corrió el rumor de que... Se decía que en este despacho repasaba los temas por la noche.

Byron trató de conservar la calma. El recuerdo de los tres encuentros, ni uno más, con la joven que había contribuido, sin que él tuviera la menor culpa, a acelerar el descenso de Isobel a una absoluta necesidad de aniquilación, lo hizo sentirse como si estuviera caminando por una alfombra de brasas, en lugar de estar haciéndolo por una de Tabriz, adornada con arabescos rojos y dorados. De hecho, sus *tête-à-tête* habían tenido lugar siempre nada más anochecer, cuando la facultad estaba desierta, aunque, por lo visto, no lo estaba tanto.

Con todo, lo único que podía hacer era mostrar una sarcástica indignación.

—Si tuviera que dar crédito a esas cosas, no tendría tiempo para ninguna otra cosa —dijo Byron con aparente naturalidad—. Me sorprende que solo corrieran rumores el año pasado y no antes. El chismorreó es el bostezo de los imbéciles que se aburren. En cualquier caso, si no tiene que hacerme ninguna pregunta relacionada con el curso, puede marcharse.

La alumna, con la cara encendida y la rabia de quien considera que la vergüenza de ser rechazada es la peor que puede sufrir una mujer en su vida, salió del despacho con paso marcial.

Byron se dejó caer en el silloncito de respaldo alto. Solo le faltaba esa maldita historia. No le sorprendía, incluso si no hubiera sucedido nada, habrían corrido los rumores. Un profesor joven, atractivo, que, además, alterna la sobria vida académica con una vida nocturna digna de un vampiro, en la que abundan la música rock y las cazadoras de piel, habría sido objeto de chismorreó incluso si se hubiera comportado siempre de manera irreprochable. En cierto sentido, agradecía esa aureola rebelde que, si bien lo exponía más a las malas lenguas, a la vez generaba tantas falsedades que la verdad podía anidar cómodamente en ellas sin riesgo de ser descubierta. «El mejor lugar para esconder un árbol es un bosque», decía un famoso proverbio judío.

Confiaba en que el bosque lograra ocultar también al mundo que estaba cobijando a una alumna en su casa. Sobre todo, esperaba que consiguiera disimular sus sentimientos. Estaba seguro de que se había comportado con discreción, salvo la mañana en que había aparecido Clarice, pero Clarice estaba manipulada por su abuela y no tenía el menor interés en difundir la

noticia. Por el momento, no. Mientras siguiera teniendo la esperanza de echarle el lazo.

Mientras tanto, lo torturaba sobre todo una pregunta elemental, vulgar, casi animalesca: ¿dónde demonios había ido Francisca con ese chico?

No lo supo hasta última hora de la tarde. Volvió a casa y comió un poco, pero ella no apareció. Byron solía salir a correr a esa hora y, cuando le sobraba tiempo, hacía también unos cuantos largos en la piscina del campus, pero ese día no tenía ganas de nada.

Esa mañana, antes de salir, había dado a Francisca una copia de sus llaves. Hacía varias horas que no había tenido noticias de ella y estaba tan nervioso que caminaba por la casa como un loco atado con una cadena cortísima.

Había hecho el mismo recorrido un sinnúmero de veces, imaginando escenas terribles en las que veía a Francisca en brazos de ese tipo y oía, a todo volumen, la áspera, dura y penetrante *Iron Man* de los Black Sabbath. La música atravesaba su mente, vibraba en su pecho, desencadenaba en él unos instintos homicidas idénticos a los de la canción.

¿Ha perdido la razón?
¿Puede ver o está ciego?
¿Puede caminar?
¿O si se mueve se caerá?
Nadie lo quiere.
No hace más que mirar al mundo,
proyectando su venganza.

Se sentía como un monstruo de acero, tenía celos, estaba furioso y herido.

«Estos sentimientos me están haciendo retroceder.

»Antes podía decirse cualquier cosa de mí, salvo que fuera un pendenciero impulsivo, uno de esos hombretones tatuados que solo saben decir polla y culo.

»En cambio, ahora suelto palabrotas mentales y me gustaría matar a alguien, a Erik en especial.»

De repente, a pesar del estruendo que hacían el bajo, la guitarra y la batería, oyó un ruido al otro lado de la puerta. Agarró un libro al vuelo, se

sentó a toda prisa en el sofá y fingió que estaba concentrado en la lectura. Cuando ya era demasiado tarde, se dio cuenta de que era una antología de los *Cantos de la creación* de los indios americanos, un texto poético, casi místico, que contrastaba con la música.

Francisca entró en casa en ese momento. Con el rabillo del ojo vio que dejaba las llaves encima de la mesita que había junto a la puerta, al lado de las suyas, y se sintió como un auténtico idiota, porque ese gesto íntimo lo hizo temblar de excitación. Era innegable que estaba en las últimas. Un hombre de treinta y dos años no puede turbarse porque dos manojos de llaves se tocan, a menos que tenga el cerebro fundido.

Alzó la cabeza como si solo entonces hubiera notado su presencia y la saludó con un ademán vago, luego fingió que se concentraba de nuevo en el libro.

Francisca se detuvo unos instantes en la entrada del espacioso ático; a continuación, se acercó al sofá y se sentó también.

—¿Puedo hablar contigo? —le dijo alzando la voz debido a la música. Byron asintió, bajó el volumen con el mando a distancia y cerró el libro.

«¿Dónde has estado?

»¿Qué has hecho?

»¿Sabes que estoy enloqueciendo por tu culpa?»

—¿Qué pasa? —le preguntó, en cambio, con gran frialdad.

—No quiero molestarte más —dijo ella con igual displicencia—. Sé que soy un coñazo.

—No tanto.

—No tanto es ya mucho en mi pueblo. En cualquier caso, hoy he hablado con Erik y me ha dicho que en una de las cafeterías de la facultad de Derecho están buscando una camarera. Hemos ido juntos y he presentado una solicitud. Además, su prima alquila apartamentos a buen precio a los estudiantes que no han podido encontrar nada en el campus. En cuanto me organice, me marcharé.

—Qué maravilla, así que Erik es tu héroe —murmuró Byron en un tono que pretendía ser alegre, pero que no podía ser más cáustico.

—No necesito héroes. Me echó una mano, lo reconozco, pero me las habría arreglado también sola. Sea como sea, eso no es asunto tuyo. Preocúpate por tus heroínas.

Se levantó con una furia luminosa, casi febril, en sus ojos negros, y fue a la cocina. Byron oyó que sacaba un vaso y dejaba correr el agua del grifo

antes de llenarlo.

«Maldita sea, maldita sea, maldita sea.»

No debía seguirla y hacer lo que, en realidad, deseaba: abrazarla, estrecharla contra su cuerpo, respirar el aire de sus labios. No debía. Así que, para resistir a ese deseo abrumador, caminó en sentido contrario.

Cazadora, llaves y fuera de casa.

Estuvieron así varios días. Apenas se veían. Él pasaba todas las noches en el Dirty Rhymes y, cuando volvía a casa, casi al amanecer, la encontraba dormida en el sofá. A veces se detenía a mirarla, inmóvil como un drogadicto ante una tentación. Estaba preciosa cuando dormía. Francisca llevaba unos pantalones cortos y una camiseta de manga larga a modo de pijama y, a veces, la manta resbalaba hacia un lado y mostraba a los ojos cargados de imágenes carnales de él sus largas piernas, las curvas de su pecho, las clavículas onduladas o una oreja acariciada por un mechón castaño. Después de haber reaccionado a las adulaciones de decenas de mujeres en el local sin que su cuerpo diese muestras de sentir el menor deseo, esos detalles inocentes lo obligaban cada mañana, entre la noche y el alba, a refugiarse en el altillo para esconder el ser prehistórico que se asentaba en sus pantalones. Ni siquiera podía aplacarlo, por temor a que ella lo oyera, de manera que debía esperar a que el cansancio y la desesperación lo domaran.

Más tarde, mientras él seguía durmiendo, Francisca salía. Había encontrado trabajo en la cafetería y hacía un turno agotador entre las seis y las nueve de la mañana. Después, asistía a media docena de clases y a las tres de la tarde volvía a la cafetería hasta la noche. Byron había ido a verla al local en una ocasión. Había entrado con aire indiferente, había pedido algo y al final había salido con un café americano aguado en un vaso de plástico, conteniendo los gritos de rabia por haber comprobado cuántos capullos la importunaban. No era solo Erik: cualquier hombre de más de dieciocho años y algún que otro profesor anciano con aire de sentir nostalgia de épocas más disolutas, no perdían una sola ocasión de hacer comentarios halagadores e hipócritas mientras admiraban a aquella maravilla morena, alta, esbelta, curvilínea y sensual. Había tirado el café al suelo, como le habría gustado hacer con Erik y el resto, y no había vuelto por allí: ¿de qué servía atormentarse? La imaginación era más que suficiente, ¿por qué debía permitir que la realidad acabase con su vida?

No obstante, un día, su decisión de resistir y combatir contra él mismo

sufrió un golpe casi fatal. Mientras corría al anochecer por las avenidas rodeadas de césped del campus, tratando de cansarse para no pensar, no le quedó más remedio que hacerlo: Francisca y Erik estaban sentados en un banco, en una zona en penumbra. Hablaban en tono íntimo y tuvo la impresión de que se estaban besando.

«Ahora lo mato.»

Recorrió el centenar de metros que lo separaba de ellos con el paso marcial de un guerrero armado con una lanza, dispuesto a clavársela en el pecho a su enemigo hasta que saliera sangre, pero se detuvo. No podía montar una escena absurda en el campus. Su reputación le daba igual, no era eso. Pero apreciaba a Francisca. Si lo hacía, se chismorrearía sobre ella y saldría perjudicada. Nadie debía criticarla, nadie debía hacer insinuaciones. Así que se contuvo. Se paró a diez metros de sus nuca, que estaban cerca, demasiado cerca, apretó los puños, maldijo al universo en silencio y se marchó.

Sin embargo, esa noche, en el local, creyó que se iba a volver loco. Por su mente no dejaba de pasar la imagen de ella recibiendo al sonriente muchachito y tirándose en el sofá. Presa de una locura casi irrefrenable, salió del local y volvió a su casa sin avisarla. Se sentía estúpido, como uno de esos maridos cornudos que regresan antes de hora a casa obligando a su mujer a esconder al amante en el armario, y entró sin llamar.

En el estéreo había un cedé, pero no era suyo. Francisca estaba escuchando y cantando a voz en grito una canción de Cindy Lauper: *True Colors*.

Pero veo tus colores verdaderos
brillando,
veo tus colores verdaderos
y es por eso por lo que te amo,
así que no temas demostrar
tus colores verdaderos.

Los colores verdaderos son hermosos
como un arcoíris.
Entonces, enséñame una sonrisa.
No estés triste, no puedo recordar
la última vez que te vi reír.

Si este mundo te vuelve loco
y has tomado todo lo que puedes soportar,
llámame,
Porque yo estaré allí.

Cantaba de forma enérgica, como si su voz saliera de lo más hondo de su corazón, a la vez que cocinaba. Estaba descalza, llevaba los pantalones cortos que se ponía para dormir y una camiseta deformada que le colgaba en un hombro, dejando a la vista la curva del antebrazo, la sinuosidad angulosa de un omóplato y un ala del dragón maorí tatuado en la espalda. Encima de la mesa de la cocina había un libro abierto, un texto universitario. De espaldas a todo, mezclaba algo en un cuenco de cerámica, cantando y dando pasos de baile lentos y lánguidos. Estaba sola, en el apartamento no había nadie más.

Byron se quedó parado en el centro del ático, observándola en silencio. Notó que había empezado a jadear y que su corazón palpitaba a un ritmo tan vertiginoso que los latidos sonaban como un poderoso trueno.

En ese instante, como si hubiera percibido una presencia, una sombra, Francisca se volvió de golpe asustada; formando un abanico, su pelo siguió la flexión fulminante de su cuello y el cuenco se le cayó de las manos. Su contenido, de consistencia cremosa, se esparció por todas partes, ensuciando el suelo, los muebles y las piernas desnudas de ella.

—Maldita sea —dijo Francisca inclinándose para recoger aquel fangoso desastre. Parecía agitada, incómoda, y, cuando Byron se acercó a ella y se arrodilló para echarle una mano, le dijo con la respiración entrecortada—: ¡Me has asustado! Estaba tratando de hacer un *tiramisù* como el que hiciste tú, no quería manchar nada, creo que el cuenco se ha roto, te lo pagaré y...

Byron le agarró un brazo y apoyó dos dedos de la otra mano en sus labios. Permanecieron así unos segundos, observándose, entre el aparador y la mesa, inclinados como gatos, rodeados de aromáticas salpicaduras de azúcar y cacao. Los movimientos febriles habían hecho resbalar la camiseta de Francisca a un lado y uno de sus pechos asomaba por el borde arrugado, mostrando un pezón suave y rosáceo. Sus ojos, de color negro líquido y verde sólido, se miraron fijamente y Byron comprendió que había vencido una serie de batallas irrelevantes y que, al final, había perdido la guerra.

La cabeza le decía: «Levántate, vete, déjala, sálvate», pero se resistía a escucharla. Para evitar que otras palabras le hicieran cambiar de idea, mientras Cindy Lauper seguía cantando y la mera presencia de Francisca le

inflamaba el olfato, el oído, la vista, el tacto y el gusto, la besó con la violencia de un loco. Apoyando una mano alrededor del cuello y la otra en el pecho, que asomaba como una dalia carnosa, la atrajo hacia él y lamió su boca. Por un instante pensó: «Si me rechaza, me muero», pero ella respondió a su beso con una lengua igualmente voraz.

Acabaron en el suelo, tocándose con una furia espasmódica. Tumbado boca arriba, vio como ella se erigía sobre su cuerpo, se quitaba la camiseta ceñida y los pantalones cortos, dejando a la vista su suntuosa desnudez, mientras su pecho se balanceaba con languidez. Vio que sus manos le desabrochaban el cinturón y le bajaban los pantalones hasta los muslos. Vio que se abría encima de él, moviéndose con el ardor de una puta y la gracia de un ángel.

De improviso, Byron se movió, la aferró y le dio la vuelta. Ella quedó tumbada en el suelo, manchada de chocolate. La levantó un poco y la penetró hasta desaparecer por completo en su cuerpo, hundido en su vientre.

Cuando la oyó suplicar que no se detuviera, con los brazos levantados alrededor de la cabeza, estuvo a punto de perder la razón y de correrse dentro de ella, pero no se había puesto un preservativo y tuvo miedo por ella. Por él no. Si hubiera podido secundar su deseo, habría tenido el orgasmo allí, en la parte más secreta de su cuerpo, habría derramado hasta la última gota, pero debía conservar un atisbo de razón y, cuando tuvo la seguridad de que ella había gozado, porque no quería privarla de un solo rayo de placer, abandonó su calor justo antes de estallar. Se corrió enseguida en su piel, entre el ombligo y el pecho, jadeando, con un grito tan salvaje como intensa había sido la excitación que había acumulado esos días.

Después, se abandonó encima de su cuerpo y la besó. Sujetando la cara de Francisca entre sus manos, dedicó un tiempo infinito al beso. Oía una voz en su interior, en un primer momento era casi inaudible, después se fue haciendo leve, cada vez más aguda, susurrándole, diciéndole, gritándole dos simples palabras sin doblez: «Te quiero».

Dos simples palabras que, sin embargo, no dijo, que guardó en lo más profundo de su corazón. Tenía miedo de asustarla con una verdad de la que ya no podía escapar. Siguió besándola y, después, su boca se deslizó por su garganta, por su pecho, por sus pezones puntiagudos como húmedas puntas de flecha, por su ombligo, por su flor tatuada, por la flor que había debajo de la flor tatuada. Besos y más besos, mientras ella arqueaba la espalda, lanzaba gemidos al aire, se corría, tan erótica en medio de aquel caos que instigaba su

alma y sus sentidos. De nuevo, la inundó de un calor fluido, gritando su nombre a la casa, a la luna, a la vida, mientras el orgasmo lo sacudía de pies a cabeza.

Después, se desplomaron en el suelo, desfallecidos.

Guardaron silencio abrazados, sudados, casi disueltos. Al cabo de un rato, Francisca susurró en tono malicioso:

—¿Volviste antes para follar conmigo?

—No, volví antes porque me aterrorizaba que estuvieras follando con Erik.

—No soy tan maleducada, jamás me acostaría con alguien en casa de la persona que me alberga.

—No soy la persona que te alberga.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿quién eres?

—Soy el único hombre con el que harás el amor a partir de ahora, sin excepciones. ¿Qué has querido decir? ¿Lo has hecho con él en otra parte? — habló con voz alarmada y el simple hecho de imaginársela unida a otro le contrajo el estómago y le hizo sentir de nuevo el deseo de clavar una lanza a sus enemigos y romperles los dientes, la nariz y los huevos. Se incorporó, apoyándose en un codo, y la miró con ojos brillantes, enfurecidos, pero también afligidos.

Francisca no respondió a su pregunta. En lugar de eso, le dijo:

—Si tú puedes acostarte con alumnas con las pestañas de muñequita que se pasan la clase enseñándote el conejo, yo puedo tirarme a quien quiera y donde quiera.

—Escúchame, capulla —dijo él con voz firme, casi glacial—. Primero: jamás me he tirado a una alumna con pestañas de muñequita. No niego que esa chica no quisiera, pero le dije que se marchara. Segundo: mirarla a ella era la única manera de no mirarte a ti y de no asesinar a Erik en mitad de la clase. Tercero: solo quiero un conejo, el tuyo, maldita sea. Y te garantizo que podría tener todos los que quisiera, he intentado convencer a mi amigo de abajo de que debe buscarse otro, pero, por lo visto, a los dos solo nos gusta el tuyo. Cuarto: debes quitarte de encima a ese chico. Dile que no te interesa, dile lo que quieras, no te falta fantasía ni vehemencia.

—Ha sido muy amable conmigo, me ha encontrado un trabajo y un apartamento y creo que le gusto mucho —murmuró Francisca esbozando una leve sonrisa arrogante.

—¡Me importa un comino! ¡Dile lo que pasa!

—¿Qué debo decirle en concreto? Oye, Erik, tenemos que romper, porque por el momento follo con el profesor Lord y él quiere la exclusiva.

—Tú *no follas conmigo por el momento*. Es mucho más que eso, ya lo sabes. Estamos juntos, punto final. Es mejor que no lo sepa nadie hasta que no termine el semestre, pero ya te inventarás algo. En cualquier caso, no necesitas un nuevo apartamento. Te quedarás aquí, no se hable más.

—Eso es imposible, no me gusta que me mantengan.

—¡Tienes la cabeza más dura que el acero! ¡No eres mi mantenida, eres mi mujer! Pero, si eso te tranquiliza, puedes contribuir a pagar los gastos de la casa, ¿ok?

—Mmm... Sí, quizá, pero eso no resuelve el otro problema. La gente se enterará. No puedo vivir aquí hasta enero esperando que nadie lo note.

—Tendremos cuidado. No me acercaré a ti en público. Saldremos y entraremos en casa por separado, pero quiero que estés aquí.

—¿Para tenerme a mano cada vez que te entren ganas de divertirme un poco? ¿Quieres que sea tu putita personal?

—Para encontrarte aquí, para saber que estás aquí, para olerte, para ver tus ojos, para besarte, para hacer el amor. Y no hables así, no eres mi puta personal, te he dicho que eres mi mujer. Pero, ahora, basta de gilipolleces. No me acostaré con nadie más y tú harás lo mismo. Además, le dirás a Erik que desaparezca.

—¿Cuánto durará este acuerdo? ¿Tú y tu amigo de abajo volveréis a tener derecho a buscaros a otra pasado cierto plazo?

«Dile que la quieres, dile que no existe un plazo, dile que solo piensas en ella, que su mera presencia te hace sentir de carne y hueso, que basta que un átomo de su respiración te roce para echarte a temblar; que cuando oyes su voz te excitas mortalmente, incluso cuando canta esas canciones espantosas de Cyndi Lauper; dile que se ha convertido en tu droga, a pesar de no haberte drogado nunca; que nada más verla sentiste que se había producido un prodigio, que un cupido travieso se había escondido detrás de la pared para clavarte una flecha de cobre y sangre; que el destino te habló a través de sus ojos; que pasarías horas y horas mirándola, besándola, lamiéndola; que cuando gozas, gozas porque estás con ella, porque estás entre sus piernas, las suyas, solo las suyas, encima de su piel del color de la miel de castaño; que no quieres ni querrás a otra mientras vivas.»

Pero, no se lo dijo, una vez más, temía asustarla. Temía que, si ella no sentía lo mismo por él, escaparía. Y no quería que volviera a escapar.

—Durará hasta que sintamos que ya no estamos bien así, pero aún no sé si quieres, es decir, ¿quieres estar conmigo? ¿Ser solo mía?

Francisca le dirigió una larga y profunda mirada. Al final, bajó los párpados y susurró:

—Sí.

—Háblame de... Marcus —murmuró Byron varios días más tarde, al amanecer. Su vida transcurría entre esas cuatro paredes, esas sábanas, esa cama herida por los golpes de una pasión desenfrenada. Iban a trabajar todos los días, coincidían de lejos en la universidad, fuera se ignoraban y en casa vivían desnudos. Con la puerta cerrada al mundo, hacían el amor una y otra vez. Byron dejó de ir al local por la noche, salvo el sábado. El resto del tiempo se lo dedicaba a Francisca. Era maravilloso estar juntos y aún lo era más estar abrazados en la oscuridad y hablar de cosas insignificantes al despertarse, antes de que ella saliera para ir a la cafetería, donde trabajaba en el turno de mañana.

Ese día, sin embargo, Byron decidió hacerle esa pregunta. Sintió que ella se tensaba entre sus brazos, pero él quería saber. Estaba incluso dispuesto a hablarle también un poco de Isobel, pero Francisca no parecía interesada. Eso lo hería, le causaba la trágica impresión de que a ella no le importaba mucho, de que solo quería vivir el presente, ignorando el pasado y olvidando el futuro. Byron, en cambio, pensaba en él. No veía la hora de que terminase el primer semestre para poder vivir ese amor sin disimulos ni miedos, en público. Como era un hombre honesto, había pedido a un compañero que lo sustituyera en el examen final. Se inventaría algo, debía conseguir que otro evaluara a los estudiantes. Que otro juzgara a Francisca como alumna. Dudaba de que pudiera ser imparcial. Ya en el aula era muy difícil no hablar solo con ella, no leer y comentar versos o contar la vida de los poetas y la simbología de sus palabras sin mirarla a los ojos.

—Fíate de mí, te lo ruego —insistió estrechándola con más fuerza—. Háblame de él, de vosotros. Fue importante para ti. Quiero saber.

Ella guardó silencio unos minutos.

—Marcus me salvó la vida —dijo, por fin.

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos. Yo... era una niña problemática, con cierta tendencia a meterme en líos.

En la oscuridad, Byron esbozó una sonrisa llena de melancolía. Se la

había imaginado justo así: impetuosa, rebelde, al borde del precipicio.

—¿Y él te salvó enseñándote a respetar las reglas?

Francisca se rio de forma impulsiva y sincera.

—¿Marcus? ¿Respetuoso de las leyes? ¡De eso nada, él era como yo! Éramos dos locos. Me salvó porque me hizo sentir menos sola. No tenía a nadie, él fue mi única familia. Luego terminó. No hay mucho más que decir.

—¿Por qué terminó?

—Ya te lo he dicho. Sus sentimientos cambiaron. Se enamoró de otra. Se enamoró de verdad, quiero decir. Yo solo era una compañera de batallas. Una red de seguridad. Algo que te resulta indispensable en cierto momento de tu vida. Pero después aprendes a hacer solo el triple salto mortal, o, mejor, con otra trapecista de la que te fías ciegamente, y ya no necesitas la red.

¿Aún lo quieres?

¿Lo echas de menos?

La duda lo estremeció y decidió no preguntarle nada más. Hasta que no comprendiera lo que sentía por él, no quería saber cuánto había querido a otro o si aún lo quería.

—¿Qué quieres hacer cuando seas mayor? —le preguntó, en cambio—. Después de la universidad, claro.

Esta vez Francisca no se lo pensó dos veces.

—Me gustaría escribir una historia que llevo en la cabeza. Aún no me he atrevido a hacerlo.

—Eso sería estupendo. Tienes talento. Tienes corazón. ¿Puedo ser tu primer lector?

—No lo sé. Temo que mi historia no te gustará. Está llena de violencia, de sangre y de venganza. Es como yo.

—Tú eres mucho más que eso, pero estoy seguro de que me gustará.

—Quién sabe.

—Ya verás.

Francisca se volvió a reír.

—¿Crees que aún estarás conmigo cuando acabe de escribir mi historia? Necesitaré un poco de tiempo, para entonces tú también habrás encontrado otra trapecista.

—Eso nunca sucederá.

Francisca se liberó de sus brazos. Pese a que no podía verla con

claridad, estaba seguro de que ella lo observaba con la mirada encendida.

—No lo hagas —le intimó—. Sé lo que vas a decir. Promesas de *para siempre*, pero para siempre no existe. Ya he oído ese cuento, solo se lo creen los niños. Yo hace tiempo que crecí. Hablemos de otra cosa, por favor.

Le costó mucho complacerla, le dolió. El deseo de decirle que la quería era casi más imperioso que el de hacer el amor. Y el deseo de hacer el amor era *muy* imperioso. Si ella hubiera sabido cuántos proyectos había hecho, cómo imaginaba sus próximos seis meses, el año y el año siguiente. Quería vender el apartamento, comprar uno más grande, una verdadera casa con «malditas» puertas. Quería que ella tuviera un jardín lleno de plantas, quizá hasta un invernadero. Y, ahora, en el plan concebido por su febril imaginación, veía también una habitación donde pudiera escribir. Quería viajar, llevarla a todas partes, dormir en saco en el Gran Cañón o en el ático del rascacielos más alto de Kuala Lumpur. Ir a Europa. Tener hijos. Y quererla hasta el final de su vida terrenal.

«Si pudiera leerme el pensamiento, creería que estoy loco.

»Y puede que lo esté, loco.

»Estoy locamente enamorado y solo veo mi vida llena de ella.»

Pero, por el momento, era mejor proceder con cautela. De esta forma, haciendo un esfuerzo para no acribillarla a preguntas ni arrancarle un millón de promesas, se limitó a decirle:

—¿Voy demasiado lejos si te invito a pasar la fiesta de Acción de Gracias conmigo?

Los músculos de Francisca se relajaron.

—No, se admiten hasta proyectos de una semana.

—En ese caso, ¿te apetece que vayamos a Cape Cod? Tengo una casa allí, era de mi madre, no he estado en ella desde hace mucho tiempo. Podríamos ir el miércoles y volver el domingo. Cuatro días solo para nosotros. No habrá clase y en el local pueden arreglárselas sin mí.

—Nunca he estado allí. Dicen que es un lugar maravilloso.

Su voz delataba tanta emoción, una felicidad casi infantil, que Byron se sintió conmovido.

«Me excitas y me enterneces como ninguna otra mujer. Es una combinación milagrosa de sentimientos. Eres mi hechizo personal.»

—Toda la península es muy sugerente. La casa está en Provincetown, en la playa, te va a encantar.

—¿Y si alguien nos ve?

—Habrá sobre todo turistas. La mayoría de mis conocidos prefiere Martha's Vineyard, una localidad para pijos, pero no nos acercaremos a la isla.

—La verdad es que soy una puta oportunista. Eres tan educado como un caballero del siglo XIX y tan guapo como un dios vikingo, follas como un dios vikingo, tienes la voz más sexi del mundo, cocinas como un chef, te gusta la poesía y también tienes dinero. Si dijera que la primera vez que te vi me pareciste un repetidor cenizo, drogadicto e incluso poco amante del agua y que, a pesar de eso, me impresionaste al instante, no se lo creería nadie.

— Hablas en serio?

— No te crees lo que te he dicho? Sabes que eres guapo, no seas hipócrita, no me vengas ahora con «Vaya,  ese t o tan guay del espejo soy yo?,  esos ojos, esa nariz y ese culo pertenecen a mi majestad?». —Sentada desnuda en la cama, Francisca habl  con voz grave para imitarlo—. Si esto te ayuda a convencerte, casi todas las estudiantes de la universidad lo piensan.

Byron no pudo contener la risa.

— Casi todas?  Quieres decir que alguna no est  de acuerdo con eso?

—He oído decir a una que eres un rubito descolorido con barba de cavernícola, pero me pareció una putita que se mor a de celos. Para empezar, tienes el pelo de color bronce, con reflejos cobrizos, y tu barba no es tan larga, pero, eso sí, he de reconocer que, a pesar de que se nota que te han educado los mejores maestros, eres un poco cavernícola.

— Y eso es malo?

—Para nada, en la cama eres más cavernícola de lo que me imaginaba. Vi ndote con esas gafas de intelectual, nadie diría lo que eres capaz de hacer, ni, sobre todo, durante cuánto tiempo eres capaz de hacerlo. No sonrías como un idiota, no te estoy haciendo un cumplido, es verdad.

— Tambi n cuando dices que te impresionó mucho cuando me viste?  Fue en sentido bueno o malo? La verdad que esa mañana daba asco. Me había despertado tarde, no me había dado tiempo a cambiarme y...

—Y yo no podía dejar de mirarte. La verdad es que me pareciste bastante antipático. Creo que te odi  desde el primer momento. Esa sonrisita en los labios... Pero ya no te odio. —Calló bajando la mirada hacia la sábana que tenía enredada en las piernas. Se mord  los labios con verdadera inocencia, como si estuviera persiguiendo un pensamiento inquieto. Por último, repitió—: En cualquier caso, todos dirían que soy una puta oportunista.

—Si alguien se atreve a decir algo así delante de mí, se encontrará con un testículo menos y una dentadura nueva.

Francisca le dirigió una mirada lenta, lánguida, casi exhausta.

—Tú no lo piensas, ¿verdad? Que soy una oportunista, quiero decir. Me da igual que pienses que soy una puta.

Byron se inclinó hacia ella, la empujó de nuevo hacia la cama y la inmovilizó con los brazos y con los ojos.

—No sigas, no quiero que seas la primera que necesita una dentadura nueva. —Ella calló y ladeo la cabeza hacia el lado opuesto de la almohada. Byron la besó en los labios con dulzura—. Eres un hada que ha venido a la Tierra para salvar mi alma.

—¿Tu alma necesita que la salven?

—Ninguna alma es inmune a esa necesidad, salvo la de los niños muy pequeños. Nadie es perfecto, ni siquiera quienes lo parecen. Por ejemplo, tú también tienes un defecto terrible.

—¿Solo uno? ¿Cuál?

—Te gusta Cyndi Lauper. Aunque creo que a partir de ahora me gustará también a mí. Ya no podré oír *Time After Time* y *True Color* sin ver la imagen de tu espléndido cuerpo rodeada de crema de *tiramisú*.

Francisca soltó una carcajada y él se sintió feliz.

—Me gustaba cuando era pequeña, la escuchaba cuando tenía doce años. Luego dejé de hacerlo, pero el otro día me entraron ganas de volver a oírla, no sé por qué. Como si tuviera de nuevo doce años. Antes de que... — Se interrumpió, lo miró, se volvió a morder los labios y prosiguió—: Bueno, antes de que murieran mis padres, pero ahora basta de cosas tristes, háganme de Cape Cod.

Se tumbaron abrazados y Byron habló sin dejar de acariciarle el pelo. Le contó todo sobre Cape Cod, en especial le habló de Provincetown: las playas arenosas, los faros, las casas de estilo colonial, las ballenas surcando el océano, los veleros hendiendo el agua como cuchillos blancos. Le contó todo... o casi todo. No le reveló lo fundamental. Temía que, si se lo decía, ella pudiese echarse atrás y negarse a ir.

«Se lo contaré más tarde, cuando esté seguro de que puede entenderlo y aceptar su sentido profundo.»

De repente, se oyó el timbre insistente del despertador.

Francisca se desentumeció entre sus brazos.

—Tengo que ir a trabajar, profesor.

—Mmm...

—¿Por qué pones esa cara?

—He visto a esos capullos zumbando a tu alrededor.

—A mí se me ha quedado grabado uno en especial. Entró, qué asco me dio, por Dios, pidió un café y, cuando salió, lo tiró enseguida a una papelera. ¿Qué vino a hacer al bar, entonces? Pero ahora apártate, debo ir a arreglarme, si no me despedirán también de este trabajo y no puedo permitírmelo.

—Ya sabes que...

—¿Que tengo un pretendiente rico que podría mantenerme y que podría dejar de trabajar en una cafetería donde todos me miran las tetas? ¿Era eso lo que querías decir?

—Quería decir que podrías buscar algo mejor.

—Nunca encontraré nada mejor, no existe un local en el mundo donde me gustaría trabajar como camarera, pero, por el momento, no puedo permitirme otra cosa. No pongas esa cara, sé lo que vas a decir. Sophia me lo sugirió también, no trabajaría contigo ni muerta.

—¡Lo has entendido mal, jamás trabajaría contigo! ¡Me han bastado cinco minutos en esa cafetería para que me salga una úlcera, no quiero ni pensar si tuviera que soportar a docenas de hombres desnudándote con la mirada todas las noches!

—Se cuidar de mí misma, no lo olvides.

—Lo sé, pero ese no es el problema. En cualquier caso, espero que no tengas que clavarle la navaja a ninguno. ¿Llevas siempre encima ese juguete?

—No siempre. Depende de lo que me dice mi sexto sentido. Por el momento, está enterrada en el fondo de la mochila. A propósito de la mochila, tengo que decirte algo.

Desnuda como una estatua, bajó de la cama y se arrodilló en el suelo. Byron miró su espalda, sus glúteos redondos, las plantas de sus pies, y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no tomarla en esa posición sin preliminares ni palabras.

—Aquí está —dijo ella volviéndose. En una mano sujetaba un fajo de billetes—. Es mi contribución para la casa. Te pagaré todos los miércoles. He hecho un cálculo aproximado y creo que podré darte doscientos cincuenta dólares a la semana. ¿Te parece bien? —Los dejó en la mesilla y se encaminó hacia la escalera.

—Si te dijera que no los quiero, ¿qué harías?

—Me marcharía de esta casa y no volvería nunca.

—No se puede negar que eres dura.

—En este momento, el más duro eres tú, pero no tengo tiempo. Tendrás que resistir hasta esta noche.

Él se echó a reír, mirándose, contemplando la alegría que manifestaba su cuerpo. Mientras ella desaparecía en el piso de abajo, le dijo en voz alta:

—Una mujer que me deja doscientos cincuenta dólares en la mesilla, guau, ¡esto sí que es una experiencia nueva! No obstante, como no conozco las tarifas que se pagan por ciertos *servicios*, no sé si sentirme complacido u ofendido.

Se rio y se asomó a la barandilla mientras Francisca, envuelta en la luz del amanecer, le enseñaba el dedo corazón riéndose también.

Byron miró el cielo. El sol trataba de atravesar un muro de nubes grises sin conseguirlo. No obstante, de vez en cuando, algunos rayos se filtraban como si la luz de una antorcha estuviera perforando un saco y, entonces, él tenía valor para dar otro paso.

Llevaba media hora delante de la verja y no se atrevía a franquearla. Había dejado a Francisca en casa, contemplando el panorama del océano Atlántico, que se cernía sobre las habitaciones como si fuera a entrar en ellas por las ventanas, con la promesa de que salía a comprar algo rápido y de que no tardaría nada en volver, así que debía apresurarse.

«Date prisa, ella te está esperando.»

El recuerdo de sus ojos embelesados, de su sonrisa extática, similar a la de una niña que abre un regalo y encuentra en el paquete algo mucho más bonito de lo que esperaba, la perspectiva de la felicidad que lo aguardaba le hizo olvidar por un instante la infelicidad que tenía delante.

Contuvo un suspiro y tomó una decisión.

Cruzó la puerta.

Se abrió paso entre lo que parecía un laberinto de espejos de mármol diseminados a distancias regulares y buscó el que le interesaba. Se sentía aturdido, febril, pero, al mismo tiempo, tan decidido que sentía miedo de sí mismo.

Después, la encontró.

Siempre estaba allí.

No había ninguna foto, solo su nombre grabado en la piedra.

ISOBEL JEFFERSON LORD

NACIDA EL 3 DE OCTUBRE DE 1983

MUERTA EL 27 DE NOVIEMBRE DE 2014
QUE LOS ÁNGELES TE CONCEDAN LA PAZ

El recuerdo de ese día terrible lo sacudió, además del temor de haberse equivocado en todo, incluido ese peregrinaje.

No quería molestar a los muertos ni abatir a los vivos, solo quería saludarla. Tenía la sensación de que allí, en el único lugar de la Tierra que Isobel no odiaba, el único en que no se sentía perseguida por todo el mundo y también el único donde, paradójicamente, después de combatir tantas guerras, se había concedido el último viaje, era más fácil que lo oyera.

Miró alrededor, el pequeño cementerio de Truro estaba desierto. Estaba a solas con Isobel, que yacía bajo la lápida cubierta de líquenes.

«Perdóname, pequeña, siempre te he abandonado.»

Se inclinó y dejó en la hierba las gerberas amarillas que había llevado. Las esparció, sin dejar de leer su nombre. Por su mente solo pasaba esa palabra, repitiéndose una y otra vez. «Perdóname, perdóname, perdóname.» La repetía desde hacía un año, se la repetía a sí mismo, a su alma, que imaginaba envuelta en llamas, al alma de ella, que, sin duda, vivía en una nube. La había traicionado de mil maneras. Incluso no obligándola a cuidarse. Debería haber sido más firme, debería haberla querido, debería haber hecho todo lo posible para que amara la vida. En cambio, se había limitado a soportarla y se había conformado con la supervivencia. De los dos.

Si ella hubiera tenido a su lado un marido realmente enamorado, las cosas habrían ido de otra manera. La habría ayudado. No se habría limitado a socorrerla, la habría apoyado. No la habría tolerado, la habría animado. No la habría sufrido, la habría deseado.

En cambio, él había sido un muchacho estúpido y luego se había transformado en un hombre egoísta. Un hombre que creía que acudiendo ese día y disculpándose de la manera más solemne posible iba a obtener su perdón. Un hombre que quería vivir.

«No puedo ser peor. En lugar de venir a Cape Cod solo por el aniversario de tu muerte, he venido con otra mujer.

»La he traído aquí porque quiero contarle todo.

»Le hablaré de ti, le hablaré de mí.

»Agarraré mi corazón, mi historia, mis errores, el pequeño monstruo mimetizado que llevo dentro y se lo enseñaré todo.

»Debo correr el riesgo.

»Quiero que sepa que no soy el príncipe que cree, que no soy tan buen

partido como se imagina.

»El héroe immaculado que desconoce el miedo.

»Solo soy un hombre.»

El viento le sacudió el pelo mientras, a lo lejos, una gaviota chillaba como un niño herido. Una idea extraña pasó por su mente en ese instante.

«¿Me muestras tu perdón?

»¿Me mandas una señal?

»Si tu alma está libre y serena, dentro de diez minutos se oirá el chillido de otra gaviota.

»Eso querrá decir que estás en paz contigo misma.»

Enseguida comprendió que era el enésimo acuerdo egoísta, que demostraba poco interés por ella y demasiado por él. Las gaviotas no dejaban de chillar. Debería haber buscado algo más inverosímil: por ejemplo, que un dragón sobrevolase las lápidas. Pero ya era demasiado tarde.

Esperó la gaviota.

Los minutos pasaron.

Mucho más de diez minutos.

Fue como si todas las gaviotas del mundo, las de Cape Cod, sobre todo, hubieran muerto de golpe. El silencio era absoluto, solo se oía el viento soplando entre las lápidas.

¿Le estaba mostrando Isobel su contrariedad?

El silencio le transmitió la oscura certeza de un peligro. Casi una amenaza. Era como si Isobel le estuviera diciendo: «No solo no te he perdonado, tengo intención de vengarme».

Fue presa de una angustia feroz. Sin mirar la lápida por última vez, salió a toda prisa del cementerio. Los dieciséis kilómetros escasos que separaban Truro de Provincetown, un cuarto de hora en el coche que había alquilado, le parecieron diez mil. No había tráfico y no hacía calor, pero la agitación lo hizo sudar, como si hubiera quedado atrapado en un atasco interminable bajo un sol abrasador.

Hacía un año también había salido para comprar comida.

Le había dicho a Isobel que lo esperara.

Ella había sonreído sin sonreír.

Cuando había vuelto, ella no estaba en casa, la había buscado por todas partes y, al final, la había encontrado ahorcada en el faro de Race Point Light. Colgada de la balaustrada, se balanceaba en el viento frío del anochecer como una muñeca triste.

No pensaba que Francisca fuera a imitarla, tampoco que el fantasma de Isobel pudiera urdir una venganza, como en las películas de terror.

Lo único que me tortura es el sentimiento de culpa. Francisca estará paseando por la playa y, cuando la vea sonreír, sonreiré.

Frenó bruscamente en la arena, al lado de la fachada de la casa de madera de color gris pizarra y blanco. Se apeó de un salto, con la fogosidad de un loco.

No le había dado siquiera el regalo. La sorpresa. Algo que había creado para ella hacía unos días.

«Se lo darás ahora. No te dejes llevar por el pánico.»

Entró en casa gritando su nombre. Ella no le respondió. La buscó por todas partes. Ni siquiera apareció su hermosa sombra. Se asomó a la barandilla que daba al océano, buscando a derecha e izquierda, pero no vio ningún perfil humano.

La llamó al móvil, pero el teléfono estaba apagado.

Su equipaje ya no estaba en casa. Lo único que encontró, al lado de la ventana, fue un guante de ante. ¿Se había llevado los guantes? ¿Para qué?

Solo entonces, corriendo desesperado, recorrió los casi ochocientos metros que separaban la casa del faro. Lo divisaba a lo lejos, gris y negro, erigiéndose perpendicular al mar, rodeado de dunas de arena y malas hierbas llenas de espinas. Su parte racional, que negaba con rotundidad la posibilidad de que la historia se hubiera repetido, se había hundido en una ciénaga de pánico.

El crepúsculo empezaba a sumir al mundo en una melancolía enorme y Byron se dio cuenta de que estaba llorando. Cuando llegó al faro, buscó la balastrada con los ojos. Sus pupilas verdes parecían negras en la penumbra del sol agonizante.

Pero no había nadie. No había ningún cuerpo colgado ni estrangulado.

El alivio duró un instante.

Porque, aunque no había muerto de esa forma cruel, Francisca había desaparecido.

La buscó por los alrededores, pero todo fue en vano. Preguntó a todas las personas con las que se cruzó por la calle en Provincetown. Nadie había visto a una joven de esas características. ¿Cómo era posible? Francisca llamaba siempre la atención, era imposible que hubiera pasado desapercibida. Fue incluso a la policía, pero un agente joven de aire quisquilloso le dijo que

no se podía denunciar la desaparición de una persona mayor de edad cuando solo llevaba ausente unas horas. Debían pasar, al menos, dos días.

«¿Dos días así? Dios mío, moriré antes.»

Su móvil seguía apagado. En casa no había dejado una sola maleta, así que, al amanecer, volvió a Amherst.

Durante el viaje guardó un silencio absoluto, que no fue solo una natural ausencia de palabras, dado que estaba solo, sino también una ausencia de pensamientos. El miedo le había anestesiado la mente, en lugar de desatársela. Fue como si, de alguna manera, intentase protegerse del dolor, de la sospecha, de la certeza de que le había sucedido algo. Vivió en una especie de burbuja, frenando los latidos del corazón, imponiéndose la esperanza de que estuviera en casa, de que lo estuviese esperando allí, de que sus acciones tuvieran una explicación lógica.

Pero tampoco la encontró allí: la casa estaba como la habían dejado esa mañana antes de salir. Su planta, Escila, estaba en la penumbra, una triste estampa allí donde le faltaban las flores.

Byron se preguntó si Isobel se sentía así, si vivía así. ¿Sentía siempre ese pánico incondicional? ¿Esa sensación de ahogo? ¿La opresión propia de quien está amenazado? Si había vivido en ese estado durante treinta años, comprendía su dolor, su angustia, su sonrisa apagada y, con frecuencia, hostil. En cuanto a él, temía volverse loco. No tenía puntos de referencia. No sabía qué hacer ni dónde buscarla.

De repente, en la confusión del pánico, que le privaba de la lucidez, recordó a Sophia. Cuando le preguntó si sabía algo de Francisca, le respondió de forma enigmática e inquietante: «Creía que estaba contigo. Esta mañana la estáis buscando muchos. ¿Qué ha ocurrido? ¿Debo preocuparme?».

Antes de que pudiera hacer algún comentario, oyó que llamaban con fuerza a la puerta.

¿Sería ella?

Con el móvil en una mano y el corazón esperanzado, corrió a abrir.

Pero no era Francisca.

Se trataba de un desconocido de dos metros de estatura, con el pelo corto, los ojos grises y un tatuaje tribal en el cuello. Un desconocido tan imponente como un árbol, de expresión borrascosa, entró en casa sin más preámbulos y le preguntó con ferocidad: «¿Dónde está?».

Un desconocido que, a decir verdad, no era tan desconocido.

A pesar de que no lo había visto nunca, Byron tuvo la certeza de que era

Marcus.

CAPÍTULO 17

FRANCISCA

Encuentro a Erik en la clase de Poesía contemporánea. Se alegra de verme y me dice que él también se ha matriculado de esa asignatura.

—Así nos conoceremos mejor —murmura mientras se sienta a mi lado—. Perdona por haber desaparecido la otra noche en la fiesta. Creo que bebí demasiado, vomité hasta el alma en un lavabo y, cuando me recuperé, la fiesta había terminado. ¿Tú también te pasaste?

—Vaya que sí, yo vomité en la fuente.

Erik se ríe, nada escandalizado. Supongo que vomitar en la fiesta de disfraces de una confraternidad universitaria es una de esas experiencias que hay que tener en la universidad.

—¿Con quién te marchaste? Me dijeron que estabas con un tipo disfrazado de *V de Vendetta*.

Temiendo que alguien haya reconocido a ese cabrón —no puedo llamarlo de otra forma, ahora incluso «profe» me parece un apelativo demasiado generoso e íntimo— mientras compraba la máscara en alguna parte, prefiero irme por las ramas.

—No sé quién era, solo me sujetó la frente en el jardín, luego volví a casa sola. Solidaridad entre borrachos.

Le sonrío de la forma más seductora posible, enrollando un mechón de pelo en un dedo, metiendo la barriga y sacando pecho. Qué previsibles son los hombres. Si quieres desviar un discurso de un campo minado, no es necesario que te devanes los sesos buscando temas inocuos: basta enseñar las tetas. Si llevase una minifalda, podría obligarlo a hacer cualquier cosa.

Como la tipa rubia que está sentada en primera fila. Desde el primer día es evidente que no frecuenta este curso para llenar la mente sino las bragas.

Se pone siempre en el mismo sitio, lleva unas faldas tan cortas que casi le llegan al ombligo y no para de revolverse en el asiento: se mueve hacia la derecha, hacia la izquierda, cruza las piernas, todo con el objetivo nada subliminal de mostrar su mercancía al profesor.

Él suele ignorarla, debo reconocerlo, pero hoy no le quita ojo. No sé por qué no bajo la escalera en dos saltos, le doy una patada y le parto los dientes, porque ganas no me faltan.

Puede que me contenga porque no es asunto mío.

Es decir, si quiere mirar el conejo de esa, que lo haga.

En el fondo, es evidente que le gustan las rubias, también su mujer lo era, y esa alumna se parece un poco a ella, tiene la misma piel de color *muerta-incluso-estando-viva*.

Y estoy segura de que la tipa que se tiró en su local, la de la cara embadurnada de pintalabios, tiene el pelo claro. Una morena jamás usaría ese color malva glacial.

No sé por qué rumio estos pensamientos tan agresivos.

Casi parezco tener celos.

Ok, tengo celos.

Pero, por encima de todo, me siento infeliz. Desde que mi corazón se rindió, me siento infeliz.

De vez en cuando tengo la impresión de que ya no soy yo. Salvo estos momentos de celos exasperados, me siento como si alguien me hubiera apagado la luz desde dentro.

Durante la clase recita los versos de Leonard Cohen mientras mira a la rubita, mi corazón languidece, presa de un dolor que no tiene nada que ver con la rabia furiosa a la que estoy acostumbrada: es una infelicidad dulce, devastadora y melancólica.

Esto es para ti,
es todo mi corazón,
es el libro que te habría leído
cuando hubiéramos sido viejos.
Ahora soy una sombra,
estoy sin paz, como un imperio.

Al final de la clase, Erik me invita a beber algo con él antes de que empiece la clase siguiente y yo acepto. Sé lo que va a suceder mientras

salimos del aula. Byron se encamina hacia su despacho con la capulla de las pestañas largas pisándole los talones, luego se encierran en él.

—El profesor Lord es un auténtico *playboy* —dice Erik riéndose.

Ha seguido la dirección de mi mirada y no he tenido tiempo de cambiar mi expresión de tormento en una mueca de burlona chismosa. Con la barriga dentro y el pecho fuera, suelto una risita maléfica.

—Se veía a la legua desde el primer día —comento divertida—. Si a una mujer le gustan los rubios descoloridos con barba de cavernícola...

—Eres la única que habla así —observa Erik satisfecho, orgulloso de su pelo negro y su total ausencia de barba. Con la barriga dentro, el pecho fuera y la mirada lánguida, me muerdo los labios para impedir que entienda cuántas gilipolleces he soltado en un segundo—. Las chicas dicen que está muy bueno. Que es una mezcla de Ichabod Crane, el de la serie *Sleepy Hollow* y Ragnar, el de *Vikingos*. ¿Sabes que tiene un local donde canta *cover rock* con una banda?

—No, caramba. Me imagino lo que se dirá de él por ahí.

—Muchas cosas, sí. Bueno, no hay pruebas, pero muchas chicas juran que se han acostado con él. Estuvo casado hasta el año pasado, su mujer murió.

—Vaya, ¿y se sabe cómo?

—Por lo visto tenía una cardiopatía y tuvo un infarto de repente. En cualquier caso, debía de estar muy enferma, porque nunca la vimos. Algunos decían que la tenía encerrada por celos.

—¿Estaba... estaba muy enamorado?

—Creo que sí. Antes no se rumoreaba nada sobre él. Cuando ella murió, él se tomó tres meses de baja. Estaba fatal, volvió a trabajar a principios del segundo semestre y las chicas empezaron a arrojarse a sus brazos, como la rubia de hace poco.

Me trago un suspiro. Salgo con Erik del campus, pensando que soy una masoquista y preguntándome cuánto tiempo podré seguir fingiendo que todo esto no me está matando.

Erik y yo nos vemos con frecuencia durante unos días. Se ha matriculado de esa asignatura para verme, no para mirarle el culo al profesor, como todas esas frescas, incluida una servidora. Asistimos también a otras clases: en pocas palabras, pasamos mucho tiempo juntos.

Me ayuda incluso a encontrar un trabajo y un nuevo apartamento, pero

enseguida comprendo que es inútil, que todo es inútil. No tiene sentido fingir que siento algo por él. Es amable, lo reconozco, y sus miradas no me molestan, no son violentas, son las miradas normales, normalmente famélicas, quiero decir, de un joven que quiere acostarse contigo, pero sin agredirte ni tenderte una trampa, solo porque le gustas y porque es natural que suceda.

Lástima que él no me guste. En ese sentido, no. De manera que, precisamente porque es buen chico y porque no quiero que sufra ni que pierda tiempo corriendo detrás de mí, mientras podría tratar de conquistar a otra más disponible, una tarde se lo digo.

Ha venido a recogerme, como siempre, al final del turno. Nos sentamos en un banco en silencio. Es la primera vez que trato de atinar con las palabras para no ofender a un hombre. Él es tan encantador y amable, tan joven, tan lleno de esperanza, que no quiero echarle por tierra la ilusión de que el mundo no está lleno de cabrones que intentan engañarte, traicionarte, usarte. De repente, noto que va a besarme. Me aparto justo cuando sus labios me rozan.

—¿No quieres? —me pregunta—. ¿He hecho o dicho algo malo?

—No, de verdad. Eres perfecto, pero...

—Odio los peros, siempre ocultan una trampa.

Me vuelvo hacia él sonriéndole.

—Estoy enamorada de otro —declaro.

—¿Sales con otro?

—No, no salgo con nadie. Él no me quiere, pero yo sí.

—Pareces sincera.

—¿Y eso es un problema?

—Lo es en el sentido de que, diga lo que diga para tratar de convencerte de que soy el hombre adecuado para ti, será inútil.

—Sí, será inútil.

—En cualquier caso, no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Que haya alguien que no te quiera. ¿Estás enamorada de uno y el muy imbécil te deja escapar así?

Me encojo de hombros, mirando la oscuridad.

—No se puede gustar a todos.

—No, perdona, pero es imposible que no le gustes a todos. A todos los chicos de la confraternidad les habría gustado invitarte a salir, si no lo han

hecho es por respeto hacia mí, y es evidente que medio campus va detrás de ti. Los alumnos de Derecho van a la cafetería desde que trabajas allí, ¿no te has dado cuenta? Estás muy buena, Francisca, perdona que sea tan directo, pero es la pura verdad. ¿Y ese idiota te hace ascos? ¿Quién es? ¿No será homosexual?

«No lo es, te lo aseguro. No me quiere, eso es todo.»

—Ahora debo marcharme. En cuanto a ese apartamento, no creo que lo acepte. Por el momento, estoy en casa de una amiga, pero gracias por haberme ayudado a encontrar trabajo.

—Lo siento de verdad, todo. No sabes cuánto me gustas. No solo eres guapa, también eres misteriosa, además de una chica decente. Otra en tu lugar habría salido con toda la universidad, pero tú vas a tu aire e incluso te has hecho amiga de una nulidad como yo.

—¿No eres una nulidad! Eres un chico estupendo y encontrarás una chica perfecta para ti. Estoy segura. Es más, si puedo darte una pista, en el curso de Literatura hispanoamericana hay una pelirroja que no te quita ojo.

—¿De verdad? ¿Cuál? ¿La que va siempre vestida de verde esmeralda?

—Exacto, así que te has dado cuenta. Me alegro.

Se ríe y sus dientes blanquísimos brillan como luciérnagas.

—Es mona, sí. Y me he dado cuenta de que me mira.

—Entonces, ¿a qué esperas? —susurro poniéndome de pie—. Ahora debo marcharme.

—Te acompaño.

—No, tranquilo, prefiero ir sola. Cogeré el autobús.

—¿No quieres que vaya contigo hasta tu casa?

—Quiero que vayas a divertirte, que encuentres una chica guapa con la que pasar las noches y que asistas a las clases de Poesía solo porque te gusta y no por mí.

—En ese caso, creo que dejaré de ir. Sé que el profesor Lord cae bien a todos, pero yo no lo soporto.

Nos despedimos, finjo que voy a la parada del autobús, pero luego me desvío hacia casa de Byron.

Vivir con él no es fácil.

Pero, por encima de todo, no es fácil vivir conmigo misma, con estos sentimientos extraños que brotan en mi interior, con estas emociones que no reconozco. A veces tengo que hacer un esfuerzo para encontrar palabras nuevas que me describan, porque me da la impresión de que las justas no

pertenecen al vocabulario de mi vida o que pertenecen con unos significados completamente diferentes.

Amor, en lugar de apego desesperado para no quedarme sola.

Deseo, en lugar de necesidad animal de ofuscar la memoria.

Miedo, no de morir, sino de tener que vivir sin él.

A veces, la sensación de que él también me quiere, de que me desea y de que tiene miedo a perderme me ilumina como una luz deslumbradora, pero luego pienso que no, que no es posible, que solo lo atraigo, que mi aspecto engaña sus percepciones, le hace creer que la luz de una vela es un cometa. Si me conociera de verdad, si supiera todo de mí, escaparía. Sus sentimientos se volverían banales y sus deseos, pedestres.

¿Cómo puedo contarle que soy mercancía podrida desde que tenía doce años, que he bebido, robado, fumado, herido y matado, que he intentado suicidarme?

Él es tan respetable, tan honrado, tan regio.

Le seduce el misterio que me rodea, pero, si lo conociera, le repugnaría.

Quizá solo quiera tratar de olvidar el gran amor que ha perdido, su dulce mujercita de sonrisa exhausta.

No me quedará mucho más tiempo en esta casa. No puedo. No es que no me guste, al contrario, me encanta. Cuando vuelvo tengo la impresión de que es mía. Incluso el cuarto de baño sin paredes empieza a resultarme simpático. Hay un rincón perfecto para Escila, ahora está más verde y carnosa. En esta casa a veces tengo la impresión de haber vuelto a la edad de la inocencia.

Mañana me marcharé, no me queda más remedio, me estoy encariñando con todo, incluso con las cosas, y, cuanto más fuerte sea el nudo, más sangraré cuando deba arrancarlo. Tengo que aflojarlo, deshacerlo, o moriré desangrada. Así que, dado que es la última noche, decido celebrarlo. No sé qué, pero quiero celebrarlo.

Estoy sola y doy rienda suelta a la alegría. Pongo un viejo cedé, una de las cosas que he llevado siempre conmigo fuera donde fuera sin saber muy bien por qué. Ahora lo sé: debía servirme para hoy, para esta noche, para este momento. Descalza, vestida con los pantalones cortos y una camiseta, decido hacer un dulce. Después limpiaré todo, él no lo notará. A ver si recuerdo la receta del *tiramisú*. El sabor de los ángeles y la pasión. Para mí es así: lo asocio al sexo y a la ternura, fundidos, como si no pudieran vivir el uno sin el otro.

Es tan divertido bailar, cantar, ser yo misma sin farsas ni miedo, es tan infantil y maravilloso que no lo oigo llegar. De repente, noto un movimiento a mi espalda y me vuelvo. El cuenco se me resbala de las manos y el contenido cae al suelo. No me puedo sentir más estúpida y vulnerable.

Byron me mira fijamente, como si estuviera hipnotizado. Va vestido como un vampiro matón: vaqueros negros, camiseta de color púrpura, cazadora de cuero, un anillo de plata en el pulgar, el pelo suelto y despeinado casi le roza ya los hombros. Se acerca a mí, nos miramos y, después, perdemos la noción de todo.

Byron ha alquilado un coche y hemos viajado cuatro horas por Massachusetts, hasta llegar a la ciudad más septentrional de Cape Cod. Ahora que hemos llegado, me parece increíble. Contemplo el océano Atlántico como si fuera un cuadro. Jamás he visto un azul así. En el cielo hay algunas nubes, pero, aun así, todo resplandece. Cuando viajaba con Marcus vivíamos de noche, como los murciélagos, de un local a otro, borrachos y cansados, y dormíamos durante el día. Me he perdido muchos colores y mucha luz.

—Voy a comprar algo de comer —me dice Byron abrazándome. Noto que un suspiro de preocupación quiebra su voz. Ha sonreído durante todo el viaje, hemos charlado, hemos escuchado música y hemos guardado un silencio pacífico, uno de esos silencios que no pesan, que son como palabras, pero ahora sus ojos verdes se han ensombrecido.

—Te acompaño —le digo.

—No, quédate aquí. Disfruta del panorama. Respira este aire tan bueno. Vuelvo enseguida.

Me besa en el cuello, sus labios están ardientes. Su barba ligera me hace cosquillas. Me aferra la cara con las manos, me mira como si fuese la última vez que me viera.

No puedo convencerlo, dice que debe ir solo y, al final, no insisto. Con todo, siento un dolor repentino e inexplicable.

Deambulo por la casa mientras él está fuera. Debe de haber pedido a alguien que limpie un poco, porque, a la luz natural, no se ve una mota de polvo. Me parece extraño que apenas haya muebles y que todos sean nuevos, como si los acabaran de comprar. También el colchón está envuelto en celofán. Es una casa bastante impersonal y un poco fría, pero quizá se deba a que él no viene nunca.

«Si era de su madre, seguro que vino con Isobel.

»Es probable que diera todos los muebles que había antes, que podían recordarle a ella.

»También el colchón donde durmió con ella, donde hizo el amor con ella.»

De repente, odio esta casa. Comprendo que es un odio irracional: si un hombre ha estado casado y posee una casa de vacaciones desde hace varios años, es inevitable que su mujer haya pasado tiempo en ella. Es inevitable y normal, pero eso no impide que me sienta fuera de lugar. El cielo me parece más oscuro. El mar se ha vuelto gris metálico. Quiero marcharme.

Pero en ese momento oigo que llaman a la puerta.

¿Byron ya ha vuelto?

No, no es él, es una señora que me parece haber visto ya en alguna parte, a pesar de estar segura de que nunca nos han presentado. Es una mujer guapa, alta, sin duda mayor de sesenta años, pero vestida y maquillada con tal habilidad que parece mucho más joven. Luce un sobrio traje de chaqueta de color beis que debe de costar una fortuna y calza unos zapatos de medio tacón de piel de cocodrilo o de cualquier otro pobre animal con escamas. Su figura emana tal arrogancia que, por un instante, me estremezco.

—¿Busca a alguien? —le pregunto perpleja al ver su expresión hostil. Me escruta con dos ojos de color gris azulado que parecen hechos de cristal astillado.

—Sí, a usted —contesta—. ¿Puedo entrar?

—No, a menos que me diga quién es y qué demonios quiere — respondo. Me irrita su mirada de bruja perversa, la seguridad de quien está acostumbrado a mandar. Me irrita comprobar que, por la razón que sea, me detesta.

—Veo que la fama sobre su mala educación no es exagerada —replica—. Soy Margery Lord.

No puedo por menos que sobresaltarme. Ya sé dónde la he visto: en el álbum de fotos que hay en casa de Byron. Solo que, en esa imagen, la única que tiene de su abuela, ella era mucho más joven, pero aún conserva el aire de Minerva sabelotodo.

Me aparto para dejarla pasar, a pesar de que no tengo ningunas ganas de hacerlo, pero, a fin de cuentas, esta casa es más suya que mía, es su abuela, yo no soy nadie y no tengo ningún derecho a impedirle el acceso. Si he de ser franca, me tienta darle un empujón y hacerla caer de culo en la arena, ordenarle que se esfume, pero trato de contenerme y me obligo a

comportarme bien.

Entra en casa y se mueve con una autoridad que no corresponde a un invitado. Cuando llega a la sala, se quita los guantes de ante de color avellana. Me mira de pies a cabeza y a continuación dice:

—No me dijeron que era usted tan guapa.

¿Debería sentirme halagada? No, porque me siento más bien amenazada. No es un cumplido, suena más bien a un insulto.

—Byron ha salido, pero no tardará en volver —digo haciendo un esfuerzo sobrehumano para no agarrarla por el cuello de su costosa chaqueta y tirarla de allí.

—Lo sé, lo vi salir, pero quiero hablar con usted, no con mi nieto.

—¿Conmigo?

—Me han dicho que se ven a menudo.

—¿Quién le dice todas esas cosas? ¿Tiene espías a su servicio?

—Algo así. En cualquier caso, no he venido para perder el tiempo. Solo quiero comunicarle una necesidad fundamental.

—¿Cuál?

—Esta relación debe terminar. Hoy mismo, mejor dicho, ya.

Me quedo boquiabierta, incluso a mí me turba tanta insolencia.

—Entiendo —digo en tono irónico—, estoy en una película, en la escena en que la pariente rica y cabrona ofrece dinero a la pobretona de turno para que deje a su adorado nietecito a fin de que este pueda casarse con una chica más apropiada, a ser posible rica y de una familia excelente. ¿Me va a pagar en efectivo o con un cheque?

—No suelo malgastar el dinero. No pienso darle ni un céntimo.

—¡Caramba! ¿Quiere convencerme con su prepotencia? Me parece que no funcionará, señora, creo que soy más prepotente que usted.

—Lo sé de sobra. Tengo una lista más bien detallada de las denuncias que hay contra usted, de las peleas en las que se ha visto envuelta, de las veces en que la han arrestado por poseer marihuana, por molestar en estado de embriaguez o por vagabundeo, por no hablar del proceso en que la condenaron a cuatro años de reclusión. Un bonito currículo, lo reconozco.

—¿Usted ha... hecho averiguaciones sobre mí?

—¡No pretenderá que deje a mi único nieto a merced de cualquier fresca!

Nos miramos con recíproco odio. Ahora la mando a tomar por culo, ahora la estrangulo, ahora...

—¿Cómo se hizo esas heridas, señora López? —me pregunta con odiosa frialdad. Me miro las muñecas de forma instintiva. Como siempre, las he tapado con un suéter grande, además de con mis fieles serpientes tatuadas. ¿Cómo es posible que haya notado esas marcas ya pálidas de hace trece años? —. No se preocupe, las ha disimulado bien, solo yo sé de su existencia. No he encontrado documentos oficiales al respecto, pero he podido sacar mis conclusiones. Su madre muere, la confían a su padrastro, usted intenta suicidarse, no lo consigue y, a continuación, trata de matar a ese hombre quemándolo vivo. Solo un burócrata obtuso dejaría de indagar sobre las relaciones que hay entre todos esos hechos. ¿Su padrastro abusaba de usted? ¿Cuántos años tenía? ¿Diez? ¿Doce?

Toda esa violencia me deja sin aliento. La miro con hostilidad y, al mismo tiempo, con un dolor irreprimible. Me siento furiosa, pero lo peor es que, por encima de todo, me siento débil. En la niebla de la cólera, empiezo a intuir su plan, su trayectoria, su objetivo.

—Márchese, enseguida.

—Lo haré, desde luego, no necesito quedarme mucho más en esta casa. Siempre ha estado llena de mujeres mediocres. Mi nuera, la mujer de Byron, unas criaturas ínfimas. Y ahora usted. Pero me temo que también tendrá que marcharse enseguida. No me mire con esa expresión de enojo. Estoy segura de que Byron no sabe nada de su pasado. No se lo ha contado porque sabe que, si lo hiciera, lo perdería. Mi nieto ya ha sufrido bastante. ¿Sabe cómo murió Isobel? No, seguro que no. Probablemente conoce la versión oficial. Infarto. En realidad, se ahorcó, a casi un kilómetro de aquí.

—¿Qué? —Me llevo una mano al pecho, mi corazón está a punto de atravesar mis costillas.

—Veo que Byron tampoco le ha contado nada. Muy bien. Es evidente que no se fían el uno del otro. Isobel se puso una cuerda alrededor del cuello y se colgó de la barandilla de un faro. El bonito faro que se divisa desde el porche. Le hizo un bonito regalo, hace justo un año. Yo estaba cerca y...

—¿Que usted estaba cerca? ¿Acaso la ayudó a apretar el nudo?

—A diferencia de usted, no soy una asesina, señora López. Isobel estaba fuera de sí. Sufría un auténtico trastorno psiquiátrico. Byron tuvo que vigilar a la bestia durante diez años. Diez años de su vida, que habría podido dedicar a una carrera política extraordinaria, malgastados corriendo detrás de las locuras de una paranoica. Diez años de sufrimiento con una mujer que vivía casi encerrada y que se ponía hecha una fiera por cualquier menudencia.

¿Puede imaginar cómo vivió? ¿Sabe lo que significa compartir el día y la noche con una persona insegura y neurótica que se niega incluso a admitir que está enferma, que no tolera que la contradigan y que se rodea de enemigos imaginarios? Isobel se suicidó cuando descubrió que él la había engañado con una alumna. Una como usted. Si es capaz de imaginar hasta qué punto Byron fue fiel al deber y a los vínculos impuestos por el matrimonio, a tal punto que asistió durante diez años a una loca furiosa sin pensar en ningún momento en pedir el divorcio o la anulación, tendrá un cuadro exacto de lo mal que estuvo. ¿No cree que se merece un poco de paz? Ya no pretendo nada de él, ¿sabe?, me he resignado al hecho de que quiera ser profesor toda su vida. Hasta soporto que cante en ese local de dudoso gusto vestido de drogadicto. Pero no permitiré que usted lo destruya. Usted es lo más parecido a Isobel que podría encontrar. Quizá por eso lo atrajo: su infelicidad, su rareza, incluso la violencia que emana. Isobel podía ser muy agresiva. Igual piensa que salvándola a usted de un mal que ignora, pero percibe, podría salvar a Isobel. Además, es usted muy guapa. Isobel, en cambio, parecía una lechuga pasada. El alma atormentada de Isobel y el cuerpo de una diosa. Una combinación fatal. ¿Qué cree que haría si descubriera su pasado? Hay dos posibilidades. Por un lado, podría dejarla. Después de todo, hace unas semanas dijo textualmente: «No estoy a pan y agua... Me gustan las mujeres, en especial las alumnas, reconozco mi debilidad». No diría que eso es una declaración de amor apasionada, según mis anticuados parámetros. O, por otra parte, si las cosas han cambiado más de lo previsto en tan poco tiempo, podría decidir quedarse a su lado. Pero no sería feliz, créame, porque usted lleva el infierno en su interior. Recuerdos dolorosos, autolesiones, depresión y rabia. Byron necesita una mujer que lo tranquilice, no una que le traiga más tormentos. Ya ha tenido bastantes. Por no hablar de su carrera, se la arruinaría. El pasado de usted saldría a la luz y lo dañaría por reflejo.

—Supongo que usted misma se encargaría de darlo a conocer. Igual que, estoy segura, hizo pasar la muerte de Isobel por un infarto. Tengo la sensación de que usted está detrás de todo. ¿Cómo supo Isobel que Byron la había engañado si nunca salía de casa ni veía a nadie?

Margery Lord frunce el ceño, como si mi última deducción la irritase. Me la imagino enviándole fotografías o mensajes anónimos para enloquecerla aún más, con la esperanza de inducirla a realizar un gesto definitivo. Ella no mató a Isobel, pero hay muchas maneras de matar a las personas. Sin contar

con que, si de verdad era tan inestable, quizá habría intentado hacer daño a Byron. Pero supongo que eso era una especie de riesgo empresarial que formaba parte del paquete.

—No lo habría podido ocultar todo si Byron no hubiera estado de acuerdo —continuó—. Estaba tan cansado, deseaba tanto cortar todos los lazos, que consintió. Esto debería darle una idea más precisa de lo mucho que quería poner punto final al pasado. Estaba al borde del agotamiento. ¿Quiere condenarlo a sufrir otra vez por su culpa? Piénselo y saque las conclusiones que prefiera. Yo me marchó. Haga lo que le parezca. Le he dado elementos sobre los que reflexionar y le garantizo en nombre de los Lord, en nombre que me importa por encima de todo, incluso de mí misma, que no he exagerado el infierno que vivió Byron durante diez años y la necesidad que tiene de vivir, por fin, sereno.

Con estas palabras, apretando los guantes en un puño menos relajado de lo que parece, se marcha y me deja a solas con mi infierno personal.

Estoy viviendo una trágica sensación de *déjà vu*. Solo que esta vez estoy al otro lado de la trinchera, en el punto exacto en que se dispara y se muere.

Recuerdo cuando, hace casi tres años, traté de alcanzar el mismo objetivo: separar a Penny de Marcus. Estaba tan desesperada y alterada que traté de infundirle miedo y presionarla. Actué de manera astuta y mezquina, pero me sentía tan sola, tan infeliz, que lo hice en legítima defensa.

A pesar de todo, el tiempo y la vida se han vengado. Debo creer en la existencia del karma.

Margery Lord me ha infligido la misma pena.

Me ha mostrado algo que yo ya sabía: no soy la mujer adecuada para Byron. Él no está enamorado de mí, solo soy un entretenimiento agradable que satisface su lado rebelde.

Pero Margery Lord me ha hecho conocer también a alguien de quien no sabía nada: Isobel.

El descubrimiento de que Byron no la idolatraba no me consuela. Temo que el sentimiento de culpa puede ser un peligro más fatal que un antiguo amor imperecedero.

Él mismo me dijo en una ocasión que le recordaba a ella. ¿De verdad estará tratando de salvarla a través de mí? ¿Intenta recomponer mi fragilidad por ella? ¿Por eso me ha traído a Cape Cod, para unir de nuevo un hilo? ¿Le atraigo porque le atraen las mujeres que son combativas por fuera y

desesperadas por dentro? Ella sufría una auténtica enfermedad mental, pero yo... ¿acaso no estoy loca en cierta medida? ¿Acaso no soy también, a mi manera, una víctima que se siente perseguida? ¿No he intentado suicidarme también? ¿No gruño a la humanidad entera? En las pocas fotos en que aparezco, ¿no muestro una sonrisa apagada como la de Isobel? Diagnóstico psiquiátrico y aspecto físico aparte, nos parecemos en muchas cosas. En mi vida nunca ha habido nada normal.

Pero él no se parece en nada a Marcus y, pese a eso, lo quiero. Lo quiero tanto que hago prevalecer el miedo a hacerle daño sobre el miedo a perderlo.

Ahora sé lo que se siente, jodido karma, ahora lo sé. No quiero que, por mi culpa, se condene a una vida que no deseaba de verdad, a la que se mantiene aferrado por sentido de la responsabilidad, del honor, quién sabe por qué otro retorcido motivo, pero no por amor.

Miro en derredor, está anocheciendo. El corazón me pesa tanto que tengo la impresión de que no tardará en desgarrarme el pecho y caer al vacío del mundo.

Lo quiero como nunca he querido a nadie.

Lo quiero tanto que no trato de retenerlo como sea, a diferencia de lo que hice con Marcus.

Estoy segura de que estará mejor sin mí. Solo y, un día, con una mujer radiante.

Yo soy la oscuridad.

Así que es mejor que me vaya.

CAPÍTULO 18

EN VERMONT

Penny aparcó la camioneta en el sendero que había delante de la casa. El viaje había sido más largo de lo habitual, había tenido que ir al centro urbano más próximo a Green Prairie, que se encontraba a unos ochenta kilómetros al norte. Una ciudad más grande, más poblada, en la que era más fácil pasar desapercibido. No porque hubiera hecho nada malo, sino porque quería evitar como fuera a la señora Mansell. Si la hubiera visto, la habría acibillado a preguntas y las más inocuas habrían sido: «¿Dónde está Marcus? Hace dos días que lo vi marcharse en el autobús y tenía una cara... ¿Habéis roto?».

No habían roto, aún no. Pero él se había marchado de verdad sin explicarle exactamente qué iba a hacer. En los últimos días se había comportado de forma cada vez más extraña, estaba inquieto, como alguien que espera una noticia que puede aliviarlo o, por el contrario, atormentarlo. Además, había comprado un móvil y, Penny estaba segura, había llamado con él fuera de casa para que ella no lo oyese.

En pocas palabras, los síntomas eran alarmantes, presagiaban lágrimas. Le había dicho que iba a Connecticut a ver a Sherrie, pero Penny estaba segura de que no era cierto. Habría podido llamarla para comprobarlo, pero prefería no saberlo. Prefería engañarse pensando que no le había mentado y que no se había marchado para buscar a Francisca.

Exhaló un ruidoso suspiro, a la vez que apoyaba los brazos en el volante y la frente en estos. Bajó los párpados y sintió que la invadía una oleada de desesperación. Permaneció así unos minutos, alternando una infelicidad y una sensación de náusea desgarradoras.

Después, decidió que era hora de apearse.

Los días eran cada vez más fríos y el cielo tenía el color de las perlas: la nieve se avecinaba. Se arrebujo en el anorak y se precipitó hacia la casa.

Todo era tan familiar y tan solitario. Todo parecía oscuro, sin colores: un blanco y un negro amarillentos, aunque el negro tendía a dominar sobre el blanco.

Se llevó una mano a la frente y comprendió que debía poner punto final a una parte de aquella tortura mental. Se quitó el anorak y rebuscó en la gruesa bolsa de lana. La trenza le resbalaba por un hombro, estaba pálida y había adelgazado, sus ojos castaños parecían esquirlas de caramelo quemado.

En ese momento, oyó que llamaban a la puerta. Varios golpes decididos. ¿Quién podía ser?

Mientras iba a abrir, tuvo una fuerte arcada. Abrió la puerta, con la cara poco menos que verde, y el estupor aumentó la náusea. Mucho, mejor dicho, muchísimo.

En el umbral, vestida de forma sin duda poco apropiada para el frío de esas montañas casi nevadas, estaba Francisca.

Tanto abrió los ojos debido a la sorpresa que poco faltó para que se le cayeran. De hecho, los cerró y los volvió a abrir, pensando que era un error causado por las largas noches insomnes, el cansancio y los pensamientos desagradables.

Pero Francisca seguía allí. Vestía unos vaqueros ceñidos y oscuros, una cazadora de piel encima de una camiseta blanca y unas botas de tacón plano, del mismo color que los vaqueros, un extraño y agradable cruce entre los zapatos de una muñeca y los de un *cowboy*. A un hombro llevaba una mochila grande de color verde militar.

—¿Qué...? —susurró Penny conteniendo la enésima arcada gracias a un fuerte ejercicio de autocontrol.

Francisca la miró y Penny notó algo extraño en el fondo de sus ojos.

Lágrimas.

¿Estaba llorando?

Pero lo raro no era solo al agua salada que bordeaba sus párpados: toda su cara era diferente. Era distinta de la joven que, hacía casi tres años, la había obligado a dejar a Marcus haciéndole chantaje psicológico. Seguía siendo guapísima, pero parecía más frágil, extrañamente delicada, sorprendentemente suave. Penny había dormido demasiado poco las últimas noches, de manera que reconoció de inmediato en su cara las huellas de haber pasado muchas horas sin reposo: Francisca tenía unas ojeras profundas,

estaba pálida y no iba maquillada.

—¿Puedo entrar? —le preguntó.

Penny la miró incrédula unos segundos más, luego se hizo a un lado.

—¿No está Marcus? —preguntó Francisca.

—No.

— ¿Pero volverá?

—No lo sé.

—¿Cómo es posible que no lo sepas?

—Creía que lo sabías tú.

—¿Yo?

—Creía que..., bueno, que había ido a verte. Pero, entretanto, tú has venido aquí. Veo que seguís unidos —afirmó.

—No mucho, dado que él no está —murmuró Francisca. Se dejó caer en el sofá y se metió un mechón detrás de una oreja. Sus dedos temblaban como sutiles hilos de hierba—. Perdona que me haya presentado sin avisar, pero no sabía adónde ir y recordé el número de teléfono y gracias a él di con el pueblo. El chico de la tienda me dijo dónde vivíais en la parada de autobús. He andado casi una hora. —Calló, alzó los ojos hacia Penny, dos ojos cada vez más empañados y extraviados—. He viajado toda la noche, he cambiado tres veces de tren y luego he cogido un autobús. Esto es precioso. Es muy salvaje, el horizonte a lo lejos, muy poca gente. El lugar ideal para Marcus.

—Quién sabe —susurró Penny.

Por primera vez desde su llegada, Francisca la escudriñó. Sus pupilas oscuras se concentraron.

—¿Qué quieres decir?

Jamás habría imaginado que confiaría sus temores a ella. La mujer que se lo había arrebatado de manera artera; la que, con toda probabilidad, estaba a punto de arrebatárselo de nuevo. Pero se sentía abrumada por la angustia, había rumiado siglos de pensamientos trágicos, no dejaba de contener la respiración tratando de contener, con esta, las terribles conclusiones a las que había llegado, y necesitaba hablar. Además, no le iba a servir de nada hundir la cabeza en la arena. La verdad no se desvanece, aunque la niegues. Así pues, susurró:

—Que no tengo la menor idea de dónde está Marcus. Que se marchó hace dos días casi a hurtadillas. Lo llamé, pero me pareció que no quería decirme dónde estaba y oí la voz de una mujer joven. Creía que eras tú. Pero si tú estás aquí... ¿No os habéis visto, no habéis hablado?

Francisca frunció el ceño.

—Claro que no.

—¿No te ha llamado?

—No he hablado con él desde que me ordenó que no volviera a llamarlo ni tratara de ponerme en contacto con él.

—Pero entonces... quizá..., quizá haya ido a verte de todas formas. Estoy segura. Estoy convencida de que me ocultaba algo y eso es lo único que querría ocultarme. Y tú... ¿qué haces aquí si...?

Francisca apoyó la espalda en el respaldo del sofá, casi hundiendo su cuerpo cansado.

—Además de que nadie puede obligarme a hacer o a dejar de hacer algo si no estoy convencida, no he venido por el motivo que piensas. Seré breve: no quiero a Marcus. Ya no lo quiero. Nunca lo he querido. Fuimos cómplices, amigos, amantes, pero el amor... Nunca tuvimos la menor idea de lo que es.

—En ese caso...

Penny se interrumpió. La necesidad de vomitar se hizo tan impelente que tuvo que correr al cuarto de baño. Se arrodilló al lado de la taza y tiró lo poco que había comido.

Oyó confusamente los pasos de Francisca acercándose a la puerta.

—Suelo ser yo quien vomita —le dijo—, pero por otros motivos. No pareces bebedora. ¿Estás embarazada?

Penny se sobresaltó, como si le sorprendiera ser tan transparente, como si hubiera tenido intención de fingir que había comido mal y la pregunta directa de Francisca la hubiera desconcertado. Alzó la cara, alterada.

—No lo sé.

—¿Tienes algún retraso? ¿Desde cuándo?

Penny se levantó y se enjugó la cara con expresión de desaliento.

—Hace bastante. Más de lo que podría considerarse un banal retraso.

—Y no le has dicho nada.

—No. El parecía tan extraño, tan huidizo y, la verdad, creo que aún te quiere. ¿Qué podía decirle? «¿Sabes, Marcus? Creo que estoy embarazada. Es inútil que pretendas desentenderte, no te queda más remedio que hacer de padre. Y no tengo la menor intención de deshacerme del niño, así que será mejor que te resignes.» Tengo la impresión de que se ha cansado de mí. Me quiere mucho, desde luego, pero la vida lo llama en otro lugar. Lo lleva a ti, estoy convencida. Últimamente llamaba a escondidas al alguien y a veces era como si... como si me desaprobara por alguna razón. Como si quisiera

decirme algo y se contuviese. Si supiera que estoy embarazada, quizá se quedaría a mi lado, pero no quiero obligarlo. No quiero que me compadezca. Si no me quiere, que le den por culo.

Francisca esbozó una sonrisa.

—Eso está mejor. Que les den por culo a todos los hombres que solo están con nosotras por compasión. Su compasión nos la metemos en el...

—¿A quién te refieres? No estás hablando de Marcus.

—No, claro, estoy hablando de... Byron.

—¿Quién es Byron? —El interés de Penny aumentó, la miró con los labios entreabiertos, asombrada.

—El hombre que conoció a la capulla de Fran y la transformó en una Francisca desesperada.

Si, hace tres años, le hubieran dicho que en un día gris de finales de noviembre Francisca y ella se iban a sentar en el sofá, al lado de Tigre, que holgazaneaba, y que iban a hablar, no como enemigas, no como dos duelistas que quieren arrancarse los ojos de las órbitas, sino como dos almas perdidas, resentidas por miedos silenciados, Penny jamás se lo habría creído.

En cambio, así sucedió. Se sentaron en el sofá de *chintz* con estampado de flores, con Tigre en el medio, y hablaron con una calma inaudita. Penny le contó que había olvidado tomarse la píldora anticonceptiva dos veces sin querer, sin hacer cálculos mezquinos, porque el estrés que, desde hacía dos meses, le causaba el extraño comportamiento de Marcus la distraía mucho. Le dijo que esa mañana había ido a la farmacia a comprar el test, pero que aún no lo había hecho.

Francisca le contó todo sobre Byron. Penny la miró a los ojos mientras hablaba, unos ojos velados e indefensos, como corazones arrancados del pecho y expuestos a la intemperie del mundo. Jamás la había visto así. Estaba guapísima y rebosaba amor.

Cuando el torrente de palabras cesó, Penny murmuró:

—Byron estará muy preocupado. Has desaparecido. Deberías llamarlo y decirle que estás bien.

—Nunca lo haré.

—Me parece un comportamiento un poco estúpido.

—No más estúpido que el tuyo, que te guardas la feliz noticia, solo porque se te ha ocurrido la idiotez de que Marcus quiere dejarte. Si quieres saberlo, me parece una verdadera gilipollez.

—Si lo hubieras visto..., rumiaba algo, estaba atormentado. Debía

tomar una decisión y vacilaba. Luego, de buenas a primeras, después de pasar varios días haciendo extrañas llamadas telefónicas en el pajar, para que no pudiera oírlo, me anunció que tenía que marcharse lo antes posible. Estoy segura de que ha ido a Massachusetts a buscarte.

—Permíteme que te diga que me parece una memez colosal, pero, si la cosa te turba tanto, llámalo y pregúntaselo. Tardas un segundo.

—Y tú llama a Byron.

Francisca sacudió la cabeza resoplando.

—Somos dos imbéciles. Jamás me he sentido así.

—Estás enamorada. El amor vuelve imbécil a cualquiera. A todos salvo a Marcus. Él..., él sigue siendo el cabrón de siempre. Un cabrón adorable, me gusta así, pero, quizá, cuando se enamore de verdad...

—Llámalo de una vez. Dile: «Mueve el culo y vuelve a casa, tengo que decirte algo».

—Lo haré si tú llamas a Byron.

—¡Yo no tengo nada que decirle! No estoy embarazada. Tengo apagado el móvil, así tampoco podrá llamarme él y comprenderá que lo nuestro ha terminado.

—No ha terminado. Se ve el amor en tus ojos.

—¡Claro que se ve el amor en mis ojos! —Francisca se puso de pie de un salto y se movió con nerviosismo por la habitación. Penny la imitó, pero para correr de nuevo al cuarto de baño.

—Ahora hazte el test. Con un retraso de dos meses, diría que está bastante claro —le gritó Francisca—. Luego lo llamarás. ¿Cuándo piensas decírselo? ¿Cuándo rompas aguas? Llámalo y pregúntale dónde está. Si ha ido a buscarme, cosa que dudo, me lo pasas para que lo mande al infierno. Solo quiero a Byron y, dado que no puedo tenerlo, los hombres se pueden ir al infierno.

Penny se hizo todos los tests que había en la caja. Tres. Todos fueron indiscutiblemente positivos. La rayita que indicaba el embarazo era tan nítida que casi se la podía oír gritar: «¡Eh, tú, no le des más vueltas! ¡Estás embarazada, no hay la menor duda! ¡Así que no pierdas más tiempo y muévete!».

Penny se hundió en el sofá aturdida, confundida por la certeza.

—¿Y ahora qué hago? —murmuró como si estuviera hablando sola.

—Lo que te he dicho antes. No tienes otra alternativa.

—Lo llamaré si tú llamas a Byron.

—No pienso hacerlo. Estará mejor sin mí. Su abuela es una vieja cabrona avinagrada, pero tiene razón. No le convengo.

—Las viejas cabronas avinagradas nunca tienen razón. Lo único que quiere es que su nieto se case con una que tenga dinero. Si fueras una psicópata, pero pertenecieses a una familia bien situada y acaudalada, le gustarías, aunque fueras por ahí con la camisa de fuerza, una soga al cuello y un hacha clavada en el cráneo. Mi abuela Barbie, que no era una cabrona avinagrada, todo lo contrario, decía siempre que el amor es un milagro, bajo cualquier cielo, a cualquier edad e incluso entre personas en apariencia irreconciliables. Mejor dicho, aún más entre personas en apariencia irreconciliables. Los milagros son prodigios, ¿no? Criaturas condenadas a la muerte se curan y renacen de repente. Si puede sucederle al cuerpo, ¿por qué no al alma? —Sorprendida aún de sí misma y de la sencilla familiaridad con la que hablaba, Penny le contó la historia de la casa, le habló de Thomas y Barbie, de su relación, que había sobrevivido al tiempo y a la tempestad—. Barbie decía que, al principio, el mal hace más ruido, que su estruendo infernal ahoga el canto más dulce del bien y que su sombra es más larga, pero solo en apariencia, porque la que manda no es la sombra, sino la luz. La luz es la que decide cuánto vivirán las sombras. La luz es el director de orquesta que a veces te pone a prueba, que te obliga a practicar mucho, que hace que te sangren las yemas de los dedos en las cuerdas del violín o en las teclas del piano o que te debilita los pulmones con la trompeta, pero que no lo hace por crueldad, sino para que la música sea al final perfecta. Y nada sucede por casualidad. Antes de tirar por la ventana la posibilidad de formar parte de un milagro, conviene reflexionar un poco y dar una oportunidad a la luz.

Francisca había cogido en brazos a Tigre y lo acariciaba con ternura.

—Eso vale para ti —murmuró—. Eres perfecta para Marcus. Por eso te odiaba. Apenas te vi en la cárcel, comprendí que disiparías la niebla en que vivía. Carita de jodido ángel.

—¿Te refieres a mí? ¿Carita de jodido ángel?

—Pues sí, a ti, con ese aire de cuadro antiguo, con esos ojos sin la menor sombra. Te odié a muerte porque sabía que lo harías feliz, así que traté de engañarte, porque me preocupaba más mi dolor que su esperanza. Quería que se conformara con mi oscuridad. Creo que el destino se está vengando y me lo está haciendo pagar con el mismo remedio.

—Puede ser —dijo Penny con firmeza—, pero ahora ya lo has probado,

has probado su sabor y sabes lo malo que es. Has aprendido, te has arrepentido. El director de orquesta estará satisfecho. Ahora puedes tocar tu melodía sin miedo, porque has salido de la oscuridad.

—Pero Byron no me quiere, solo le doy... solo le doy pena.

—Eso es lo que piensas y lo que esa bruja trató de hacerte creer, pero no sabes si es cierto.

—Igual que tú no sabes si es cierto que Marcus ya no te quiere.

—Creo que debemos aclarar las ideas. Vivir instalada en la duda es una tortura. Si sigo así, adelgazaré cada vez más y el niño nacerá tan pequeño como un gnomo y tan delgado como el tronco de un ciprés.

—Si es hijo de Marcus, lo dudo. Y si tú eres nieta de Thomas, lo dudo aún más. Por las fotos que veo en la chimenea, era todo un hombretón. Entre los dos saldrá un niño bien plantado.

—O una niña como Fiona, la de *Shrek*.

Se echaron a reír de forma espontánea y luego se miraron estupefactas.

—Creo que ya no te odio —dijo Francisca.

—Yo nunca te he odiado.

—Porque eres un jodido ángel.

Penny se rio de nuevo.

—Te propongo una cosa: yo llamaré a Byron.

—¿Tú?

—Sí, al menos para decirle que estás bien, así dejará de pensar que te has ahogado en el Atlántico con una piedra atada al del cuello.

—Mmm... Sí, está bien. Aunque no creo que le importe y...

—Eres una cabezota.

—Él también lo dice siempre.

—¿Y luego?

—Luego me besa, cocina para mí, me acaricia el pelo y me estrecha la mano. Y hace el amor conmigo, no contra el mundo.

—Me parece un buen comienzo. Dame tu móvil. Después llamaré a Marcus y le diré que mueva el culo y vuelva a casa. —Sonrió apoyando una mano en la barriga.

Un niño allí, en su cuna de carne.

«Seguro que Marcus ha ido a casa de Sherrie.

»Su comportamiento no tiene nada de misterioso.

»Solo está cansado.

»Francisca le da igual.

»Él me quiere a mí.

»Y será tan feliz como lo soy yo.»

Buscó el número en el móvil de Francisca.

A la primera llamada, le respondió una voz masculina entrecortada. Una voz realmente bonita. Tan suave y cálida como el jarabe de arce. Atenta, ardiente. No era la voz de un hombre que solo sentía compasión.

—¿Francisca! ¿Dónde estás?

—Esto... Hola, ¿eres Byron?

—Sí, soy yo, pero tú ¿quién eres? ¿Dónde está Francisca?

—Está aquí conmigo. Está muy bien. Soy Penny.

—¿Penny?

Se oyó un crujido extraño y ruidoso, como si el móvil estuviera pasando bruscamente de una mano a otra. Después, alguien rugió en el auricular.

—¿Penny? ¿Por qué llamas a este tipo?

La voz colérica de Marcus le demostró de forma inequívoca que ella tenía razón.

Había ido a Amherst.

Había ido a buscar a Francisca.

De una forma u otra, había encontrado a Byron.

A veces la luz se apaga.

CAPÍTULO 19

MARCUS

—¿Monty? Soy Marcus.

—Dios mío, qué extraña coincidencia. Te iba a llamar. ¿Tienes un móvil nuevo?

—Sí, pero no quiero hablar de eso ahora. Te he llamado porque necesito que me hagas un favor.

—Si puedo, será un placer. Como te he dicho, iba a llamarte. Quiero hablarte de Francisca. Pero tú ¿dónde estás? ¿Estás en Vermont?

—No. Háblame de Francisca.

—Annie y yo estamos muy preocupados. Hace varias semanas que no sabemos nada de ella. Confiábamos en que hubiera hablado contigo.

—No, no hemos hablado. ¿Por qué estáis preocupados? ¿Solo porque no ha llamado?

—Por eso y porque no responde al teléfono. Tengo la impresión de haber cometido un error, Annie no deja de reprocharme mi ligereza.

—¿Qué has hecho?

—Un hombre llamó y fui tan imprudente que le di su dirección, sin pensar en que antes debería haberle pedido permiso. Fui un incauto, pero creía que le estaba haciendo un favor.

—¿Qué hombre?

—Su padrastro.

—¿QUÉ?

—No sé cómo me encontró, pero me preguntó si sabía algo de ella y dónde vivía.

—¿Y tú se lo dijiste? ¿Cuando quieres eres realmente idiota, Monty! ¿Fran desapareció entonces?

—Sí, hace más o menos tres semanas. Creo que fue al día siguiente de Halloween.

—¿Y me lo dices ahora? ¡Dame enseguida la dirección de Fran! Si estuvieras aquí, te estrangularía con mis propias manos, Monty.

—No... no pensaba que fuera tan grave.

—El camino del infierno está empedrado de buenas intenciones, ¿no te lo han dicho nunca? ¡Dime la dirección!

—Ok, pero por prudencia te voy a dar también la del lugar donde trabaja, pero ¿qué puede haber ocurrido? ¿Debo asustarme?

—No tendrás tiempo para asustarte, porque si le ha sucedido algo a Fran, iré ahí y te molere a palos. Estarás demasiado ocupado recogiendo tus huesos, que te romperé uno a uno, para tener miedo.

Fran no está en la dirección que me dio Malkovich. Ahora vive en otro sitio, por lo visto dejó el piso hace unos días. El lugar donde trabaja está cerrado, pero detrás del cristal veo a un chico con un ordenador, sentado a una mesa minúscula. ¿Cómo puede trabajar Francisca ahí dentro? Debe de haber cambiado mucho desde que pegó fuego a todo. Llamo al cristal, hago gestos al chico. Él me observa y se repite el consabido proceso mental, las historias de siempre, el desconcierto que suele despertar mi aspecto de matón. Al final, sin embargo, logro convencerlo y me abre.

¿Fran trabaja de verdad en esta jaula? Es todo tan azucarado, tan verde, rosa y una larga serie de colores que acabarían con la vida de un diabético que casi siento náuseas. Seguro que me daré un golpe en la cabeza con una de esas lámparas absurdas en forma de tetera.

El chico, un tipo pequeño y delgado, poco más que un adolescente, parece alguien corroído siempre por la culpa.

—¿Qué hora es? —me pregunta—. Estaba cargando un cedé y no me he dado cuenta. Si la Reina de Corazones se entera de que he entrado a escondidas al amanecer para hacer mis cosas y...

—Tus problemas me importan un carajo. Solo quiero saber dónde está Fran.

—¿Fran? ¿Te refieres a Francisca?

—Eso es.

—¿Y tú quién eres? —Me observa con el ceño fruncido, ladea la cabeza y guiña los ojos.

Valiente, *el-chico-escobilla-de-retrete*. Va vestido de negro, en

contraste con los colores cariogénicos de la sala de té, apenas me llega al esternón, podría estrangularlo con una sola mano, pero, aun así, me afronta con aire aguerrido. Mi querida Fran, ¿es este tipo una de las víctimas de tu belleza diabólica? El único motivo por el que el señor Hormiga chulea conmigo solo puede ser una grave agitación hormonal.

—¿Quién eres tú! —replico cruzando los brazos en el pecho.

—Un amigo suyo. Bueno, al principio me gustaba, pero después de que me dijera seis veces que me quitara de en medio, pensé que quizá era mejor no insistir. Ahora me gusta Sophia.

—No sé quién es Sophia, pero, así, a primera vista, creo que has hecho bien. ¿Dónde está Fran?

—Con Byron, ¿no? Sé que quieren mantenerlo en secreto, que no debe saberse, pero es obvio que esos dos están juntos, Sophia me lo ha dicho. Eve me ha jurado que me hará el culo jirones si se lo digo a alguien.

—A mí puedes decírmelo, o lo haces o seré yo el que te haga el culo jirones. ¿Quién es Byron? —insisto.

—Byron Lord, el dueño del Dirty Rhymes. Un buen tipo. Yo toco en su banda y...

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No sé dónde vive, puede que Sophia lo sepa.

—¿Puedes llamar a Sophia y preguntárselo? Estoy, ¿cómo puedo explicártelo?, estoy perdiendo la paciencia. No soy enemigo de Fran, no tengo malas intenciones. Debo decirle una cosa importante.

—Te pareces un poco a ella. No físicamente, ¿eh? Ella es guapísima y tú eres... bueno, asustas un poco, ¿puedo decirlo? En cualquier caso, parecéis parientes.

—En cierto sentido lo somos. Llama a Sophia.

La llama, hace un kilométrico y confuso preámbulo tratando de explicarle quién soy y qué quiero y, cuando ella comprende que me ha hablado de Fran y de Byron, le riñe. Oigo su voz aguda y ansiosa. No sé quién es toda esta gente, solo debo encontrar a Francisca, saber si está bien, si ese pedazo de mierda ha vuelto a aparecer en su vida, así que le arrebató el teléfono.

—Oye, Sophia, estoy buscando a Fran, es muy importante. Me llamo Marcus.

Al otro lado de la línea se produce un breve silencio de asombro.

—Marcus. Ese nombre me dice algo. Puede que Francisca te haya

nombrado alguna vez. No habla mucho de ella, pero estoy segura de que... Ah, sí, un día se le resbaló la pulsera de cuerda en el lavabo. La agarró al vuelo y la dejó secándose en un estante antes de volver a ponérsela. Curioseé un poco: vi tu nombre detrás. En cualquier caso, creo que tendrás que resignarte. Ya no lleva esa pulsera. Ahora está con Byron.

—Si alguien me explica quién es Byron y dónde puedo encontrarla, todo esto quedará resuelto.

—Es su... novio. Están muy bien juntos.

—¿Tengo que presentar una solicitud por escrito para saber dónde vive?

—Yo... no sé dónde está exactamente su casa. Lo único que sé es que queda cerca del campus. Puede que Eve lo sepa. Seguro que sí.

—En ese caso, ¿puedes hacerme el favor de llamar a la tal Eve y preguntárselo? Es muy importante.

—De acuerdo. La llamo y luego te digo. Sea como sea, no los encontrarás allí, se han ido a pasar unos días fuera. Creo que no volverán hasta el domingo.

—Solo quiero saber si está bien. Si el tal Byron no le ha tocado un pelo, conservará la vida y, en caso contrario, a pesar de ser hoy el Día de Acción de Gracias, tendrá muy poco que agradecer.

Sé que es irracional, pero me siento culpable por no haber estado al lado de Fran cuando me necesitaba. Buscamos a ese monstruo durante años y no lo encontramos. Y va y aparece ahora, cuando ella está sola. Sé que sabe defenderse, pero yo debería haber estado allí. La aparté de mi vida en el momento menos oportuno, suponiendo que exista un momento oportuno para borrar de tu vida a alguien al que has querido mucho.

Voy a la dirección que me han dado y enseguida comprendo que el tal Byron debe de ser rico. El barrio y el edificio dicen con toda claridad: «Tengo mucha pasta y estoy muy bueno». Un niño bonito engreído. Fran, mi querida luchadora, ¿cuánto has cambiado? ¿Has perdido la cabeza?

Subo la escalera hasta el último piso. Llamo impetuosamente a la puerta. A decir verdad, si es cierto que se han ido a pasar fuera el Día de Acción de Gracias, dudo que haya alguien, pero no quiero dejar nada por intentar antes de marcharme. Como Francisca se obstina en tener el móvil apagado y no tengo otros puntos de referencia, solo me resta elegir entre marcharme o tirar abajo la puerta. Para buscar algo, no sé qué, puede que solo un indicio que me confirme que está bien.

Pero alguien me abre.

Reconozco que no me lo había imaginado así, al tal Byron, me refiero, pues, según me dijo Sophia cuando la llamé, también enseña poesía en la universidad. Me lo imaginaba más aristócrata y altivo, un mujeriego debilucho. Una buena napia, dientes de caballo, una chaqueta de *tweed* y aire de *estoy-en-la-cima-del-mundo-pero-si-me-tocas-me-cago-encima*, pero, por encima de todo, un tipo de cincuenta años.

En cambio, no tiene muchos más de treinta, es alto, no me mira directo a los ojos por una decena de centímetros. No tiene en absoluto el aspecto de cansarse abriendo un tarro de mermelada. Tiene el pelo largo, la barba y el aire de motociclista colocado. Sí, parece un tipo que se ha fumado unos cuarenta canutos o, quizá, solo esté hecho trizas. Lo único seguro es que, en cuanto me ve, su expresión de alivio se transforma en una mueca de decepción.

—¿Dónde está ella? —le pregunto.

—¡No lo sé, la estoy buscando por todas partes! —exclama.

Parece sincero, no da la impresión de ser un sucio asesino que la haya violado, matado y enterrado en algún lugar y que ahora ande buscando una coartada. Además de que Francisca lo habría destrozado antes de que hubiera podido tocarle un pelo, este tipo tiene ojos de alguien al que no le llega la camisa al cuerpo.

«Ok, tu muerte queda aplazada. Antes quiero entender unas cuantas cosas más.»

—Ahora te tranquilizas y me explicas qué ha sucedido —le digo.

Él me observa enfurruñado. No le doy miedo, no me mira con estupor, con la habitual desconfianza que muestran quienes no me conocen. Tiene la mirada de quien me odia a muerte y no teme demostrármelo.

—Tú eres Marcus —afirma—, pero si has venido con intención de llevártela, olvídale. Ella es mía. Y si la rozas, aunque solo sea con un dedo, te romperé los dientes, te lo juro. No me asustas, a pesar de que tienes cara de condenado a trabajos forzados. El hecho de que hayáis tenido un pasado en común no es una hipoteca para el futuro. Francisca está ahora conmigo. Yo me ocuparé de ella, a partir de ahora y para siempre. Punto final.

—Es tan tuya que ni siquiera sabes dónde está. Oye, Byron o como quiera que te llames, quiero saber si se encuentra bien y, como, por lo visto, queremos lo mismo, no perdamos tiempo en discusiones estúpidas.

—Me lo dijo.

—¿Qué?

—Que eres como ella. Dos macarras a los que le gusta la pelea. Pero Francisca no es realmente así, bueno, no es solo así, dentro de ella hay un millón de emociones que no te imaginas. Nadie la conoce tan bien como yo. Ni siquiera tú. Vivió mucho tiempo actuando para sobrevivir y defenderse, pero conmigo no actúa, es auténtica, no necesita defenderse y yo la quiero por eso.

—¿Estás enamorado de ella?

Me mira con aire desafiante.

—Sí.

—Ok.

—¿Ok?

—Ok, sí, y ahora tratemos de averiguar dónde está.

En unos cuantos minutos me cuenta que fueron a Cape Cod. Que él se ausentó un rato de la casa donde estaban y que, cuando volvió, Francisca se había marchado. Creo que ese pedazo de mierda de su padrastro está intentando envenenarle de nuevo la vida.

—¿Os siguió alguien? —le pregunto.

—¿Quién debía seguirnos?

No pienso contarle cosas que no sé si sabe ya, debe ser ella quien le revele sus secretos.

—No lo sé, alguien con ganas de meterse con vosotros. ¿La notaste nerviosa?

—No, estaba feliz, emocionada. No estaba nada nerviosa. Pero...

Calla de repente, persigue un pensamiento, casi una iluminación, que parece turbarlo.

—¿Pero qué? —insisto.

—Pero ese guante no era suyo y ahora sé de quién era. Apuesto a que la capulla de mi abuela tiene que ver con esta historia.

¿Su abuela? Bueno, siempre es mejor que el padrastro de Francisca. Una abuela no me preocupa.

—Creo que ahora entiendo lo que ocurrió —prosigue. Tiene una expresión que, si yo fuera su abuela, temería que quisiera matarme y echar mi cuerpo como pasto a los jabalíes—. Estoy casi seguro. Nos han seguido desde el principio, ella y sus investigadores privados. Debió de hablar con Francisca aprovechando mi ausencia y la asustó.

—Francisca no tiene miedo de las abuelas, te lo aseguro.

—Pero, puede que de ella, sí, debe de haberle hablado de Isobel.

—¿Y esa quién es? Menudo lío de nombres tengo en la cabeza, esto parece uno de esos culebrones de mierda.

—Mi mujer. Murió el año pasado.

—¿Y la querida abuelita quiere que sigas unido para siempre a su fantasma?

—No, la odiaba. A la querida abuelita le gustaría que me casara con quien dice ella y arrasar la tierra a mi alrededor.

—Una abuelita así sí que se merece que la arrojen a los jabalíes —comento en voz alta—. Te sugiero que llames a esa bruja y que le preguntes dónde está Francisca.

—A esta hora estará en Martha's Vineyard. La llamo enseguida y...

Su móvil suena. Mira la pantalla y exclama con entusiasmo:

—¿Francisca! —Al responder añade—: Francisca, ¿dónde estás?

Frunce el ceño, parece desconcertado.

—Sí, soy yo, pero ¿tú quién eres? ¿Dónde está Francisca?

Vuelve a fruncir el ceño, cada vez más perplejo.

—¿Penny?

Al oír su nombre soy yo el que me quedo perplejo. Le arranco el teléfono de la mano.

—¿Penny? ¿Por qué has llamado a este tipo?

Su voz, incluso en la distancia, es capaz de hacer a mi corazón cosas que ninguna voz me ha hecho. Está tan triste que parece que vaya a echarse a llorar. Me tiemblan las piernas. No tengo miedo de nada, salvo de que sea infeliz, de que esté mal, del temor de haberla herido, de la sospecha de haberla perdido.

—Ah, estás ahí —murmura con una frialdad que no me gusta—. ¿Puedes decirle a Byron que no se preocupe? Francisca está aquí conmigo y está bien.

—Sí, pero ¿tú cómo estás? Tienes una voz que...

—No te preocupes tampoco tú. Ha hecho un largo viaje y está cansada, pero se encuentra bien.

—¿Quiero saber cómo estás tú!

—Yo... tengo que decirte una cosa. Cuando te dignes volver, te la diré en persona. No es algo que pueda comunicarse por teléfono.

—¿Penny! Tardaré más de tres horas en volver, cuando llegue tendré el hígado hecho papilla.

—Fuiste tú el que quiso irse, así que esperarás.

—Dime solo si estás bien.

—Más o menos.

—Maldita sea, Penny, ¿lo haces a propósito para torturarme?

—No quiero torturarte, solo quiero que muevas el culo y lo traigas de nuevo aquí, porque tengo que hablarte de algo importante.

Su tono es duro, firme, aunque en el fondo noto una amargura tan oscura como un pozo sin fin.

—Ok, voy enseguida. No tomes ninguna decisión antes de hablar conmigo.

—Tú tampoco, Marcus, y trae a Byron. Francisca está enamorada de él, así que me temo que tendrás que resignarte.

—¿Resignarme? ¿A qué te refieres?

—Después de dos días de llamadas misteriosas, ¿de repente tienes ganas de hablar? Bueno, pues yo no. Por teléfono, no. Nos vemos esta noche.

Dicho esto, cuelga. La conozco, si la llamara, otra vez no me contestaría.

«Debería haberte dicho que te quiero, maldita sea.

»Debería haberte dicho qué he hecho estos días.

»Debería haberte dicho lo que pienso desde hace dos meses.

»Lo que me tortura.

»Te lo diré en persona, dentro de poco más de tres horas.

»Pero, entretanto, te ruego que no se te ocurra dejarme, porque, si lo haces, seré hombre muerto.»

CAPÍTULO 20

EN VERMONT

Viajaron con el coche que Byron había alquilado. No hablaron durante tres horas, solo se dirigían la palabra cuando Marcus le gritaba a Byron que acelerase el maldito cacharro y Byron replicaba sin vacilar que quería ver a Francisca viva y no metido en un ataúd.

Pusieron gasolina una vez, cerca de la frontera, en una gasolinera abarrotada de gente, y llamaron la atención de casi todas las mujeres presentes: era imposible que no se quedaran boquiabiertas al ver a dos hombres con un aspecto tan imponente, muy diferentes, sí, pero con la misma expresión hosca en la cara. Por la mente de Marcus y Byron pasaban pensamientos cargados de rabia, atormentados, nostálgicos, que casi se podían oír.

Se dijeron lo mínimo indispensable —informaciones entre extraños que recorren cuatrocientos ochenta kilómetros juntos y a los que no les pesa el silencio— y el resto del tiempo se dedicaron a torturarse por su cuenta.

Cuando el cielo se cerró por completo y los primeros copos de nieve aterrizaron en el Ford Escape, comprendieron que estaban llegando a su destino.

Marcus, que ya estaba nervioso, se puso más nervioso. Abrió la puerta del coche antes de que Byron lo frenase del todo y se apeó a toda prisa. Aún no había anochecido, pero las nubes densas y la proximidad del invierno oscurecían de forma lúgubre el paisaje y eso acrecentó su ansia furiosa. Solo tenía un nombre en la cabeza, Penny, que repetía hasta consumir el cerebro y hacer estallar el corazón y por un instante se sintió como hacía ocho meses, cuando había recorrido el mismo camino una mañana de primavera, después de haber pasado más de dos años sin verla, sin saber si lo acogería o lo

rechazaría al verlo, una duda atroz. A pesar de que solo había estado fuera dos días, tenía la impresión de que había pasado un siglo y de que en ese siglo Penny había sacado unas conclusiones espantosas, que lo excluían de su vida.

A la primera que vio fue a Francisca. Estaba fuera, en la penumbra helada, arrebujada en una cazadora de piel. Fumaba un cigarrillo bajo el cobertizo, azotado por remolinos de nieve. Al verlo se estremeció, lo observó y, a continuación, desvió la mirada buscando a alguien a su espalda. Byron aún no había aparcado y Francisca escrutó el coche de color azul hielo que enfilaba el camino, con la mirada de una niña que vacila entre el espanto y la felicidad desenfrenada.

Al pasar por su lado, alzó la mano izquierda y sus palmas chocaron con vigor amistoso. Se miraron unos instantes, en medio de los pequeños copos, que caían como plumas desmenuzadas. Sonreían.

—Penny te está esperando —dijo Francisca—, no seas gilipollas.

—Tú tampoco. Ese capullo parece un buen tío.

A continuación, se separaron, Marcus se dirigió hacia la casa y Francisca hacia el coche.

—Fran —dijo Marcus antes de cruzar el umbral. Ella se volvió arrugando un poco la frente—. ¿Has visto a ese pedazo de mierda? Monty me dijo que le había dado tu dirección.

Francisca inclinó la cabeza lentamente. Sus pestañas parecieron brillar por un instante con las lágrimas suspendidas, como el rocío.

—Lo vi.

—¿Cómo fue?

—Todo va bien, Marcus. No debes preocuparte por mí. La vida no es la mierda que pensaba. Siempre se puede renacer.

Otra mirada. La última. Los dos se tocaron el pecho, como si quisieran decir «El pasado siempre estará aquí», y luego echaron de nuevo a andar, como si quisieran decir «El futuro está ante nosotros».

Marcus entró en la casa con el paso grave de un hombre enorme afligido por una duda enorme.

Penny estaba tumbada en el sofá, con Tigre ovillado a sus pies. Se había dejado la melena suelta y su aspecto era muy seductor. Estaba tan pálida que, al verla, a Marcus le dio un vuelco el corazón. Se acercó a ella y se inclinó hacia el sofá.

—¿Qué te pasa, pequeña?

Penny se incorporó. Sus ojos de color caramelo estaban tristes, tenía los párpados hinchados, como si hubiera llorado o dormido solo lo necesario para sobrevivir, ni más ni menos.

—¿Dónde has estado? —le preguntó—. No me cuentes mentiras. Solo quiero oír la verdad. ¿Has visto a Francisca?

—La he visto, sí.

—Me temo que está muy enamorada de ese tipo, de Byron: no hace más que hablar de él. Lo siento por ti.

Marcus frunció el entrecejo, parecía realmente desconcertado.

—¿Por qué lo sientes por mí?

—No me negarás que has pasado los últimos meses pensando constantemente en ella.

—Constantemente es excesivo, pero, sí, he pensado en ella.

—Y, ahora, ¿qué vas a hacer?

—Ahora me liberaré, por fin, del sentimiento de culpa.

—¿Qué?

—Cuando aprendes a hacer funcionar la conciencia, esta te jode. He sufrido mucho por ella los últimos meses, pensando en la expresión de tristeza que tenía cuando me marché. Estaba preocupado. La quería mucho, la sigo queriendo, sé hasta qué punto es frágil detrás de esa fachada arrogante. Quería volver a verla, hablar con ella, asegurarme de que todo iba bien. La idea de ser tan feliz mientras ella sufría me hacía sentirme repugnante. Pero luego vi el dolor en tus ojos y, sobre todo, he hablado con ella por teléfono. No puedes pretender ser amigo de una persona que te quiere o que, al menos, cree que te quiere, no hasta que haya comprendido que todo era humo en los ojos y que el amor tiene otra forma, otra cara, otra voz.

—Siendo así, ¿por qué fuiste a buscarla?

—¡No fui a buscarla! Te he dicho que fui a ver a Sherrie y fui a ver a Sherrie. Pero después llamé a Monty por otro motivo y me dijo que el padrastro de Fran la estaba buscando, que ella había desaparecido hacía tres semanas y que Annie y él estaban muy preocupados, así que fui hasta Massachusetts para averiguar qué había pasado.

—¿Pero antes estuviste en casa de Sherrie?

—Sí, antes estuve en casa de Sherrie.

—¿Qué hacías allí? Perdona, pero, si solo fuiste a ver a Sherrie no entiendo a qué venía tanto misterio. Ayer por la tarde te llamé y me colgaste a toda prisa de forma muy extraña. Dime la verdad, si tienes en mente otra

cosa, sea lo que sea, debo saberlo. Me parece rara toda esa preocupación por Francisca de los últimos tiempos. ¿Qué ha cambiado? ¿Hace seis meses no sentías culpa por ella?

—Hace seis meses aún no había tomado la decisión más absurda, loca y peligrosa de mi vida. Me has hecho perder el juicio día a día. He intentado resistir a esta obsesión, no me resulta fácil aceptar que he cambiado tanto, pero, al final, no me ha quedado más remedio.

—¿Qué...? ¿Qué has hecho? —preguntó Penny con la voz entrecortada—. ¿Dónde estabas cuando te llamé? ¿Qué estabas haciendo? Oí a una mujer que no era Sherrie. Creía que era Francisca, pero, por lo visto, tampoco se trataba de ella. Yo... no quiero que te sientas obligado a estar conmigo, Marcus, no quiero que no tengas otra opción. Si hay otra que...

Penny esperaba cualquier cosa, salvo que Marcus soltara una carcajada. Sentada en el sofá, lo miró como si se hubiera vuelto loco, mientras él se reía y la observaba con expresión irónica. Cuando dejó de reírse, le agarró la cara con las manos y la besó.

—Mi pequeña brujita celosa —murmuró, por fin, casi dentro de la boca de ella, casi en su lengua suave y dulce—. En una cosa tienes razón. Cuando me llamaste, no quería que supieras dónde estaba, estaba casi desnudo y con una mujer joven, que me tocaba hasta el fondo.

Mientras hablaba, se apartó de ella y empezó a desnudarse. Penny vio que se quitaba la chaqueta y se quitaba el suéter y que dejaba caer todo a los pies del sofá. Su magnífico cuerpo afloró con todo el esplendor de una obra de arte eternamente perfecta. Cuando se quitó también la camiseta, Penny se quedó boquiabierta.

—¿Qué...?

Alargó un brazo hacia su tórax. Las lágrimas se agolparon en sus ojos.

—Tú... tú estás loco —murmuró acariciándolo con delicadeza, abrumada por una emoción sofocante.

La corona de espinas que rodeaba el corazón tatuado que tenía en el pecho había desaparecido. En su lugar había una guirnalda de rosas rojas. Entre una rosa y otra, cinco letras del color del fuego componían un nombre: PENNY. El dibujo aún estaba fresco, cubierto por un ligero velo de crema cicatrizante.

—¿Te gusta? —le preguntó Marcus.

Penny lloraba ya a lágrima viva. Las lágrimas surcaban sus mejillas, la boca, lágrimas, lágrimas, lágrimas de amor infinito.

—Te quiero con toda mi alma y también te odio, porque me asustaste y me hiciste imaginar cosas terribles. ¿Las llamadas que hacías por teléfono, a escondidas, en el henil, eran para quedar con la tatuadora? ¡Es una imagen absurda y disparatada! ¿Te lo pensaste bien? ¿Y si...?

—No hay ningún si posible. Aquí estás y aquí te quedarás. En cualquier caso, no llamaba solo a la tatuadora. La locura a la que me refería no es esta. Hay otra aún más loca, digna de ingreso en el manicomio con la camisa de fuerza. Loca e, insisto, peligrosa.

—¿Peligrosa? ¿A qué te refieres?

—Mortal, fatal, letal. Algo que podría matarme.

—No me asustes otra vez.

—Fui a ver a Sherrie, como te he dicho.

—¿Y...?

—Hablamos mucho por teléfono antes de que me marchara.

—¿La llamabas a ella? ¿Por qué te escondías para hacerlo?

—Porque no quería que me oyeras, claro. Cuando estás organizando un salto en el vacío, un vuelo extraordinario que puede salvarte o matarte, tratas de prepararlo de forma adecuada.

Penny lanzó un afectuoso gruñido.

—Si no me lo explicas mejor, llamaré enseguida a Sherrie y...

—¿Te acuerdas cuando te conté que, cuando murió, mi madre me dejó pocas cosas y que yo rechacé muchas porque las había comprado con... con su *trabajo*?

—Sí, me dijiste que solo te quedaste con esto. —Acarició el pequeño anillo en forma de cocodrilo que llevaba siempre.

—Antes de empezar esa vida de mierda, poseía también otra cosa. Por desgracia, lo empeñó en el Monte de Piedad y nunca lo recuperó. Pues bien, le pedí a Sherrie que lo buscara. Su ayuda ha sido fundamental, si no hubiera sido por ella... En cualquier caso, al final, al cabo de varias semanas de búsqueda y de dar un millón de vueltas, consiguió encontrarlo. Lo tenía un modesto anticuario.

— ¡Pero eso es estupendo! ¿Qué era?

—Una joya de mi bisabuela. Un objeto muy antiguo y especial. Recuperarlo ha sido como retroceder en el tiempo.

—¿Por qué dices que es peligroso?

Marcus la miró con los ojos de color gris-plateado que le desbarataban el alma.

—Lo que quiero hacer con él es peligroso.

Se inclinó y rebuscó en el bolsillo de su chaqueta, que yacía en el suelo. Sacó una cajita azul. La abrió. Dentro había un anillo. Una pequeña alianza de oro blanco con un ópalo irisado que parecía encerrar todos los colores del arcoíris, engastado entre unos brillantes minúsculos.

—Es peligroso porque, si me dices que no, podría morir —prosiguió Marcus, sacando el anillo de la caja—. Me has repetido una y otra vez que quieres ser libre, que no quieres ataduras, que podemos marcharnos cuando queramos, que la idea del matrimonio te revuelve el estómago y otras cosas tan poco alentadoras como esas. Lo has dicho incluso en público y parecías convencida. Cuando Jacob hizo ese discurso sobre la cotidianidad, que destruye incluso los amores más grandes, tuve miedo de que pensases como él y de que te hubieras cansado de mí. No me da vergüenza reconocer que estaba aterrorizado. Ok, admito que no es una manera muy romántica de entrar en el asunto que me ocupa, pero ya sabes que no soy romántico. Nada de música de ABBA, nada de violines ni de otras memeces por el estilo. Nunca seré capaz de eso, nunca seré un hombre que se viste de forma elegante, se arrodilla, enciende velas perfumadas y esparce pétalos de rosa, pero te quiero y me muero de ganas de hacer proyectos a largo plazo contigo. En resumen, ¿quieres casarte conmigo?

La respuesta de Penny no fue la que se esperaba. A pesar de que había considerado el rechazo entre sus posibles reacciones, jamás había creído de verdad que este pudiera producirse. Su corazón rebosaba esperanza. Esa mañana había llamado a Monty por teléfono para pedirle que le facilitara los documentos necesarios. El comportamiento de Penny lo desconcertó. Lo miró, los labios le temblaban, se llevó una mano frenética a la boca y corrió al cuarto de baño para vomitar.

Marcus se quedó estupefacto, herido, casi exánime, de pie en medio de la habitación, con el anillo en la mano, mientras Penny echaba el alma en el váter. Estaba demasiado aturdido como para intuir lo que podía estar sucediendo en realidad.

«No me quiere, no me ama, le repugno.»

Cuando Penny volvió con la cara mojada, él seguía allí, atontado, jadeando, con la desesperación clavada en los ojos como un puñal. Una majestuosa estatua tatuada y trastornada. Un niño que ha visto realizarse sus peores pesadillas.

Esta vez fue Penny la que se rio.

—Digamos que te lo mereces por haberme hecho sufrir, por haberme hecho imaginar lo peor —dijo—. Yo también te quiero, más que a mí misma. La mera idea de pasar la vida sin ti apaga todas las luces del mundo. Decía esas cosas para no asustarte, para que comprendieras que conmigo debes sentirte siempre libre de hacer lo que sientes y que deberás sentirte siempre así, pero me habría casado contigo..., ¿sabes?, creo que me habría casado contigo esa misma noche, hace tres años, cuando apareciste en la penumbra de la escalera. Fue como si me hubieras entrado de inmediato en la sangre. Tú dirías que fue un jodido flechazo que jamás ha dejado de arder. Así que, sí, mil veces sí. A propósito, estoy embarazada.

Marcus abrió la boca, sus ojos parecían llamear. Permaneció así unos instantes, con el anillo aún en la mano y la frente surcada de arrugas de inmenso estupor. Después, poco a poco, la expresión de desconcierto, una especie de pnesia en apnea, se transformó en una sonrisa y después en una auténtica carcajada. Se acercó a Penny, con la risa gorgoteando aún en la garganta, y le puso el anillo en el dedo.

—¡Hostia! —exclamó—. ¡Tres mil veces hostia!

—No seas tan empalagoso, por favor —bromeó ella.

—¿Vamos a tener un hijo? ¡Hostia!

—Por lo que me ha dicho Francisca, estoy segura de que Byron habría declamado una poesía.

—¡Yo no soy Byron y digo lo que me parece! ¿Mi brujita embarazada? ¡Dios mío, Penny, estoy loco por ti! —La cogió en brazos, era tan ligera como una muñeca rellena de plumas, su amor con un niño dentro, su amor portador de esperanza. La llevó al dormitorio, estrechándola contra su pecho.

—¿Qué hacemos con los dos que aún están fuera? —preguntó Penny poco convencida—. Me refiero a Francisca y a Byron. ¿No deberíamos invitarlos a quedarse y...?

—¡Ni hablar! Que se apañen. Que busquen un hotel. —La tumbó en la cama, la observó un instante, le sonrió y obtuvo una sonrisa a cambio. Después, se volvió a reír—. ¿Yo... padre? ¡Nos pasará de todo, te lo aseguro! ¿Será trágicamente cómico o cómicamente trágico? No lo sé, pero te quiero, así que ya nos inventaremos algo. ¿Sabes? Tengo veintiocho años y, por fin, esta festividad significa algo. Y, ahora, vamos a celebrar Acción de Gracias. Seré delicado, amor mío, seré dulce, pero debo follar contigo como sea. Se te pasará incluso la náusea, te lo prometo. Quiero que des las gracias chillando al menos tres veces.

CAPÍTULO 21

AÚN EN VERMONT

La nevisca se precipitaba en unos dulces remolinos perlados. Byron estaba de pie delante del Ford aparcado. Francisca estaba de pie en el sendero. Se miraron a través de los ligeros remolinos. En unas horas el paisaje que tenían a sus espaldas había cambiado: se habían observado junto al mar espumoso y en ese momento se observaban en el interior de una espumosa cascada de aguanieve, pero ellos eran iguales, querían lo mismo que antes. Byron fue el primero que tradujo la urgencia en hechos. Con dos enérgicas zancadas se acercó a ella, la abrazó y la besó esperando, con algo más que el corazón, algo más profundo —una auténtica raíz del alma—, que ella no lo rechazase. La estrechó entre sus brazos y su boca, su boca cremosa, le transmitió la sensación de estar en casa, de pertenecer por primera vez a un lugar en el mundo y de que ese lugar en el mundo formaba parte de él.

Francisca no lo rechazó. Respondió a su beso con el abandono de quien hace el amor con los labios. Siguieron besándose bajo la nevisca como dos ángeles blancos.

Después, como si obedecieran a una orden mental en el mismo mágico momento, dijeron a la vez: «Hay varias cosas sobre mí que debes...».

—Perdona, habla tú —susurró Francisca.

—No, hazlo tú primero —susurró Byron.

Francisca acarició las mejillas de él con las suyas, como un gato que ronronea, disfrutando del fresco contacto con su barba. Después aferró los bordes de su cazadora de cuero, mirándolo a los ojos. Mientras la nevisca seguía cayendo con unos movimientos similares a los de unas peonzas lentísimas, le contó la pequeña, grande y violenta historia de su vida terrenal. En voz baja: no era necesario gritar, alrededor de ellos imperaba el silencio.

De vez en cuando se interrumpía, recuperaba el aliento, él le besaba la frente, una sien, la punta de la nariz, le acariciaba la espalda, y ella proseguía con el valor de quien ha decidido tener valor. Al final, se calló de repente, como si esperara un sermón, una sentencia, hasta un insulto.

Byron la besó en la boca. Fue como si, abriendo sus labios y acariciando su lengua, quisiera hacerse cargo de parte de sus palabras, de los secretos que acababa de revelar.

—Amor mío —le dijo y, acto seguido, le levantó las manos, dejó a la vista las muñecas y dio dos besos gemelos a las serpientes tatuadas.

Francisca se estremeció ligeramente entre sus brazos.

— ¿Tú... estás enamorado de mí? —le preguntó—. ¿De verdad?

—No hay nada más cierto que eso.

—¿No te horrorizan todas las cosas que..., bueno, que me sucedieron? ¿Las que hice yo? ¿No me consideras un monstruo?

—Una vez te dije que eres un ángel, a veces un ángel un poco cabrón, pero una criatura celeste en todo caso.

—Y ahora has cambiado de idea.

Él le besó una sien con la ternura de un niño que sopla un diente de león.

—Ahora lo pienso aún más, porque, a pesar de todo ese horror, de ese dolor, puedo captar la candidez de tu alma. ¿Cómo es posible que no veas tu verdadera belleza?

—Siempre he visto un pequeño monstruo herido, nada más.

—Un ángel herido. Y un ser humano. Mírame, Francisca. Mírame a los ojos, por favor. —Le alzó la cara hacia la suya, deseando poder retroceder en el tiempo y salvarla. Lo deseó tanto que sintió que se ahogaba, consciente de que lo único que podía hacer era protegerla en el presente—. Has cometido errores, pero, por encima de todo, has sido una víctima. Una víctima que ha aprendido a defenderse. Me gustaría que mis abrazos y mis besos pudieran curarte, me gustaría mucho. Sé que es imposible, pero...

—Ya lo haces. Me curas todos los días. Tu existencia cura mi alma, desinfecta mis heridas, hace menos visibles mis cicatrices y me transmite ganas de vivir, pero... —Se revolvió un poco—. No quiero darte pena porque soy como Isobel.

—Esa idea te la ha metido en la cabeza mi abuela, ¿verdad? Encontré uno de sus guantes y comprendí que había estado allí para ver si podía hacerte escapar. En cuanto sea posible, le diré lo que pienso de ella, puedes

estar segura. Se le irán las ganas de entrometerse en mi vida y venderé la casa de Cape Cod. Sea como sea, ¿sabes cuál es la verdad? Al principio, algo en tu forma de ser me recordaba la suya. Pero, además del hecho de que ella estaba enferma y tú no, de que sois dos personas completamente distintas con dos historias completamente distintas, la diferencia más profunda y decisiva es cómo me siento yo. Lo que experimento yo. Yo te quiero. A ella nunca la quise y siempre fui consciente de que era así, los que me conocen lo saben. No es una deducción que hago ahora, después de haberte conocido. Me casé con ella porque estaba embarazada, a pesar de haber perdido al niño. Siempre me sentí culpable por eso, porque solo la toleraba con una paciencia dictada por la buena educación, el sentido del honor, la lealtad y la piedad, pero no el amor. No sentía la necesidad de hacer nada por ella, en realidad lo hacía por mí Sin el terror de perderla. Cuando murió, que Dios me perdone, además del espanto que me produjo la forma en que había sucedido y de ese sentimiento de culpa mío que me resultaba ya tan familiar como el olor de mi piel, sentí también alivio. Como ves, de los dos, yo soy el verdadero monstruo, no tú. Yo soy quien debe preguntarte si te horrorizo.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le susurró al oído:

—Del sentimiento de culpa te curaste al sentirlo. No eres un monstruo, tú también eres un simple ser humano. Ninguno de los dos quiere convertirse en un dios. No me horrorizas, en absoluto. Y yo tampoco... he querido a nadie antes.

—¿Ni siquiera a Marcus?

—No era amor, era instinto de conservación. Éramos como los lobos, que se reúnen en manada para ser más fuertes y combatir a los enemigos. Lo quería mucho y lo querré siempre, pero él me ayudaba a huir de la vida. Tú me haces sentir ganas de salirle al encuentro.

Otro beso y más nieve. Después, Byron le agarró una mano y echó a andar hacia el coche.

—Subamos. Nos estamos empapando y, además, quiero que escuches una cosa.

—Espera. —Él se volvió, mientras ella se quedaba parada—. No vendas la casa de Cape Cod, no lo hagas por mí. Era de tu madre y debes de tener muchos recuerdos que...

—Los recuerdos están aquí. —Byron se tocó la frente—. Y aquí. —Se llevó una mano al pecho—. Los lugares son simples contenedores que deben cambiarse en ciertos momentos de la vida, pero ahora vamos, tienes la nariz

roja y estás aterida. No quiero que te pongas enferma.

Una vez dentro del coche, Byron puso la calefacción, abrió el cajón del salpicadero y sacó un lector MP3. A continuación, conectó los auriculares y se los tendió a Francisca.

—Estos últimos días he estado con un amigo que tiene una pequeña sala de grabación. Las palabras son una reelaboración de algo que conoces, pero la voz es mía. También la música. De niño tocaba el piano, no era muy bueno, pero sí lo suficiente como para poder acompañar esta sencilla canción. Te la dedico.

Francisca se puso los auriculares. Temblaba, pero su temblor transmitía una emoción positiva, no de angustia. Era el temblor de una niña que espera un regalo y sabe que va a ser más bonito de lo que pensaba.

Acto seguido, escuchó. La voz dulce, ronca y sensual de Byron entró en sus oídos, en su mente, invadió su piel, los pulmones, se convirtió en fuerza absoluta del destino que deseaba. El destino que existía.

Eres mi libro precioso, nuevo y resplandeciente,
la campanilla de nieve que se erige en el hielo,
mi tigre de rugido perenne,
mi eterno diamante bruto y de bronce.

Te lo ruego, ¿puedo ser tu cicatriz de plata?
¿Tu girasol, que mira la luz?
¿Tu Pegaso alado?
¿Tu eterno vestido de oro y cobre?

Solo te quiero a ti, a nadie más.
Otra no sería tú,
porque tú eres una manera de decir vida,
tú eres una manera de decir todo.

Mientras Francisca escuchaba la canción llorando con los ojos cerrados —porque se puede llorar más de felicidad que de pena—, Byron sonrió.

De repente, algo inesperado lo sobresaltó.

Entreabrió la boca, sorprendido, a la vez que miraba por la ventana. La nevisca seguía cayendo. Incluso la casa parecía lejana, detrás del gris vortiginoso.

Quizá estaba enloqueciendo.

O quizá estaba sucediendo de verdad.

Le había parecido oír una gaviota chillando valientemente en la oscuridad.

EPÍLOGO

FRANCISCA

SIETE MESES DESPUÉS

Contemplo el panorama desde la puerta acristalada de esta casa grande y vacía. El color verde domina, además del rojo de tres arbustos de rosas que, a esta distancia, parecen cerezas. Observo el perímetro del jardín, el muro con la clemátide trepadora a punto de florecer, y me cuesta contener el llanto.

Lo confirmo, la felicidad me hace más propensa a las lágrimas que el dolor. Quizá porque contra el dolor hay que combatir y no hay tiempo para lloriquear si quieres permanecer con vida. En la guerra, el instinto de conservación hace indispensable la frialdad. Pero, en tiempos de paz, cuando el sol brilla en las flores y no en la sangre, la coraza que te rodeaba y que, sobre todo, tenías en tu interior, deja de ser un recinto metálico y cae a tus pies como oro fundido. Me arrebujó en la cazadora de cuero, me balanceo sobre los tacones, de una pierna a otra, para dominar el temblor que me produce la emoción. Oigo las voces de Byron y del agente inmobiliario en la otra habitación. El pacto era este, un pacto firmado con el alma, que Byron consideraba más vinculante que cualquier acuerdo escrito con tinta.

«La próxima casa la elegirás tú.»

Y ha mantenido su palabra.

Empezamos a buscar una justo después de Navidad, cuando el inicio del segundo trimestre y el final del curso de Poesía contemporánea conjuraron el peligro de que nos descubrieran juntos. Vimos varias en Amherst y alrededores, pero ninguna me llamó tanto como para decirme: «Soy yo, aquí reposarás tus pensamientos, estas paredes te acogerán, tu pequeña Escila exhibirá sus tiernas flores de color rosa en el alféizar, escribirás en esa habitación, harás el amor en todas».

Pero esta mañana me siento como si hubiera alcanzado una meta. Al final de mi primer cuarto de siglo, tengo la sensación de que todos los senderos que he recorrido, los caminos accidentados o llenos de zarzas, las subidas, tan empinadas que me hacían caer hacia detrás, tenían un sentido.

Lo que soy —que, a fin de cuentas, no está tan mal—, depende de cómo fui. Si al final del camino salpicado de cruces, me esperan estas rosas que parecen cerezas, acepto incluso las espinas.

No me refiero solo al jardín, a la casa o a la nueva vida. Me refiero a Byron. Debería haber comprendido todo enseguida por el color de sus ojos: no puedes tener dos esquirlas de color verde esperanza en las pupilas si no eres tú mismo la esperanza.

De repente, mientras las lágrimas ofuscan el paisaje, oigo el trino de una llamada en el móvil. Reconozco el número de Penny.

Hemos hablado a menudo estos meses. Es extraño cómo cambian las cosas. Alguien a quien odiabas se convierte de repente en alguien con el que no te importa estar en contacto.

—¿Buenas noticias? —le pregunto.

—Buenísimas y enormes, como estaba previsto —contesta ella, eufórica.

—¿Cuánto?

—¡Cuatro kilos y cien gramos! En cuanto lo vio, Marcus dijo: «¡Se ve que es hijo mío!». Pero ahora le da miedo cogerlo en brazos. Tiene miedo de hacerle daño. —Me río imaginando a ese hombre gigante con su niño gigante. Ella prosigue en tono burlón—: ¿Te lo imaginabas presa del pánico? En los últimos días del embarazo, me preguntaba cómo estaba cada tres minutos y medio. No exagero, te lo juro. Y ahora nos observa, a mí y al pequeño Thomas, como si fuéramos de cristal y tuviera que impedir que el mínimo soplo de viento nos haga trizas.

—Cuidará de vosotros sin darse cuenta de que, en realidad, seréis vosotros los que cuidaréis de él.

—Dejaremos que se lo crea, ¿verdad, Thomas? —El sonido blando de un bebé atraviesa el aire y llega a mi corazón. Hablamos unos minutos más, después me despido de ella y la dejo con su nueva vida, que ahora incluye también ese amor eterno.

Vuelvo a mirar el jardín y después la habitación. Me la imagino pintada de un tenue color glicina. De nuevo, me entran ganas de llorar. Me estoy convirtiendo en un grifo que pierde agua, todo me conmociona. Los brazos

fuertes de Byron estrechándome por la espalda, por ejemplo.

—¿Y bien, ojos de petróleo? ¿Qué te parece? —me susurra al oído.

Me vuelvo y le respondo con los ojos. Él me sonrío y me besa. Caricias en la boca. Dios mío, qué bien sabe.

—Tendrás que aceptar mi contribución —me apresuro a decir después—. Para los gastos, me refiero.

—Acepto todo lo que proceda de ti, pero...

—Nada de peros. Quiero poner la parte que me corresponde, en proporción a lo poco que tengo.

—Está bien, no quiero que haya ninguna fricción en este momento. Aunque, para mí, lo más importante es que escribas. Las primeras páginas que me has dejado leer prometen maravillas.

—Solo son pensamientos desordenados.

—¿Conoces algún artista en que no haya anidado el caos? Además, mientras escribes, tan absorta, aún estás más guapa. Eres poesía viva, mi poesía, mi canción, mi único compás, mi orquídea, mi libro, mi alba, mi aliento. Viviremos en esta casa, en otras casas, viajaremos por el mundo, escribiremos versos, plantaremos flores, tendremos hijos, encontraremos cosas cuya belleza nos inmovilizará y cosas que nos darán miedo, pero estaremos juntos. Esta es la parte más bonita del viaje: nosotros.

Me estrecho aún más contra su pecho. Estoy hecha de latidos, como si solo fuera un corazón ofrecido entre manos invisibles. Ya no tengo miedo de nada y no porque me sienta inmortal, sino porque me siento fuerte. Porque, como dijo Barbie, a quien no llegué a conocer, en una ocasión, no son las sombras las que mandan, sino la luz.

AGRADECIMIENTOS

No quiero hacer una lista de nombres, prefiero decir simplemente gracias.

A los que creen en mí.

A los que siempre han estado y están.

A los que han sonreído y se han conmovido.

A los que aman mis personajes y los consideran amigos.

A los que aún tienen ganas de leer estas pequeñas historias con las que, cada vez, libero mi corazón en el mundo.

BIBLIOGRAFÍA

- Auden, W. H., *Parad los relojes y otros poemas*, traducción de Javier Calvo, Mondadori, 1999.
- Baudelaire, Charles, *Himno a la belleza, Las flores del mal*, versión de Pedro Provencio, Edaf, 2009.
- Baudelaire, Charles, *Las flores del mal*, versión de Antonio Martínez Sarrión, Alianza Editorial, 2011.
- Fuertes, G., *Historia de Gloria (amor, humor y desamor)*, Cátedra, Madrid 1980.
- Montale, Eugenio, *Huesos de sepia y otros poemas*, versión al castellano de Carlo Frabetti, Orbis.
- Strand, Mark, *Mar negro, Hombre y camello*, versión de Dámaso López García, Visor, 2009.